



**Kirk W. Wangensteen**

# **El rebuzno y la rabia**

Kirk W. Wangenstein

Smashwords Edition  
Copyright © 2014 Kirk W. Wangenstein

Todos los derechos reservados

*Licencia de uso de la edición de Smashwords*

Gracias por adquirir este libro electrónico gratuito. Eres bienvenido de compartirlo con tus amigos y conocidos. Puedes reproducirlo, copiarlo y distribuirlo siempre y cuando lo hagas sin fines comerciales. Si disfrutaste su lectura, pasa la voz entre tus amigos para que descarguen su propia copia en [Smashwords.com](http://Smashwords.com), donde también descubrirán otros títulos del autor. ¡Gracias de nuevo por tu apoyo!

ISBN 978-0-9903339-1-3



# La Rioja de los Monasterios

Haro



Santo Domingo de la Calzada



A Logroño 10 km →

Nájera Navarrete



Villar de Torre



Cárdenas

Badarán



Berceo

San Millán de la Cogolla



Estollo



Anguiano

Monasterio de Valvanera



Mansilla de la Sierra

Ventosa

Viniestra de Abajo

Viniestra de Arriba



Ermita de San Millán



Nuestra Ruta



*...entre riscos y entre breñas  
halla el triste desventuras.  
El Quijote, I, Cap. XXVI*

*We are...all...travellers with a donkey:  
and the best that we find in our travels  
is an honest friend.  
R. L. S., Travels with a Donkey*

Esta novela va dedicada a Harley, mi amada esposa, por su abnegación y entereza a prueba de bomba ante los muchos rebuznos y bufidos que tuvo que soportar, un día sí y otro también.

*Kirk W. Wangenstein*

## Índice

[Un a modo de prólogo](#)

[1. La verdad está ahí fuera](#)

[2. Solo ante el peligro](#)

[3. En un lugar de la marcha](#)

[4. \*It's Now or Never\*](#)

[5. De Granada al Cielo \(vía Madrid-Chamartín\)](#)

[6. \*Huis clos\*](#)

[7. \*On the Road\*](#)

[8. \*Beatus Ille\*](#)

[9. Se hace camino al andar](#)

[10. Un Milagro de Nuestra Señora](#)

[11. Maestro rebuzno](#)

[12. Tropiezos y trompazos](#)

[13. La cima del mundo](#)

[14. La noche de los muertos vivientes](#)

[15. La peña pobre](#)

[16. El primer vagido](#)

[17. Julianín el aventurero, o tres rosas para Matilda](#)

[18. Adiós, burrita](#)

[Epílogo](#)

## Un a modo de prólogo

Se me pide que a este viaje con una burra le pegue por delante unas frases introductorias, tanto por deferencia al público como por respeto a la tradición. Yo, aunque preferiría “dártela monda y desnuda”, cual pretende el eximio Cervantes haber deseado hacer con su *Quijote*, y quien se dejó convencer por un amigo —alega— de lo muy fácil y más deseable (por dar gusto al lector y provecho al autor) que sería adosarle un prólogo, y aún un rosario de versos encomiásticos, e incluir grávidas citas, y latines, y otros mil artificios, sutilezas y zarandajas, pues yo, repito, digo que vale, que lo haré *sine ira et studio*, sin regomeyos ni manías; pues si *don* Miguel se dignó, mal podría negarse este insignificante escritorcito mal cuadrado y peor redondeado.

Primero, empezaré por anticiparle al lector qué tipo de obra es la que está a pique de catar. Seré breve. Género: *Viajes*; subgénero: *con una burra*.

Segundo, el título. Como tributo a Robert Louis Stevenson quise llamar mi historia *Viajes con una burra 2001, una odisea asnal*, mas, como señaló mi esposa, tal título sería una invitación a que me la retiren en un quítame esas pajas de las estanterías, teniéndola por producto vetusto y caducado: obsolescencia incorporada, vamos. Otra razón es que los hechos relatados probablemente no acaecieron en el año de marras.

Un candidato aspirante al título fue *Matilda y yo* —Matilda es el nombre de la burra— pero ya se me había adelantado otro con un título casi como que calcado.

A las cuatro quintas partes de su andadura pensé seriamente en ponerle de nombre *Waltzing Matilda*, pero, amén de no cuadrarle el título con entera y cabal precisión, de venirle un pelín antipódico, pues australiana es la receta (y aquí no hemos venido a hacer el pino), creo que si en estos tiempos de barbarie que corren no nos subimos unos cuantos al carro de lo limpio, pulido y esplendoroso, pudiera llegar el triste día en que, en entrando en una librería, perdamos toda noción del país en que nos hallamos.

Total, que le puse el que tiene, y sanseacabó.

Tercero, deseo defenderme *a priori* de la acusación de falta de veracidad o verosimilitud que me va a arrojar, y acaso restregar por las narices, algún avisado lector y la crítica inmisericorde toda. Y esto viene a cuento de que los principales personajes y personajillos que en esta real y verdadera historia aparecen diríase, u opinárase, que hablan por la misma boca, que no es otra, sospecho, que la de su creador. Mas... ¿qué se puede esperar de un tarugo como yo — *Maldonado* nació por parte materna— y tan parco de letras, salvo que me tengo aprendidos de carrerilla ciertos gustosos bocados de ese nunca suficientemente ensalzado libro del *Quijote*, donde se encierra, compendia, cifra y resume toda la humana sabiduría?

Cierto: mi férvida imaginación me transportó de hito en hito en fantásticos viajes a tiempos remotos y lejanos lugares, en que tuve ocasión de conocer a autoridades de la catadura de un Menipo de Gadara o Luciano, el de Samosata, a cuál más cínico y canicular, o como aquel Apuleyo (compatriota de San Agustín), pero nunca acabé de creerme sus peregrinas ficciones, las cuales tuve por descabelladas y mentirosas. Algún otro podrá encomiar, loar o elogiar tanta locura... Yo no digo nada, que luego todo se sabe, y toca pagar los desperfectos.

Acaso mi aventura toda no sea más que el disparatado sueño de una noche de verano, y sus protagonistas meras exhalaciones... faces, facetas y facetillas, máscaras o mascarillas de un mismo seso calenturiento en demasía o más que medianamente menguado. Prueba de ello es la siguiente paradoja: La aventura que tiene en las manos el lector habrá tenido lugar o no según marque su calendario. Si el calendario es del 2010 o posterior ha ocurrido definitivamente; si del 2001 casi seguro que no; y si Vd. me lee entre ambas fechas, tal vez sí, tal vez no, que eso ni el

autor lo sabe.

¿Que por qué aseguro esto? Muy sencillo. Porque: a) Es para mí incontrovertible que lo narrado aquí me ha sucedido puntualmente, con pelos y señales. b) Ni mi mujer ni persona alguna a mi alrededor está dispuesta a corroborar los hechos, ni quiere saber nada —ni aún acordarse desea— del asunto. c) *Ergo*... Forzoso es concluir que su ejecución es futura y de factura inminente, antes de que me convierta en maltrecho, carcomido e imposibilitado vejestorio. Fíjense si no en la prosa matusalénico-quijotesca que me sale ya sin yo siquiera proponérmelo.

Una advertencia: los tiempos verbales pueden cambiar sin previo aviso, según el tiovivo de las emociones o estados de consciencia y duermevela del protagonista.

Mandan, en fin, los cánones que la pieza literaria *instruya y deleite*, a lo que confieso, sobre lo primero, que no seré yo el que meta la mano en el fuego, y en cuanto a lo de deleitar, que me sentiré ampliamente recompensado con que no se me aburra y duerma el respetable.

Y el que me tache de sandio o loco o trolero ordeno que lo zurzan, a él, y a toda la caterva de sus circunstancias...

El que avisa no es traidor.

Vive valeque.

Granada, a 25 de marzo del 2001



## 1. La verdad está ahí fuera

*Granada, veintitantos de julio, año 2000 y pico. Sábado.*

En un rincón del salón, dentro de las mullidas sinuosidades de mi sillón de *pater familiae*, hallábame yo hundido y meditabundo, en lo más oscuro.

La televisión, como siempre, pasaba voraz y canallesca las imágenes de la doña escándalos de turno, que si el torero tal o el cabrón del cuñao cual, y yo muy feliz y contenta y de eso no os voy a hablar majetes-que-os-adoro tralarálará. Larálará.

De repente, de un resquicio, no, una grieta (que todo hay que decirlo) en las losas del rodapiés, brotó, cual si de un cómic se tratara, una gran burbuja. Dentro de esta burbuja, proveniente del mundo de ultratumba, o peor aún, de la ciencia ficción, se materializó Maruja, mi mujer, a medio camino entre las más puras emanaciones sulfúrico-fotovoltaicas gimientes típicas de las ánimas irredentas, y el flubber. Para aquellos que desconocen el flubber, les diré que es una masa amorfa de una sustancia asquerosa, normalmente color verde moco, que está en estado permanente de excitación, incluso de irritación.

—uuuuUUUUuuuu —aulló entre pulsaciones y cortocircuitos frankensteinianos, y algo así como olicas de la mar que le pasaban por encima—, a ti... te pasa... algo... ¡... cuéntamelooOOOoo!

—Oye, Juan, querido maridito, ¿Qué es eso que me dice Luis de que has pedido unos días extra de vacaciones en la oficina? —tenía música en la voz, como quien está alegre y quiere expresarlo con un tintineo—. ¿Es que nos tienes guardada una sorpreeeEEesa-a-a-a?

¡Plop! La burbuja reventó, sin siquiera dejar las salpicaduras de baba de rigor.

Luis es el ‘grasioso’, ¡no!, el hijo de p. de la oficina, que siempre mete las narices en los asuntos de los demás, y cuando no las narices, la pata, y bien que la estaba metiendo ahora con venir a contarle nada a mi mujer, no te joroba. Me parece, Juanillo, que estás atrapado. Te han pillado. La verdad está ahí fuera. Escúpelo ya, tu secretito. ¿Pero cómo diantres le digo yo a Maruja... y a los niños... que me quiero ir con una burra a andar los caminos?

Supongo que convendría aclararle al estimado lector el estado de la situación previa a la pregunta de mi mujer de si yo iba a solicitar unos días de vacaciones adicionales este año, la razón, en definitiva, por la que iba yo a partirle el corazón a mi esposa en cuestión de segundos.

Siempre —o casi— he querido hacer un viaje con una burra (o un burro, qué más da; pero seguiré diciendo burra porque al final burra fue que no burro). Diréis que qué cosa más rara y más súper-tonta ¿no?, pues a mí no me lo ha parecido jamás. Soy una persona de espíritu —ya que no de hechos— aventurero, a quien siempre le ha entusiasmado viajar. Viajar como y donde sea. Coger el camino y ponerse a andar, a tragar kilómetros. Cuando veo unos montes a lo lejos, me pregunto qué mundo de maravillas se oculta al otro lado, si no será mucho más verde la hierba en aquel valle que en éste, y ansío estar allá, y no acá, como me hallo siempre.

No es que quiera ir allí para quedarme, o que piense que pueda ser mejor sitio para vivir que éste. Sin duda en cuanto estuviera allí contemplaría los siguientes montes y desearía estar ‘allá’ detrás del horizonte nuevamente. Tal vez esté ahí el quid de la cuestión, la diferencia entre un simple ‘allí’ concreto y determinado, incluso determinista, si cabe, frente a un ampuloso, etéreo, ALLÁ. Allá en América, allá en Asia, allá en la Conchinchina, allá en Bollullos, o Polopos o la Parapanda, haya o no haya parranda; allá, en fin, al otro lado. ¡Ay Señor, Señor, cuando me paro a pensar!

Sin duda nació bajo una estrella errante, como cantara Lee Marvin en *Paint Your Wagon*, y

nunca he visto un lugar que no pareciera más hermoso echando la vista atrás.

Pero después, claro, pasa lo que pasa, que recién terminados tus estudios, a trancas y barrancas, allá por los felices años de Carrero Blanco (de altos vuelos) y del tránsito y muerte de su colega Franco, consigues de chiripa un puesto de conserje en el Ministerio de Educación, entrando en la fuerza laboral española por la puerta de atrás, como quien dice, y encima con enchufe, porque tu tío Gumersindo, el del Sindicato, conoce a alguien, y te da un achuchoncito. Al par de años tienes suerte y te dan un puesto permanente. Entretanto empeñas los siguientes 30 años de tu vida en amortizar ese requisito que es el pisito (del que el año pasado —¡loado sea el Altísimo!— has pagado el último jodido plazo); y te casas con la Maruja, con la que habías estado saliendo desde el PREU (el último, dicho sea de paso y que conste, antes de que lo cambiaran por el COU, el cual ya ha desaparecido también, a lo que creo...) ¡Y es que me estoy convirtiendo en un trasto viejo, un fósil, me cachis en la mar!

De viajar, lo que se dice viajar, nada, si no es en mis sueños.

Nuestra luna de miel en Tenerife, y cada verano a tirarnos un par de semanas en Almuñécar, donde andando el tiempo nos hemos hecho de un pisito minúsculo junto a la playa, como está mandado. Granadinos de pura cepa, sí señor.

Tenemos dos hijos, ya criaditos y mayores (a. D. g.). El niño, 25 años, ya está casado; y la niña, que todavía vive en casa, que creo que cumple 23 el mes que viene.

Y esa es mi vida. Puñeteramente aburrida, pero qué le vamos a hacer. Es la única que tengo. Tengo pues a mi esposa, que nació María Juana Teresa, pero la llamamos Maruja, y tengo a mi Paco, o medio lo tengo aún, y a mi Tere, la universitaria.

Volviendo a los viajes, recuerdo —y acaso fuera eso lo que me hizo amar tanto los viajes, y más que nada, los viajes inmersos en la naturaleza verdeante— que cuando yo tenía once años o así mi padre me llevó de acampada por la zona de Laujar, única y recóndita zona de bosques en la provincia de Almería, pues allí nace el río Andarax, brotando virginal de las piedras de la Sierra Nevada. Montamos nuestra tienda de campaña junto a aquel arroyo lindo y cristalino, que discurría rumoroso a todo lo largo de la noche, y nos cantaba su eternal y melodiosa nana. Y llegó la mañana, tan fría y tan perfectamente natural, tan insólita, tan, tan... ¡qué sé yo! y el crepitante fuego que encendí lo recuerdo clarísimo, y el freírnos unos huevos, mas no antes de que la panceta soltara su grasa... Mi padre era un bestia en eso de ir de acampada y comer, y beber, a lo grande. ¡Es ese uno de mis mejores recuerdos, el de Laujar!

Más adelante, con mis amiguetes —ya me había acostumbrado a coger alguna que otra cogorza—, cogíamos el autobús que partía de Granada para subir a Güéjar Sierra, y nos poníamos, tras llenar una garrafa de vino en el pueblo, a marchar (eso sí que era verdadera ‘marcha’ y no lo de hoy en día) por la antigua vía del tranvía, semioculta entre las crecidas hierbas, a través de una serie de túneles, así como de puentes que salvaban hondos barrancos, hasta llegar a una zona a la vera del río Genil en su curso alto, o al menos bien por encima de mi ciudad, y nos tirábamos unas juergas padre entre los curvilíneos y alisados cantos rodados y las aromáticas adelfas en flor. Finalmente nos tumbábamos donde podíamos alrededor de una fogata mal hecha y peor atendida, que se apagaba siempre al par de horas de dormirnos, cuando más falta nos habría hecho su calor, y todos con una melopea de aúpa, hechos pedazos, pero felices. Uno de los chicos casi se ahoga en el arroyo, me acuerdo como si fuera ayer, y cuando lo sacamos porque nos llamaba a grito pelado, constatamos que donde él se estaba ahogando, en la orillita, el agua no superaba el cuarto de metro de profundidad.

También hice dos o tres viajes de estudios —me apuntaba a todos—, uno por Andalucía Occidental, uno a Madrid, y otro, en fin, a Barcelona. Ah, sí, y un viaje en coche que hicimos Maruja y yo con un hermano de ella y la cuñada, que fue un tanto intrascendente. Un montón de

kilómetros y ningún suceso digno de contar. Lo único que recuerdo clarísimo fue el trayecto entre Zaragoza y Soria —magníficas ambas— y más concretamente La Rioja, y tres puntos álgidos: Nájera, San Millán de la Cogolla, y Santo Domingo de la Calzada.

Con eso queda todo contado.

Total, un aspirante a viajero cuya vida mejor se define por los viajes que no ha hecho ni hará nunca. Excepto quizás...

Volvamos, sí, a las cavilaciones; dejemos que la imaginación vuele, y elijamos el mejor viaje posible, la madre de todos los viajes.

Puestos a tener que decidir cuál pueda ser el mejor viaje posible... bueno, eso es pensar imposibles, pues ¿quién no se moriría por recrear en la vida real el fantástico viaje julio-verniano aventurero y globesco de darle la vuelta al mundo en 80 días? Piensen: Indios salvajes en América, rescatar a una princesa hindú del fuego de la diosa Kali, y todas esas mil y una peripecias que uno acepta como lo más natural del mundo en una odisea, una epopeya de ese calibre. Pero el mundo ya no es lo que era: puedes darle la vuelta en un día y sin sufrir, o ganarte, un mísero rasguño. ¿Y eso quién lo quiere? Nadie, sin duda. Mejor se está en la cama, que ya que lo menciono, es uno de mis sitios favoritos (¡el mejor invento de todos los tiempos!), pues allí es donde he vivido el 99 por ciento de mis andantescas aventuras.

No, no se puede concebir el mejor de todos los viajes posibles. Es más, en el mismo instante en que lo haces deja de ser ideal, porque lo ideal está en lo inconcebible, el próximo impensado periplo. Le pones demarcaciones y lo mutilas. Pero basta de hacer filosofía. Admitamos que hay viajes buenos y bonitos y otros viajes que son una birria, francamente. ¿Quién no ha vuelto de un viaje y ha dicho: ¡Vaya pesadilla!?

Bueno... yo no. No que yo me acuerde; ni creo que lo pudiera hacer.

Otro factor a tener en cuenta es que el viaje que vayas a hacer encaje en tus posibilidades. Pues pensar que yo, un frágil, humilde, funcionario, frizando con los cincuenta años de edad, que me voy pareciendo cada vez más, según dicen las malas lenguas, a Charles Laughton haciendo de Enrique VIII, cuando no de Quasimodo, si acaso con un toque del Pancho Villa auténtico por eso del bigote y por lo retaco que soy, pretenda recrear *Hatari*, o *Las Nieves del Kilimanjaro*; o buscar el oro de Timbuctú, o escalar el Everest, o alcanzar mismamente el Polo Sur... pues mira, pues no, que eso sería pedirle peras al olmo y vino a las fuentes de los caminos, como dijo un día don Camilo, y es pensar en lo excusado.

Tampoco me puedo costear un magno crucero arrastrando a toda la familia —o como poseer yo mismo el yate para hacerlo, ¿se imaginan?— por todo el ancho mundo a visitar ¡no, a vivir! esos lugares exóticos, paradisíacos, como son las islas Seychelles, o los míticos mares del sur con sus islas Fidji, Tahití, y mil etcéteras más.

A decir verdad yo ya he vivido todos esos safaris, escaladas y expediciones, y esas travesías marítimas de ensueño. Sí. Tengo mis libros, mi suscripción desde hace 25 años al *National Geographic* (que de camino me ha enseñado un montón de inglés, o al menos a leerlo, que de pronunciarlo... esa ya es harina de otro costal), y mis documentales, mi no menguada imaginación... y mis sueños.

Pero ya me estoy enrollando otra vez. El caso es, que desde hace tres o cuatro años, sí, probablemente a partir de aquel misterioso día con campanas de boda en que mi Paquito se nos casó y dejó un hueco irremplazable en el seno de la familia, comencé a darle vueltas en la cabeza a la 'hipótesis' de hacer realidad lo que no era sino un sueño maravilloso mío, y de lo que os haré partícipes a continuación.

Yo aspiraba a algo muchísimo más básico que esos viajes épicos a lo largo y ancho del globo terráqueo. En este soñado pequeño-gran viaje mío, lo único que pedía y ansiaba era tener un par

de semanas, (con otro par delante y detrás, la de delante para los preparativos, y la de detrás de ‘descompresión’), enteramente para mí, para recorrer los ríos, campos y montes de La Rioja, esa medieval Rioja de los monasterios y del Camino de Santiago, y llevar como compañera de viaje una borrica que me diera compañía y me ayudara con los bártulos.

Lo cual, supongo, merece una explicación.

De alguna forma, algún día remoto en el pasado, me enteré de que existía un librito que hablaba de un viaje con un animalito de la condición asnal; concretamente se trata de la novela llamada *Viajes con una burra*, con el subtítulo o añadido *En las Cevennes*, escrita por Robert Louis Stevenson en 1878. Habrá quien prefiera el título de corrido, sobre todo si uno es francés, y de las Cevennes, o francés, punto, que los de esta condición o persuasión son muy dados a bufarse de orgullo por todo lo que les toca y atañe, y muy bien que hacen y con su pan se lo coman. Pero que sepan que en todas partes cuecen habas, y en España más. A mí fue el título a secas, al desnudo, esas mágicas cuatro palabras: *Viajes con una burra*, lo que me cautivó. El dónde poco importaba. Claro que a nadie se le ocurriría hacer un viaje con una burra por Manhattan, digamos, ni tampoco en Egipto, habiendo camellos para ese menester. Ese título, *Viajes con una burra*, caló tan profundamente en mi psique, se convirtió hasta tal punto en parte de mi mundo interior, que ya ni me hacía falta tenerlo entre las manos, ni mucho menos leerlo, para saber con certeza todo sobre el libro. Y sucedió —y de esto no os extrañéis, amigos lectores, pues así suele suceder con las íntimas cosas que al alma atañen— que cuando por fin lo leí, era como si ya lo hubiese hecho desde tiempos inmemoriales; es más: era como si lo hubiese vivido yo, y escrito.

Volveré —cómo no— al dicho libro muy pronto, pero antes tengo que hacer mención de un fenómeno harto peculiar, extraordinario incluso, y es que, tan requete-natural me resultaba eso de un viaje con una burra, que con el paso del tiempo me fui convenciendo de que existían más libros iguales o afines al de Stevenson.

Estaba yo empeñado —cosa digna de contar— en que el *Viaje a la Alcarria* de Camilo José Cela también se trataba de un viaje con una burra, lo cual luego averigüé no ser el caso. A pesar de mi decepción (por qué no decirlo, y no por no ser buena obra, que lo es, sino que no camina el autor con burra), seguí yo en mis trece de que Cela debió haber escrito algún relato de esta índole cuyo título yo desconocía. Huelga decir que este libro yo aún no lo he hallado. Para colmo de los colmos os diré, para que veáis lo profundamente que la cuestión asnal me afectaba, hasta trastocarme el juicio, que llegué a convencerme de que el relato de viajes con burro constituía poco menos que un género literario *sui generis*, independiente, y desgajado, propio y cabal.

Después de estas disquisiciones, que os pediría interpretéis como un honesto estriptis o despelote mío ante vosotros, pues me abro y expongo por la presente mis más íntimos secretos largamente silenciados al mundo, ese duro mundo externo que todos compartimos —o creemos compartir— desde nuestras cápsulas leibnicianas, os pregunto: ¿Verdad que no estoy loco?

—Dime, Juan —dijo ella impacienta—, ¿para qué has pedido esos días extra? ¿Es que te pasa algo? —obviamente Maruja se estaba dando cuenta, por el cambio de colores que yo mismo me notaba en la jeta, de que algo fallaba.

—T-t-t-t... —ah, sí: casi se me olvida deciros que de chico me llamaban “el tartajas”, por ser (je, je, por qué va a ser) un tantito tartamudo, en ciertos trechos, tramos o trances particularmente traumáticos, en los que cojo y me atranco.

—Tranquilo, cálmate y tómate el tiempo, Juan, que no pasa nada. ¡Pero dímelo ya de una puñetera vez! —no sabría decir quién temblaba más, pues, la verdad, era muy raro que ella y yo discutiéramos. Nos teníamos tan calados que nunca llegábamos a tirarnos los platos. Pero esta vez...

—Verás, c-cariño, es q-q-que t-t-t-tengo una cit-t-ta c-con el DESTINO —normalmente trato de evitar las palabras con sonido ‘k’ y ‘t’, y algunas otras, que son las que siempre me dan más problemas, pero en momentos como éste mal podía yo concentrarme en ir escogiendo letritas del alfabeto.

—¿Que me estás tú diciendo, Juan?

—Uh, pues... que... ¡que llevo planeando esto mu-mu-mu-uuuchos años! ¡Esto es serio, Maruja! —dije, esforzándome en que mis ojos, redondos como bolas de billar, mostraran todo el énfasis y el afán que la feliz consecución de mi proyecto merecía—; ¡lo t-tengo t-t-t-todo planeado! ¡Y decidido! ¡Y p-p-punt-t-to! T-t-t... Sanseacabó.

—¿Pero qué es lo que tienes decidido, y planeado, y punt-t-t-to, querido?!

Sin hacer caso de su pequeña mofa, pues no era cuestión de jugar a hacerme la víctima ahora, hice acopio de todo el valor del mundo, y se lo dije:

—¡Maruja, voy a hacer un viaje por mi cuenta! ¡Por La Rioja! ¡Con una burra!

Ya está... soltarlo todo; es la mejor forma... Es... ¡Lo había soltado! ¡La raya invisible... la había cruzado! El Rubicón. Pizarro y su renglón. Cortés y sus barcos quemados. De aquí en adelante yo navegaba por aguas ignotas y procelosas.

Uno podía sentir las chispas flotando en el aire. La atmósfera, más que cargada ni plúmbea, era explosiva. Faltaba sólo que el significado de mi mensaje calara por entre los resquicios de la mente de Maruja.

—Si quieres emborracharte no tienes que irte tan lejos. ¿Qué tiene Granada de malo? ¿Ya no te sirve para coger una tajada de las tuyas?

—No Maruja, no. Que lo digo en serio —el tartamudeo desapareció. Yo respiraba alentado por una nueva magia; de aquí en adelante ya nada era imposible. Era como si tuviera los cuatro ases de la baraja en mi mano.

—¿Has conocido a otra!

—Que no...

—¿Has hecho alguna burrada! ¿Qué has hecho, Juan? ¡Dime qué has hecho!

—Que ya te lo he dicho. Que quiero hacer un viaje. Con una burra. En La Rioja. Este verano. Y ya está. ¡Osú!

—Rrrrr... ¡Anda ya! —Maruja se puso a moverse de un lado para otro, ya mirando en mi dirección, ya mirando hacia todos los demás lados menos hacia mí, sin acabar de creer que esto estuviera pasando, o tal vez aferrándose a la posibilidad de que esto fuera un extraño chiste, una broma de mal gusto.

—¡Tú te vienes con tu hija y conmigo a Almuñécar como me llamo María Juana Teresa! ¡Irte a La Rioja, y con burra... ni puta ni coja! ¡¿Qué mierda tiene La Rioja, coño?! —iba a decir ‘Logroño’ pero me contuve; ya veis que el vocabulario de mi Maruja adquiere tonos insospechados y vivo colorido cuando se altera— ¡Así, como quien no quiere la cosa, hala! ¿Pero tú qué te has creído, que soy el pito del sereno, el coño de la Bernarda? ¡¿Me tomas por tonta del bote o por loca?! ¡Eso es! ¡Tú lo que necesitas es un médico! ¡A ti te han comido el coco, o te lo has comido tú mismo que es lo más probable! ¡Ay Dios mío, a mí me da algo! ¡Socorro... uy qué sofoco! —se fue corriendo a la cocina, cerrando la puerta tras sí.

Yo me quedé de pie en el salón, mirando atontado a mi alrededor. La tele aún estaba puesta, produciendo se acostumbrado runrún. La apagué, y gritando en alto algo como que me iba a dar una vuelta, salí a la calle, a dar una vuelta. Ni más, ni menos. Y a tomarme un par de coñacs. Para los nervios.

Cuando regresé, ya cerca de la hora de cenar, y con una desigual mezcla de envalentonamiento y de pena por Maruja, ambos sentimientos ayudados por los efluvios etílicos

de las siete u ocho u once copas que me había tomado, me esperaban las dos, madre e hija, tal para cual, al pie del cañón. La poco y mal adquirida valentía que traía se esfumó. Yo era el cordero que entraba en el redil a ser degollado.

—¡Mira a tu padre, Teresa! Y encima borracho. ¿Qué, has tenido bastante? ¿No nos has causado ya bastante daño? Anda, ahora ve y deja que la bebida te mate. Así no hará falta que te nos largues por ahí.

—Jó, q-qué essajjjerá, Marujjja... mujjje...

—Teresa —dijo mi esposa—, tu padre nos deja por una burra. ¿Qué te parece?

—Mamá, no exageres —interpeló la joven, conciliadora—, y veamos qué tiene que decir papá, que me gustaría oírlo yo de sus labios. A ver, papá, ¿es cierto que te quieres ir por tu cuenta al norte, a hacer no-sé-qué con un animal... de carga?

Por toda respuesta, y en vista del ambiente caldeado reinante, resolví hacer algo que se me había ocurrido mientras estaba en el bar: me fui al cuarto del ordenador y cogí la versión Gutenberg de Internet de *Viajes con una burra*, de Stevenson, que había sacado por la impresora, y que llevaba días estudiando con toda minuciosidad. Se la llevé a Teresa.

—Toma, lee esto. Para que os deis c-cuenta de que lo que p-pido no es una c-cosa del otro mundo. Ssi Sstevensson lo hizo, yo t-tam-también lo p-puedo hacer. ¡Buenas noches!

En ese momento, justo cuando me disponía a irme a acostar sin cenar para no tener que seguir afrontando a estas dos engreídas energúmenas, este par de endriagas enfadadas, sonó el teléfono. Por las palabras de Teresa al contestar deduje que era mi hijo Paco.

—Papá —dijo la niña—, es Paco. Que te pongas. —Cogí el auricular y escuché la voz de mi hijo, que me preguntaba, no sin cierto tono de cachondeo— ¿Es verdad que te quieres ir a recorrer el mundo con una mula?

—No, Paco, no, mal informado estás. ¡No es mula, es burra! —repuse escueto pero enérgico. Mi hijo podía ser un poquitín raro a ratos, y yo no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar. Pero lo que no me esperaba era que se pusiera a reír a carcajadas. Efectivamente, se reía, y por mucho que yo traté de explicarme, no paraba. Al final, gruñendo, colgué el teléfono.

A estas alturas mi cabeza se iba despejando, así que fui y me encerré en el cuarto del ordenador, a conectarme y navegar por mundos más coherentes.

— — —

El cíclope me tenía bien agarrado, su gigantesca mano rodeándome la cintura. Levantándome por los aires como si yo fuese una pluma me acercó a su enorme ojo único, a observarme entre curioso y enojado. ¡Caráy y qué bien logrado! ¿Pero cómo se llamaba el creador de este monstruo? Ray Harryhausen. ¡Eso es! Qué raro acordarme precisamente ahora, si siempre se me olvida. Pero para confirmarme que aquí se mascaba, de veras, la tragedia, me dio una sacudida, como si yo fuese una latilla de zumo de piña. A continuación me acercó a la boca de su gruta, que se abría desde arriba, a modo de cráter, por encima de un montículo que sobresalía de entre los bonsái de pinos (¿o eran encinas canijas?) que pululaban por ahí. Mientras yo pataleaba inútilmente intentando librarme de su horrible garra, el feo pastor, que ya tenía oficio, y hasta nombre, pues de Polifemo se trataba, me fue descendiendo por la negrura de la cueva, ¿acaso — hallaba yo ocasión de preguntarme—, iba a ser abrumado y devorado ahora a mordiscos por aquella “infame turba de nocturnas aves, gimiendo tristes y volando graves” de que habla la historia tan bellamente hilvanada por la pluma del ínclito e insuperable Góngora? *Mens sana in corpore sano...* ¡INSEPULTO! apostrofaba mi Paco y reía como el malo de las películas: Jo, jo, jo, jo. Ahora tendré que encontrar los odres de vino y emborrachar al monstruo mientras duerme;



pero si son de rioja tinto me bebo yo uno primero como me llamo Juan... eso sí, sin emborracharme del todo que si no la cagamos. De pronto me hallaba en el suelo, mas no de una cueva, sino que sentía arena entre los dedos de mis pies: una playa.

—¡Vaya hombre! —exclamé—. Ya estamos en Almuñécar. Desde luegoooo...

Pero algo raro ocurría. Al acercarme a la orilla podía percibir claramente que algo maligno flotaba en el aire, y que de un momento a otro se presentaría, procedente del mar, algún ser marino maligno, peor que nada que hubiese visto hasta el momento... ¿un tsunami? Agarré un pequeño burro que yo estaba protegiendo, y que curiosamente cabía perfectamente entre mis brazos. La pobre criatura temblaba indefensa en medio del caos que significa el vivir.

Puse pies en polvorosa, corriendo como un gamo, huyendo de la orilla del mar como si el agua fuese ácido sulfúrico para mis pies. Vi una cueva que se abría al pie del acantilado, a ras de la arena de la playa. ¡Mi salvación! Entré animoso por este resquicio a la esperanza, y penetré más y más en las entrañas —*in medio imo*, como dijera aquel clásico, o *hasta el nío*, ¿o éste no encaja aquí?— de la montaña. Total, que con la lengua fuera me senté en una roca, (mis brazos ahora estaban libres) y levanté la vista, para ver, oh mal de males: el dragón de la caverna, ¡claro! El que faltaba. Míralo, encadenado y todo. Ahora se dará la vuelta, taponándome la salida, y se me pondrá a echar bocanadas de fuego. Me va a dejar más chamuscado que una ración de pajaritos fritos. Efectivamente, me tiene atrapado. No, no, monstruito, que me achicharras... ¡Aaaaay!

Abrí los ojos para verme en el sofá, donde me había ido a dormir como suelo hacer cuando bebo, y Benji, el perro, me echaba el aliento caliente encima.

—Hola Benji. ¿Tú sí me quieres todavía, verdad que sí perrito? —Fue mi saludo al perro de la familia. Él agitaba alegre el rabo. En respuesta me dio un lametón, mojándome los labios. Noté entonces lo deteriorado de mi condición. Tenía la boca totalmente seca, me martilleaban las sienes, y la zona del hígado parecía como si hubiese recibido una coza.

Salí rápido del piso y me dirigí derecho a mi bodega favorita para ocasiones como la presente: barata, tranquila, chapada a la antigua, y abierta los domingos por la mañana, como lo era hoy, y que yo como fiel trabajador sabía perfectamente. Cuán poquitos lugares quedan ya en Granada como éste comparado con mis buenos tiempos. Me tomé una sola copa, acompañada de un café negro, y me llegué al Paseo de la Bomba, al que también llaman el Salón, a sentarme un rato en el parque e intentar hacer una evaluación de los destrozos después de la refriega de la víspera.

La cabeza, sin embargo, se negaba a arrancar; así que me quedé ahí sentado, hecho un pasmarote, dejando que los insectos y el mundo exterior en general me envolvieran con su zumbido y con sus trompetazos de claxon mientras yo vegetaba en ese banco pidiendo que le echaran mierda al pito y poco más.

No hacer nada era lo mejor que podía hacer. Y así actué esa mañana.

El almuerzo discurrió como un velatorio. Comí (poco) y me fui a la cama a echar una larga siesta a solas con mis paranoias. Maruja suele pasar las horas de la sobremesa echada en el sofá viendo la tele, y la Teresa en su cuarto, leyendo o estudiando o trasteando con su ordenador personal. En esta ocasión, como había manifestado durante la comida, iba a terminar la lectura de la novelita o relación de viaje de Robert Louis Stevenson. La niña —a pesar de sus veintitrés años casi cumplidos, para mí era la niña— estudiaba filología inglesa, siguiendo la tradición anglófila dominante en la familia, y me enorgullece decir que con muy buenos resultados hasta el presente, así que el texto, aun siendo un tanto hermético en cuanto a estilo, no le debía de suponer ningún obstáculo, habida cuenta de que su labor en esta ocasión no era la de erudita sino la de jueza de la cordura paterna.

Por la tarde estuve haciendo algunas tareas atrasadas con el ordenador. Miento. Estuve perdiendo el tiempo con el ordenador. Sobre las diez me senté en el salón-comedor a ver una película mientras se preparaba la cena. Solemos cenar viendo alguna película de las que ponen a esas horas, aunque a Maruja le pone mala ver crímenes y sangre y todas esas cosas viscerales de *gore* que tanto se estilan últimamente en Hollywood, si es que no ha sido siempre así, de tapadillo o por lo ‘bajini’, y a la familia entera nos repatean los excesivos tiros de tanta pistola, rifle y ametralladora. Aparte de nuestra común aversión a las armas de fuego, los gustos de Maruja y los míos son diametralmente opuestos en cuanto a las películas: a ella le gustan los “clásicos” melodramas o dramones de los años cuarenta y cincuenta, mientras que a mí me atrae lo más estrictamente actual.

Sí, lo admito. He sido tan aficionado como el que más a los héroes del día, y aunque ninguno de ellos perviva, como lo pueda hacer un Clark Gable, en la memoria colectiva de las gentes, a mí que se quite de mi pantallita cualquier antigualla en blanco y negro si haciendo *zapping* consigo hallar alguna película nueva y no vista protagonizada por un inquebrantable poli de la categoría y calaña de Harry el Sucio, también llamado Callaghan, un justiciero de la casta y abolengo de Charles Bronson, o un resacoso y sarcástico Bruce Willis. Y luego está el quebrantahuesos, y el Rambo ese, y *Terminator* y en fin, ¿qué os voy a contar que no sepáis?

Cuando Teresa se sentó, acabada de poner la mesa, le pregunté:

—¿Has terminado de leer la novela?

—Sí.

Me quedé esperando a que dijera algo. Ella agarró la jarra de agua helada y se llenó el vaso. Le dio un pausado sorbo.

—¿Yyyyy...? —berreé casi. Su mirada vagaba entre el vaso, el televisor, algún lugar en el suelo, encima de la mesa, a ver si faltaba algo, y alguna mirada furtiva en mi dirección.

—Robert Louis Stevenson era un bicho raro. Y en todos los sitios que fue lo tuvieron por tal. O si no pensaban que era un mercader, o en el peor de los casos, un pedigüeño.

—¡Robert Louis Stevenson escribió *La Isla del Tesoro*, y *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* y un larguísimo etcétera! Es el autor más ubicuo entre los libros que puedes descargar gratis de Internet ¡Si hasta los gatos lo conocen!

A mi niña, a quien no le gustan ni los melodramas como a su madre, ni las películas modernas de acción e intriga (y desde luego mis héroes le disgustan profundamente), ni nada que pongan en la tele, para qué nos vamos a engañar, tampoco cabía esperar que estos títulos fuesen a representar para ella garantía de calidad. Las dos obras citadas de Stevenson obviamente no encajaban en lo que ella consideraría ‘gran literatura’.

Por suerte o desgracia no soy el único padre a quien le ha salido una hija intelectual y pija. Y mejor esta cruz que el típico crío de hoy, que me dicen que no lee nada. Nunca.

—Papá: ese viaje tuvo lugar hace ciento veintitantos años.

—Bueno ¿y qué?

—Que no había coches.

Finalmente se sentó Maruja a la mesa y nos pusimos a comer. Se habló de lo que Teresa había leído. La curiosidad de mi mujer era menos que nula; lo único que preguntó fue algo acerca de que si aparecían tías guarras en la obra, a lo que la niña le aseguró que no, pero que curas y que monjes sí había... y a mansalva, añadió, enigmática, mi niña.

Yo casi habría preferido salir por ahí y evitar la tensión reinante, pero me alegré de no haberlo hecho, dando un pasito, aunque muy cortito, hacia un atisbo de normalidad y cordura, que tanta falta nos hacía en esta nuestra casa de los locos.

## 2. Solo ante el peligro

Cuando desperté era tarde, muy tarde. Salté fuera de la cama. Maruja hacía horas que se había levantado, y había desactivado el despertador de mi mesita de noche.

En cuanto me oyó hizo Maruja acto de presencia y, abriendo la puerta del dormitorio, espetó:

—Hoy tienes cita con el médico.

—¿Y mi trabajo? —le pregunté azorado, y con no poco pánico.

—Ya les he llamado. Tienes una cita con el médico.

—¡Pero si no estoy enfermo!

—Tu ve a que te vea el médico.

En vista de que no había forma de sacarla de sus trece, decidí que lo más conveniente, dadas las circunstancias, era seguirle la corriente. A la pobre esto que estaba pasando podía alterarle los nervios.

Desayuné, cogí el volante azul del médico que me dio mi esposa, y plantando en su mejilla un minúsculo ósculo, me puse en camino al ambulatorio. Maruja debió acudir allí entre las 7 y las 8 de la mañana a pedir el volante.

Cuando llegué y le enseñé el papelito a la enfermera, me dijo que no, que ese volante era de los de “urgencias”, para una tal Doctora Giménez-con-‘g’, en el Hospital de Traumatología, donde ejercían los especialistas.

Lleno de confusión dejé que mis pies me guiaran hacia allá. Mirando el reloj vi que tenía tres cuartos de hora para llegar, si es que en ese lugar respetaban las horas con cita, así es que no me di demasiada prisa. ¿Para qué necesitaría yo un especialista? ¿Y por qué Traumatología? ¿Acaso me he roto yo algo? Eché una somera mirada a mis brazos y mi cuerpo y no vi nada fuera de lo normal. Sólo mi oronda tripa, viajando siempre por delante.

Entré en el edificio, que resultó no ser el principal, una enorme mole rectangular, sino un pequeño anejo a la derecha, pero que aún así tenía cuatro o cinco plantas. En el ascensor pulsé el cuarto piso, tal y como especificaba el volante. Me di cuenta de que estaba sudando a mares. Estos días pasados la temperatura había sido felizmente benigna para esta época del año, pero me resigné a pensar que ya se había acabado lo bueno, y yo me encontraba, mientras el ascensor subía a su destino, o al mío más bien, empapado de sudor. Tal vez fuera solamente porque Traumatología había resultado estar más lejos de lo que yo recordaba, y encima cuesta arriba, pero la verdad es que yo, con mis kilitos de más, era muy malo para esto del calor. Al descorrerse la puerta del ascensor vi que eran justo las once y cuarenta y cinco de la mañana, y curiosamente, oí que llamaban mi nombre por el altavoz.

—¡Señor Juan Estébanez Maldonado!

Avancé siguiendo las indicaciones por un pasillo estrecho, el cual se abría a una zona como neutral o tierra de nadie, con cuarto o cinco puertas alrededor, puertas todas muy ‘de hospital’, blancas, sin vida. Una de estas puertas estaba abierta, y desde dentro una autoritaria voz de mujer acostumbrada a mandar me exhortaba a que entrara:

—Sr. Estébanez. Pase por aquí, adelante, pase.

La dueña de la voz sentábase tras un brillante, pulido escritorio de madera.

—Siéntese y dígame lo que le trae por aquí.

Era una mujer de unos cuarenta años, con gafas que aumentaban unos ojos suspicaces, el pelo muy recogido, aplastado contra el cuero cabelludo, haciendo que su cara pareciera más grande de lo que era. Su sonrisa se me antojó abominablemente falsa. Se notaba que si de ella dependiera, lo último que desearía ella era tener que estar aquí en este cuartucho de hospital perdiendo su

valioso tiempo conmigo.

Yo me senté en la única silla que había a este lado del escritorio. Miré a mi alrededor sin acabar de hacerme una composición de lugar. Un par de cuadros sencillos, tipo tienda de muebles, adornaban las paredes, y sobre el escritorio había un cenicero vacío y la carpeta de papeles de la doctora, además de una foto de mesa con la cara de un perro, un mastín o un dogo tal vez, un perrazo grande y oscuro y feote. Mi Benji era mucho más bonito —pensé—, y simpático.

—¿Que qué me trae por aquí? Eso me lo tendrá que decir usted, porque yo no tengo ni la más remota idea.

—Ujúm. Ya veo —escribió algo en la libretilla de notas que tenía abierta delante—. ¿Usted ha venido aquí esta mañana, por sus propios pies, pero no sabe por qué?

—Eso es.

—Y dígame —me miró, si no con ojeriza, con algo muy emparejado—. ¿Por qué cree Vd. que está aquí y no en, digamos, el cine, o la piscina?

—Verá, yo me desperté esta mañana, ¿sabe?, y era tardísimo para el trabajo, pero mi mujer me dijo: “Tú no vas al trabajo hoy, tú te vas a que te vea el médico”...

—Perdone. Así que está usted casado —siguió tomando notas en su bloc. Ni siquiera miraba para arriba ahora, lo cual no me pareció muy profesional que digamos.

—¡Pues claro! ¿Cómo iba mi mujer a mandarme al médico de no estar yo casado?

Ella dale que te pego anotando cosas. Yo intenté asomarme a ver qué diablos apuntaba en su librito, pero ella, levantando ligeramente la voz, me ordenó:

—¡Compórtese, señor Estébanez, que me parece que ya es usted mayorcito!

—Perdone, perdone, pero es que estoy hecho un lío —una col-liente continua de agua, tenía ganas de añadir, pues este interrogatorio me estaba empezando a fastidiar tanto, que me entraban ganas hasta de reír.

—Señor Estébanez, su esposa le ha pedido que venga aquí... ¿No tiene ninguna explicación de por qué ella habrá decidido que Vd. necesita de nuestros servicios profesionales? —su voz había ido subiendo unos cuantos decibelios a cada par de sílabas, de forma que las dos últimas debieron sonar en la calle, me dije, cuatro plantas abajo.

—No.

Ella se aferró a su bolígrafo con fiereza. Los nudillos se le pusieron blancos, más blancos que todo el resto del cuarto. Entonces caí en la cuenta. Con las prisas, la confusión, etc., yo ni me había parado a pensar qué tipo de especialidad profesaba la doctora a la que había acudido. ¡Ella tenía que ser psiquiatra, claro! Me sentí como un idiota. Y también sentí una terrible irritación por lo que había hecho mi mujer. ¡Qué osadía!

—Oiga, ¿es que se cree usted que yo estoy loco? ¡Será posible! ¡Una psiquiatra, una loquera! ¡Yo me largo de aquí! —grité, levantándome del asiento y gesticulando con los brazos.

—Váyase, señor Estébanez, váyase pues —de pronto su tono de voz sonó melifluo—; ¡y que tenga un buen día!

Salí del lugar dando grandes zancadas, y tomé las escaleras, que bajé de dos en dos, echando anhelantes miradas por la ventana de cada rellano y que daba a la calle, al aire libre, al oxígeno, a la libertad. Abandoné el edificio a todo tren, y ya en la calle viré a la izquierda, que me devolvía al centro de Granada. Enseguida pasé por delante del portalón de la clausurada prisión provincial, crucé la calle, y me metí en el primer bar que encontré a pedirme un cognac doble con un vaso de agua.

De pronto me entraron ganas de fumar. Unas ganas enormes. Hacía sólo tres meses que lo había dejado. Un vicio que había adquirido a los diez añitos y que me acompañaría durante casi

cuatro décadas. Así que no me vais a tener escribiendo que si encendí un pitillo y tal a cada tres por cuatro, lo cual significa una página o dos menos de libro, cosa siempre de agradecer, ¿no? O bien dispondré de más espacio para hablar de las florecillas del campo, los árboles del bosque o los peces de estanques y ríos.

Me aguanté las ganas de fumar. Sabía que desaparecerían tarde o temprano.

—¡Claro! ¡La muy...! ¡Y qué suave me dice ‘tienes cita con el médico’! Se enrollaría cosa fina para obtener una cita inmediata. ¿Y qué de perrerías no le contaría a la enfermera sobre mí? ¿Qué elucubraciones, qué monstruosidades...? ¡Mujeres!

Me zampé una segunda copa, refunfuñando, y empecé a considerar adónde podría ir para estar más a gusto y en mi salsa y calmar estos incómodos nervios de la excitación. Necesitaba alguna tasca tosca, una bodeguita. Es que ya no hay donde ir, me decía. En Granada han quitado todos los mejores sitios. Si alguno queda no es más que un museo, peor que lo auténtico. Uno a uno, los han ido exterminando a todos. Nos están exterminando a todos nosotros quiero decir.

Bajé hacia la zona de la plaza de toros, internándome por callejuelas donde abundaban los puestos de frutas y pescado, las droguerías y las mercerías. Al final entré en una cafetería anónima, idéntica a mil, dos mil, otras. Hasta el nombre ‘bar’ está desapareciendo de mi ciudad; ahora son ‘pubs’ con pronunciación inglesa de la ‘u’; decimos ‘club’, y en cambio ‘pab’. La juventud va abocada al desastre. Ha perdido los sólidos valores de siempre de sus mayores. Decididamente. ¿O es que estamos en Glasgow? ¿Y esa música, a eso se le puede llamar música?

Medité, encima de otra copita, acerca de la reacción de mi Maruja. A ver... yo quiero hacer un viaje, un viaje por mi cuenta. Y quiero llevar conmigo un borrico que me dé compañía y que me lleve los trastos. Quiero entrar en contacto con la naturaleza, fundirme con ella, como han ido haciendo las gentes sencillas durante milenios. Quiero incluso ver si es posible conocer de cerca a esas gentes, trabar conversación y —por qué no— amistad con ellas. Y ¿por qué no? tal vez incluso amistad conmigo mismo, que estoy ya que no me conozco. ¿Pero es esto acaso tan grave como para mandarme a un psiquiatra? ¿Qué se cree mi mujer, que la psiquiatra esa me va a hacer ver la luz: que deliro, que lo veo todo al revés, que estoy desquiciado? ¿Y si es la realidad la que está desquiciada y no yo? ¿Eh? ¿Eh? O a lo mejor me pone a régimen de pastillas, del Prozac ese tan popular entre los yanquis. ¿Es que mi Maruja quiere que su marido vaya a Almuñécar como un zombi, a sentarme tieso, sin parpadear siquiera, bajo la sombrilla verdiblanca?

—Sí cariño; no cariño; claro que no... eso no. Y qué razón tienes, mi amor —me levanto mecánicamente y me lanzo, así como medio de costado, las piernas tiesas en plan momia, al agua, que tiene unos pocos centímetros nada más allí en la orilla, claro.

—Y después se enfada cuando se me van los ojillos tras... ¡*las tetas de las tías!*

Levanté la vista del aro que dejaba la copa sobre la formica del mostrador: las últimas 5 palabras me habían salido en voz alta. Me tapé la boca con la mano, hice un encogimiento de hombros y lancé una sonrisita, pero la señora de detrás de la barra, que era la única que me había podido oír, no mostró haberse dado cuenta. Me quedé parado, sorprendido de mi conducta: primero, me había puesto a hablar en voz alta a solas; segundo, había soltado tres ‘t’ seguidas sin tartamudear. Esto se estaba poniendo serio: la psiquiatra ya me estaba haciendo cosas en la psique. ¡Me estaban comiendo el coco! ¡Coco-coco, al coco ricoooo... coco-ri-cóoo! Coco sano in palmera mental insepulta. *I’m going bananas...* Woody Allen. Aguanta el carro, ¡Agarra Aguirre! Con grandes esfuerzos volví a traer mis ideas a la realidad del momento.

Empecé a cavilar, pensando que a lo mejor yo no había actuado en el mejor interés propio con abandonar la blanca oficina de la Dra. Giménez, con G. Tal vez yo acababa de perder una importante baza y ni siquiera me había dado cuenta.

—¡Pues si quieren guerra la tendrán!

Pagué la cuenta, me terminé el vaso de agua, y salí a la calle para dirigirme a la clínica psiquiátrica.

Pasé por el pasillo de acceso a la zona de consultas en cuanto me hube apeado del ascensor, no echando sino un vistazo veloz a los pacientes que esperaban sentados en los asientos azules, con sus familiares. Abrí la puerta donde poco antes había estado hablando con la doctora. Estaba vacía. Me asomé fuera. Una enfermera, o acaso una administrativa, se me acercó y me dijo directamente que saliera afuera a esperar si es que tenía cita. Yo le dije que no, que ya estaba con la Doctora Giménez, que fuera a decirle que yo había vuelto y la esperaba. La señora de blanco, con una mirada furibunda, comenzó a cerrar la puerta, conmigo dentro, diciéndome:

—Un momento.

Al par de minutos dos enfermeros grandotes y robustos entraron cerrando la puerta tras ellos, y se pusieron uno a cada lado mío, tomándome por los brazos en mangas cortas de camisa.

—Esto no le va a doler nada. Le calmará.

Y uno de ellos me clavó una aguja en el brazo. Yo, que le tengo pánico a esas cosas, desde luego que no me meneé por temor a que la aguja me causara un daño mayor en el brazo. Confundido, no pude sino balbucir alguna patochada estúpida.

Al rato la cabeza me empezó a dar unas vueltas terribles, entre el alcohol y el calmante. La puerta se abrió y entró lo que debió ser una doctora, o al menos lo parecía, pero no la doctora Giménez, desde luego.

—¡¿Co-co-c-c-c-c?! —dije, moviendo amenazante mi dedo índice.

—Tranquilo —me calmaba—. Tómese estas dos pastillas, que verá lo bien que le sientan.

—¡N-n-n-n...! —Traté de detenerla. Pero no había manera. Ella ya me estaba empujando un vaso de agua hacia la boca y con la otra mano indicando que abriera la boca y aceptara las dos pastillas. Dirá el lector que estuve loco al aceptar esas pastillas, pero la verdad es que mi voluntad estaba ya en manos ajenas.

Salió la doctora, o enfermera, o lo que fuera. Yo, exaltado, miré de un lado para otro, dando brincos de exasperación. No sabía si agarrar una silla para ponerme a destrozar el lugar, subirme al escritorio a zapatear como un endemoniado poseso, o qué. Finalmente, un poco a lo Butch Cassidy y el Sundance Kid en Bolivia, salí a la carga, a enfrentarme a mi fin último dando tiros, vendiendo cara mi vida.

Viendo el personal sana-locos o mata-cuerdos de aquella particular ala de hospital a esta furibunda fiera en su salita central, gritando a pleno pulmón y dispuesto a llevarse por delante al primero que osara plantarle cara, se abalanzaron sobre mí, me abrumaron, y consiguieron finalmente introducirme en un cuarto nuevo y especial, al parecer. Me aplicaron otra inyección en el brazo.



### 3. En un lugar de la marcha

Y llegados a este punto, conscientes de que el público lector requiere que se le relate y explique el caso muy por extenso, en el deseo de que la comunicación discurra cabalmente, sin saltos ni omisiones improcedentes, se hace imperativo que la presente relación eche mano de otro narrador en ciertos momentos o situaciones que podríamos, sin exagerar en demasía, tildar de críticos, si es que estas ocasiones llegaran a producirse, que sin duda lo harán, como ya vamos comprobando. También habrá de aparecer este narrador que todo lo ve en aquellos casos en que un servidor, el protagonista, ciego a muchas cosas que el estimable público pudiera desear conocer con pelos, uñas y señales, no dice ni pío, lo más probable porque ni se da cuenta o no se fija en lo que tendría que fijarse.

Un ser es este intruso que se arriesga a hacer acto de presencia aun a costa de ser acusado de engreído sabelotodo; un ser no limitado por menudencias cuales son un mamporrazo en la chola, una sobredosis de sedantes, o una rabieta feroz. Un ser que incluso tiene poderes de vidente sobre el pasado, el presente y el futuro.

Si me preguntáis a mí, Juan Estébanez, que quién es éste que me quita la pluma de la mano para seguir allí donde yo me he apeado, no os sabría decir, salvo que me parece que de alguna forma sutil e inenarrable brotó de mi imaginación, esa hirviente imaginación viajera ya referida, y que este ser ha andado muchísimo mundo, sabe muchísimas y maravillosas cosas de esta vida perra nuestra, arrastrada, y a veces sospecho que me insufla fantasías alienígenas, y no de higos a brevas, sino a menudo, cuando más despistadillo ando, que es las más de las ocasiones. Sobre todo, que este ente ha adquirido vida corpórea propia, si bien invisible, inaccesible e incontrolable.

Desde luego yo no lo domino, sino que antes bien me domina él, o ella, o ello, a mí, imponiéndome, a la primera de cambio, algún peculiar patrón de conducta. Esto podría sonar a un intento de exculpación de mis mil limitaciones, y si es así, pues vale, pues sepan que, si a mí me preguntan cómo suceden los eventos humanos, si impulsados por un lógico y consecuente actuar y relacionarse de mentes lúcidas entre sí y con su entorno, sin duda mi respuesta es un rotundo NO. Sí, admitido: yo veo un billete de diez mil pesetas en el suelo y me agacho a cogerlo. Y si son euros tanto más, aunque pensaría que hay gato encerrado. Fuera de eso, todo es conjetura. Mariposillas y ganas de buscarle los tres pies al susodicho gato. Hay más entre la tierra y el cielo que imaginarse pueda jamás.

A falta de otro nombre pueden llamar a nuestro narrador suplente mi *alter ego* si lo desean, pues así lo llamo yo, o a veces le llamo demiurgo: Platónico nombre. O a lo mejor desvarío. Una vez lo llamé ‘un pajarillo’, pero me di cuenta de que ese término se quedaba muy pequeño o no le encajaba en la horma del zapato: podía aplicarse a las flaquezas ajenas, pero no a las mías. Por lo general —digo y ya me quito de en medio— me alegro de tenerlo, pues sin él (masculino ‘por defecto’) yo no entendería papa de lo que pasa a mi alrededor. Además, estoy convencido de que en realidad nunca me cuenta de la misa ni la mitad. Como está mandado. *Ciao*.

— — —

*Y pues sucedió que Juan se quedó profundamente dormido en ese cuarto semi-acolchado. Tan dormido que, en entrando a comprobar su estado, los especialistas temieron por su vida. Consultaron entre sí las diversas administraciones de fármacos aplicadas y sus dosis, añadidas al alcohol que impregnaba la atmósfera de la sala, obviamente proveniente de los pulmones y*

*los poros del paciente, y determinaron enviarlo a Urgencias.*

*Antes, buscaron en sus bolsillos para determinar con certeza su identidad, pues ya no estaban seguros ni de quién se trataba (la mayoría del personal pertenecía ya al turno de tarde y no habían recibido sino noticias muy indirectas respecto a la existencia de un ‘caso clínico’ o ‘chalao’ en la sala Z).*

*Sí, el sujeto, en efecto, era el tal Juan Estébanez Maldonado, y sí, disponían de su Carnet de Identidad, y su esposa había estado llamando por teléfono. Confirmado. Todo esto tenía que quedar registrado en el formulario adecuado y previsto al caso.*

*Llamaron a urgencias y dejaron a los de este organismo la tarea de llamar a su casa, si fuese menester.*

*Lo cual que no hicieron.*

*Pero eso no viene al caso, por mucho que el estilo enigmático lo sugiera.*

— — —

Me desperté inundado de luz. Tenía una botella de suero a mi vera, con el tubo, o la aguja más bien, entrando en mi brazo. Unos electrodos controlaban, mediante una máquina, mis signos vitales. Vagamente recordé las inyecciones y las pastillas y los brazos y las manos sobándome, maltratándome, y supe que tenía que salir de ahí.

Era imperativo conservar la calma. Primero observé la pequeña máquina cuadrada que había detrás de la percha del suero, que debía medir mis pulsaciones cardíacas, que recibiría por conducto de unos hilos que habían pegado a mi tórax con un círculo adhesivo. Accioné el interruptor que más obviamente era de apagado, pues decía *on/off*: lo llevé a ‘*off*’. No sonó ninguna alarma. Bien. Ahora, con cuidado me quité las ventosas de mi cuerpo, y levanté las vendas que cubrían la aguja de mi brazo. Extraje el intravenoso. Silencio. Mi reloj aún estaba en mi muñeca: la una y media de la madrugada. Seguro de que no me dejaba nada me llegué a la puerta y la abrí con sumo cuidado. Un pasillo, y al final, a la izquierda, una enfermera sentada leyendo. A la derecha, más pasillo, y no muy lejos de mi lugar veíase una puerta que debía de dar a unas escaleras y a mi salvación, pues el letrerito de encima mostraba una escalera-flecha y la palabra SALIDA. Había que andarse con cuidado extremo. Miré a la enfermera, conté tres, y... ¡corrí hacia las escaleras!

—¡Oiga, pare!

Descendí por las escaleras a mil por hora (parecía haber un montón de pisos) pero no conseguí llegar a la planta baja. Antes de darme plena cuenta, ya tenía a cada lado un gigante de esos agarrándome por los brazos. Yo me revolvía como una lombriz tratando de escabullirme. Al final llegó un médico, saliendo del ascensor, acompañado de otras dos personas, y, con ademán de tenerlas todas consigo, y emanando hectólitros de autoridad, dijo simplemente:

—déjenlo ir. —mirando en la dirección general de mi cara, mas no exactamente a los ojos (¿o es que era algo bisojo?), añadió—: ¡Puede marcharse!

Salí a la calle entonando una respetable tanda de aleluyas.

—Jó, qué rollo de día.

Me fui a la zona que la juventud ha dado en llamar de la ‘marcha’, por Pedro Antonio de Alarcón, a sentarme en la incómoda banqueta de hierro de un pub, cubista y deprimente, a ingerir cubatas.

— — —

*Dejemos por un espacio a Juan meditando en el mostrador del pub sin llegar a pronunciarse sobre si convenía colgar a su Maruja de una soga muy larga, cortarla en trocitos menudos, o simplemente hacerse “el longui”, como si no hubiera ocurrido nada.*

*Muy lejos de allí, a más de seiscientos kilómetros, otra criatura hallábase rodeada, no del luminoso blanco y negro de un moderno, ruidoso pub Granadino, sino de la más abyecta negrura de un establo olvidado de Dios y de los hombres. Tan olvidado estaba aquello, que a no ser por unas delgadas rendijas que durante el día delataban que existía realmente un sol afuera, en el cielo, capaz de inundar los espacios etéreos, no se podría saber cuándo era de día ni cuándo de noche. Y esta condición venía dándose demasiado largo tiempo ya... acaso a lo largo de todas las cuatro estaciones del año en curso. O más.*

*Nuestro “Papillón”, nuestro “Jean Valjean”, era una borrica parda que languidecía en esta eterna noche sin esperanza de sosiego, de redención. ¿Culpa? Ninguna tenía ella. ¿El culpable, su Javert? Mejor será que lo cuente ella misma:*

— — —

**Hiii-haaa, que significa hola. A mí me llaman la Curra, a lo mejor porque rima con burra, que es lo que soy, aunque nunca me ha gustado este nombre, pues me parece muy cateto.**

**Como dice el hombre que escribe arriba [digo yo que será un hombre, que asno no es], yo estoy atrapada en un infierno de prisión que me está matando, y no hay nada en el mundo que yo pueda hacer para salir de esta situación sino sollozar a mi manera y rezar y esperar un milagro.**

**Estas líneas sé que no son más que otra historia contada por un idiota, llena de sonido y de furia, como dijo el gran poeta, pero es lo único que os puedo dar y os lo doy de todo corazón.**

**Yo nací haré unos ocho o diez años —a los de nuestra especie no se nos suelen dar bien los números—, lo cual no son muchos años en absoluto para una borriquilla: algo así como 25 ó 30 años para vosotros, o sea, que estoy en la flor de la vida, o debería de estarlo.**

**Fui muy feliz y juguetona de chica: mi madre me llevaba a la dehesa, y entre darle una chupadita a su teta y dormir la siesta y vuelta a la chupadita, y entre corretear, y saltar por los aires, y revolcarme por la hierba o el polvo —¡oh deleitosa evocación!— se me consumían las tres cuartas partes del día.**

**Y así vivía yo como una princesita.**

**Os diré que tenía una plétora de amigas y amigos, no sólo asnales, los cuales estábamos en franca minoría, sino especialmente ovejas, cabras, algunos potrillos de caballos y mulas, y hasta algún perrito, que, si bien no era mi animal favorito, aún podía soportarlo si era chico y si conocíamos —pues pertenecía a la hacienda y propiedad— que no era malo, sino que sólo se lo hacía para impresionar a las ovejas.**

**A propósito de ovejas: ¡qué criatura más boba es la oveja! Basta con fijarse en su cabeza: es necia toda. Con todo, yo le tomé cariño a más de una en aquellas lejanas y tristemente añoradas jornadas.**

**¡Ay! ¡triste es mi sino! En cuanto tuve uso de razón, y más importante para mi dueño: músculos en mis patas, me puso a trabajar a su lado, sol a sol, en el oficio de acarreadora de albañilería. Todo el santo día dale que te pego, arriba con los ladrillos y la arena... abajo con las piedras de derribo. Aprendí todos los ángulos del oficio de acarreadora, y aprendí al mismo tiempo a entender a mi dueño y a los hombres en general. Cosa que no puedo decir de ellos, pues ningún hombre que haya yo conocido, y mucho menos mi dueño, tiene la**

menor capacidad de comprendernos a nosotros, si no es para hacernos ejecutar las más elementales y aburridas tareas. Ni siquiera hacen esfuerzo alguno por intentarlo.

Los humanos tienen una variada gama de apelativos para referirse a nosotros: burro, borrico, asno, pollino, rucio, onagro, garañón, jumento, acémila... y todos sin excepción los usa el hombre en sentido despectivo; en éste y en todos los idiomas. Pero ¿cómo se puede ser a la vez tan cruel y andar tan equivocados? Es que no me entra en la cabeza.

Bueno, volviendo a lo que iba: que entonces trabajé para mi dueño desde los dos años o así —¿cuán corta infancia la nuestra!— hasta hace un año y pico, en que la tragedia que acechaba a mi amo alcanzó su punto álgido. Yo ya veía el desastre venir, pues durante mucho, mucho tiempo me estuvo maltratando cada vez más, a base de palos que las más de las veces no venían ni a cuento: eran la exteriorización de sus propias frustraciones, de los demonios que lo corroían por dentro. Y la culpa más directa de todo lo tenían unas maquinicas que hacían un ruido horrible y monótono, tricatrín tricatrán tricatrán, dín g tricatrín tricatrán tricatrán dín g y así eternamente, y a veces hacía otro ruido de piezas metálicas, esas cositas inútiles que ni se comen, ni huelen, ni dan caricias, y que sin embargo tan locos trae a los humanos, que sonaban como una cascada al caer; y vuelta a empezar. Al par de horas salía del establecimiento y se ponía a varearme como un condenado. ¡ay...! Como veis, todavía me duele cuando me pongo a recordar.

Sí: ¡ay! Y a lo último empezó a emborracharse también, y a hacer cosas raras, causándose daños él mismo. Aunque a mí me pegaba, acabé por tener más pena por él que por mí, pues vi lo mucho que sufría. Esas máquinas lo tenían totalmente tiranizado, le habían robado la libertad.

Su madre un día le dijo que no saliera más a trabajar.

Y yo quedé aquí, encerrada, abandonada. Un par de veces a la semana asoman y me avían la paja y el pienso, y también despejan de mala manera y peor gana mis deposiciones sólidas, y echan un par de cubos de agua para mandar el olor a orines por el desagüe, sin conseguirlo, y yo les aseguro que esto no es vida: no resistiré mucho más.

#### 4. *Its Now or Never*

Inserté la llave con todo sigilo en la cerradura, acordándome del chiste tonto del puro y la llave. Con una socarrona sonrisa embobada miré mi reloj: las 6 y media de la madrugada. La que esté levantada es que está loca. Me llegué al sofá y me dejé caer a plomo. Mi hija, la Teresa, asomó el rostro por la abertura de la puerta y me dijo tratando de no levantar la voz:

—¡Hola Papá, buenos días! Mamá me ha encargado que te diga sin falta que ahí en la mesa tienes una cita para mañana por la mañana. Es con un especialista o algo.

—Pues le dices a tu madre que se vaya a la porra. O mejor, que se busque un chupa-sesos para ella misma, y que me deje a mí en paz.

Cuando desperté eran bien pasadas las tres de la tarde. No sé dónde comerían las mujeres de la casa, pero desde luego no aparecían por ningún lado. Me tragué medio litro de agua casi de un golpe después de salir del wáter. Miré el contenido monetario de mis bolsillos, me aseguré de que llevaba la tarjeta del cajero automático, y salí a la calle. Se me había olvidado tomar un par de aspirinas. Elemental querido Watson.

Sin saber adónde ir encaminé mis pasos hacia la vega, o lo poco que iba quedando de ella, vamos, huyendo del gentío urbano, aunque en realidad, siendo la hora de la siesta como era, y a finales, casi, de julio, las calles del centro hallábanse vacías de almas humanas, a excepción de aquéllas de los extranjeros, que sí pululaban de aquí para allá en busca de lugareños a quienes preguntar las mismas, eternas zarandajas:

—*Siñor, por fevfor, yo quiero que usted mi dicer dónde es Catédral.*

—*¿Doandi aista Al-jeim-bra, please?*

Y si son franceses ni siquiera se esfuerzan, sino que te lo sueltan en franchuti, que, total, tal vez sea lo mejor, y menos indecente.

Así pues con mayor razón y sin que cesaran por un momento los redobles de tambor en mis temporales, parietales, el frontal y hasta mi querido occipital, enfilé mis pisadas derecho a la nada, al vacío, del campo abierto, a los banales y las piedras del camino. Ya en el Camino de Ronda, en el bar *El Holandés*, vestigio de tiempos mejores, me tomé un carajillo —corrijo: café y copa de coñac, prefieren ellos llamarlo— y un vaso de agua con 2 aspirinas.

Andando y andando por la senda fui calmando poco a poco mi enorme malestar interior, mi rabia por los acontecimientos recientes, y convenciéndome de que pasara lo que pasara, todo volvería, por x o por y, a sus cauces normales, como suele pasar. ¿Que mi mujer me presenta los papeles del divorcio? Psché, normal. A lo mejor esto se venía fraguando ya, en secreto, con eso de marcharse los niños a vivir solos... ¿Se irá a marchar la Teresa? ¿Qué prisa puede tener, si aún es una niña? ¡Que espere hasta cumplir los veinticinco, o los treinta, al menos! ¿Y el trabajo? ¡A lo mejor me echan! ¡Qué chulo! El señor Estébanez ya no tiene que asomar por aquí, ¡nunca más! ¡Jó-der, cómo se toma esta gente las cosas, que no es para tanto! Entonces aparezco yo una buena mañana, cuando estén todos en la sala de reuniones, con mi ametralladora, y rattatata-rattatata-se-acabó-la-función, señores. ¡Ahí, ahí!

—¡Y que tengan un muy buen día!

50 millones de premio. Lo que pasa es que son todos unos enchufaos; para que cojan el teléfono tienes que llamar por lo menos diez veces al día durante un mes, lo que te cuesta un ojo de la cara, y todo para Telefónica. Coste aproximado de la llamada un euro. Los odio. A todos, coño. Una vez llamé y era una máquina al otro lado, dándome toda clase de instrucciones, diciéndome lo que tengo que hacer, y ni por un instante llegué a tener un mínimo contacto con una voz humana. ¿Me imagináis a mí aquí, por este camino entre banales y huertos, con un

móvil pegado al oído en vez de atender a la realidad, a los matojos estos, a los cañaverales mugrientos, a los papeles volando? ¡joder! ese coche ni aminora, ¡mierda! telebasura váyase Sr. Estébanez las ballenas la gasolina israel áfrica *anorexia nervosa* tu puta madre stop stop stop ALTO.

Miré a mi alrededor. Todo estaba en calma. ¿Por qué mi cabeza se meterá en estos mejunjes y berenjenales en vez de disfrutar del momento? ¡Mira: ahí está el merendero ese, el de la acequia! ¡Este sitio sí que lleva aquí desde que me conozco!

Acercándome oigo el rugir del agua y me asomo donde acaba el cemento, junto a este antiguo molino de agua, o lo que fuere, y se descubre una cascada que, aunque artificial, no por ello produce un rumor menos agradable al oído. Avanzo unos pasos y efectivamente, a mi derecha se abre un espacioso patio cubierto de parras, con tres o cuatro mesas y sus sillas, además de su banco de piedra a lo largo del perímetro. La puertecita está tapada por una cortina de jalapa, o jarapa, alpujarreña.

—¿Sirven? Digo, ¿están abiertos? ¿Me puedo sentar fuera? —pregunto, tras asomarme y dejar que mis ojos se acomoden a la repentina negrura del interior. El dueño, hombre grueso, seca vasos detrás del mostrador. Un viejecito chiquitín con boina está a este lado de la barra, que es tan alta que sobrepasa al rústico cliente.

—O mejor me espero. Primero me tomaré algo aquí dentro.

Entro y me llego hasta el dueño. Pido un vino blanco, un vaso normal, digo, mostrando mi pulgar y meñique, no un chato, y así me lo sirve parsimonioso el señor de la barriga, junto con un platillo de aceitunas minúsculas, pero abundantes y acompañadas de trocitos de ajo y de tallitos de alguna hierba especiosa. Me acabo el vino de dos difíciles tragos. Me da repeluzno y se me ponen los pelos de punta brevemente. ¡Y qué malos tragos, Dios, hay que pasar en esta vida! Desde luego, no estoy acostumbrado a beber vino estos días y menos del peleón. ¡Úfff! Agarro las olivas y me pido un tercio de cerveza para tomarlo sentado en el patio.

Ya acomodado bajo la parra que me da sombra veo unas cuantas gallinas picoteando enfrente, un poco a mi izquierda, y oigo un perro ladrando dentro de la casa, o tal vez detrás. Un gato toma el sol de la tarde en un rincón del tranco de la puerta que da acceso a la zona de la vivienda de la cortijada y no del bar. Se oye el agua gorjeando junto al camino. Algún pájaro pía. Yo trino. Lo demás es silencio.

La niña, una preciosa niña rubia a lo Shirley Temple, me enseña una margarita. En la otra mano tiene todo un ramillete de ellas. Me mira con su tierna sonrisa de niña que teme mi rechazo. Pide aceptación. Aceptación... ¡de mí! Yo extendiendo mi mano, una mano que noto demasiado gordota, y correosa, a coger la flor ofrendada, mientras tomo nota de pedirle a Maruja alguno de sus potingues, alguna crema suavizante para las manos. La rubita hace ademán de oler una margarita igual a la mía que ha tomado de su otra mano; quiere que la imite en oler la flor que tengo cogida yo. Aunque soy incapaz de captar un perfume tan tenue, le sigo la corriente. La niña lanza su margarita al río y yo con mi inherente torpeza hago lo mismo: arrojo mi margarita al agua. ¡Eh, qué fácil! Estaré algo loquillo, pero tonto, no. A ambas se las lleva, arrastrándolas, el movimiento perpetuo del líquido elemento. Así seguimos un rato, hasta que la cosa queda clara como el agua: estamos en blanco y negro y a mí me salen tornillos del cuello. Pero Dios mío, ¿acaso no se da cuenta esta criatura de que soy un horrible monstruo, y que en cuanto me quede sin flores tendré que echarla al agua a ella?

La gente no se da cuenta.

Tal vez mi Maruja tenga razón. Mañana acudiré a la cita que me tiene aparejada.



En esta negrura que me rodea sólo puedo expresar mis ideas, lanzarlas al mundo exterior por si alguien me oyera para socorrerme, pero he perdido toda esperanza. De todas formas es mejor emitir estas sílabas inútiles que quedarme muda del todo.

Sébase que de las diversas y elevadas razas asnales, o de *Equus Asinus*, que existen en europa [o sea, que hablamos del *Equus Asinus Europeus* nada menos], y en particular España, considero mi deber destacar las siguientes:

En primer lugar, ocupando la preeminencia, está el Cordobés-Andaluz, típicamente plateado, inalcanzable en premura, fortaleza, y orgullo, que algunos dicen ser de origen africano, o sea, que descendería del *Equus Asinus Africanus* o *Somalensis*, constructor de pirámides... claro que eso es sólo cuestión de nomenclatura —yo lo que digo es que la que es burra, es burra, y eso no tiene vuelta de hoja.

He oído rumores de que el burro Cordobés-Andaluz corre peligro de extinción, y digo yo que cómo es posible que los humanos sean tan estúpidamente humanos en dejar que esto suceda.

Luego está el más pequeño pero no menos abnegado en la labor, el Zamorano-Leonés, a quien los montes de Cantabria acabaron separando y aislando; y finalmente, el catalán, que habla otra lengua que no es la mía, pero también es bien majete el chaval, que no le haría yo aspavientos ni melindres a uno si estuviera aquí a mi lado, excepto que dicen que a éste lo que le van son las yeguas, esas lagartas que después te paren un mulo, bestia que no la tiene donde las debería de tener. Mas yo no me termino de creer eso que dicen, que donde se ponga una buena y sabrosa borrica que se quiten yeguas, jacas, potrillas y demás gazmoñerías.

Otras dos razas importantes, siguiendo en europa pero ya fuera de la Península Ibérica donde vivimos, son, a saber: la primera, la Sardo-Siciliana, la más chiquitilla de todas, y que precisamente por eso gusta mucho hoy en día en estos tiempos locos que corren en que los humanos, sobre todo los nórdicos y los sajones, nos quieren tener como mascotas y juguetillos de exposición y concursos. Este enano entre los burros se crió ascendiendo y descendiendo los adustos montes de Cerdeña y Sicilia, a la vera de la lava volcánica. Y por fin la más grande de todas las razas asnales, la *Baudet du Poitou*, de luengas y oscuras pelambreras, favorita, o favorito, para hacer mulas, pero cuyo número (quedan menos de 200 en todo el mundo) y cuya pureza de raza están peligrando seriamente. Los yanquis, que llaman a los de cerdeña “miniaturas”, llaman a éstos “mamuts”. yo digo que esto es un atentado contra nuestra dignidad y nuestra natural esbeltez. Claro que los Córdoba-Andaluces no les van muy a la zaga en tamaño, ¡eh! Y hay quien los encuentra más gallardos que esos hippies melenudos del norte.

Fijaos fugazmente en la palabra *baudet*, ¿a que os recuerda a *bidé*? Pues sí: los humanos llamaron burros a los artefactos para lavarse las mujeres sus partes pudendas. Y es lo que yo digo: ningún respeto.

Una servidora, he de confesar, no sin que cierto sonrojo aflore a las mejillas, descende, según mi mamá, o sea, que mis informes vienen directos de la boca de la burra de mi madre, de la casta Zamorano-Leonesa por parte de ella, de quien heredé mi color pardo marrón y mi contorno o figura no carente de grandes perfecciones, a juzgar por los entendidos. Mi cabeza tira a grande, guardando proporción con mis grandes orejas, naturalmente; me crecen melenas un tanto larguitas, lo que me molesta en verano, y por lo tanto tiendo a ir mudándolas por esta época de junio y julio. Lo más típico Zamorano-Leonés que tengo es que los cercos blancos alrededor de mis ojos son grandes y muy

claramente marcados. Este color albo va haciendo juego con mi morro, también blanco, el pecho, y sobre todo la barriguita tan preciosa que solía yo tener, aunque ahora estoy echa una penita de lo muy abandonada que me tienen.

De mi padre, puro cordobés-andaluz a lo que me dicen —aunque como ya se sabe, con estas cosas es conveniente mantener un criterio abierto— heredé la enorme prestancia (ahora, repito, en peligro de desaparecer para siempre), una frente ancha e inteligente, con un gracioso flequillo; resistencia casi infinita (pero hay un límite para todo, ¡señor!), y unas rodillas y pezuñas anchas y robustas. Dicen que mi padre era de condición mansa, y que yo he heredado de él este noble rasgo. Pero ojo, que no me toquen donde no deben si no quieren sufrir consecuencias imprevistas y contundentes... que la que avisa no es traidora.

— — —

—¡Buenos días!

—Muy buenas.

La secretaria del Sr. Bermúdez, el sicólogo, sin ‘p’, según reza la placa en la puerta, me dice que tome asiento, que me llamarán. Miro las revistas esparcidas sobre la mesita: nada, ni un miserable *Interviú*. ¿De dónde se sacará Maruja estos contactos? Tiene recursos insospechados, para cualquier eventualidad. Sale a hurtadillas una mujer joven, pequeña y encogida, me apuesto a que más encogida de lo que entró; hace por secarse las lágrimas con su pañuelo, y desaparece por el pasillo de la salida.

—Ya puede usted pasar, Sr. Estébanez.

Una vez dentro me saluda un señor alto y delgado, muy delgado y con manos grandotas. Y correosas. Esas marcas en el cuello... ¿serán restos de tornillos? ¿A quién le faltarán más tornillos? Éste debería ser baloncestista y no comecocos, me digo. Pues con el mío que no juegue, que no cuele.

Me hace sentar en un sofá mientras él toma un sillón haciendo juego. Es un tresillo que rodea a una pequeña mesa de café, como si estuviéramos en el *living* de una casa vulgar y corriente. El Sr. —doctor, si no le importa— Bermúdez —no de medicina, pero tengo doctorado— me invita a hablar de mi problema. También me indica una jarra de agua con hielo y un vaso vacío. Yo, que deseo cumplir con mi parte de lo contratado al aceptar venir a este encuentro, le pongo cumplidamente al tanto de la situación. De forma clara, sucinta, al punto. Los detalles de lo que pasó en Traumatología (nunca mejor encajado el apelativo) se los ahorré al DOCTOR Bermúdez, pues su relevancia era, a lo sumo, discutible. Me lleno el vaso de agua.

—Así que dice usted que quiere ir a La Rioja, comprarse un animal, un burro, e irse a andar los caminos —me habla pero no me mira, sino que toma notas, y lee otras que apuntara momentos antes, o al menos lo aparenta.

—Ni yo mismo podría haberlo expresado mejor, DOCTOR Bermúdez. Es usted muy perspicaz, muy agudo conocedor de la ‘p’ sique humana —afirmo, subrayando al máximo la ‘p’ de psique.

Sin atender a mi sarcasmo, me dice:

—¿Y por qué no lo hace? Adelante... ¡Vaya y hágalo!

—Muy bien. Eso haré, señor ‘p’ sicólogo. ¡Le tomo la palabra y el consejo profesional, pues claro que ‘p’ sí! ¡‘P’ sí señor, y le diré de camino a mi esposa que usted me lo ha recetado, en calidad de ‘p’ sicólogo doctorado en ‘p’ sicología!

—¡Yo no le he ‘recetado’ nada!, sólo le he preguntado que por qué no lo hace, porque dudo que sea eso realmente lo que quiere... Ahora, hableme de su entorno familiar; cuando usted era

chico... ¿qué...? su madre... —yo le corto en seco y por lo sano, advirtiéndole que no meta a mi madre en esto, si no quiere oír mentar a la suya.

—Señor... er... —mira su carpeta— Estébanez. Obviamente ni su actitud ni su postura presentes son muy constructivas. Opino dejarlo por hoy en este punto. Puede usted salir y concertar un horario de citas con mi secretaria para empezar un tratamiento, y... ah sí: abonar los honorarios de la sesión de hoy.

Ahí revienta la burbuja. Agarro un montón de revistas del revistero, lo primero que veo, y levantando éstas en el aire, las hago aterrizar en su cabeza, lanzando sus lentes narices abajo.

—¿Abonar honorarios? ¿Q-q-quiere honorarios...? ¡T-t-to-o-o-ome honorarios!

Para redondear, firmar y rubricar mi mensaje, le vierto el agua de la jarra encima. Salgo disparado hacia la salida, exclamando “beeeee, beeeee, beeeee”. Desde dentro de la oficina surgen los gritos frenéticos del psicólogo, que todos podemos oír con claridad diáfana. Bueno... tal vez con claridad diáfana no, pues le salían de carrerilla, atropellados los coléricos, si húmedos, improprios. Mirando al par de pacientes que veo en la salita digo:

—¡Está más loco que jarra cuca, peor que una cabra! Beeeeeee —evito a la secretaria-enfermera, que trata de pararme los pies, o la boca, o lo que puro pueda pararme. Pues sí... pagarle pasta al ‘p’ sicofante éste... ¡faltaría plus! ¡Ahí se pudran usted y su jefe! pienso en pleno paroxismo.

Bueno, se acabaron los psiquiatras y los psicólogos, sin ‘p’, con ‘p’, o con ‘g’, o con la madre que los parió. Quién le manda a mi mujer meterme en estos líos. ¡Que los arregle ella!

Al par de horas, y de copas, entré en la casa. Estaban allí juntas Maruja y Teresa. Yo no dije nada, sino que mantuve una actitud tensa y de muy señor mío, mirándolas por el rabillo del ojo.

—¡Juan! —casi gritó mi mujer—. ¿Cuándo tienes intención de hacer tu viaje?

—P-p-pues c-cuando vosotras os vayáis a Almuñécar, a mediados de agosto...

—¡Tú te vas ahora! —sentenció—, ¿o es que te crees que podemos sostener la situación actual en casa? Te vas, te quitas las locuras de la cabeza, y vuelves, si quieres. Y de la oficina no te preocupes que ya me encargo yo de arreglarlo. Tu estás oficialmente de baja. ¡Y tan de baja, vamos!

Me cogió el nuevo giro de los acontecimientos de sopetón. No esperaba este repentino cambio, pero, puestos a pensar, tenía su lógica. La situación familiar era, como mínimo, incómoda. Insoportable incluso, sí. Insostenible.

Yo para mis adentros estaba que no cabía en mí de la emoción de ver que de golpe y porrazo mis sueños se iban a cumplir, que ya nada se interponía entre el horrible ahora y mi maravillosa odisea asnal. Por otro lado, sabía que me faltaba mucho que investigar: no sabía nada de burros, ni de La Rioja. ¡no había preparado nada!

—Dame al menos un par de días, que me organice.

—Bueno. Tienes dos días, y te marchas.

—Vale. Dos días.

## 5. De Granada al Cielo (vía Madrid-Chamartín)

Como bien podréis imaginar, nuestro protagonista se halla sumido en un mar de confusión. La situación, que nunca estuvo precisamente en sus manos, está ahora totalmente fuera de su control. Los acontecimientos se desarrollan con independencia de su voluntad, y él se da perfecta cuenta, no sin miedo por cierto. Una cosa es imaginar un viaje, así como de mentirijillas, y otra bien diferente lanzarse a vivirlo. Él había embidado y su mujer fue a órdago. Ya no había marcha atrás.

— — —

Me tomé dos suculentos platos de cocido de garbanzos para el almuerzo (afortunadamente mi mujer y la Teresa habían decidido que era mejor dejarme a solas en este trance) y me retiré a tomar la siesta con el libro de Stevenson en la mano, y que ahora tendría realmente que mirar con lupa buscando detalles que me pudieran ayudar. Por de pronto me acordaba de que el escritor escocés había tenido serios problemas de equilibrio con el equipaje en un momento dado, precisamente en el peor, naturalmente, cuando todos los de la aldea lo miraban. Efectivamente, había cargado el animal con el centro de gravedad extremadamente alto, y todo se le fue, resbalando, a la barriga de la burra, de forma que hubo de replantearse todo el asunto, entre las burlas y las carcajadas de los lugareños. A mí esto me parecía una tontería, y casi imposible, pues de cuantos burros he visto, siempre los he visto, no con una, sino dos cargas, una a cada lado del asno, distribuidos más o menos equitativamente. ¿Es posible que un escocés decimonónico en Francia no advierta esas cosas? En fin, que determiné subirme al día siguiente al Albayzín granadino a buscar un burro de carga y fijarme si hubiese algún particular que convenía aprender al respecto, no fuera que me pasara lo mismo a mí en La Rioja a la primera de cambio. ¡Me moriría de la vergüenza! Bastante malo es que se rían de uno por su tartamudez; si encima es incapaz de cargar un pollino como Dios manda... me da escalofríos nada más pensarlo.

Estaba releendo las primeras páginas de *Travels with a Donkey* cuando me entró un sopor de no-te-menees: estaba claro que no venía recibiendo suficiente sueño salúfero y reparador. Yo levantaba mis trastos, con las mantas, la albarda, y todos los aparejos, etc., etc., sobre mi asno. El esfuerzo era descomunal e inacabable, pues sabía que volvería a caer de nuevo en cuanto hubiese acabado. Miré al suelo y vi unas piedras blancas, muchas, por todas partes, y todas parecían iguales: triangulares y blancas. Agarré un puñado con la mano: eran dientes de ajo. ¡Qué raro! me dije. Alcé la vista y vi una enorme hilera de caravanas a ambos lados. No eran solamente caravanas al estilo Western lo que veía... abundaban los caballos montados por vaqueros, mulas, asnos, y una caterva de gentes, familias de la más mísera traza, pioneros. Esto lo había visto yo... claro, era la carrera del Territorio de Oklahoma, y ahora toda esta turbamulta correría a reclamar su parcela, su homestead. Sonó un disparo, y toda la fila salió disparada, como pasa en los dibujos animados. Todos menos yo. Yo me quedé parado, mi burro a mi lado, gritando insistente: ¡Corramos, corramos, que nos quedamos a tres velas! Pero mi acémila me miraba y sonreía. ¡Pamplinas, los burros no sonríen! Pero sonreía aún más, como ese loco abogado John en la serie televisiva *Ally McBeal*, o el gato de Cheshire de Alicia en el País de las Maravillas. Miro de nuevo alrededor y resulta que sí hay caravanas, pero sólo unas cuantas, y están en círculo, y estamos rodeados por los indios que dan vueltas a caballo dando gritos y lanzando flechas en nuestra dirección. Haciendo el indio, vamos. ¡Pero si los malos somos nosotros, los blancos, como todo el mundo sabe, venga ya! De todas formas yo tengo que protegerme y me pego contra

un carromato y apunto mi revolver para disparar. ¡Burrito, protégete! ¡Que te pegan un tiro entre las orejas! Me parezco a Cantinflas. ¡Burrito, burrito...! ¡Un burrito, por favor! Un burrito, dos tamales, una enchilada... otra enchilada, dos tacos, y otro burrito... ¡marssshando...! Pero si son mexicanos, o mejicanos, con ‘j’ como solíamos escribir en mis tiempos de estudiante, y muuuuuchos: millones, pues tiene que ser éste el ejército del general Santa Ana, y esto El Álamo. Más balas. Me miro la mano que no tiene el revólver, la derecha, pues zurdo soy, y no son balas lo que veo, son dientes de ajo. Mi boca... ¡ay, pero si son mis dientes! de mi boca sale un montón de sangre, que me llena toda la pechera...

Despierto sobresaltado: uf, uno de mis peores sueños. Que me den monstruos, Jason, Freddie Krugger, cualquier día; pero no el sueño de los dientes... ni el otro en que estoy cayendo tampoco... ¡ese sí que es malo! ¡Malo de morir de un ataque!

Corro a la cocina a echarme un vaso grande de agua. Es plena tarde y en la casa hace mucho calor. Tengo el cuerpo cubierto de una fina capa de sudor. Me ducho rápido, me echo la ropa encima y salgo a la calle sin más.

Decido ir a la librería principal de Granada a perderme entre los libros un rato, por si encontrara algo que me fuera de ayuda. Una vez allí, y pasados más de treinta minutos, compro un solo libro: Platero y Yo, de J.R.J. Es curioso: a ambos “expertos” en burrigráfica les gusta firmar sus obras con sus tres iniciales: Juan Ramón Jiménez (con su querida ‘j’): J.R.J.; Robert Louis Stevenson: R.L.S. Me pregunto qué tal suena J.E.M. —J.E.M.-J.E.M., ¡óigame, jem, ejém! Dan ganas de vomitar. No, no tienen una guía de La Rioja. Nada.

De aquí voy a una buena zapatería en al Plaza de la Trinidad y les pido el mejor par de botas deportivas para caminar, tanto por ciudad como por campo y monte. Me cuestan un dinero, pero sé a que valen cada céntimo, pues un problema con mis pies, más allá de unas ampollas, y adiós viaje. Tampoco quiero esas botas clásicas y pesadas de marcha, que además de tener uno que adaptarse a ellas, o ellas al pie de uno (siempre salen ampollas), añaden otro kilo y pico más que arrastrar. No, es mejor adaptarse a las tendencias más ultra-vanguardistas, con materiales superligeros. Cuando miro a esos jóvenes yanquis con su facha desgarbada y sus enormes calzas, siempre me han parecido unos calzonazos atolondrados. Ahora voy a ir como ellos. Me los llevo puestos, y me siento bien, rejuvenecido. Y sí, son divinamente cómodos, ¡y dejan transpirar!

A continuación, una tienda de ropa, donde me aseguro de comprar cinco pares de calcetines blancos de caminante, y un impermeable amplio, con capucha, por si lloviera; se me viene a la cabeza preguntar si los tuvieran para acémilas, gabardina para pollino, pero me contengo. En la Calle Mesones entro en una armería o tienda para camping, caza y pesca, y me compro una brújula, una navaja suiza multiusos (hasta palillo de dientes incluye), una cantimplora de 1 litro, y, husmeando sin saber lo que buscar, al final me compro una cajita que contiene sedal, seis anzuelos ensartados (dos tamaños), y plomos de pescar.

En la calle ya es de noche. Me toca hacer lo peor, me decía: sacar los baúles. Llego a casa, busco en la alacena medio escondida que no hemos abierto en años, y saco unos baúles de guardar trastos. Dentro encuentro lo que busco: mis cachivaches de hacer acampada: una pequeña tienda dos plazas de tres varillas, muy ligera. No la hemos llegado a usar nunca, porque las veces que fuimos de camping en familia siempre ha aparecido, como por arte de magia, una tienda más grandota. Es posible que tampoco llegue a usarla en este viaje, pues habré de mantenerme ojo avizor, no sea que me quieran robar la burra, lo cual no puede sentar nada bien, y que conste que, dondequiera que esté, la burra es mía. También encuentro algo más importante, un saco de dormir en óptimas condiciones, grande pero de reducido peso, que no ha cogido moho ni la polilla. Estoy de suerte. Finalmente lo más fundamental: El macuto, un enorme armatoste que me regaló una vez —por unas cuantas rondas de cerveza— un americano que volvía a su país y ya no

lo iba a usar. Yo tampoco lo usé, excepto medio de mentirijillas en una excursión por Sierra Nevada. Viene reforzado por marco de aluminio, y dentro del saco principal coge media casa. A ambos lados se alinean bolsillos de todo tipo y condición, así como por delante, en la pechera, y en la tapa de arriba, que hace de cubierta. Esto me ayudará a llegar a La Rioja, pero a partir de ahí, tendré que ir provisto de algún otro saco o sacos que cuelguen del otro lado del animal, contrabalanceando el peso, como, por ejemplo, algún tipo de alforja, fácilmente accesible e impermeabilizado, para los libros, que siempre pesan lo suyo, y otras cosas de importancia equiparable.

A propósito de libros. Hago recuento de los que voy a llevar, que son: El Platero y Yo recién comprado y que, vergüenza me da admitirlo, nunca había leído de cabo a rabo; una copia impresa del *Travels...* de R. L. Stevenson, “Gutenberg e-texts”, además de otra página añadida que muestra un retrato del autor; el *Asno de Oro*, de Apuleyo; el *Lazarillo*; una *Vida de San Millán y Los Milagros de Nuestra Señora*, de Berceo, en versión medieval no modernizada, y —a pesar de su peso— los dos volúmenes —*El ingenioso hidalgo...* y *El ingenioso caballero...*— del *Quijote*. No concibo un viaje de esta envergadura sin llevar esta suprema e imprescindible obra conmigo. Incluso si no encuentro tiempo para leer nada... es un consuelo, una seguridad, una garantía, llevarlo entre mis pertenencias. Es, en cierta medida, mi pasaporte. En total, siete libros u ocho, según se mire. No está mal.

Ropa: 5 pares de calcetines, 3 mudas, 2 pantalones cortos, que no ocupan mucho lugar. Bañador. Unos vaqueros, ¡úps! me los pruebo y no me caben... mañana tendré que comprarme unos nuevos. La verdad es que nunca me han terminado de gustar: te aprietan demasiado las partes. Te aprietan demasiado todo. Pero resisten (buen comienzo para un tomazo filosófico). Unas cuantas camisetas y camisas; mi favorita hawaiana, de vistosos colores; un jersey, que nunca se sabe si va a refrescar por la noche. Una gorra. Cuando llegue, me compraré un sombrero de paja para el sol. Dos cinturones extra de cuero, que siempre se pueden usar para emergencias con el equipaje. Es más, tras breve consideración vuelvo al baúl a rebuscar y encuentro cuerdas y correajes diversos de cuero o goma, incluido un par de tensores para baca de coche, que ni sé por qué causa los tengo ahí metidos. Bien. Hay que ser previsor.

Primeros auxilios: compruebo que en una caja llevo tiritas, unos vendajes para luxaciones de tobillo, etc., crema solar fuerte, del 20, un frasco de alcohol, algodón, aspirina, antiácidos para el estómago, pañuelos de papel, y me hago el propósito de comprar almohadillas para las vejigas y rozaduras de los pies, en la farmacia. Pensándolo mejor, lo devuelvo todo a su sitio y me hago una nota para ir a la botica a la mañana siguiente, y comprarlo todo nuevo; ¿por qué voy a dejar la casa sin alguna cosa que podría de improviso hacer falta?

Cacharros de cocina: Medito seriamente. Sé que una cosa es lo que me gustaría, que sería cocinarme las cenas y los desayunos yo mismo, en plan de acampada, y otra la realidad de que las leyes —leyes buenas, pues tratan de proteger el medio ambiente— me prohibirán hacer fuego en muchos lugares del bosque, y si no hay una buena fogata no hay cena silvestre y forestal que valga, como tampoco estoy dispuesto a gastarme un dineral en una buena fuente de luz, que encima, ya sea de gas o de batería, pesa un montón, y en la oscuridad no gusta ni se puede comer bien; y finalmente, que lo más seguro es que muchas noches estaré cansado y querré comer en una fonda o posada, y si no la hallo, pues a cenar en frío, que ya tendría ocasión más adelante de meter comida caliente en la tripa. Suspiro desilusionado ante la idea de tener que renunciar a esas fogatas nocturnas de tan extendida fama y tradición, y tan propias y naturales de aventureros. Mas he ahí que encuentro en el baúl, guardado de nuestros años más activos, una cocinilla, expresión mínima de aparato —cuatro hierros cromados— que se acopla a una bombona chiquitina de gas, y así —espero que el modelo no haya quedado obsoleto— me veo obligado a

incluir una sartén antiadherente. Reúno unos cubiertos, platos y vasos de papel y plástico que nos quedaron de algún guateque remoto y olvidado, y decido incluir tres vasitos de vidrio, pues para vasos lo que pega es el cristal. Cerillas, servilletas, sal, pimienta ¡o-jó-jó, y que no falte!, Tabasco, y una botellita de aceite de oliva, de 200 cl. Vinagre no, que bastante vinagre soy yo. Para café, ya encontraría yo pueblos con su cafetería. ¡No, un momento... café instantáneo, eso es! Y un cacillo, y así, en un apuro hasta me podría calentar alguna lata de habichuelas o quién sabe. Y ya veo que casi se me olvida, como en los chistes, el abrelatas. Y ya está. Ojo: linterna que no falte, con pilas.

Mi Maruja pasa de rato en rato cerca de donde yo me afano y trasteo, pero se mantiene apartada, sin entrometerse. Tiene los ojos rojos de llorar. Teresa ni siquiera sale de su cuarto, si es que está allí.

Esa noche dedico 7 horas seguidas conectado a la red, descargando e imprimiendo, cuando me conviene, materiales sobre burros, sus costumbres y tratamiento, y sobre la región de La Rioja. En algún momento entre las 5 y las 7 de la mañana estoy contemplando una página de Internet en que aparece un precioso borriquito. Veo, un instante después, que aparece al lado una figura, una figura de payaso. Tal vez sea una de estas animaciones de Flash, o qué sé yo. El payasito va creciendo, ocupando el centro de la pantalla, y ya su rostro lo inunda todo, y es... dientes afilados goteando sangre... ¡¡¡el payaso asesino de Stephen King,!!! Me dice:

—¡Anda, desaborío... Cómprame este BURRITO!

Parpadeo sobresaltado. En la pantalla sólo se ve el asno original, rebuznando. Es hora de acostarse a dormir. O de intentarlo. Miro a la mesa mientras apago el ordenador, y veo un sustancial montículo de papel, de hojas impresas: otro kilo, o cerca, para mi pobre burro. Claro que en el tren, leyendo, decidiré qué cosas irán a la papelera. También me he cuidado de imprimir por las dos caras del papel y en letra chica en lo posible, pero eso no es nada fácil, sobretodo cuando tu mujer sólo te ha dado dos días de plazo.

Despierto sobre las once de la mañana, totalmente despejado y sin haber tenido ningún mal sueño del que pueda acordarme, aparte del hecho de que ese feo rostro de payaso me sigue volviendo insistentemente en forma de chispa o relampago. Hay montones de cosas que hacer. Farmacia. Vaqueros. Bombonas de butano, 2. Pienso luego que mejor hubiera esperado a llegar a Logroño. De pronto, en una bocacalle de Mesones veo una tienda que dice: GUARNICIONERÍA, EQUIPOS PARA MONTAR. Me quedo mirando el escaparate. Me siento como un papá neófito que ve artículos para su bebé que está a punto de venir al mundo. ¡Qué sensación... qué susto! ¡Y qué de jaeces y adornitos, rojos y amarillos, como la llamada Fiesta Nacional, cascabelillos de cobre, todo, todo, todito lo que se ve aquí...! ¡Uy qué boniiiiico! Pero yo sé que tengo que controlarme. No quiero ni entablar conversación con el dependiente, tengo que guardar estos impulsos para cuando esté allá. Cuando tenga... ¡mi burrita!

Tengo ganas de echarme un zapateado en plena calle.

Me dirijo rauda al Albayzín, a cumplir mi cometido de estudiar un asno de cerca. Tengo al menos que aparentar que sé algo sobre el asunto. Ni siquiera estoy seguro de cómo deben de ir los correajes.

Es la una y cuarto cuando llego a Plaza Larga, donde tienen los albayzineros su acostumbrado mercadillo al aire libre. El punto más prometedor está a un paso: el Mirador de San Nicolás. Desde que el presidente norteamericano Bill Clinton dijo que aquí se puede contemplar el mejor atardecer del mundo, es lugar de visita obligada a las turbas de turistas, para sacarse fotos y luego poder confirmar (o desmentir) lo que dijera su “ex-presi”. Una vez ahí caigo en la cuenta de mi craso error: no es un borrico turístico, de fotos, lo que yo busco —que tampoco los hay en este momento, mira por dónde— sino el verdadero, el de carga. Por lo demás, dudo que encuentre un

burro esperando contemplar la puesta del sol. Ni siquiera un burro Clintoniano.

Pero este antiquísimo barrio tiene la dicha de ser aún en buena parte inaccesible al tráfico rodado, así que en cuanto hay obras de albañilería en los parajes más recónditos se hace imprescindible recurrir al famoso burro andaluz.

Recorro calles y callejas a cual más estrecha y empinada, y nada, no veo un burro ni en pintura. Me consuelo, con todo, pensando en el mucho, sano y oportuno ejercicio que me veo forzado a realizar con esta subida al típico barrio moro granadino. Noto que me canso en exceso, y esto me asusta.

—Aunque sea para la salud... esto me conviene.

Una hora larga ha transcurrido y aún no he dado con ningún burro.

—Un burro. ¡Mi reino por un burro! Como un burro es como me siento.

Ni preguntando a la gente consigo resultados. Sobretudo preguntando a la gente.

A punto estoy de desistir de mi empeño cuando, bajando por la Cuesta de Marañas, y pegando ya con las dos Caldererías, donde se ubican todas esas que llaman teterías, en que sirven té moruno y otras mil variedades de té de hierbas —¿acaso no le sobra una ‘t’ a tetería, invitando a hacer chistes guarros?— por lo que el lugar parece un “pequeño Marruecos”, bajando, digo, la cuesta estoy yo, cuando se me aparece de golpe y porrazo un burro que sube la cuesta acompañado de su burrero o acemilero, el cual fustiga al pollino con su vara, achuchándolo.

Me aproximo. Al principio actúo con cautela, y observo: el cabestro, el arnés, las albardas, los dos grandes cestos que constituyen el serón (cargados en este caso de arena), los cintos, por delante, por detrás, por debajo... pero ya me he acercado tal vez un pelín de más, veo. El hombre se me viene encima, la vara elevándose lentamente, ondeando como una batuta, pero mucho, mucho más grandota, y dice:

—¡Huuuuuh, huuuuuh, huuuun! ¡Huuuuuh, huuuuuh, huuuun!

¡Pero bueno! ¿es que el burrero también tiene que rebuznar? No tengo tiempo ni de discurrir. Este tío me mata. Trato de salvaguardarme de él metiéndome detrás del burro, entre el animal y la pared, pero el asno, acaso amedrentado a su vez por los acontecimientos, o por los hoscos gestos de su amo, se desplaza, si leve, hacia la pared, arrinconándose. A punto está de aplastarme con el serón contra los barrotes de una ventana, así que me deslizo cachito a cachito por la zona de atrás del burro. ¡Ojo que este me arrea una coz antes de decir esta boca es mía! El pobre animal está rebuznando, la cabeza en alto. Echa un paso atrás, en complicado juego de cascos, bajando un escalón de la escalinata... lo justo para mandarme a mí de un topetazo de su generoso culo escaleras abajo; perdido el equilibrio caigo rodando dos, tres tramos de escalera, mis compras vertiéndose fuera de las bolsas. La gente acude a ayudar, y recoge mis posesiones para meterlas en su sitio. El tío del burro corre a mí con los ojos que se le salen de las órbitas.

—¡Huuuuuh, huuuuuh, huuuun! ¡Huuuuuh, huuuuuh, huuuun! —exclama, la lengua asomando por la boca. ¡El bestia todavía quiere zurrarme!

—No, no... es que es múo —me dicen varios de los que allí estaban, al ver que me cubro con el brazo— ¡Múo, múo!

Como buen andaluz he entendido perfectamente que lo que me dicen es que el hombre del burro es mudo, o sordo-mudo, y que, claro, nunca había tenido malas intenciones hacia mí: los ruidos que hacía con la boca eran su forma de preguntarme que qué coño quería con arrimarme tanto a su borrico, o a lo mejor, que tuviera cuidado, que podía ser peligroso lo que estaba haciendo.

Ya de pié, les sonrío a todos, izquierda y derecha, me inclino ante el mudo, cual chino o japonés, que no sabría decir cual, y, recogiendo mis bolsas, me alejo escaleras abajo, sacudiéndome el polvo, muy digno yo.



—¡Por qué harán calles como estas, con tantas escaleras, joder!

Llegado a la Gran Vía de Colón, cruzo por una calle que se llama Cárcel Baja, que pasa por el costado de la catedral, y su hercúlea, maciza torre, y he ahí que me veo delante de una estatua de bronce con las figuras de un acemilero —un aguador, para ser más exactos— y un burro. El hombre está cincelado en estilo un tanto impresionista, y lleva gorro como de bandolero, el burro, empero, está esculpido con todo lujo de detalles, o será que en los humanos somos más propensos a ver las rugosidades y rudezas. Aquí me entero perfectamente de todo lo que quería saber. Y sin peligro de topetazos, de cuestas, coces, ni mudos.

— — —

Hechas las compras, averiguados los horarios de trenes (nuestro viajero prefiere el tren, dice, al autocar, pues así está seguro de que no se hará un lío en Madrid, sino que ambos trenes tienen su destino o su origen en Chamartín), y ya en casa, donde acaba de darle los últimos toques a su carga, su macuto, que es enorme, se queda de pie, sudando a mares, medio mareado de los agitados esfuerzos. Se echa un vaso de agua fría y se sienta al lado de su mamotreto, inspeccionándolo de arriba abajo y de abajo arriba mientras toma sorbitos del líquido elemento. Ha atado la tienda, que es más pequeña y delgada que el saco de dormir, y también este último objeto, ambos hechos un rodillo independiente, justo debajo del cuerpo principal de la mochila, de plástico azul. Tira de los cordones, comprobando que han quedado bien firmes. Colgando a la derecha está la cantimplora vacía: ésta acaso le dé un poco la lata y haya que hacerla encajar en algún lugar, pero la verdad es que la mochila está ya llena a rebosar... y tampoco vendría mal tener a mano, piensa Juan, la cantimplora llena de rica agua de Granada y decide llenarla en la estación.

Se echa para atrás y se estira. Juan está cansado pero no tiene sueño. Decide darse una ducha, para lo cual enciende la llama del agua caliente de butano y coge la muda que había apartado para el viaje: los únicos pantalones “normales” que llevará, ropa interior (ambas piezas), una camisa celeste, y naturalmente calcetines gruesos blancos, así como sus botas nuevas. Al salir de la larga, reconfortante ducha se mira en el espejo por primera vez en días: ¡qué horror! no se ha afeitado desde antes de que la verdad de sus intenciones saliera a relucir. Está que da pena. Se afeita, recordando meter sus cosas de afeitar en el macuto. Sabe que surgirán mil y un detalles que no ha previsto.

Juan está nervioso. No tiene ni hambre ni sueño ni sabe en qué entretenerse hasta casi la medianoche, en que sale su tren. De nada serviría tomar un tren Talgo que sale más temprano. Cuesta muchísimo más y le deja en Madrid de noche y sin combinación para Logroño hasta la tarde siguiente. Además, es para esnobs.

Decide subir a la Alhambra a despedirse. De camino hará aún más ejercicio (cuanto más, mejor), con la subida, ¡y tanto que la hará! Lo que no te mata te hará más fuerte, piensa nuestro héroe, el cual no había hecho tantos esfuerzos en años.

Sentado en un banco de los jardines del Generalife, lo más apartado posible de la marabunta de los turistas, pero aún en un lugar desde el que tiene una vista de las murallas de los palacios, que absorbe mezclada con los sensuales aromas de las rosas y azaleas que le rodean, trata de meditar sobre su realidad presente. Está aturdido. Es demasiado extraño, maravilloso, irreal lo que le está sucediendo.

Su yo se diluye con este entorno de embrujo que es la Alhambra de Granada, el Generalife, y sus ensoñadores jardines.

— — —

Bajo la cuesta de la Alhambra lentamente, inhalando los etéreos perfumes hasta que éstos comienzan a mezclarse con los vapores apesados de los tubos de escape de los vehículos. ¡Ay, vuelta a la civilización! Y a casa. Mis últimas horas aquí. Tomo una cena ligera, y mi Teresa y mi Maruja se sientan a hablar conmigo. Mientras la Tere opta por guardar silencio (o tal vez han acordado entre las dos hacerlo así) lanzándome unas lánguidas, lastimosas, y desesperanzadas miradas que dicen “yo no puedo hacer nada por ti, papá: tú te lo guisas, tú te lo comes”, mi mujer me habla en los siguientes términos: que tenga presente que me aman todos y me desean lo mejor, y que son mi familia, que siempre me querrán, pase lo que pase. Que me vaya a correr mis chaladas aventuras, que me tome todo el tiempo que me haga falta, pero que al final mi hogar está ahí esperándome. Los míos. Que me cuide, y que si necesito algo, que allí están ellas, y también Paco, mi hijo, siempre.

Nada más. Simple y al grano, sin melodrama ni lágrimas. O sea, que más conmovedor, imposible.

Pues no es para tanto, leñe... ¡Ay que ver...! Me acerco al macuto. Me doy cuenta de que aún ni me lo he probado. Le doy la vuelta, mostrando su espaldar, la zona con el marco de aluminio. Me agacho, meto un brazo por la banda izquierda, me lo encajo al hombro, bajo el brazo derecho y lo meto por la banda derecha, me lo llevo al hombro, y ya parece que lo tengo. El macuto está colocado sobre mis espaldas, listo para ser izado de la silla, donde yace todo su peso. Me levanto... ¡púm!

Abajo de nuevo. Arranque abortado. Esto parece Cabo Cañaveral.

¡Afú! Imposible. Teresa tiene ganas de reír y Maruja de llorar, pero se contienen. Vuelvo a la carga y sí, ya puedo sostenerme de pié, tambaleándome brevemente con el macuto a cuestras.

Fue un falso despegue. Pesar sí que pesa la muy hija de p... Y es que ya no soy el mozo de antaño. Pero vamos, poder... puedo.

El taxi me deja en la estación una hora antes de la salida del tren, Saco mi billete y voy a la cafetería. No me lo puedo creer: soy yo el viajero, no estoy aquí para recoger ni despedir a nadie. ¡Estoy a punto de comenzar mi viaje soñado!

Granada se aleja veloz en la noche. El tren se mece traqueteando: tracatrá, tracatrá, tracatrá eternamente, y avanzamos, más y más lejos, ¡y más!

Saco mis papeles para estudiar mi viaje por La Rioja.

— — —

Nuestro héroe acaba de guardar su mochila en Consigna en la estación de trenes de Chamartín, y está dando vueltas dentro de la estación como un oso. Dispone de casi cinco horas y una emocionante ciudad que explorar. Está el Prado, claro, o los otros dos museos, el Reina Sofía y el Tysen... está la Plaza Mayor y sus arrabales, sus cervecerías.

Juan no quiere arriesgarse. Se conoce demasiado bien. Además, Madrid no es su affaire. Madrid no le ha metido en líos con su familia, su trabajo, su vida rutinaria.

Al final decide no alejarse de la estación; ya tendrá otra ocasión. Se queda en los alrededores, con la paciencia de un monje, cosa nada fácil para él.

También se acuerda de los carteristas que pululan por las estaciones de Madrid, y mantiene dos docenas de manos sobre otras tantas oquedades y aberturas de su persona y atavío. Hay que mantenerse ojo avizor, y sobrio. Sin exageraciones, claro.

Tampoco aguanta la contaminación, que viene oliendo desde hace más de una hora sin poder

acostumbrarse. Si Roma cayó por envenenamiento de plomo, la polución sin duda será nuestro garrote vil, o cámara de gas. ¿Venirse del campo a la ciudad para esto? Es de locos de atar, vamos.

Entra en una cafetería a matar el rato y el gusanillo. Se sienta con su cerveza en una mesilla redonda. Hay en el local una camarera y cuatro clientes, y en cierto momento nota Juan que todo el mundo, camarera incluida, está con el oído pegado a su teléfono móvil. O sea, que ninguno se halla realmente presente, ni para él, ni para ninguno de ellos entre sí, en ese lugar y momento, sino que están en algún misterioso sitio distinto, compartiendo su existencia con alguna persona invisible, hasta diríase que virtual. Claro que Juan tampoco está realmente allí más que en cuerpo físico. Su alma vuela por otros mundos más acogedores, menos imperfectos.

— — —

Logroño. 8 de la tarde. Salgo de la estación a una amplia plaza abierta y airosa salvo por los muchos coches que alberga. A fin de tomar nota mental, miro al edificio de la estación: es largo y pintado de rojo, excepto la parte central, polícroma, de ocre y azules, muy cuco el conjunto. Así que esto es Logroño, La Rioja. He llegado. Je suis arrivé. I am here... I did it! Logroño... he logrado alcanzarte.

Lo primero es encontrar alojamiento. Espero que haya suerte y no encuentre todo completo... Aún no estamos en agosto, aunque casi, y por fortuna no es año jacobeo... vamos, o digo yo que no lo es. De todas formas han de haber muchos peregrinos cada verano por estas fechas. Me dejo llevar por mi intuición, o acaso mi alter ego, en busca de la mejor zona, la zona de las pensiones y casas de huéspedes, que siempre la hay, en España y en todo el mundo, imagino. Una solución es meterme en cualquiera de estos hotelitos que hay aquí pegando a la estación, pero no, sé que será mejor en el centro, aunque tenga que cargar con el mostrenco de mi mochila media hora. Pero después estaré en el centro, donde se encuentra todo lo mejor. Tampoco vale la pena esperar a que vuelvan los taxis, si es que vuelven, pues ya había visto un mapita chico de Logroño en mis papeles de Internet y lo que buscaba no podía quedar lejos... simplemente seguir para adelante, rumbo norte, por esta Avenida de España, y ahora tomar General Vara del Rey. Cruzo la Gran Vía (¡oye, igual que en Granada, mira tú por dónde!). Ahí está el parque del Espolón. ¿Hay muy poca gente aquí o es que me lo parece? Bueno, estarán en la zona del tapeo. Veo de pronto un Centro de Información al Turista, y está abierto aún, ¡perfecto!: agarro ávido todo lo que me dan. ¡Todo! Gracias y muy amables. De verdad. Sigo por la calle Muro del Carmen, que debió tener una muralla protegiendo a la ciudad antigua en sus tiempos.

Me detengo ante un establecimiento que vende souvenirs, postales, y demás cosas para turistas; lo que me ha llamado la atención son los implementos de peregrino del Camino de Santiago, y en especial el palo largo, el bastón, que intuyo me va a ayudar en mi caminar. Inquiriendo, me recalcan que su nombre es bordón o en todo caso báculo, no bastón ni palo; yo les digo que bastón o báculo o bordón, que me lo llevo, y que cuánto vale lo que se pone sobre la cabeza, de alas tan anchas. El señor de la tienda me dice el precio (bastante razonable) y me dice que lo que se pone sobre la cabeza se llama sombrero y me mira condescendiente. Le pregunto si es que no lleva su conchita el sombrero, a lo que me contesta que si lo quiero con venera o vieira, que bueno, que me lo puede dar, pero que eso lo suele adquirir el peregrino en Santiago, en premio a sus sacrificios. Ah, le digo, pues entonces, sin conchita.

Con mis dos nuevas compras, el bordón (báculo me suena a obispo y no estoy yo para obispos) y el sombrero retomo mi camino. Me digo que este sea seguramente demasiado sombrero para mí, que lo mío mejor sería uno de paja, bien ligerito, pero que, haciéndole dos

agujeros, bien podría ser mi primer regalo a mi burrita. ¡Qué bonita idea!

Obviamente me había convencido ya de que mi ya no tan futura compañía había de ser una fémina, como lo fuera Modestine. Ya sabéis, la burrita de Stevenson.

A mi izquierda veo indicios de zona de alojamientos, pero barrunto que los hay mejores y sigo adelante, recto. Ante mí se yergue un edificio palaciego, y a su izquierda, una manzana más allá, el costado de lo que sin duda es la Catedral. Sigo derecho. Ya veo, enfrente mía, una iglesia con una fachada antiquísima, con una doble hilera de santos o apóstoles a media altura, debajo de unas desgastadas arquivoltas. La piedra está muy erosionada: el tráfico es criminal con los monumentos españoles. Estoy prendado de la vista. No puedo más con mi peso y me siento en un banco delante de este monumento. Según el mapa urbano que me acaban de dar, y que ahora abro, se trata de la iglesia de San Bartolomé, de fachada románica (claro, nosotros en Granada no tenemos nada cristiano que sea tan antiguo ¡pero si es hasta más antigua que mi Alhambra esta iglesia! Bueno... la fachada al menos). El viaje ya me va pareciendo como que está valiendo la pena, desde luego que sí.

Sé que detrás de San Bartolomé voy a encontrar la pensión que buscaba.

En efecto, al darle la vuelta al ancestral edificio veo una serie de callecitas justo como las que me imaginaba. Este barrio había sido la judería medieval.

Le digo a la señora de la pensión que no sé cuántos días quiero quedarme, pero que serán por lo menos dos noches. Me deshago del macuto y el sombrero y salgo, estirando los agarrotados músculos de mi espalda, a la calle, estrenando bastón de peregrino.

Bien pronto estoy sentado en mi primera taberna riojana, degustando mi primer vino tinto “de la casa”. El cielo.

## 6. *Huis Clos*

Siento algo, una esperanza. No es que haya cambiado nada aquí: La madre de mi amo, o a veces él, siguen comprobando de cuando en cuando, pero siempre tarde, si dispongo de comida (la mínima expresión de ella) y agua, que debe de estar criando culebras, y retirando mis heces y el hedor de mis orines, que nunca se van, pues es el cuento de nunca acabar, y no hay santo ni justo que pueda buenamente adecentar este apestoso establo, y seguiría así *ad infinitum* si no fuese porque, como decía, un “algo” me está susurrando al oído que aquí se está fraguando un portentoso.

Siguiendo con mis charlas pollinescas, quisiera mencionar algunos asnos célebres, que entraron en los anales de la historia asnal. Famosa pero no particularmente heroica está *Modestine*, la burrita que acompañó a R. L. Stevenson por las montañas Cevennes. Ojalá tuviera yo un día una odisea como la suya... trotando por el ancho y variopinto mundo, conociendo cosas nuevas y no vistas, subiendo montes, bajando valles, viviendo aventuras quijotescas. ¡Ay, me da un vuelco el alma nada más pensarlo!

Después está *Platero*, a quien un humano llamado Juan Ramón, hombre de floridas aunque bien cuidadas barbas en rostro y alma grande de poeta quiso como nadie jamás a asno amó. No llegará ese día, no, en que alguien me quiera a mí así: Ni hombre ni asno. Pobrecita yo, sola, abandonada, a oscuras y olvidada del mundo.

En *El asno de oro* aparece un intruso, un pseudo-burro, pues una maga encantó al protagonista humano y lo metamorfoseó (fenómeno que ocurría de continuo en aquellos días azarosos de griegos y de romanos) en burro. Y todo porque era un curiosón. ¿Pero es que no lo somos todos? De éste no he de hablar más, que en cuanto llegó la primavera y halló una rosa blanca que echarse a la boca, se trocó nuevamente en joven efebo (unos sarasillas que también eran típicos de aquellos tiempos impúdicos y orgiásticos del dios Baco). ¡Pues pocas rosas blancas, y rojas, y amarillas que me zampaba yo cuando trabajaba en las obras y pasábamos por un jardín, jolines, y no me he transformado, ni metamorfoseado, nunca en nada... si no es en una coqueta y atractiva barrigocilla de borriquilla como yo soy!

Burros heroicos ha habido la tira. Muchísimos han salvado a sus dueños y hasta a los amos de sus dueños, cuando éstos eran simples escuderos o subalternos, o “mandaos”. Y es que pasa es lo que pasa, que luego no se acuerdan de reconocernos el mérito, o peor aún: les da vergüenza admitirlo, prefiriendo decir que ha sido uno de nuestros primos orejicortos los caballos, falseando así toda la hazaña, para nuestra eterna miseria y oprobio. ¡Canallas! ¿Acaso no fue no fue un burro, o una borrica, quien salvó a Aníbal, a Napoleón, a Alejandro Magno y a tantos otros héroes? ¿Y a cuántos, pregunto yo, se les reconoce el mérito? A ninguno. ¡Pues sépase que detrás de todo gran hombre hay un más grande pollino. O pollina!

— — —

He pedido media jarrita de vino que se esfuma en un santiamén, y de buena gana repetiría si no es porque me queda toda una ciudad, ¡todo un Logroño!, que visitar. ¡Ahí es nada!

Doy en la céntrica, neurálgica Plaza del Mercado: anochece, y detrás de las dos robustas torres de la Redonda las alargadas nubes del cielo vespertino sangran: color vino rioja. Me llevo al mismísimo centro de la gran plaza rectangular y comienzo a dar vueltas sobre mi eje, como hace el bueno de las películas. ¡Viiiiivaaaa! vitoreo en mi euforia. Bailaría una jota, si supiera. ¡Vivan las torres gemelas de Santa María la Redonda! (eco: ¡vivan!). Y esos soportales, o arcadas (uy qué mal suena) ¡vivan!, ¡y quien las trujo también! Esto es el cielo y yo soy Dios.

Y sin embargo hay, o siento que hay, un algo amargo... un amargo algo.

Y es que de aquí, naturalmente, no hay otra salida que para abajo.

Dando brincos me pongo a recorrer las calles laterales: Mercaderes, Herrerías, nombres todos de oficios viejos como el mundo: y las tascas, que bullen de gente entrando y saliendo ruidosa... una tasca, y otra, o aquella taberna, y allá otra más, todas a todo tren, un verdadero hervidero de gente chateando.

Es imposible llegar a ningún lado con esta masa humana, yo me siento muy incómodo aquí, un bicho raro entre masas de desconocidos, viejo, gordo, insignificante. Me está entrando la depresión. Recuerdo que aún no he ido a ver el Ebro, ¡que descuido! y encamino mis pasos allá, toda la calle Sagasta abajo, hasta verme rodeado de unos ampulosos jardines, y ahí aparece el puente ¡un señor puente de piedra! flanqueado a ambos lados por la curva del río, con sus aguas, ahora negras, devolviendo algún destello amarillo donde impacta, incide y refleja la luz de las farolas, o el brillo respunteado de las luces de la otra orilla, tan lejana. Las aguas discurren lentas, siempre tan lentas, hacia el mar allá lejos hacia el levante, por donde habrá de salir el sol del nuevo día, mañana, mañana.

Con un atisbo de melancolía dejo que mis pies me conduzcan libres hacia la luz pero sin meterme en ella, buscando huir del alboroto pero sin querer prescindir de él. A lo mejor encuentro algo. Algo para mí.

Entro en el sitio más feo y me pido un coñac.

— — —

Es mi submarino porque yo soy el Basehart no-sé-qué. Chuck, o chungo, vale, sí, dije culo, niño, culo y no búho, lo siento. No, el Capitán Kirk, del *Enterprise*. No, Richard no, Kirk. Atención, un pulpo gigante se acerca.

—¡Es un burro volando!

—¡Será nadando, zoquete!

—Bueno, pues eso.

—¡No. Es un kraken, un calamar gigante!

—¡Tú sí que eres un cacho jibia, mamón, mamarracho!

—Prepárense para el ataque. A ver, le vamos a lanzar música de los Beatles. ¡Carguen Beatles en las torpederas!

—Torpedos... torpedos nucleares.

—Hongos. ¡Marche una de hongos!

—¡Arrrg! Torpeeee —DDDo; ¡no pueeee —DDDo!

—¡Maldición, es Chiquito de la Calzada!

—Será Santo Domingo de la Calzada, ¡leche!

—¡Mi bastón, que le voy a arrear un garrotazo a ese! ¡Un bastón! ¡Mi reino por...! ¡Mi REPÚBLICA por un bastón... o bordón. Dije bordón, no borde, ni cabrón!

—¿Es que tú te crees que esto es una república, mentecato?

—¡¡Franco, Franco!!

—¿Pero tú tienes idea de dónde estás...? Ni bastón tienes ya...

Me despierto buscando mi bastón. La mano baja tentando el suelo, que se me antoja muy basto y sucio, con arena, y piedrecitas. Abro los ojos y me doy cuenta de que estoy en un banco de parque, en un rincón algo recogido, no inmediatamente debajo de una farola, pero sí cerca. No hay nadie. Veo una estatua ecuestre a unos cincuenta metros míos... ah, ya, es la estatua de Espartero, ¡y qué huevos más gordos tiene el caballo...! Veo mi bastón, o bordón, en el suelo,

delante del banco: está quebrado, y sólo me queda la parte más gruesa; la otra mitad no aparece por ningún lado. Llevándome la mano a la cara comprendo: tengo un ojo que me duele a horrores y lo siento hinchado. Así que me peleé anoche. ¡Qué vergüenza, nada más llegar a Logroño voy y me peleo! Espero que el otro se haya llevado un buen bastonazo. ¿O no lo deseo? ¿Debo desearlo? ¿Quién sería, o quiénes? ¡Qué lío!

Una vez de pie compruebo mis bolsillos, dinero, etc., busco la tarjeta de la pensión, y me dirijo a ella a dormir el resto de la noche. Una vez allí, el vigilante nocturno me abre soñoliento y entro tapándome con mucho disimulo el ojo inflamado.

Es casi mediodía cuando despierto. El espectáculo que me regala el espejo no es nada halagüeño: el ojo derecho a la virulé, la ceja partida. Tengo sangre seca en las manos. Miro la camisa, tirada en el suelo, y más de lo mismo. Bueno... no demasiada. Me lavo a base de tirarme agua a la cara un rato, me echo jabón en las manos, y me peino. Hay que comprarse unas gafas de sol pero que rápido.

Dos cafés con dos copas de coñac después, con mis negras lentes puestas y el gorro verde de Granada que también me tapa un poco, me siento medio humano otra vez. Sabes qué, me digo: tú lo que necesitas es un cigarrillo. Me llego al estanco y me compro un paquete de *Camel* sin filtros, y un encendedor. El sabor de la primera fumada es celestial, pero a medio cigarrillo la cabeza me da vueltas. Lo tiro. Joder con el primer cigarrillo. Me tengo que agarrar a una farola. Sé que lo estoy haciendo todo muy, pero que muy, mal. Tal vez si turisteo un poco...

Me dirijo al Puente de Piedra. Una vez allí dedico unos buenos diez minutos encima de él, sin decidirme si cruzar al otro lado o volverme, si simplemente pasear o si buscar un sitio donde sentarme y tomar algo. Ya estoy en mi tercer pitillo. Cruzo al lado norte y busco y hallo un lugar tranquilo con una buena vista de Logroño, el río haciendo de espejo, reflejando sus torres y agujas, y sus acogedoras zonas verdes.

Media hora después estoy de regreso en el casco urbano, en una calle llamada de los Laureles, atiborrada de bares, y luego me hallo en otra, llamada San Juan, y después vienen las adyacentes, y la zona de la Plaza Mayor o del Mercado, y la calle Ruavieja, que es la del antiguo Camino de Santiago. Durante varias horas tomo chatos, o “chiquitos” de vino, rosado y tinto, y tapas: jamón, pulpitos, pimientos, setas, caracoles, cazuelitas, morros, ‘alpargatas’ y ‘tigres’, algo que llamaban cojonudos... me estoy poniendo morado, igualito que el vino más oscuro y más auténtico del lugar. A estas horas, más de las tres de la tarde, los locales y las mismas calles van quedando desiertas, los logroñeses recogiendo en sus hogares, a la comida. Me pregunto cómo pueden comer después de tanto tapeo.

Mis esfuerzos turísticos habrán de quedar para otro día, me digo. Estoy en una bodega que se llama la *Reja Dorana* y alguien habla de visitar sus bodegas y túneles subterráneos. De algún modo consigo hacerme invitar al peripatético grupúsculo. Bajamos... más y más bajamos, a aquellos oscuros recesos subterráneos, dominados por la salitre del río, me imagino. Sí, la voz del cicero se vuelve tenue, remota, un mero eco, al par que la de mi amigo y compañero Montrésor, aumenta, retumba, invitándome a avanzar, siempre más abajo, mientras los cascabeles en mi gorro de bufón tintinean en la oscuridad de los túneles. ¿Amontillado?

—Tengo mis dudas —repite amigable y gentil, Montrésor, cuando pregunto.

Adentrándonos en la cripta mi amigo alumbra los restos humanos con su tea.

—Pero Fortunato, amigo, la salitre... le afectará a su salud... volvamos afuera.

—De ninguna manera, *messieur*, ¿no ve que ahora le toca acabar de emborracharme y emparedarme? ¿No se me va a quedar a medio camino, verdad? ¡A mi no se me desprecia, *Mister Poe*! ¡Yo no he venido a hacer el indio!

De nuevo despierto a las cuatro de la mañana, de nuevo en un parque, esta vez el del Ebro,

junto al río. Lo primero que hago es buscar un cigarrillo, y veo, reconfortado, que aún me quedan cinco o seis. Llevándome la mano a la cabeza noto que la gorra la he perdido para siempre, como las gafas, pero que lo que sí que tengo, y grande, es un chichón de aúpa en la coronilla.

Y mi otro ojo, envidioso de la mudanza y color del primero, le es ahora émulo.

—Tengo que salir de la ciudad.

— — —

*Nuestro amigo sabe que el primer ojo morado puede deberse a circunstancias normales, a un evento fortuito (cosa que duda seriamente), como, por ejemplo, que a alguien se le antojara reírse de su tartamudeo. El segundo ojo morado era una señal que él se enviaba a sí mismo: ¡Idiota, que tú no has venido a La Rioja a emborracharte! El destino actúa de formas misteriosas. Se parecía este caso al del refrán de La novela del coloquio de los perros, del maestro Cervantes, donde la bruja Cañizares le dice al perro Berganza “que tal hay que se quiebra dos ojos porque su enemigo se quiebre uno”. Por otro lado se pregunta Juan si no será que él no había tenido la culpa de este segundo moratón, sino que la tuvo el dueño del bar, que no comulgaría con el lema “el cliente siempre tiene la razón”. En fin, que mientras España conserve sus atávicas actitudes de “para chulo, yo”, no sé adónde vamos a parar.*



## 7. *On the Road*

Echo la papilla —aunque poco, o nada, había que echar— rehago mi macuto, pago la pensión, y salgo con mi casa auestas.

El temblorcillo de la resaca me da fuerzas para arrastrar el bulto hasta mi próximo coñac, y la compra de un nuevo par de gafas de sol (las cuales odio tener que llevar) y ya estoy en el autobús que me llevará a Navarrete. Dejamos el centro de Logroño pasando cerca de la Puerta del Revellín, que se me antoja similar a la de Carlos V en Granada, un suntuoso y emperifollado arco de triunfo que da acceso al recinto de la Alhambra. Esta puerta, por el contrario, es de despedida, franqueándole el paso al caminante en su largo tránsito. Yo marchó también cual peregrino, pero de tapadillo, sedente y con el rabo entre las piernas, como aquél que dice. Por un momento me ha parecido ver, así como de refilón, a Santiago Matamoros cimero sobre su caballo, que por cierto, era blanco, en la fachada de una iglesia, allá en lo alto, pero iba en la dirección contraria. A lo mejor no era él.

Atravesamos un hermoso parque, lago incluido.

Me apeo en el centro de Navarrete y tras informarme me dirijo al camping de la población, que queda a kilómetro y pico por un asfaltado caminillo por el campo que lleva, según reza el letrero, a un lugarejo llamado Entrena. Pues a eso voy: a entrenarme a vivir la vida sana al aire libre. Hay buenas razones para optar por un camping: La ciudad y las pensiones por lo pronto no me están sentando tan bien como quisiera... o si no, ahí está el espejo. Segundo, que lo estoy deseando: nada hay más reconfortante que los aires reparadores de la madre naturaleza. Cuanto más lejos de la civilización y de la gente, mejor. Y que tampoco está tan lejos: un alegre paseíto y en un periquete me pongo en Navarrete. Tercero: adaptarme. Hay que probar a dormir en el suelo aunque al principio sienta los huesos molidos. Total, después de los bancos de Logroño, seguro que ya estoy medio preparado. Y que los campings son divertidos, con su piscina y todo eso: el agua es lo mejor para el cuerpo, eso lo dicen hasta las ranas... ¡que hay deshacerse de los vapores etílicos, ¿te enteras, Juanito?! A lo mejor tomo un poco el sol. Nah, tanto no, hombre, que con la solanera que cae se me fríe la sesera... las tres o cuatro neuronas que el alcohol no se ha cargado todavía. Jé, jé, sesos fritos: Tortilla Sacromonte. Soy granadino y no la he probado. Ni mis amigos... que yo sepa.

El camping resulta ser de primera categoría, lo cual yo no tengo ni puñetera idea qué ventajas entrañe, aparte de tener que pagar más caro. Supongo que aquí sí se aplica eso de que el cliente siempre tiene la razón, aunque para con este cliente, con la pésima pinta y rota figura que presento, me figuro que no me verán con muy buenos ojos.

Claro que la oscuridad se presenta en su máxima negrura poco antes del amanecer.

El encargado de la oficina me enseña la lista de precios. Le digo que quiero lo mínimo, que es puro saco de dormir, nada más, sin tienda, *à la belle étoile*. Me mira un momento, no muy convencido, pero me hace la ficha. Olé la gracia.

Llego a mi parcela, no lejos de la entrada, bien resguardadito y sombreado. Lo primero que hago es echar mano al paquete de cigarrillos; lo saco fuera del bolsillo, lo miro, y lo tiro a la papelera de la basura. Sólo le quedaba un par de cigarrillos.

—O lo dejas ahora o no lo haces nunca.

Inmediatamente me siento mejor. Lo peor que he podido hacer en todo el dichoso viaje hasta aquí fue ponerme a fumar después de que lo hube dejado. Me entristece saber que me van a volver las ganas de fumar, empañando la expedición entera, y maldigo el momento en que decidí comprar ese jodido paquete de tabaco.

De pié en mi parcelita me hago una somera composición de lugar: aquí estoy, mi macuto en el suelo, el saco aún liado y amarrado con el equipo, y a mi alrededor unos metros cuadrados de terreno. ¡Qué tontería! ¿Y cómo me dejo el macuto aquí, a lo tonto, tirado en el suelo, cuando quiera ir a cualquier sitio? Me acerco a la oficina y pago la tarifa de tienda de campaña. Después de todo traigo una.

—Pues claro, hombre —me dice el encargado—, y vehículo no tiene, ¿verdad?

—No, no tengo.

—Pues muy bien, señor Estébanez. Que tenga una estancia agradable.

Le abono la diferencia, que poco es, y voy y monto mi tienda, tras lo cual meto mi macuto dentro, y entro a probarla. Extiendo el saco de dormir, preparo mi ropa extra —la mayoría de la limpia, además de la sucia metida en una bolsa de plástico— para usar de almohada, y sonrío. ¡Ahora sí! ¡Más que fantástico!

Salgo al exterior y digo sí, fabuloso, pero qué calorcillo, me cachis. Bueno... seguro que por la noche refresca. Tanto o más que en los parques logroñeses.

Me doy una vuelta alrededor del camping. Hay muchas caravanas y tiendas enormes, familiares, un número mucho mayor que de las pequeñas en iglú como la mía. Apuesto a que algunas hasta tienen patio interior. El ruido del televisor emana de muchas tiendas y caravanas. Allí está la piscina grande, y detrás otra menor con niños bañándose y jugando sobre el enlosado, y también unas canchas de tenis, ocupadas. Gente sana. Cuerpos sanos. Mentes... ¡psché! ¡Qué sé yo! A este lado de la piscina veo una especie de choza que bien puede ser la cafetería del camping, pero está muy solitaria y no deseo acercarme a ella. Vuelvo mis pasos hacia la salida por una amplia acera de cemento bordeada de acacias jóvenes, y enseguida estoy en Navarrete.

— — —

*Navarrete tiene aspecto de ciudad medieval, o, vista desde dentro, renacentista y artesana. Se extiende en forma de cono sobre la montaña, cubriendo su ladera meridional, la que recibe más calor del sol durante los fríos meses invernales, y en su origen fue ciudadela amurallada, cuyos muros, obsoletos, han venido desapareciendo, o han quedado incorporados a las más recientes casonas periféricas que fueron construidas aprovechando su existencia. En realidad el pueblo no ha crecido desde aquellos antiguos tiempos en que fuera fortificación clave emplazada a medio camino entre las concurridas y vitales urbes de Nájera y de Logroño, a excepción de los ensanches a lo largo de la carretera, en ambos sentidos, este y oeste.*

*Por alguna curiosa razón la panorámica de este recinto amurallado trae a la memoria de Juan una vieja historia, cuento o mito que leyera hace mucho, mucho tiempo, cuando no era más que un mozalbete. La historia la creó el genial humorista y dibujante americano James Thurber, aunque, como mito, es real como la vida misma.*

*Resulta que había una isla en medio del ancho océano cuyos habitantes vivían la mar de felices danzando, jugando, amándose los unos a los otros libremente, amigos todos de los animales de la isla, los cuales eran sus compañeros de juego... perpetua verbena, fiesta eterna... ya os hacéis a la idea, ¿no? Bueno, pues entonces un día alguien, un isleño con vocación política, o algún náufrago que apareció por ahí, va y les dice a los habitantes: ¡Ilusos, ¿no os dais cuenta de nuestra indefensión?! Hay mil peligros ahí afuera. Naturales a montones: maremotos, monstruos gigantescos... pero muchos más por causa de otros humanos malos, crueles, perversos. ¡Construyamos una alta muralla que nos proteja!*

*Se construyó la muralla. Ahora los habitantes veíanse hieráticos, parecían todos guardianes, o como el que va muy seriamente a sus asuntos. Ni los animales jugaban.*

*Y vino un revolucionario, y dijo: ¿Para qué queremos esta inútil muralla que nos rodea? Ningún desastre ha ocurrido aquí nunca. ¡Abajo con la muralla!*

*Y la muralla cayó. ¿Cómo se veían ahora los isleños? ¿Volvieron a jugar alegres?*

*No señor. La postrera imagen que se tuvo de aquella gente fue como sigue: la isla estaba allí, bella y diáfana, con sus cocoteros, etc. etc., y un límpido, infinitamente hermoso océano azul la rodeaba. ¿Pero... y los habitantes? Hallábanse todos, personas y animales, acurrucados en el centro de la isla, temblando de miedo.*

*En absoluto pretendemos comparar la historieta de Thurber con Navarrete, ni mucho menos ‘aplicarle el cuento’ ni nada por el estilo... aparece aquí simplemente porque eso fue lo que le entró en la chaveta a nuestro protagonista, y es que ¡hay que ver las cosas que le entran en su chaveta!*

*Navarrete aún parece vivir vuelto hacia adentro, rehuyendo el hostil mundo exterior moderno, desafiando el paso del tiempo, con sus blasonadas mansiones y palacetes, sus arquerías, sus recónditas callejuelas bodegueras, y aquella umbrosa, hermética placeta de árboles nudosos. Sus dos arterias, tramos del ancestral Camino de Santiago, la Mayor Alta y la Mayor Baja, atraviesan el pueblo transportando el fluido de la civilización. Más allá, hacia la salida para Logroño, discurre imparable la autopista. Dos mundos que se encuentran, se ven, se tocan; llevan, empero, derroteros diferentes.*

*En Mayor Alta se topa Juan con una iglesia abierta y decide entrar: siente el fresquito general que reina en todo el enclave. Al fondo se le aparece un gigantesco retablo recubierto de pan de oro, exquisitamente churrigueresco. No puede evitar pensar en su Granada y su Cartuja. Se da cuenta de lo íntimamente ligada a lo religioso que había estado su elección de La Rioja para su viaje, con San Millán y Santo Domingo de la Calzada (lástima que Silos no estuviera más cerca). Penetra cualquier lugar que visita un sobrio sentimiento religioso. En todas las guías de ciudades y pueblos son las iglesias y catedrales los monumentos que más atención reciben. Es prácticamente lo único que hay. Aquí en España al menos. Uno no va a la panadería a encargarse un bistec de cerdo: te tildarán de lunático. Y también el Camino de Santiago está cargado de sentido religioso. Claro que no era religión lo que él venía a buscar... no... ¡qué va! Pero no está de más, piensa él, acogerse de vez en cuando al sosiego de estos templos de tranquilidad y de tradición histórica.*

— — —

Si con la iglesia hemos de topar, pues que así sea, o mejor: que sea así, como ahora, en este islote o ínsula interior de paz del pueblo y villa de Navarrete. Retorno al horno que es la calle y continúo mi paseo estival.

Pronto veo la fachada de la posada de peregrinos, un macizo edificio ocre rojizo, con tres arcos menores a un costado y uno enorme al otro, todo muy pétreo. Entro y entablo conversación con un alegre grupo de jóvenes que se hallan sentados en corro, que me informan de todo lo relacionado con el Camino y los albergues o posadas.

Es facilísimo obtener la tarjeta o pasaporte de peregrino: sólo tienes que solicitarlo al pasar tu primera noche en un albergue, y ahí te sellan tu primera estancia. El precio: desde unos pocos euros a gratis, cero, nada, de balde. ¡Vaya! Les digo que yo estoy alojado en el camping, pero que posiblemente, en mis visitas a San Millán, etc., quiera probar esta otra alternativa. Ellos me preguntan si soy peregrino.

—¿No lo somos todos? —replico enigmático, sorprendiéndome a mí mismo, y abandono el local.

El día se me va enderezando, definitivamente. Miro mi reloj. Las dos y pico, hora de sombra y de comida.

Me dirijo canturreando a un restaurante que veo ahí delante haciendo esquina. Me siento a una mesa junto a la ventana cortinada, con tela de cuadritos haciendo juego con el mantel, y pido el menú del día con una botella de vino clarete.

Estoy reconciliado con el mundo. De regreso al camping me tumbo a la boca de mi tienda con la cremallera abierta de par en par. Suerte que corre una suave brisa. Encima mía contemplo las hojas verdes de un gran árbol mecerse al ritmo de este ligero viento de media tarde. Se trata de un recio roble de robustísimo tronco cuya sombra toca en cuatro áreas de acampada. Duermo como un lirón, dos largas horas.

Cuando despierto es aún de buena tarde. Vistiendo el bañador me doy un chapuzón en las refrescantes aguas de la piscina, me cambio en mi tienda y salgo enseguida hacia el pueblo, un par de horas antes de la puesta de sol. Me siento, como dicen los americanos, “como un millón de dólares”.

Pronto me hallo cruzando Mayor Alta y dando zancadas por una calle que baja empinada, llevándome Dios sólo sabe adónde. Doy en algún momento, entre giros a la derecha y vueltas a la izquierda, en una estrecha callejuela de nombre Cal Nueva, y me pierdo por un misterioso pasadizo que corre bajo unos oscuros arcos en ángulo: algún mago me debe de haber transportado con sus artes cabalísticas al medievo. Pienso que la imaginación me está haciendo jugarretas y robando el tino otra vez, cosa que ya me está dejando de extrañar, pero no; sigo aquí, dondequiera que sea. Vislumbro una puertecita que me reclama con gritos callados: ¡Ven Juan, entra por aquíiiii!

Naturalmente voy y entro, pues adivino ser ésta la ruta de acceso a una rara, arcana, arcaica —y por ende magníficamente perfecta— tasca o posada, como así es.

Por dentro es mucho mayor de lo que cabría anticipar por su entrada, y muestra incluso algunos de los adelantos de la civilización moderna, como una gran cafetera de cuatro caños, teléfono público y qué os diría yo: luz abundante, un mostrador amplio de refulgente enlosado, etc.; pero las sillas de mimbre y las mesas pequeñitas, rectangulares, de mármol blanco con patas negras de hierro, esas, en nada habían cambiado en siglos. A los pocos minutos estoy hablando con unos lugareños. La gente parece no extrañarse ya tanto de mis ojos morados, que asoman sin duda por los costados de las gafas. A lo mejor me toman por hombre de raza hindú o algo así. Pero lo más probable es que vean en mí, no a un majarajá de la India, sino a un simple majara a secas. Y como La Rioja es tierra de encrucijadas, siempre habrá lugar para un nuevo chalado como éste que viste y calza y escribe.

No sé cómo, pero el caso es que se me ocurre comentar que tengo ideas, o barruntos, de adquirir un burro. Mi interlocutor, un hombre enjuto, con barba de varios días —no de otra forma muéstrome yo— y talante de campesino, incluso en la indumentaria, mayormente de pana y cuero, y vistiendo chaleco a pesar del calor, centra toda su atención en este detalle del burro. Yo sin embargo le digo que quiero primero alejarme algo más de Logroño: tal vez a Nájera o Azofra.

Él mira a nuestra derecha, hacia una mesa que se halla a un par de mesas de distancia, en la que hay tres hombres sentados. Levanta un brazo y exclama:

—¡Luisín! —cuando consigue captar su atención, les hace ademán a todos de que se lleguen a nuestro sitio— ¡Vengan, sí, sí, los tres! ¡Tú también, Grabié, y tú, Niño!

Con su botella de vino y sus vasitos se vienen a mi mesa, que así ya comparto con otras cuatro personas, lo cual me empieza a incomodar.

—Este señor... Juan... dice que quiere comprar un pollino, y he pensado en tu Curra, Luis —uno de los tres recién llegados, el que llaman Niño, un joven prácticamente imberbe, flacucho y

con aspecto de no tenerlas todas consigo, empieza a hablar el primero. La voz le sale gangosa, y denota serias trabas mentales:

—Eeeee, uté, eto... de ódde éz, zeñór ¿Uh? Uté ez fodaztero ¿eh? Uté quiere uh uh um búrrro ¿eh?

Curioso... no creí que fuera a encontrar ningún ceceo aquí, tan lejos de mi lozana Andalucía, pero obviamente en todas partes cuecen habas. Como es natural, en cuanto alguien me habla con algún tipo de impedimento en el habla, me retorna redoblado el tartamudeo, que por algún motivo, acaso por estar en tierras extrañas donde nadie me conoce, se me había relajado considerablemente.

—P-p-pues sí. Soy de G-g-granada.

Un tercero, vestido todo de negro, desde la boina hasta la suela de los zapatos, incluyendo el pelo, y su bigote a lo Stalin, ya vuelto Rasputín, aunque responde a Gabriel, o mejor Grabié, interviene. Noto que tiene su propio problemilla o tic al hablar, que consiste en que hace ‘cloc’, ‘cloc’ con el lado de la boca, una especie de chasquido no poco molesto, y al final de cada entrega le sale un ‘¡pfut!’ cual si quisiera escupirle a uno en la cara o echar un sonado gargajo.

—*Cloc cloc*, Nuestro amigo *cloc cloc* Luisín aquí *pfut* —señala al que aún no ha abierto la boca, mientras me escupe a mí— tiene una borrica *cloc cloc* que le servirá con todo su alma anim-, *¡pfut!*, animal, *¡pfut!*

Mi primer interlocutor, el que había llamado a los tres desconocidos, es obvio que empieza a disfrutar de lo lindo, pues le veo sonreír, aunque con suma discreción.

—T-t-todavía no estoy seguro de q-q-que q-q-q-q-quiera —hago una pausa para respirar; me está costando lo indecible hablar, debido a lo incómodo de la situación— c-c-comprar... NADA.

—O-o-o-oiga u-u-u-usté, ¿es que m-m-m’está i-h-i-h-imitando en mi —i-i-i- i tart-t-tamudeEeEeo?! —espeta de sopetón el tercero y último arribado.

Ofuscado y echando chispas, me apresuro a responder:

—¡Q-q-qué dice usted, zoq-q-qquete, zop-p-penco y zafío! ¡P-p-p-ero si yo no le conozco de nada, ni le dist-tinguiría del c-c-culo de su b-b-bura, c-c-c-coño! Si ni siq-q-quiera había abierto usted la b-b-boca, ¿c-c-cómo p-p-porras le iba a imi-imitar?

—U-u-u... a-a-a-a... e-e-e-e —se está levantando Luisín con el garrote en la mano, amenazante, hacia mí, paralizada la lengua a medio despotricar. Niño no para de lanzar lloriqueos. Se ven obligados a agarrar a Luisín de cada lado por los brazos.

Mejor les ahorro la descripción del agarrado, que no conduce a un sueño plácido.

—*Cloc cloc* quietooooo, párate ahí chaval, *pfut* ¡Quiееееeto! *¡Pfut!*

—Eh, eh eeh, etate quieto, t-tú... a mi no me gut-ta ezto —solloza el retrasado.

El público del local ya se ha empezado a reunir alrededor nuestro, atento al nuestra plática. Miguel, el que primeramente se sentara a mi mesa aún antes de que saliera el tema de la burra, nos sirve de moderador.

Dejando establecido que nadie se está riendo de nadie —salvo algún gracioso del público, si no todos, para sus adentros— se procede a tratar del asunto de la compra de la acémila. Y la verdad es que cualquier progreso es puro milagro.

Entre irritantes cloqueos, berridos cacofónicos, sollozantes quejidos, aspavientos, escupitajos e infinitos titubeos, amén de mis puñetazos sobre la mesa que arreo porque las estoy pasando canutas, y de las ya francas risotadas del público que rodea nuestra mesa, que no excluyen en absoluto las estruendosísimas del dueño del local —pues era tal espectáculo, diálogo asnal cual no se había visto en años— Miguel sugiere que levantemos la sesión los contertulios para continuarla en casa de Luis, el de la burra Curra, o, para ser más precisos, en su caballeriza, porque ahí se hallan no sólo la Curra, a la que así podré ver, sino también, y más importante, la

madre de Luisín, quien es la que realmente lleva la voz cantante (y plenamente funcional) en este asunto de la venta de la burra. Nuestro público, al marcharnos, no logra ocultar su desilusión.

La madre de Luis es una mujer de armas tomar. Sabe instintiva e instantáneamente tomar las riendas, y aún las cartas, en el asunto. Adivina mi básica honestidad, a pesar de tener mis 2 ojos, 2, a la virulé; yo a mi vez veo también que ellos no son una pandilla de ladrones que van tras mi dinero. Ni siquiera me tratan de encasquetar un animal viejo, ni enfermo, ni nada de eso. No es un timo. Mi buena estrella en esta ocasión carece de calificativos.

Y el caso es que yo, cuando llega el momento de la verdad, que me doy cuenta de que estoy a punto de comprar un burro, como que me achico, me quiero echar atrás. ¡Qué cobarde soy! Me sigo insistiendo y repitiendo que no me fío de estas personas, cuando de quien realmente desconfío es de mi propia persona, pues no sé qué va a pasar si sigo adelante con este descabellado plan.

Ellos tienen, o mejor dicho Luis tiene, necesidad de vender el animal, pues se marcha a Madrid a seguir un programa de rehabilitación por dependencia al juego o ludopatía, y han decidido los suyos que se quede allí de forma permanente. Ellos me explican el terrible drama de Luis y su vicio por las maquinicas dichas, mas es algo demasiado triste y desalentador para describir aquí... y harto más triste si cabe para la pobre Curra, la burra de Luisín. Me aclaran que si no es porque aparezco yo, que la burra habría de ir al mejor postor, que pudiera ser —y en esto se muestran raramente sinceros— en el peor de los casos, la perrera municipal, para carne, o la fábrica de piensos. Que la Curra tiene sólo diez años, aseguran, que es como decir una señorita de muy buen ver con muchos años delante.

Eso sí: me quieren cobrar el doble de lo que declaro estar dispuesto a dar, y al final quedamos, suplicando yo que nos ahorremos esfuerzos penosos en el regateo, que siempre me ha fastidiado, a medio camino entre su dilatada demanda y mi recortada oferta, en un millar y medio de euros, o cincuenta mil duros, para que nos entendamos. Total, el precio de un ordenador con impresora y videocámara, de una tele super-panorámica, una aceptable *mountain bike*, o vete tú a escoger entre los múltiples cachivaches del mundo moderno. Pero ché, que acabo de agenciarme... ¡una burra!

Del lugar que me rodea en estos momentos, pues, ejém, diré, y no exagero, ejém, ejém, que la peste a orines de burra y paja empapada y rezumando vapores úricos y mohosos apenas me deja respirar, tanto, que tras examinar al dócil y afectuoso animal vengo yo, centímetro a centímetro, arrastrando a la concurrencia hacia la doble puerta de entrada —de salida diré— de la minúscula, oscura, cuadra.

Pero la burra. Ah, la burra. ¡Fue flechazo a primera vista! Habíamos nacido para vernos reunidos aquí, en esta pobre pocilga, en un pueblo perdido en pleno pulmón de la vieja España de la Reconquista, en un año loco de la primera década del siglo XXI.

Eso diríase, y así era la verdad. Y se hizo el trato, y el trato quedó hecho. Y me pareció que era bueno.

Ofrezco correr a por el dinero, que lo guardo en efectivo en el camping. Miguel, sin embargo, se ofrece a llevarme montado detrás de él en su moto, a lo cual, aunque odio esos demoníacos, ruidosos e incomodísimos (para mí al menos) bichos, acepto, y en menos de veinte minutos ya estamos de vuelta, la burra pagada y ellos preparándomela, con todos sus arreos, etc., y una carga de heno reciente del pesebre, toda la que yo bien pueda llevarme, pues a ellos ya no les hace ningún avío.

Antes de marchar me dicen que la han llamado siempre Curra por su dureza en el trabajo, pero que yo puedo llamarla por cualquier otro nombre; que aprende más rápido que el rayo —si uno la enseña como Dios manda (¿?)— y que es muy mansa, salvo, me dicen en el ultimísimo

momento, que no le debo de tocar nunca en el *sitio prohibido* si no quiero cargar con las consecuencias. Al pedirles que me aclaren eso que me acaban de advertir, me señalan un punto en el anca izquierda, arriba y no lejos del arranque del rabo, que si uno se fija hasta muestra un rodalito blanco, como si se quisiera, mediante el contraste agudo de este punto con su entorno de un uniforme marrón oscuro, advertir al desavisado de que “aquí no se toca”.

—Vamos a hacerle una demostración al señor —exclama la madre de Luisín elevando la voz y haciendo ademán con los brazos de que nos abramos y apartemos de la Curra—, ¡apártense todos!

Alarga un brazo, le da una palmadita al animal en ese misterioso, maléfico punto, y la reacción no se hace de esperar: las patas traseras vuelan repetidamente por los aires buscando un culpable a quien mandar a otras esferas sidéreas.

¡Jesús Santo, María y José!

Y eso que está pachucha la pobre.

Por lo demás, me dan instrucciones generales de las cosas que le gustan y las que no le gustan en absoluto, como por ejemplo, el tráfico, y me maravillo de los muchos puntos en común que tenemos Matilda y yo. Matilda, así la llamaré. Matilda: ‘poderosa en la batalla’ en el idioma de los Visigodos.

Un hombrecillo rechoncho, con cara de cómico algo desastrado deambula con su acémila por las callejuelas adoquinadas de un pueblo riojano. Ese hombre se llama Juan Estébanez Maldonado. ¡El hijo de la madre que me parió!

¿Y ahora qué? ¿Eh? A ver, ¿Cómo se dice?: ¡Arre burrita! Jé, jé. ¡Burrita, Matilda... arre! Matilda, Matildita, Mati... Tú tranquila, no me hagas caso... yo es que digo cosas... o las hago... medio chalado... jé, jé... No, de remate no... sólo medio dije... No, quiero decir que estoy practicando... sí, sí, y platicando también. Contigo, sí señora, ¡perdón!: señorita, jé, jé. Arre burriquita, arre pa Belén... uh, uh, tum-tum, chipúm ¡...y mañana también!

Le toco el lado de la cara con el dorso de mi mano. ¡Qué linda es! La examino en la oscuridad bajo las intermitentes farolas. La pelambre se adivina marrón, la panza color castaño claro o blanco, los extremos de las patas, blancas; y ese morro todo blanco, grande... muuuuy graaaaande... Sí, burrita, sí, esos perfectos arcos blancos alrededor de tus ojos negros, bueno, no perfectamente redondos, sino con su puntitica en lo alto, tirando hacia el tabique nasal, te dan un aire inquisitivo... ¿o es triste tal vez? Tú tienes círculos blancos y yo los tengo negros, ¿eh? Pero un momentico, sooooo... sooooo... Jé, jé...

Ante la oficina del camping, le digo al encargado que a pesar de lo que le dije antes, que si deseo abonar el precio de “un medio de transporte”, o posiblemente de una “segunda viajera”.

—¿Perdón? ¿Qué me quiere decir, que ahora trae un coche...? —me pregunta—, ¿...o ha venido con usted otra persona? Explíquese, ¿Qué me quiere Vd. decir? —le va costando más esfuerzos mostrarse amable, profesional, y de primera categoría.

—No es exactamente un coche —he dejado a la Matilda fuera, junto a la verja de entrada. Luis me había dicho que no había problema en soltar al animal en un momento dado, que lo normal es que no se moviera del sitio—; es... una borriquilla...

—Una b-... —balucea—. ¿Qué Diab- diantres...?

—Mire, yo le abono lo que sea.

—Pero es que las reglas... ¡un burro...! los vecinos... animales... problemas... ruidos... cagarrutas... n-no n-no no... yo, yo... —perdía el control por momentos.

—Si ya tengo mi tienda montada, le he abonado por mi persona, por la tienda... ¿qué le cuesta cobrarme por un vehículo (que es lo que es, en definitiva), y dejarme dormir la noche? Mañana me marchó. A primera hora, lo prometo:

—No es esa la cuestión...

—¡Por favor, *please*...!

El pobre hombre mira de un lado a otro como si fuese a cometer un horrendo crimen. Al final susurra:

—Bueno, vale. Por una sola noche que pase. El coche cuesta ... más.

—¿Y si lo consideramos una moto? Se le parece más... —sugiero tímidamente. Mi sugerencia no es bien recibida: el encargado echa como un humillo por las orejas.

—Vale, vale. Coche. Es coche. Tome, le abono ahora mismo.

Tomo a mi compañera y pasamos hacia adentro por delante de la oficina y la mirada rabiosa e incriminadora del encargado. Él sabe que ha cometido un terrible error, que ha metido la pata, o más bien las cuatro patas de mi compañera, dentro de su camping de primera categoría.

Sería la medianoche cuando nos aproximamos a la parcela. Durante el trayecto entre el antiguo establo de la Curra, ahora llamada Matilda, y éste nuestro rinconcito del camping he venido practicando a caminar con ella, siguiendo las instrucciones que me diera, como bien pudo, entre tartamudeos y sollozos de pena por tener que despedirse para siempre de su vieja compañera de trabajo, el Luisín: cómo avanzar en línea recta; cómo hacer que la burra gire hacia la izquierda, la derecha, incluso cómo hacer que eche marcha atrás, para lo cual me entregó su vara 'mágica', un palo algo menor que un bastón con el que hay que tocar al animal justo debajo del cuello, y darle unos toquecitos rítmicos así, pom, pom, pom, sin hacer daño pero firmes, hasta que ella empieza a recular. Luisín insistió en que, sea lo que fuera que yo deseara que la burra hiciera, yo no debía rendirme, ni tampoco perder los estribos; yo tenía que granjearme su respeto y mantenerlo, y entonces todo marcharía a las mil maravillas, pero si me mostraba débil o remolón, o, peor aún, si me encabritaba, ella me tomaría por un inferior, a quien no hay que hacer caso, ni alguien en quien deba ella confiar su vida y seguridad. La Curra —vino a decirme, aunque usando otras palabras— sigue a rajatabla las leyes de la inercia: si está parada tiende a permanecer sin moverse, cuando va para adelante, así le gusta seguir, hasta que las circunstancias dicten adversamente. Lo más difícil es dar marcha atrás, hacer que corra, y los giros bruscos; para girar es mejor primero parar y después girar, uno-dos, a menos que sea un giro imperceptible, etc., etc.

Las diferencias entre mi Matildita y la Modestine de Stevenson en su disposición a andar son totales. Esto, admito, me venía preocupando sobremanera. Efectivamente, Modestine no avanzaba para nada, requiriendo unos varapalos de aúpa, y después, los más eficaces pero crueles latigazos con una fusta, que llegaban a arrancar sangre de las ancas de la pobrecita Modestine; R. L. S. alega que le daba pena, pero a mí, en leyendo, me horrorizaba de ver cómo el malvado escocés cobraba ánimos al ver que sus fustigazos producían los resultados apetecidos de hacer que la acémila avanzara al ritmo que él quiso impartirle. Para colmo, Modestine tenía mataduras o llagas abiertas en la entrepierna, o entrepata. Gracias doy al cielo de que mi Matilda nunca se me ha negado de ese modo, antes bien es al revés: le encanta andar, acaso para alejarse, y dejar atrás ese horrendo establo, y jamás he tenido que usar la vara con ella (y muy raramente la que Luisín llamaba 'mágica', aunque ésta no doliera), mas debo admitir que algún momento hubo en que tentado estuve, que todo hay que decirlo.

En los trece decenios que han transcurrido desde ese famoso viaje por la Cevennes —¿sabían que hoy se organizan elaboradas expediciones turístico-burreriles para revivir la hazaña del escritor?— el puesto de los animales ha subido considerablemente en la escala de los valores morales y humanitarios de los humanos, al menos entre los que yo llamo humanos, que desde luego no cubre a toda la canalla que pretende serlo. Esperemos que dentro de otros ciento treinta años el pollino, junto con el cerdo, la vaca y miles de millones de otros seres (los que no hayan



ido por la senda de la extinción gracias al hombre, se entiende) se consideren verdaderos hermanos nuestros, hermanos biológicos y espirituales. Y que uno no tiene por qué dar de varapalos a su hermano por muy grandes que tenga las orejas. He dicho.

Hecha mi digresión continúo con la historia. Llegamos al solarcillo que el camping me asignaba en virtud de haberlo alquilado por un día y una noche, y que, con muy poca previsión por mi parte, tenía la tienda montada en su justo centro. Claro que al hacerlo no tenía ni la más remota idea de que volvería esa noche con una burra de compañera. Quise aprovechar que nos llegaba la tenue luz de una farola no muy lejana para practicar a cargar y descargar a Matilda. No viendo un árbol ni ninguna otra cosa conveniente para atar a Matilda de forma que quedara circunscrita a nuestra área, se me ocurrió una idea: ¿por qué no usar un clavo extra de la tienda de campaña para amarrar a la burra? Lo probé, anudando el cabestro de la burra al hierro primero, y a continuación clavando éste en el suelo. ¡Bien! Para acabar la obra coloqué una buena piedra encima. Claro que esta atadura de ningún modo resistiría un mediano tirón de la Matilda, pero ella no lo sabe, jé, jé. Saqué mis bultos del interior de la tienda, ayudándome con mi linterna para ver dónde estaba cada cosa, y, una vez fuera, fui organizando estrategias. Primero estaban todos los aperos de Matilda, que tenían su propio orden y arte para quitar y volver a colocar. Luego estaba lo mío. Consideré que, a menos que hallara unas estupendas albardas para mis objetos, cosa que dudaba, pues el macuto no se había construido para acémilas sino para espaldas humanas, continuaría yo utilizando los serones que Luisín había incluido en la transacción de Matilda. Con un mínimo de arte y gracia, y acompañando el aparejo de unos hatos de heno estratégicamente colocados por encima de mis cosas, y que cumplirían la doble función de alimentar al animal y de camuflaje para mis pertenencias, mismamente pasaría yo por un campesino que no tiene otra cosa que pueda serle robada que su alma bendita.

Largo rato estuve dale que te pego montando y desmontando a la Matilda, experimentando con mil variaciones, como hace el informático con su nuevo ordenador y su software, como hace el ama de casa con su nuevo tresillo en la sala de estar. Vecinos inmediatos, por algún milagro celestial, no tenía, pero sí los había en casi los 360 grados a mi alrededor a cosa de veinte o treinta metros, algo más remotos por detrás y delante, donde estaba la avenida. Debí ser, o bien que escaseaban los ‘uniplaza’ como yo, o que el encargado era vidente, adivino. Podía anunciarse en la tele el tío. Y ganar un pastón.

Aunque a decir verdad no estábamos haciendo excesivo ruido. Por el momento.

Al final, tremendamente cansado por los esfuerzos y por las emociones (que todo hay que decirlo), rehice como mal pude mi hato de dormir en la tienda y me acosté. No debieron pasar más de 20 segundos, a pesar de las durezas que sentía debajo mía, en que me sumí en el más profundo de los sueños.

Mi Maruja, joven y radiante, está conmigo en nuestro antiguo bar, con los amiguetes, riendo y bebiendo cervezas. Me dice que tiene que enseñarme una cosa cosilla, un secreto que nadie más puede ver. Bueno, le digo, pues vamos a un rincón apartado donde me lo puedas enseñar, y procedemos a un sitio todo blanco, sin aristas ni sombras. Aquí somos invisibles, me dice. A ver, venga, venga, cariñico, enséñame. Veo que ella empieza a arremangarse el vestido, ¡uyuyuy! Y qué cosita tendrá la Maruja, que me lo quiere enseñar. De pronto mi novia-mujer me enseña una barriga enorme y redonda, un bombo. Tu padre nos mata a los dos le digo. Calla tonto, que es tu hija Tere. Hala, pues es verdad. Demasiado novedoso todo esto, para mí.

—¡Pero si tú eres la Duquesa del niño que se volvió cerdito en *Alicia*! —le digo asustado, y efectivamente, ahí está el cerdito, que seguro que es mi Paco, pues se le parece. Y la madre es la viva imagen de la duquesa. Verás como ahora alguien lanza pimienta o polvos pica-pica en el aire y todos nos volvemos locos estornudando. La duquesa, entre estornudos que a todos nos

contagian (muchísima gente nos rodea) me lanza el bebé cerdito, o sea, mi Paquito, el cual empieza a gimotear, pero, cosa rara, suena a rebuzno de burro. No, no. Lo tuyo es llorar, o a lo sumo gruñir, como hacen los cerditos de las duquesas de los cuentos, pero rebuznar... venga, cállate, que hay mucha gente, y se van a reír de nosotros... qué fatiga... deja de rebuznar, no me despiertes ahora, que estoy muy can... sa... do...

Matilda está allí afuera rebuznando a reventar, ¡y qué pulmones, Dios!

Descorro las cremalleras que cierran la entrada de la tienda y corro a atender las desesperadas llamadas (así me parecen a mí) de Matilda. Mi mismo acto de presencia parece producir un efecto tranquilizante en ella. Le toco el lado del cuello con una mano, meso sus orejas con la otra, le hablo, casi a gritos, para que me escuche. Los rebuznos siguen... es la inercia... pero van perdiendo fuerza...

Sin parar de hablarle, corro a ponerme alguna ropa encima, y mis botas. A nuestro alrededor las voces soñolientas pero enojadas de los acampados se quejan feroces de la algarabía. En cuanto puedo libero a mi rebuznante amiga, soltándola del clavo. Tras girar a Matilda prácticamente *in situ* (o me voy haciendo un experto, o ella se deja dócilmente conducir), nos encaminamos, *magnis itineribus*, a la salida del camping. El jefe está saliendo de la oficina, colocándose la chaqueta de encargado.

—¡Ya salgo, ya me marchó! —le chillo. La burra ya sólo solloza esporádicamente, unos restos de gemidos, como hipadas—; ¡hay que ver, Matildita, cómo eres, que no se te puede llevar a ningún lado!

—Bueno, y ahora qué, me pregunto, tanto a mí mismo como a ella... ¿es que nos vamos a tirar la noche paseando por los caminos de Dios? Pues sí, hala. Pues vamos para allá, digo, dirigiendo nuestros pasos a Navarrete. Mirando mi reloj me doy cuenta de que son las cuatro de la madrugada, o sea, que había dormido tan solo dos horas a lo sumo. Tiro del cabestro del animal, para que avive el paso. De pronto la burra, en vez de reaccionar como yo deseo, que es que se acople a mi caminar, echa a correr camino adelante, con un trotecillo animado. ¡Oye, muchachita, y ¿qué bicho te ha picado a ti?! ¡Ven para acá! Avanzo hacia ella, pero ella, la muy arisca, otra vez echa a trotar. Así que quieres jugar al pilla-pilla, ¿no? a las cuatro de la mañana... jód. Así que estoy corriendo tras mi asna como un tonto y ella más tonta todavía rehuyéndome. Comienzo a temerme lo peor, que Matilda no me va a obedecer nunca, y que no me va a traer más que problemas. Me paro en seco y me siento, abatido, renunciando a la persecución. ¡Que se vaya a la porra con su dichoso trote!

Claro que no lo digo en serio. Y he ahí que en menos de un minuto la tengo a mi lado, toda mimosa y sumisa. ¡El vivo retrato de una damisela!

Matilda parece tan cansada como yo. No puedo explicar exactamente cómo lo reconozco, algo en su lento avanzar, lo gacha que lleva la cabeza, algo... se adivina cansino en ella a la luz de la luna. Miro hacia atrás. Estaremos a medio kilómetro de las luces iluminadas entre las negras hojas de los árboles de la entrada del camping. Veo un claro medio rodeado de arbustos un poco más adelante, a la derecha de la calzada. Tal vez... Inicialmente quise llegar hasta el pueblo y ver sus medievales callejas en la soledad de la noche cerrada, cuando todo el mundo se ha retirado a dormir, y antes de que alma alguna se levante para acudir a su cita diaria campestre, mucho antes del canto del gallo, pero ahora este rellanillo me parece más apetecible que ningún misterioso pueblo medieval. Nos llegamos ahí y me echo sobre unas crecidas hierbas verdes, que me hacen de colchón improvisado. Asombrado veo que Matilda me imita casi al instante, doblando las patas delanteras y como dejándose caer sobre el anca derecha. ¡Increíble! Pensar que hace apenas seis horas que nos conocemos, y ahí estamos ahora, sincronizados en nuestra necesidad de cerrar los ojos un rato y dormir. Felices sueños, Matildita.

No sé si fue el canto de algún gallo, que lo había en efecto, o el alborear del nuevo día con su ambarina luz lo que me despertó, o acaso la mirada que lanzaba en mi dirección Matilda, pero *voilà*, ahí estábamos, listos los dos para afrontar la jornada juntos. Me sacudí las briznas de hierba de encima y me tenté los huesos de las caderas ligeramente dolidos, pero no más de lo que lo estarían de haber dormido en la tienda de campaña. Esto marcha.

Ante la oficina trato de convencer al encargado, el mismo de la noche anterior (aún no han dado las seis) de que sólo vamos a empaquetar y marcharnos, y que la burra está calmada y no va a rebuznar. Es inútil, el hombre no da el brazo a torcer. Me veo obligado a dejar a mi compañera fuera del camping, al otro lado de los pilares de acceso, atada a un poste eléctrico. Le doy unas palmaditas y le aseguro que volveré en seguidita.

Desmontada la tienda, que llevo cargada a mis espaldas, y con los restos de cosas sueltas en mi brazo izquierdo, y con un café humeante en una taza de papel en la mano derecha, salgo, tras asegurarme de que todo está saldado y diciendo adiós al furibundo encargado, a sentarme junto a Matilda, y beberme ese café de la oficina del camping. Mi burra me saluda con un complejo movimiento de orejas. Alternando con sorbitos de café, enjaezo a la borrica. Arrojo la taza vacía a la papelería y le decimos *bye-bye* al Camping Navarrete, 1ª categoría — Camino de Entrena, s/n.

Llegamos al pueblo, alcanzamos la calle Mayor Baja, y nos dirigimos, dirección oeste, hacia la salida del pueblo que lleva a Nájera.

Desgraciadamente nos han informado que no hay más remedio que seguir por la carretera nacional 120, en su arcén, parte del trecho; que, en efecto, es éste todavía uno de los tramos menos gratos del Camino de Santiago y menos seguros para el peregrino, al tener que caminar junto al tráfico. Tratan, me dijeron anoche, de construir un camino nuevo, para caminantes y ciclistas. Pero es lo que vienen diciendo desde aquellos agridulces días de la Maricastaña.

Miro para atrás. El pueblo se muestra en todo su esplendor ahora que hemos descendido a las estribaciones occidentales, más nuevas, del pueblo. El núcleo de la población abraza todo el monte que le da el ser, justo hasta la ‘calva’ del otero.

—Mira, Matilda, échale un vistazo a tu pueblo, que a lo mejor es la última ocasión que tienes de hacerlo. Ella sin embargo se niega a girar la cabeza. Yo creo que ella es más sabia, o más adivina, que yo.

Mi reloj marca las siete y veinte de la mañana y el tráfico en la carretera es muy poca cosa: algún coche, algún camión, a intervalos; una motocicleta que lleva a un campesino a su terreno, o un comerciante a recoger la mercancía para la venta del día; un ciclista que quiere practicar. Pronto veo que por el otro lado avanzan peregrinos. ¡Claro! me digo: el caminante ha de ir por la izquierda, dando la cara al tráfico. ¿Pero nosotros qué somos, Matilda, caminantes o tráfico?

Nos detenemos mientras yo lo medito. De repente me fijo en esas especies de tapaojos cuadrados que lleva Matilda a cada lado del arnés. Son unos como parches que, aunque bien abiertos y dejando en consecuencia un buen ángulo de visión, no le permiten realmente ver demasiado hacia atrás, si es que ella quisiera mirar como “por el rabillo del ojo”. Hum. Además, me habían advertido algo sobre que al animal le espantaba el tráfico. Pues nada, obviamente he de seguir por este lado, que ella no vea ningún tráfico echársele encima de frente.

Sabias fueron estas palabras, me vine a dar cuenta, pues a cada rato que pasaba aumentaba alarmantemente el tráfico, y el estruendo de los camiones. Hasta yo empecé a inquietarme, pues le tengo más que un razonable respeto a los camiones, y más todavía, sin cabe, a los autobuses.

Ahí estábamos los dos, pobrecitos, avanzando amedrentados por la N. 120 dirección oeste, cuando un gigantesco autocar de línea, no sabría decir si nacional o internacional, ni me importa una leche, nos pasó rozando: ZZZZOOOOOOMMMM. El viento producido nos golpeó como una ola, como un tsunami.

Matilda ya no aguantó más: del arcén saltó a la zanja de la cuneta, y de ésta, llevada por el impulso inicial, o por su eterna inercia, siguió descendiendo hasta hallarse metida de lleno en un viñedo que allí se extendía hacia el horizonte. Yo me quedé como de piedra observando el desarrollo de los acontecimientos, con el rugiente tráfico detrás y un como tobogán de feria delante, separándome de mi borrica. A lo lejos, entre esas exquisitas y primorosamente cuidadas viñas que producen los mejores vinos del mundo, unas viñas cuyo coste es, según he leído, astronómico, y que ahora a principios de agosto ya mostraban sus cónicos racimos henchidos de minúsculas perlas de amatista, divisó a tres o cuatro hombres que levantan brazos y estacas, escandalizados por la histérica incursión de Matilda, que avanza rauda en zigzag destrozando viñas a coces y a mordiscos airados su báquico fruto. Si fuese éste momento para incursiones líricas, exhalaciones gongorinas, así expondría su avanzar entre aquellos viñedos: vagas las pezuñas, sacrílegas las dentelladas, (que) dejan, no ya conculcado, sino manducado y finado pámpano tierno y racimo temprano. Algo como eso diría yo si fuese momento de poetizar.

Los hombres corren, varas, azadas, qué sé yo, en alto, hacia la burra. Salto yo abajo hasta pisar la roja tierra tan cuidadosamente rastrillada y voy veloz a proteger, a rescatar a mi Matilda. El primer hombre en alcanzarla le da un estacazo en el lomo, que la hace correr y brincar con más ahínco aún. Me acerco a él y le grito algo más bien feo, y le doy un empujón que lo tira al suelo. Otro se acerca, y ayudando al caído (son cuatro hombres en total), se vienen hacia mí los dos y se lían a vapulearme de lo lindo con todo lo que tienen a mano. Pero mi preocupación principal está con Matilda, que sigue a pleno galope, ahora con el restante par de catetos tras ella.

Misteriosamente, en un momento dado todos nos detenemos en seco como tocados por un resorte mágico. Se ralentiza la acción. Matilda, a unos doscientos pasos a mi derecha, en dirección a pueblo, ha aminorado la marcha y avanza hacia un rincón del viñedo, como si supiera que la solución a nuestros problemas estuviera precisamente allí, en salir de ahí y dejar en paz a estos rústicos brutos.

A cámara lenta me desplazo en dirección a mi compañera, y pronto estoy dando templadas zancadas hacia ella. Los agricultores avanzan y se detienen, alternativamente. Parece una película, una comedia, con una danza que el espectador sabe que ha de terminar en lluvia de palos. Me faltan unos 30 metros para alcanzar a Matilda, pero veo que los dos hombres que se hallan más próximos a ella tratan de atraparla: uno la toma del cabestro y el otro intenta agarrar con una mano una de las cuerdas que sujetan mis paquetes y con la otra mantiene en alto un amenazador palo para apalearla por detrás. No estoy dispuesto a consentirlo. A fin de llamar la atención hacia mí agarro un par de buenos racimos de uvas de una parra, se los muestro, les hincó los incisivos y se los lanzo, mordaz. Para redondear, pateo una viña. Ellos se vuelven desquiciados hacia mí y es obvio que me quieren aniquilar. Matilda arranca a correr como una condenada, y en un instante veo que la pobre ha caído en una zanja, ya fuera de la linde del viñedo. No se levanta del lugar donde la tierra se la ha tragado. Asustado, hago ademán de querer hacer las paces a mis enemigos y corro a socorrer como pueda a Matilda. Justo al tratar de bajar a la zanja caigo, golpeándome la rodilla con una durísima roca que asoma en el costado del terraplén. El dolor me paraliza. Los cuatro enfurecidos hombres asoman desde su lado de la zanja al espectáculo de dos seres heridos, apleados, e impedidos, medio hundidos en el barro de una acequia, que es lo que era la zanja. Alargando un azadón y agitándolo, el que debía ser el capataz me grita:

—Largáos de estas tierras y no volváis. Imbéciles. ¡Pareja de burros!

Con el cuerpo y la moral hechos añicos, dos pobrecitos, malparados aventureros entran cabizbajos y cojeando en Navarrete.

—¿Conoce Vd. algún veterinario? —pregunto al primero que encuentro a la entrada del

pueblo.

El doctor Rey es un milagro viviente. Matilda está de suerte después de todo. Este veterinario no sólo conoce a Matilda (la Curra del Luisín) sino que me dice, amonestándome, que debería de haber ido a él antes que nada tras realizar la compra del animal; aparte de Luisín, él era quien mejor conocía a la borrica en todo el mundo, era, en cierto modo, su médico de cabecera. Me explica que no ha visto a ¿Matilda? Sí, Matilda desde hacía excesivo tiempo, que le tocaba limarle las pezuñas hacía ya más de un año.

—Es lo mejor que le podía suceder. Que alguien la separara de ese Luis, que la tenía abandonada... pobre, después de todo no se le puede culpar si sufre la enfermedad del juego... dichas máquinas, deberían prohibirlas... y que después, mire Vd. la casualidad, acabe trayéndomela aquí. ¡Pero si hasta tengo su expediente, con sus vacunas y todo! Mire... déjemela tres, máxime cuatro días, que yo la pongo en régimen de cura intensiva (fijese qué famélica y enfermiza está) y al cabo de ese tiempo podrá usted ir con ella al fin del mundo. Usted ha tenido suerte. Los dos han tenido suerte en encontrarse. Pareja espléndida. Ah, y cómprese una pomada para esos ojos, ¡que parece el caballero del antifaz!

Salí de su consulta dejando la mayor parte de mis pertenencias ahí, bajo su cuidado, junto con mi querida Matilda, excepto una bolsa de viaje que contenía una muda mía y un par de libros: Caminé a trancas y barrancas, cojo y dolorido, hacia el centro de la villa. Además de los dolores de los varapalos, castañazos, y otras magulladuras aleatorias notaba otra cosa en el cuerpo, acaso peor: diarrea.

Tras ‘cagarme patas abajo’ en el retrete de una moderna cafetería en la Calle Mayor Alta y tragarme un coñac y un vaso de agua, pregunté por a una pensión o posada (la de peregrinos no osé usar, por el imperativo de disponer de un cuarto de baño propio). Me mandaron a la fonda la Carioca; otra opción era el hotel San Camilo, del que tomé nota por si las moscas. Llegado a la Carioca me aseguran que sí que puedo tener mi propio baño (mi urgencia de usar un retrete está alcanzando ya proporciones alarmantes) y me instalo. Tras aliviarme me llevo a una farmacia a comprar todo lo que me puedan recomendar, además de algo para estos ojos negros “otchi tchornyje” que luzco últimamente, y corro de vuelta a mi habitación, no sin antes comprarme en el supermercado un par de botellas de Rioja y otras chucherías para ir con el vino. Estoy listo para una temporada de recogimiento con mis libros.

Aunque mi corazón me pide el *Quijote*, me digo que debo de leer a Apuleyo, por si algo pudiera aprender respecto a los burros a través del protagonista. Esto resulta ilusorio, y, avanzando en la lectura del libro, me digo que la fuerte carga de erotismo que inunda la historia tal vez esté algo fuera de lugar teniendo en cuenta las circunstancias por las que atravieso. Eso sí, las palizas que recibe el asno sí me resultan altamente familiares e íntimas: siento empatía por el protagonista, e indirectamente me siento muy cerca de mi Matilda, a quien me prometo visitar al día siguiente, en cuanto mi señora diarrea me permita, conceda u otorgue un mínimo grado de movilidad.

El farmacéutico me ha recomendado también unos tranquilizantes, pues ha visto en qué estado de deterioro me encuentro tras el episodio del viñedo, y el no haber dormido bien en muchas noches; todavía tengo los ojos uno de cada color, en pleno metamorfoseo, aunque amainando. Uno, el izquierdo, está mucho peor que el derecho; debió encajar un cate de mucha enjundia. Con los calmantes consigo dormirme pronto y bien. Bueno, bien... si contamos con que me he levantado unas diez veces, y que mis posaderas han estado casi la mitad de la noche ornando la taza del retrete, pues así de bien. Al amanecer ya dormí unas horas de tirón. Y no recuerdo los sueños que tuve, aparte de ver los pinchos de cientos de formidables rastrillos de palo, aguijoneando el cielo, y yo —es mi remota impresión— subido a un carro, alquitranado y

emplumado, si mal no recuerdo. Luego me vi con una sierra mecánica ¡vrúuuuum, vrúuum! descuartizando viñas y viñadores, jé jé jé; jó jó jó. ¡La rosa amarilla de Texas!

Buenas noches, Matilda, espero que duermas bien, dondequiera que estés. Y no le des la tabarra al Dr. Rey, ¿eh? que él te quiere bien. Como yo. Zzzzz.

El segundo día de mi segunda estancia en Navarrete discurrió mayormente entre la cama y mi retrete, una botella y media de buen vino, cortezas y patatas chips, y las pastillas para detener la descompostura.

Solamente hice una corta visita a Matilda, pues no quería importunar al Dr. Rey en su importante labor. Le di ánimos a mi compañerita, prometiéndole que muy pronto estaríamos juntos para emprender el camino de nuevo, pero esta vez en toda regla, aplicando mi ‘plan B’.

A las nueve de la noche decidí que ya estaba bien y que eso de la reclusión no era para mí, sobre todo teniendo ignotas tierras forasteras por explorar.

Andando y andando las calles del pueblo y sus arrabales y tras no menos de cinco copitas de mi licor favorito, me encontré como por casualidad en una carretera cercana al cruce de la nacional con la autopista, creo que debió ser, en un lugar muy extraño y moderno, con luces rojas y camiones alrededor. El nombre del establecimiento, que parpadeaba con luces de neón, decía “El Molino Rojo”. Naturalmente entré a ver qué extraña posada podía ser ésta tan diferente a su rústico entorno.

Al poco rato me hallaba ante otro coñac, servido en una copa gigante, el líquido elemento danzando insignificante en el fondo, y una tiacona con acento caribeño bebiendo a mi costa, costándome una fortuna y diciéndome guarradas.

—¿Cuándo comienza el espectáculo? —mi voz borrachona espetaba— ¿Dónde están las locuelas pastoras?

—El espectáculo soy yo, guapo —me susurraba la fulana de al lado.

Mi cabeza comenzó a dar vueltas y más vueltas, convertido en molino de aspas que eran tetas, culos y entrepiernas de prostituta.

—¡Dejadme, dejadme todas en paz, putas! ¡Yo quiero ver las *follies berg-* !

—¡Oiga usted, imbécil! —me dice una cara feísima, asiéndome por la pechera—, ¡usted va a dejar de incordiar y va a pagar estas consumiciones de las chicas y se va a callar o lo echamos a la calle antes de decir amén!

Su roja, regordeta narizota delataba una cierta añoranza por los viejos días del boxeo, pidiendo un buen meco. No pude rehusar, y cargando la izquierda con todos los kilopondios que pude reunir, los descargué justamente en su justo centro, como es de justicia, lo cual produjo el resultado de que quedé libre de las zarpas del sujeto de ese lado del mostrador. Momentáneamente, debo añadir. Al poco noto que entre ese tío y otro que le ayuda soy escoltado hasta la puerta de la calle y expulsado. Como guinda (demasiado suave me venía pareciendo) recibí tal patada en las posaderas que creo que jamás lograré olvidarla. Bueh... sumando los pros y los contras, incluido el sopapo en plena napia que he metido esta noche, debemos considerar ésta una victoria clarísima mía. Se han quedado sin cobrarme las últimas rondas, jé, jé. Lo único malo es que ahora ya no estoy seguro de si tengo que correr a un retrete o si la culpa del *feeling* la tiene el pedazo de puntapié.

En la distancia oigo una serranilla, al ritmo, o casi, de ¡Ay Carmela! que dice así:

¿Por dó pasará la sierra

gentil serrana morena?

Tu ru ru ru lá. ¿Quién la pasará?

Tu ru ru ru rú. No la pases tú.

Tu ru ru ru ré. Yo la pasaré.

Di, serrana, por tu fe,  
si naciste en esta tierra,  
¿por dó pasaré la sierra,  
gentil serrana morena?

Ti ri ri ri rí. Queda tú aquí.  
Tu ru ru ru rú. ¿Que me quieres tú?  
To ro ro ro ró. Que yo sola esté.

Serrana, no puedo, no,  
que otro amor me da guerra.  
¿Cómo pasaré la sierra,  
gentil serrana morena?

Es opinión que esta serranilla pudo haber sido recopilada a partir del acervo popular por Gil Vicente, lisboeta, hace la tira de tiempo.

Doy un larguísimo paseo bajo la luna de agosto, dejando a los efluvios etílicos disiparse en la fresca noche navarretense. A veces sienta bien sentirse vivo.

## 8. *Beatus Ille*

Matildita me esperaba impaciente, si es posible tal cosa en una pollina. No pude creer mis ojos al verla tan limpiita, peladita y engalanada de fiesta; efectivamente, el Dr. Rey (o su ayudante tal vez) le había dado una buena ducha de agua y jabón, y le había recortado los excesos de pelambreira del invierno, que por alguna razón de supervivencia no había mudado bajo las condiciones en que estuvo transcurriendo su mísera existencia. Eso sí: le dejaron un precioso corte de pelo en la cabeza, con bellos ricitos morenos alrededor de las orejas y las sienes, y su crin enhiesta quedó muy cuca, como de niña traviesona.

El veterinario me explicó que esto de la ducha no es corriente, que lo que más les gusta a los asnos son los baños de tierra, en que se restriegan por la arena o la tierra y se ponen perdidos de polvo y de barro, lo cual los protege de los parásitos y de cualquier otra inclemencia o amenaza del exterior.

En cuanto a las pezuñas, era imperativo limarlas, o sea, que se le hace una pedicura, patita a patita (el burro ha de estar dispuesto a confiar en el pedicuro, que no es poco, pues es como quedar temporalmente impedido de moverse y esto va totalmente en contra del fuerte instinto de supervivencia que tiene todo burro). La operación se debe de hacer cada par de meses, a menos que sea un animal sin herrar que ande mucho. Matilda estaba, como suelen estarlo la mayoría de los burros de carga, herrada, así que le retiraron momentáneamente las finas herraduras, le limaron las pezuñas, y le colocaron herraduras nuevas, a estrenar.

Finalmente le actualizaron las vacunas equinas, y a lo largo de estos tres días le estuvieron administrando dos variedades de vermícida en la comida. También se cuidó el buen doctor (que es lo que prefiero considerar a este grandísimo maestro borriquil) de aleccionarme respecto a cómo he de alimentar a mi Matilda: los pastos, ya que vamos a estar por ahí fuera, por los campos y las sierras y las dehesas, de todo tipo, indiscriminadamente, y como alimento primordial. Los asnos, me dice, no son nada melindrosos en esto y aguantan lo que se les eche, a diferencia de algunos caballos... que son la reoca. Las golosinas siempre que se las merezca, sin excesos, que se habitúan y ya se sabe, acaban dominando al dueño, amén de estropearse el estómago. Me hago nota de comprar un par de kilos de zanahorias en cuanto salgamos de la consulta.

Y en fin, que el médico de Matilda me habló largo y tendido de todo, ilustrándome en el arte de la burrería, y yo y mi amiga se lo estaremos eternamente agradecidos.

También me dejó la cuestión de los arreos de Matilda solucionada, y a ella de punta en blanco, con una albarda nuevecita, reluciente. La antigua estaba humillantemente apolillada y mohosa, de su estancia en las tinieblas.

Llegado el momento de pagar, los honorarios de este hombre fueron asombrosamente humildes, por lo cual yo deposité en sus manos la cantidad multiplicada por tres, para ayuda de hermanos o parientes menos afortunados que Matilda. Incluso así sólo constituyó una parte reducida de lo que me cobrarán por la borrica, y en verdad que el Dr. Rey, donde yo le llevé un trasto cochambroso y destartalado, una triste y rota figura de animal, me entregó una Matilda nuevecita, reluciente casi, una señorita muy, pero que muy guapetona, ¡y mejorando a ojos vista!

El Dr. Rey nos indicó una guarnicionería, donde podíamos ir para adquirir nuevos objetos para enjaezar a Matilda, y esa fue nuestra siguiente parada.

Unos cascabelitos para adornar los laterales de su arnés, a la altura de las patillas, y un precioso sombrero de paja con cinta y lazo color rosa, con franja celeste, todo muy femenino, que incluía, como era de esperar, sendos agujeros para las orejas; Matilda se lo puso inmediatamente, la coqueta, y los aros alrededor de los ojos delataban que le encantaba el detallito. También le



conseguí un cabestro o ronzal completamente nuevo para llevarla. Pedí además —idea de cosecha propia— una cadena ligera pero de acero, que midiera 2 metros, la cual, dando la vuelta al cuello de la burra y pasando por el aro de la cincha, me serviría para, en un momento dado, amarrar a la burra a algún poste o lugar similar y evitar que me la roben. La mayor parte del tiempo simplemente lo llevaría arrollada alrededor del cuello. Compré en una ferretería adyacente un candado chico para el cuello y otro, de combinación, para el cabo suelto de la cadena.

Como era miércoles había mercado al aire libre. Nos paseamos entre las hileras de *stands* como pasaría Perico por su casa, a pesar de ser Matilda el único burro en los alrededores. Adquirí algunas cosas para mí, incluida dos botas curadas —que dicen que las botas de Navarrete son las mejores de España y del mundo— una para vino y otra, en honor a Stevenson, que así lo llevaba, de coñac, y con otra excusa adicional: que alegan los expertos que las botas “curadas” no lo son tanto hasta no curarlas del todo con el mencionado licor; unas camisetas nuevas de colores, pues no encontraba sitio apropiado para lavarme la ropa y se me estaba quedando toda sucia a marchas forzadas; un sombrero de paja para mí, mucho más feo que el de Mati, claro.

Dos kilos de zanahorias.

Ya sólo faltaba ir al almacén donde implementar el Plan B.

El Plan B era sencillo: contratar una furgoneta para llevar a la pollinica hasta el siguiente pueblo, Nájera. A partir de Nájera ya no tendríamos que enfrentarnos al tráfico de la carretera, al menos al tráfico de una carretera como la Nacional 120. Sencillo, ¿verdad?

Excepto que aún habría que contar con que Matilda acepte subirse a la furgoneta.

Llegamos al almacén donde, según me recomendara la posadera de la Carioca, conseguiría mi objetivo. El lugar era una especie de granero adaptado a usos varios, y la furgoneta estaba colocada al entrar, justo detrás de la larga persiana metálica que se hallaba subida las tres cuartas partes. Detrás veíanse amontonados unos bloques o hatos cuadrados de paja. Una vez que alcanzamos un acuerdo el dueño del vehículo y yo, decimos que adelante, vamos al asunto, si estamos todos listos. Meto a Matilda dentro del recinto, compruebo que no va a sufrir estrecheces a juzgar por la altura y la anchura de la furgoneta en comparación con su propia estatura, y para el ancho calculo hasta dónde se extienden mis bultos... todo parece que irá bien. Una vueltecita a la Mati (que no es moco de pavo en el reducido espacio) y ya su cara mira al dorso de la furgoneta, las puertas abiertas, ella está situada ante una rampa formada por dos tablas anchas enganchadas al parachoques del furgón... y... ¡anda bonita, súbete! Si son sólo cuatro pasitos. El conductor se pone a la cabeza, tirando de las riendas de Matilda, para que ella suba la rampa y se meta en el del vehículo; yo sigo detrás, invitándola a avanzar. Nada. Nada de nada. El animal no se mueve ni un milímetro. De nada sirven los sobornos de zanahorias. El transporte por carretera no se hizo para ella. Impaciente, perdiendo mis propios estribos voy y hago una locura: Me pongo a achuchar a Matilda con las dos manos, justo detrás de ella, pero no me doy cuenta de un detalle, y es que le tengo puesta la mano justo en el punto prohibido. La reacción no se hace esperar, y de la cox a dobles patas ya me veo por los aires —sus dos patas traseras se me han clavado, con repique, en la barriga, en pleno plexo solar (aunque la luna vi, y las estrellas) o chakra tántrica, y primero me lo han pachatandrado y luego me lo han majabaratado a precio de saldo, y me han izado en toda mi gloriosa gordura y catapultado hacia el fondo del almacén. Tras dos milenios y medio aproximadamente de acción ralentizada, soy depositado en el fondo, sobre los bloques de paja, y gracias doy al cielo por la presencia de esta paja. Dios bendiga las pajas, pajitas y pajotas del mundo, que si no es por ellas, no estaríais leyendo mis malandanzas y peoraventuras.

Y sin embargo la solución era tan sencilla... simplemente no le estaba haciendo caso a la razón y a los consejos ajenos, en este caso los de Luisín: la varita mágica, la marcha atrás de mi

asna.

Así que me levanto, y, tentándome, compruebo y certifico que estoy ileso, aparte de que probablemente ya no tengo estómago, y voy y rebusco entre la maraña desordenada de aperos y arreos, viejos y nuevos, que se me ha juntado (ya vería yo de ir tirando la mitad, y más, de estos trastos) hasta que la encuentro. ¡Ahá! Nuevamente una vueltecita a Matilda, que ahora mira hacia el fondo, donde yo aterrizará instantes antes. Unos toquecitos en su pechera, tá, tá, tá, y ella dócilmente recula, izquierda, derecha, izquierda, derecha, hasta hallarse de cuerpo entero y presente dentro de la dichosa furgoneta. El dueño del carromato se apresura a hacer acto de presencia, retornando de dondequiera que se había escabullido, y cierra las puertas de la furgoneta. *Fait accompli!*

El señor Salcedo, que es como se llama el dueño de la furgoneta, se alegra no poco de que Matilda se encuentre dentro de su vehículo (probablemente ya daba la mañana por perdida), arranca el motor y saca la furgoneta a la adoquinada calle; a continuación echa la persiana metálica de su almacén, me invita a ocupar el asiento del copiloto y se pone él al volante.

—¡Pero qué bien vuela Usted! —bromea—, ya le veía en el hospital por lo menos...

—Sí, ya. ¿No es un milagro, que no me pasara nada? Es que mi burra me trata con mucho esmero.

Reímos los dos de buena gana. Hemos salido a la calle Mayor Baja y nos encaminamos, rumbo oeste, a la salida de la N. 120, que Matilda y yo ya conocemos.

Salcedo resulta que es todo un cicerone de lo riojano. Bien se beneficiaría el lector si yo lo llevara conmigo a todas partes, pues él parece saberlo todo acerca de su región. Desgraciadamente lo vais a disfrutar solamente durante estos 12.5 km. que hay entre Navarrete y Nájera.

— — —

*En este punto Juan, lleno de pánico, me llama a mí, el demiurgo, a que le solucione una papeleta que le trae por el camino de la amargura. Resulta que está revisando su novela, y se encuentra aquí con este como chichón, quiste o grano histórico-artístico-filosófico que me dice que desentona con el resto.*

—Es que mi propósito original iba por ahí —exclama—: yo quería agradar también y de manera especial a los riojanos, con una obra que abordara toda clase de temas con sabor local.

—O sea, que querías dar una relación “documental” completa de todos estos lugares: Logroño, Navarrete y Nájera, después los pueblos de las montañas, y finalmente San Millán y sus monasterios y Santo Domingo de la Calzada...

Pues claro. Pero ya ves, de Logroño se ha quedado más en el tintero que sobre el papel, y luego no he sentido las ganas, la paciencia o la entereza de detenerme a rellenar los detalles de los otros lugares, y ha quedado este trocico tan sólo... mejor lo quito y listos. Por otro lado ¿Cómo demuestro yo que he estado en todos estos sitios?

Juan, ¿no te das cuenta de que ésta no es, ni ha sido nunca una típica relación de viajes para turistas vagos que quieren ‘viajar’ a exóticos lugares sin moverse de casa, a base de leer libros novelescos? En el futuro ya no se escribirá así. Si alguien quiere más detalles, digamos, de la iglesia de Santiago de Logroño, o del monasterio de Yuso, o Suso, en San Millán de la Cogolla, o Nájera, pues ahí está Internet, con cientos y cientos de páginas. Tú escribes: “...y entré en su claustro, y vi (Buscar: +nájera +“santa maría la mayor” +claustro +rioja +españa)” y ya el lector tiene todo lo que necesita —fotografía, vídeo, etc.— y más. En cuanto a lo de demostrar, ¿tú qué tienes que demostrar? ¿Tú te crees que al lector le importa si has estado o no ahí? ¡Anda ya! ¡

*Tú a lo tuyo, hombre!*

*Sobre el supuesto pegote, o alteración de tu hilo narrativo, pues mira, las sátiras menípeas se han caracterizado todas por ser collages hechos a base de retales y parches heterogéneos ensartados y venidos por los pelos. Ahí está Gulliver, más irregular que el copón, o El asno de oro, con la hermosísima historia de los amores de Psyche y Cupido injertada, de tal modo que se diría que es como el tumor hepático tornado perla, que ya la gente busca la ostra por aquel tumorcillo o quiste nacarado únicamente, desechando el animal en cuanto logran su anhelado tesoro. También en obras de índole harto diverso, sin excluir el gran género de nuestra era, se halla similar fenómeno: las novelas cortas y las alocuciones quijotescas, las retahílas balleneras de Melville... ni el gran maestro Tolstoy tiene reparos en salirse por peteneras de cuando en cuando.*

*Y lo tuyo sólo es un par de páginas, tío, así que tranqui, que aquí no se masca ninguna tragedia. Yo afirmo que lo que sigue le viene de perlas a tu asnal historia.*

— — —

A la misma salida de Navarrete aminora Salcedo la marcha y me muestra, al lado del camino, un fantástico portal con arquivoltas que más parecería encajar en la fachada de una iglesia gótica — protogótica, para ser exactos— que donde se halla: entre árboles, conformando la puerta de entrada a un humilde cementerio. Me explica mi acompañante que perteneció efectivamente a un edificio asentado antaño en el otro extremo del pueblo, que había sido un hospital para peregrinos llamado San Juan de Acre, como aquel San Juan de Acre que hubo en el Oriente Medio en tiempos de las Cruzadas, y que esta joya era lo único que sobrevive de aquel lugar de reposo y cura del caminante. Unos pasos más adelante existe una minúscula ermita adosada al muro del cementerio que muestra dos figurillas —sigue diciendo— que rememoran un accidente que ocurrió en 1986 en que una peregrina del Camino, de nacionalidad belga, perdió la vida. Su nombre era Alice de Craemer, y peregrinaba en bicicleta con su acompañante cuando se la llevaron por delante.

—¡Claro, si es que con el tráfigo de esta nuestra agitada era ...!

Avanzamos entre viñedos, miles de viñedos. No alcanzo a reconocer el lugar donde tuvimos Matilda y yo el percance tan sólo unos días antes, pero por un rebuzno de ella sé que ella sí lo recuerda con claridad meridiana. El señor Salcedo entretanto me narra todo lo narrable sobre la zona. Primero me habla largo y tendido sobre los oficios artesanales, entre los que se hallan los de alfarero, almazuelas, alpargatero, bargueñero, botero, cestero, encuadernador, escriñero, forjador, guarnicionero, pelotero, artesano textil, y tonelero; Navarrete es célebre por su tradición alfarera.

Se centra ahora en Nájera. Yo trato de hacerme una idea de cuáles habrán de ser mis siguientes pasos. Mi primera intención es pedirle a mi conductor-tornado-guía que me lleve directamente a la salida de Nájera en el lado opuesto. Es la llamada de lo salvaje que tira de mí. Mas sé que eso heriría su sensibilidad, pues precisamente en estos momentos está enumerando las cosas que tengo que visitar en Nájera, que no me puedo perder por nada del mundo. De todas formas sé que necesito comprar algunas cosas antes de abandonar del todo la civilización, o al menos una población donde encontrar algunas de aquellas cosillas que nosotros, bestias de ciudad, consideramos necesarias, como papel higiénico. Ya sé que debería acostumbrarme a la naturaleza, que con hojas, o hasta piedras, se consigue lo mismo, pero poco a poco, me digo, que yo para eso soy muy cobardica, o será que no estoy dispuesto a llevarme cualquier cuerpo extraño al culo, vamos. Me aseguraré de que sea lo más puro posible, que no dañe el medio ambiente con

colorantes, químicos, ni olores tontos. Y más adelante veré de hacerlo con las piedras del camino y las hojas del bosque. Tengo que encontrar un buen supermercado y dejar que mis ojos y el instinto elijan por mí.

—...el puente, sucesor del que construyera en el siglo doce San Juan de Ortega, en colaboración con su ya anciano maestro Santo Domingo de la Calzada, cruza el río Najerilla y nos lleva al casco o lado antiguo y más verdadero de Nájera, al que llaman por otro nombre Barrio de Adentro: un grupo de casas (incluyendo la de Dios), calles y plazas que se agolpan entre el río y los montes o peñas a la espalda: cinco peñas, La Horca, Malpica, Malvecino, La Atalaya y El Castillo... Todo lo demás, lo que queda a este lado del río, más moderno, menos íntimo, recibe el apelativo de Barrio de Afuera.

Subimos por una empinada cuesta que hace que los amortiguadores de la furgoneta se resientan. Veo por la mirilla de atrás que Matilda está bien; nerviosa, pero a todas luces bien. En la cima me aguarda una hermosa sorpresa. Me avisa el conductor que estamos ascendiendo a lo que se llama el Alto de San Antón, que antiguamente albergaba un convento de monjas de ese nombre, y también una fortaleza Templaria, de las que sólo quedan unas pocas ruinas. Los caminantes acostumbran traer consigo una piedrecita a una zona junto al camino para depositarla allí y ya existe todo un laberinto de tales piedras amontonadas.

Lo mejor, sin embargo, no me lo puede comunicar él, sino que he de vivirlo con mis propios ojos: ¡Que extraordinario espectáculo de paisaje! ¡Éste va a ser mi valle, mis montañas, mi río, mi aventura! La vista se abre en un vasto escenario bucólico, con el lecho del río Najerilla atravesándolo en su totalidad, arrancando del sur, de las montañas, donde se halla el majestuoso San Lorenzo, para luego avanzar por el cuadriculado llano de cultivos y huertos y balates y un ocasional bosquecillo de cascajos o quejigales, y los hermosos álamos que lo acompañan eternamente en su fluir. Delante nuestra atraviesa el río el pueblo, y finalmente desaparece en la distancia, tras unas colinas, hacia el norte, lejísimos, muriendo en el Ebro en Torremontalvo, o muriendo acaso en el Mediterráneo, o quién sabe... no muriendo nunca. Como escribiera o dijera Ana María Matute, riojana de Mansilla de la Sierra: el Najerilla es “un río de oro que corre hacia algún lugar del que no se vuelve”. El antiguo pueblo, al que ya nos dirigimos raudos y entusiasmados, descendiendo por una amplia curva, se asienta bajo los mencionados peñascos gigantescos que le sirven de copete y que le dieron el nombre árabe de *Naxera*, que significa “entre peñas”. Varias de estas peñas aparecen cubiertas de pinares de reforestación, otras están peladas, y mostrarán en cuanto estemos cerca ora restos de algún antiguo castillo, ora cuevas eremíticas.

No muy lejos de nuestro destino me enseña Salcedo otro altozano cercano a la carretera, que dice se llama el Poyo Roldán, y que guarda una leyenda sobre Roldán, el sobrino de Carlomagno y héroe de Roncesvalles, y el gigante marfuz Ferragut, digno enemigo, no ya de un Roldán, sino mismamente del audacísimo y eternamente glorioso Don Quijote de la Mancha, según convendréis en oyendo la relación de los hechos. En efecto, dicese que a consecuencia de las grandísimas victorias del noble caballero Roldán contra los moros por toda la España, y en especial en tierras aragonesas, que el fiero jayán Ferragut fue enviado a combatirlo y destruirlo con 20.000 bravos soldados de Babilonia por el sultán o el emir de este imperio. Los babilonios, que a lo mejor en realidad eran turcos —dice Salcedo— ocuparon Nájera, poniéndose Ferragut bien plantado encima del castillo y plantando cara a Roldán. Abreviando: que el héroe francés, para derrotarlo, según algunas crónicas le clavó un puñal en el ombligo, que era su punto débil, y según otros se lo cargó a pedrada limpia con una honda. Sea con puñal o con una piedra, el caso es que lo hizo lanzándolo desde esta peña, que dista 2 km. del pueblo. Muy emocionante, le digo; lo único que tengo que objetar a esta historia, añadido, es la selección de armas del héroe: un puñal

indicaría, creo yo, un autor esquivo, huraño, un tanto traicionero incluso; y en cuanto a usar una honda, jamás en la vida se rebajaría Roldán a usar arma tal, que es de cabrero. Así que tengo mis dudas... Eso sí, que también se dice que intentó convencerlo primeramente de palabra de que se convirtiera en cristiano. Claro que... ¿qué porras íbamos los cristianos a hacer con un gigante como Ferragut, por muy cristianísimo que se hiciera? No sé... demasiados problemas. A lo mejor mató al gigante a cornetazos, o simplemente lo espantó con su estruendo. Estos últimos apuntes me los digo para mis adentros, como comprenderéis. Lo que es posible que encierre en el fondo la gigantesca historia es que debió ser otra derrota más del galo. Y es que parecería que estos tan cantados o cacareados épicos caballeros medievales la tuvieran tomada con La Rioja, joder: también el Cid Campeador le dio para el pelo a los pobres riojanos, trabajando como trabajaba a sueldo, o a beneficio, de Almutamín de Zaragoza, y de cualquier moro de la morería que se terciare, provisto que buenos parnés puntualmente pagare.

Ya entrando en el terreno de la auténtica gala del lugar, el “Escorial Riojano o de los navarros”, y me refiero al Monasterio de Santa María la Real, qué os voy a decir sino que Salcedo me soltó una retahíla de nombres históricos que no las reproduciría un Heródoto, y tanto menos yo, que en lo que toca a los reyes medievales de la Reconquista estoy perdido: que si un Ramiro y un Alfonso u Ordoño o Sancho o Pedro o Enrique, con o sin la -ez de coletilla, y después que si son de Castilla o Navarra o Aragón o Galicia o León... quita, hombre. Me conformaré con apuntar lo poco que me resultó medio inteligible, y así me habla de un Sancho Garcés, y después de Sancho III el Mayor (1004-1035), con el que el “Reino de Pamplona-Nájera” alcanzó su mayor poderío, llegando a abarcar casi todas las tierras españolas reconquistadas hasta el momento, según dicen, llegando su influencia hasta Toulouse; le llaman *Hispaniarum Rex* en sus monedas, acuñadas en Nájera; a su padre, Sancho Garcés II, le llamaban el Temblón, pero ante mi muy natural curiosidad Salcedo no puede, o no quiere, ahondar en el tema del tembleque, ¡bah! siempre se comen lo mejor. Luego viene el rey don García apodado el de Nájera, que fue el que fundó el monasterio, allá por el año del Señor de 1044, a raíz de haber encontrado, yendo de cacería y guiado por una perdiz, una Virgen junto a un jarrón de azucenas en una cueva, como está mandado. Alfonso VI más adelante convirtió el lugar, dedicado a Santa María, en un cenobio cluniacense, y así los eremitas que venían anidando allá arriba, en las covachas del peñasco, ya tuvieron un sitio más sólido donde encerrarse. Y seguimos: está Alfonso VIII el de las Navas de Tolosa, que nació en Nájera. Su madre, la famosa Blanca de Navarra, murió en el parto, y dispone Blanca de un bellissimo sarcófago historiado en el Monasterio, con ristas de Santos Inocentes, de negro visaje, a diestro y siniestro. Ah, sí: Fernando III el Santo (a éste sí que lo conozco yo mejor) fue coronado aquí, en el 1218. Y ya está... ah, no: el Papa, en el 1487 y hasta el 1513, se lo dio en encomienda a don Rodrigo de Borgia, el que, cuando se convirtió a su vez en Papa —Alejandro VI— escandalizó a Europa con toda su prole de hijos naturales y menos naturales y hasta antinaturales, Lucrecia, Cesare... Y yo estoy persuadido de que ese Cesare envenenó a Felipe el Hermoso, haciendo enloquecer a Juana, y nadie me quiere hacer caso.

La mayor parte de lo que podemos ver hoy es de los siglos XVI y XVII; desafortunadamente, del monasterio original, románico, nada queda. Para colmo, durante la invasión napoleónica, y después, con la desamortización de Mendizábal desaparecieron muchísimas cosas, verdaderos tesoros no sólo artísticos, sino en oro, joyas, etc. La reina inglesa posee un “excepcional rubí” que de Nájera salió.

Entre las riquezas del monumento cabe mencionar la Capilla de la Vera Cruz, donde reposan múltiples e insignes muertos, tanto locales como nacionales. En la iglesia descuella el retablo, un tanto parecido, a mi ver, al de Navarrete, del que ya se ha hablado. (Os habréis dado cuenta de

que mezclo mi visita, que aún no ha ocurrido, con las explicaciones de don Salcedo; que no os escandalicen estas libertades; soy incorregible, y viajero antes que escritor). Está flanqueado el barroco retablo por sendas criptas familiares (¡cuanto muerto encierra este edificio, Señor!). El dorado coro, en gótico florido, goza de la mejor sillería de España, dicen.

Por fin, las dos perlas: el Claustro de los Caballeros, de arcos platerescos, que dejan entrar el oro del sol a raudales al contraluz de una misteriosa palmera (sí, y yo que creía que me las había dejado todas atrás al sur, en Granada); y lo mejor de lo mejor, para quedar grabado para siempre en el recuerdo de cualquiera, sobretodo si se tiene una vena morbosa: el Panteón de los Reyes, en el sótano, ¡yuy, yuy yuy...! hileras de tumbas en piedra: reyes y grandes señores de antaño, de Navarra, y de Castilla también, recostados en efigie en dura roca de granito o mármol, y la Virgen arrodillada sobre ellos, rogando a su Hijo por sus almas. Esta cripta se supone que coincide con el lugar de la cueva donde fuera descubierta la Virgen, ahora ocupada por todos estos regios difuntos. Por eso llaman a Nájera el Escorial riojano —me asegura Salcedo—, porque aquí hay tanto rey enterrado, que de acuerdo con *Las Partidas* de Alfonso el Sabio, y de diversos fueros, ésta debería por derecho ser la capital, no ya de Navarra, sino de Castilla y ¡de la mismísima España! ¡Tal como lo oye! Y yo, que en ocasiones tengo mis propias opiniones sobre las cosas, me lo pienso en silencio y asiento, y me digo que España desde luego ganaría, y un montón, con trasladar la corte aquí (o al menos a un sitio similar, como Guadalajara por ejemplo). Todos los ministros contentos, y por extensión España. Claro que habría que contar con que Guadalajara, o Nájera, aceptaran la oferta.

—¡Bueno! ¿Dónde quiere que lo deje? —me suelta de sopetón. Miro alrededor, estamos rodeados de edificios grandotes que veo que son fábricas y almacenes de muebles mayormente, la parte más nueva de Nájera, y pronto se vislumbra delante nuestra el río, y toda una larga hilera de casas políchromas, con sus balcones dando al verde prado que orillea con el Najerilla: tanto colorido que diríase que estuviéramos en Holanda o el Canadá o algo así, no la sobria, estoica y monumental España, justo en su encrucijada entre Castilla la Vieja, Navarra, Aragón y las Vascongadas.

—Pues... al otro lado del puente, ¿no? ¿No es ese el puente que usted me indicaba que daba al lado antiguo?

—Efectivamente.

—Ah, y me tiene Vd. que decir dónde está la salida del pueblo —le recuerdo, mientras nos acercamos, calle de San Fernando adelante, al puente.

—Muy fácil. Tire usted, a este lado del río, por Sala de los Infantes todo para arriba, y saldrá, siguiendo el Najerilla, camino a Tricio, a Anguiano, a Berceo... o si quiere hacer como la mayoría de los caminantes (aunque más y más se van avisgando y echan por el camino que le acabo de indicar), siga por la N. 120 otros 5 km. hasta Azofra, desde donde tendrá que elegir entre dirigirse hacia el sur, por el monasterio de Cañas, hacia Berceo y San Millán, o seguir directo a Santo Domingo de la Calzada. Para mí que lo mejor es volverse hacia acá y dirigirse directamente al sur por el río. Es mi humilde opinión.

Respetable opinión, sí señor, que todavía tengo la oreja izquierda roja. Este hombre es una mina inagotable de información. Cruzamos el río, el muy gentil río. Desde luego le da veinte patadas al Genil a su paso por Granada, que ya es un cachondeo, pues tiene agua en un tramo de 2 kilómetros, un agua, diré por añadidura, que en ocasiones, hay que confesar, huele a verde. Además, este año ha llovido en abundancia y las Autoridades del Agua de La Rioja seguro que están siendo generosos con el caudal que dejan fluir de su embalse de Mansilla y que llega acá pura, cristalina, y abundante. Esto en el sur no lo tenemos.

Don Salcedo detiene el carromato entre las plazuelas de San Miguel y Santa María la Real.

Al apearme y estirar las anquilosadas piernas noto que estamos en pendiente. Una pierna se me ha dormido y por poco me caigo a plomo sobre la minúscula acera. Mi camionero-guía se llega a la puerta trasera de su vehículo; oigo claramente las herraduras de Matilda contra el metal del suelo de la furgoneta: clic, clac. Está nerviosa. Presiente que este es el principio de una nueva forma de vivir la vida.

En el instante que sale lanzada de su encerrona semeja un toro bravío que irrumpiera en el ruedo, mas con la inconfundible estampa de lo que realmente es: una burra destartada de luengas orejas. Alza la mirada al altísimo y rebuzna de puro gozo de verse libre; avanza agitada, dando saltos, siguiendo la eterna ley de la inercia, que la lleva calle abajo con la gravedad, cargada con mis bártulos, que la hacen doblemente ancha y voluminosa. Comienza subrepticamente a aminorar la marcha, a volver a su realidad circundante, a darse cuenta de su entorno... y qué es lo que ve sino una escena espantable a todas luces para sus ojos de borrica: ¡una comitiva, congregación o grey de ancianos que avanzan hacia ella con sus bastones por delante, marcando el camino! ¡Diríase que Matilda estuviera en presencia del cuadro de las Lanzas! Y por si esto no fuera en sí suficiente, les acompaña más de uno, y más de dos a lo que ve, perros, ese latoso bicho, que ante su imponente presencia se ponen a ladrar como si en ello les fuera la vida (que todo es posible). Salcedo y yo atestiguamos mudos la feroz carga de la burra contra los viejos con sus cañas y sus canes. Matilda, aunque con una minúscula mordida y dos garrotazos mal dados en cuello y lomo, desbarata al enemigo y sale clarísima vencedora: tres viejos rodando cuesta abajo y un feo chucho, medio chihuahua, o caniche, o gozque o qué sé yo —podenco no era— volando por los aires. ¡Esa es mi Matilda!

Claro que no es cosa de tomarse la situación a guasa. Es más, los sucesos no se detienen, pues mi asna no se ha quedado sin cuerda aún. Azorada de verse en tan incómoda e imprevista circunstancia, y los ancianitos gritando a todo pulmón —¿se habrá roto alguno alguna pierna, me pregunto, o peor: habrá algún descalabrado?— Matilda se da la vuelta y trota a todo pasto en dirección contraria, cuesta arriba y torciendo Dios sabe adónde. Yo corro tras ella y veo, horror de los horrores, que la pollina se encamina directamente al meollo de una nutrida escuela de niñas —algún viaje de estudios debía de ser— y lo que pudiera resultar de esto no quería yo ni imaginármelo; no parecía sino que estuviéramos en una bolera, en que la enorme bola de mi burra iba a derribar su docenita de escolares, ...y hasta veinte podía buenamente arrollar, pues la calle era particularmente estrecha en este punto. De pronto Matilda se detiene; en un instante está rodeada de esas mismas niñas que ya veía yo entregar el soplo al creador o a Jesusito el hijo, y me la acarician, y hacen mil mimos y cucamonas, y le dan florecillas multicolores. Matilda finalmente levanta la cabeza de las margaritas que está mordisqueando y me mira. Sabe que yo no acabo de aprobar la que ha liado con aquellos ancianos.

Rogando a las niñas, que quieren saberlo todo acerca de Matilda, que me disculpen, vuelvo corriendo con la culpable al lugar del estropicio, implorando a Dios y a la Virgencita que la valoración de los daños no me aterrice en la cárcel, y resulta que no, que por suerte todo se ha calmado. Es más, al ver que retorno con la mortífera rucia, se amilanan e insisten que todo va bien, que no pasa nada de nada. Me veo en la obligación de explicarles que las dos cosas que Matilda más aborrece y teme son las varas y los perros, y es eso lo que ustedes, muy respetables señores del lugar, más ostensiblemente lucen. Antes de que ellos comiencen a recobrar humos y deseos de resarcimiento y venganza considero conveniente dar el asunto por concluido, zanjado, finiquitado y olvidado. Me disculpo por enésima vez y ordeno la retirada. Los ancianos comienzan a refunfuñar, pero rápidamente son ahogadas sus quejas por los gritos de encomio y de alegría de las escolares, que ahora comparten la misma calle.

Pongo tierra por medio tras decirle adiós al señor Salcedo, que ha partido a Navarrete con una

enorme sonrisa de satisfacción en los labios.

Ahora me toca poner a prueba la paciencia y capacidad de Matilda de permanecer esperando fuera de un sitio mientras yo estoy dentro, en este caso en un supermercado. Así que tomo la cuerda o rienda de la burrita y lo hago pasar tras un canalón, sin atar siquiera, sólo haciendo pasar el cabo por encima de la cuerda, y entro en la tienda. Mirando fuera de reojillo veo que Matilda ni se inmuta: la mansedumbre asnificada.

Hago todas las compras que considero necesarias, y algunos caprichos y golosinas extra, incluido otro par de kilos de zanahorias, que entre pitos y flautas, veo que la Mati ya se las está zampando que es un primor. La estoy consintiendo.

Al salir de la tienda veo que mi amiga se ha portado a las mil maravillas, o sea, que no ha hecho nada, y en premio le doy tres o cuatro de sus anaranjadas raíces. Nos encaminamos a la iglesia monasterio de Santa María la Real, pues he determinado que tengo que cumplir con los dictámenes del señor Salcedo, y además, que para algo había yo escogido La Rioja de los Monasterios, ¡vamos, hombre, ¿pero a ti qué te pasa, Juan Estébanez Maldonado?! ¡Ánimo gandulón!

Ideo algo que vi hacer en Sevilla con los coches de caballos, y es que a los animales les ponen un saco con heno cubriéndoles la boca mientras están parados, y así me las arreglo con una de mis bolsas más grandes y unas cuerdas: lo lleno del heno que llevo desde el veterinario y se lo coloco a Matilda cuando estamos junto a la entrada de la Iglesia. Esta vez la amarro más seriamente (quiero aprender a cuidarla lo mejor posible, y tratar de estar preparado para las diversas eventualidades futuras): utilizo la cadena de acero que lleva enrollada alrededor del cuello, y el candado. Compruebo, eso sí, que la combinación del candado es efectivamente la que yo me había memorizado. Así pues la amarro con cadena y candado a un poste señalizador que está pegado al muro y entro en el monumento. Los resultados de mi visita, grata y espiritual, ya la tienen en una relación anterior, de cuando me dirigía hacia acá.

Lo que queda ya es afrontar el momento de la verdad: Matilda y yo nos vamos al fin a alejar del mundo ciudadano de los humanos y dejarlos en sus quehaceres y trapicheos cotidianos.

Caminamos al norte del pueblo, por la calle Costanilla, a ver el aspecto que muestra esa salida, pero yo me estoy acordando de algunas relaciones de caminantes del camino que describen esa salida, en cuesta, como larguísima, incómoda incluso para ciclistas, y poco interesante, aparte de poder observar el lugar donde tuvo lugar la Batalla de Nájera, en 1160, entre Pedro I El Cruel y Enrique de Trastámara, pero claro, ahora es un simple campo como cualquier otro. Nah, yo me vuelvo y tomo la salida sur, río arriba. Esta es mi propia peregrinación, riojana y no compostelana.

Tornado, pues, a la zona del río y su puente, veo una hermosa zona de césped y de árboles donde daría gusto tumbarse a tomar unos bocadillos najerenses, recomendados en la literatura turística, y a continuación echarse una siestecilla para huir del calor de esta tarde de agosto... ¡Claro, si es la hora de comer, casi las tres de la tarde! Se me había olvidado completamente que ya iba sintiendo hambre. Veo, al otro lado del río, un lugar entoldado con mesas junto a un paseo o *promenade* a la misma vera del río. Cruzando con mi Matilda la puente leo, sobre un tejado azul que cae a la derecha, no muy lejos, *Hotel San Fernando*, y tres estrellas amarillas, y debajo, *Restaurante*. Me suena haber leído en una guía que obtuve en Logroño que sus precios eran muy asequibles. De todas formas en estos momentos me da igual: lo estoy pasando fabulosamente y no me importa invertir en una buena pitanza.

Estamos en el Paseo de San Julián, gozando de la vista del río, puente y montes, yo sentado a mi mesa al aire libre, junto al bordillo, al final de la hilera, y Matilda a mi vera. Pido media botella de clarete, fresquita para combatir el calor, una suculenta ensalada verde con mucho aliño,



y un par de truchas: mi estreno en el Najerilla. Ah, y pimienta negra, por favor. Enseguida estoy enfrascado en la manduca, ambas manos grasientas empapando migas de pan, absorbiendo los jugos deliciosos que quedan en ambos platos. Tras dejar los utensilios de comer cruzados en equis en el plato vacío, salvo por los dos esqueletos piscícolas, y las raguas del béicon que albergaran los peces en sus entrañas, vuelvo a darle a Mati una zanahoria (venía yo alternando bocados a mi propia comida con darle a ella de la suya: pan y zanahorias). Llamo al camarero y me pido café y copa. ¡Ay, sólo se vive una vez!

Me siento culpable de que la pobre Mati haya tenido que estar medio al sol, con sólo una poca de sombra de un retoño de aliso, y yo aquí, bajo el toldo tan pancho zampándome la comida totalmente en babia, *in albis*, en éxtasis. Voy a los aperos y saco su sombrero de paja de ala ancha que le comprara en Navarrete, con los agujeros para sus espléndidas orejas, y de camino, para hacer juego, me pongo yo el mío, también de paja. Jé, jé, se me antoja que parecemos mexicanos, aunque suene a cliché.

—¡Ándele manita, qué linda, y cómo luces!

Unos romeros del Camino sacan sus cámaras de fotos y nos apuntan. Toma y toma y toma. Pronto hay nuevos viandantes, mayormente Caminantes, pero también turistas de diversa ralea, y todos quieren fotografiarnos y fotografiarse ellos, o sus niños, con Matilda y conmigo. Yo hago todo tipo de carantoñas y mimos y gestos de cariño hacia Matildita, pegando mi cara a la suya, o poniéndola encima, o debajo. Paso a la fase de montar a los críos sobre la burra (algunos con un espanto de aúpa) mientras los padres los fotografían. Entonces alguien ve una hoja de periódico doblado sobre la acera, justo enfrente nuestra, que no yo sé ni cómo ha llegado allí, y deposita unas monedas en ella. Otros le siguen la corriente, arrojando dinero sobre el papel, y pronto se aprecia un sustancial montoncito de monedas.

Y como suele ocurrir que la gente llama a la gente y el dinero llama al dinero, pronto había una congregación de personas alrededor nuestro, y una pila de monedas, y algún que otro billete acumulado en el suelo, y claro, pasa lo que tiene que pasar, que se presenta en el lugar un par de municipales a averiguar a qué viene el barullo. Enterados del asunto, me comunican sin ambages ni circunloquios que coja el camino y me largue buenamente que si no. Matilda les da su opinión en una larguísima y ruidosa meada que arranca carcajadas de los espectadores, que a su vez la incitan a ella, donosa, a redondear cagándose. Yo redimo en tanto las dádivas ofrendadas.

Hechas las paces con los agentes y con el camarero con la incalculable ayuda y el acérrimo respaldo de la concurrencia, (una buena propina, y hasta la próxima, y todo “chachi-dabuti”) nos llegamos al camino o carretera de Salas de los Infantes, que en términos más gregarios, si económicos y racionalistas, llaman C-113. Nos dirigimos al sur, naturalmente, subiendo por la orilla izquierda del Najerilla.

Mi sueño convertido en realidad. Suspiro. Otra vez suspiro. A la tercera, suelto el suspiro más grande acaso que haya lanzado en mi vida. ¡Felicísimos y venturosos tiempos en que me eché al mundo a buscar aventuras con mi burra Matilda!

A la salida casi del pueblo, en un establecimiento de cestería y mimbre y cosas afines, veo un conjunto de mesa y dos sillitas de tabla, plegables, casi como de juguete, pero que la dueña de la tienda demuestra que son bien fuertes, y no puedo resistir la tentación. Un lujo tal vez, para un viajero, pero eh, que tengo a mi Matilda. Compro el juego y los engancho a los costados del animal: la mesa a un lado, las dos sillas en el otro, y hale, a andar el camino.

## 9. Se hace camino al andar

Vamos subiendo una suave pendiente. A mi derecha, entre nosotros y el río, aparece una construcción circular: una pequeña plaza de toros de pueblo. El río aparece emperifollado con sus eternos álamos y chopos, y aquí algún fresno, allá un sauce meciéndose triste al paso de la suave brisa vespertina, y aún veo unos alisos, y los tamarices rellenando huecos que pudieran quedar al pie de los árboles, produciendo una colorida alternancia de verdes arbóreos, azules acuosos, y alegres blancos y grises ya pétreos, ya reflejos solares. Añádase a esto el incesante cri-cri del músico grillo y el gorjear de los millares de pájaros, que aunque continuo a mí me parece venir por efluvios, como los mismos aires ¿o es que mi atención se mece y vuela como las mismas aves canoras...?

El lector se hará idea del exuberante estado de ánimo en que me hallaba.

Eso sí: urge encontrar algún lugar recoleto y sombreado donde echarse a reposar, que me está entrando una modorra tremenda. Yo soy hombre de siesta. Que nieguen mis compatriotas que nos gusta tomar una siesta todo lo que quieran. Andad e insistid en ser más europeos que los europeos (*sic*), pero que nadie trate de quitarme mi siestecita a mí, que soy funcionario y a pulso me lo he ganado, si no quiere camorra. Así que mis ojos van dirigidos hacia el río, en busca de un buen rinconcito verde y libre de habitáculos, resguardado pero con acceso, para descansar junto a las corrientes aguas fluviales. No pasan cinco minutos y lo diviso. Mi sitio. Tanto el río como el bosquecillo se ensanchan, y el acceso, si minúsculo, disimulado, no se me ha escapado. Algunos días tiene uno los astros de su parte.

Perfecto, simplemente perfecto: una playita desierta, rodeada de sauces y álamos blancos, y un enorme olmo, todo para mí. Dejo a Matilda libre, aligerada de carga y albardas, que se explaye con la mucha hierba del lugar, alguna verde aún, la mayoría reseca y amarilla por el estío. Mi Mati se encuentra a sus anchas, y lo primero que hace es acercarse al agua a tragarse medio río. Lo segundo es encontrar algo que yo ni había visto: un arenal, o sea, un área sin hierba y con la tierra removida, aguardando precisamente a mi Matilda, y allá va ella, ¡hala!, di que sí, revuélcate de lo lindo, date bien en el lomo, y allí, y allá también, que no se te escape un centímetro, ¡y qué polvareda, madre! Matilda canta una alegre tonada. Será que con la diva Caballé quiere competir.

Yo, por mi parte, no puedo aguantar la tentación, y cerciorándome de que no hay ni moros ni cristianos en la costa, me despeloto y me lanzo corriendo al agua. ¡Uy qué fríiiiia está! ¡Qué gozo, qué maravilla! Salgo enseguida, pues el chapuzón me ha bastado para hacer que corran los jugos y la sangre en mi interior. Me seco con la toalla y me visto de cintura abajo. Un buen traguillo de coñac no me vendrá mal. Busco entre las alforjas y hallo la bota. Desenrosco la boquilla y cato del áureo líquido. Caliente, fuerte, con cuerpo; la pez se nota un poco, pero está bien católico. El sueño, que había desaparecido con el agua helada del Najerilla, me retorna a grandes zancadas. Me coloco junto a mis bártulos para dormir abrazado a ellos, y no me decido qué hacer respecto a la burra. Nunca había estado tanto rato con ella, y desde luego nunca había tenido que dormir con ella allí a mi lado, excepto en aquella primera noche de agridulce recuerdo.

Tampoco la había visto nunca tan llena de tierra fresca, que a cada paso soltaba una nubecilla de polvo. Adiós le digo a la ducha que te diera el Dr. Rey, y qué linda que estabas; pero eso a ti, veo, ni te va ni te viene... lo tuyo es el polvo del camino.

Mientras la miro y pienso si conviene amarrarla o dejarla suelta, ella, como comprendiendo lo complicado del asunto, se me acerca y se sienta justo al otro lado de nuestras posesiones, y se queda allí, tan grácil, mirándome atenta y haciendo bailar sus orejotas cual si fueran dos batutas. Nos sonreímos mínimamente, conservando la dignidad y las distancias mutuas, y dormimos

como dos lirones, por dos largas horas. Al menos yo.

Al despertar son las seis de la tarde pasadas. Siento la llamada de la naturaleza y me voy a ocultarme en la maleza. Mati se levanta y comienza a mordisquear la hierba.

Me hallo tras un conjunto de roca y árbol y matas que bastante efectivamente me cubre en mi menester de hacer de cuerpo cuando, de la dirección de Matilda oigo unas toses roncacas. Como nunca hasta ahora la he oído toser, me extraña no poco, pues son además unas toses de las que parecen querer llamar a la atención: ¡Ejem, ejem! Entonces el autor de las toses ¡se pone a silbar una tonadilla! Yo dudo seriamente que mi burra sepa silbar. Me limpio apresuradamente con mi papel higiénico ecológico-reciclado sin perfume ni color, cubro mi obra con las piedras que he preparado al efecto, que dicen que pecado tapado está medio perdonado, y salgo a cuatro patas de entre los matorrales inclinado hacia delante, dándome de narices con la enorme cara de Matilda, que está ansiosa por que haga yo acto de presencia. Hay un hombre mofletudo, medio calvo, en camisa blanca, o casi, y corbata, aunque ésta la lleva muy suelta y ladeada. Completan el cuadro unos pantalones, cuya chaqueta compañera no debe de andar lejos, y unos zapatos negros relucientes e impropios de estos parajes. A las claras se le transparenta que es comerciante.

—¡Dos, son dos! —me ha parecido oírle decir—, Perdóneme, me llamo Montes, Ginés Montes, para servirle en lo que guste y en lo que no pues también. No haga caso de mis bromillas. Ni caso.

—¿Qué quiere usted? —le pregunto, con más de una mosca detrás de la oreja, y más de tres, lo cual no es de extrañar, dadas las circunstancias.

—¡Nada, nada! Simplemente vi este precioso animal y me preguntaba quién podía ser su dueño.

—Pues soy yo... ¿Pasa algo?

—¡Nada, nada, por Dios! Es que, como soy comerciante, pues me interesaría conocer a otro colega nuevo del oficio que coincidiera con mi ruta. No había visto antes a ninguno que llevara sus mercancías en burro, al menos desde hace muchos años.

—Pues sepa que no soy comerciante, ni mercader, ni marchante, ni mercachifle.

—Ah ¿no? Y dígame... ¿Qué, en el nombre del cielo, puede usted estar haciendo en estos contornos con un burro?

—Primero, no es burro, sino burra, que se entere, y segundo, hago lo que me da la realísima, y no me meto con nadie. Sobre todo no voy por ahí molestando a las personas cuando se hallan enfrascadas en sus quehaceres más íntimos y personales. Y me callo, que peor es meneallo...

Como el señor Montes me da mil razones y se excusa una y otra vez por su irrupción a deshora, acabo suavizando mi actitud hacia él. A su invitación de que comparta su bota de vino, no sólo acepto, sino que, bajando la mesa y las dos sillitas plegables recién adquiridas, y abriéndolas en el rellanillo con césped que había entre Matilda, mis cosas, el río, y la blanca camioneta de este Montes, le invito a que sea mi improvisado huésped; saco asimismo dos vasos de cristal y una botella de buen Rioja, adquirida en Nájera, y abro una bolsita de olivas rellenas de anchoa. El mercader se queda de una pieza:

—Usted sí que sabe disfrutar de la vida.

—No se crea —contesto—, no se crea.

Le explico de dónde vengo, que soy un simple turista, y que me he comprado a Matildita para compañía y para llevar los bultos, etc. Esto él no acaba de asimilarlo, pensando, según dice con sincero descaro, que debo de estar algo ‘tocado’, que nunca había oído tal cosa. Yo, inmunizado desde Granada contra estas burdas, infundadas acusaciones, le sonrío, y le digo que prefiero mil veces ser un loco aquí afuera que un cuerdo allá adentro, y que ande yo caliente, ríase la gente y a cada cual lo suyo; a todo lo cual él asiente dando su conformidad.

—Desde luego que de comodidades no se priva —exclama, indicando a su alrededor abriendo ambos brazos de par en par. Saco unas patatas “chip” y las pongo en la mesa. El va hasta su camioneta y vuelve con dos bolsas de magdalenas, cada una de las cuales contiene seis de esos pastelitos.

—Mire, éste es el producto que yo represento y vendo, magdalenas, ¡y no malas! ¡Tome, tome!

—Bueno, la verdad, yo prefiero algo salado y no dulce con mi vino. Pero (y no se ofenda, Sr. Montes) a mi Matilda sí le voy a ofrecer un par, que no se sienta excluida de la merienda.

—¡Adelante... déle, déle! ¿Matilda te llamas, eh, guapa? ¡Qué guapa! —el Sr. Montes tiene tendencia a decirlo todo dos veces.

Matilda, alzando el morro del arroyo, donde se ha ido a beberse la otra mitad que le quedaba por beberse, y girando hacia mí su cara al oír mis pisadas, acepta encantada cada magdalena, que yo le ofrezco de una en una, hasta un total de tres. La acaricio en la melena de la frente, ese flequillo suyo tan gracioso, y vuelvo a la mesa. Nos hallamos a la sombra del olmo, y el ambiente de la tarde apenas empieza a refrescar.

—No tendrá cubitos, ¿verdad? Es broma, es broma —masculla, agarrando patatas de dos en dos y de tres en tres— ¡Hábleme de su tierra!

—Prefiero, si no le molesta, que me hablase un poco de estos alrededores: ¿Cuáles pueblos me recomienda que visite?—. Después de comentar que ‘con toda modestia’ nada había que se pudiera comparar con Granada y Andalucía, comienza a darme razones sobre pueblos y parajes del lugar, de tal forma que pronto va tomando impulso, y tantas maravillas halla que contarme sobre La Rioja que no parara en mil años, si no es porque en ese momento suena el teléfono.

—¡Teléfono, teléfono! —exclama el Sr. Montes.

—Ya lo veo. ¿Y a mí qué me dice?

—¿Es que no es suyo?

—¿Usted me ve aquí, en medio de la naturaleza, con un teléfono? ¡Está chalado!

—Si digo el móvil, hombre, ¡el móvil!

—¡Menos todavía, vamos! ¡Los odio!

—Pues el mío no es —mira hacia Matilda, que ha vuelto sumisa junto a los bultos y reposa allí, con el visaje haciendo ver como que está protegiendo una valiosa carga que le fuera encomendada—. ¡Como no sea... la burra!

—Usted sí que es burro... la burra un teléfono... ¡A lo mejor tiene también un ordenador portátil! —mas la verdad es que el sonido proviene de esa dirección. Me acerco a Matilda, que ante los insistentes sonos del aparato está moviendo nerviosa las orejas como si estuviese ayudando a un avión a aterrizar. Es su manera de expresar su nerviosismo al tener un zumbido tan molesto cerca de su cabeza. Levanto la tapa del macuto y hurgo en sus tripas. Nada. Entonces me doy cuenta de que debe de estar metido en uno de los muchos bolsillos laterales del mastodonte de mi mochila. Para cuando lo encuentro, el aparato ya no da señales de vida. Estupefacto y no poco molesto por lo que mi esposa había hecho, retorno a nuestra mesita con el móvil de los demonios. Mientras escucho los mensajes grabados recojo mi cara, que se me ha caído al suelo de la vergüenza, y miro, ya hacia Montes en plan de disculpa, ya hacia el aparato causante de mi ridículo. El primer mensaje es de Maruja, que me decía que, pasara lo que pasara, que me quería. Ese lo habría grabado antes de esconder la máquina donde lo había escondido. El otro mensaje, de Luis el mete-patas de la oficina, es una memez: una torpe, macanuda estulticia, como su autor.

—Ha sido la Maruja, que me lo ha metido en el saco.

—¿Primero que si la Matilde, después que si la Maruja, la ... qué me dice usted, buen

hombre?

—No. la Matilda, no Matilde, es mi burra; la Maruja, mi esposa. No confundamos.

—Ah, ahora; ahora lo veo: Su esposa le puso un teléfono a su burra.

—Calle, Sr. Montes, y no la liemos.

—Pues vale.

—¿Lo quiere, Sr. Montes? —digo, alargando la mano con el teléfono hacia él.

—¿Querer? ¿Querer qué?

—Pues qué va a ser, ¡el teléfono!

—¿Yo, yo... el teléfono? Pero si yo ya tengo el mío.

Me levanto y lo lanzo al río, a lo más hondo y lejano a las orillas. Me doy plena cuenta de que está muy mal contaminar así el fondo de este paradisíaco río, pero el impulso ha sido irrefrenable.

—¡Ole los huevos! —exclama mi invitado tras un inicial momento de asombro.

—Ah, y, volviendo a lo que hablábamos antes de lo del teléfono y tal —digo—, sobre La Rioja y esta zona... dígame, ahora en serio... esto que hago con mi Matilda, ¿le parece obra de alguien grillado, que ha perdido la mollera? Lo que quiero decir, bueno, es, esto... pues que me dé usted su aceptación, y su bienvenida, a estos riojanos parajes. ¡Hala, lo dicho!

—¡Cá hombre, cá! Usted está más cuerdo que la Santa Misa, hombre, ni caso... o si no, cada loco con su tema y San Pedro se la bendiga y ni están todos los que son ni son todos los que están y con su pan se lo coma. ¡'Dita sea! Y si quiere mi bendición, además de la del portero celestial, la tiene sobradamente. ¡Y bienvenido sea aquí y en todos lados, y ojalá hubiesen más como usted por el mundo, buen hombre!

—Muchísimas gracias, Sr. Montes, me hace usted merced, y ya me siento en la gloria y en la compañía de buena gente. Pero si no le importa, prefiero que no me llame “buen hombre”, que nunca me ha gustado esa expresión. Llámeme Juan.

—¡Bueno hombre, bueno! Y a mí me llama Vd. Ginés, o Ginesillo el de las magdalenas, como hace la mayoría de mis clientes.

Nos acabamos la botella y Montes, o Ginesillo el de las magdalenas, se despide, alegando trabajo. Las nueve magdalenas restantes nos las deja de regalo.

Rehago la montura de Matildita, aliviada del peso del móvil, ese monumento cumbre a la servidumbre humana, y nos encaminamos a Tricio, que, aunque parece llevarnos en la dirección contraria a la deseada, o sea, hacia el este en vez del oeste, o el sur, en todo caso, Salcedo, entre otros, me lo ha recomendado tanto o más que ninguna otra localidad. Así pues, a Tricio nos vamos mi burra y yo.

Tricio está a menos de un kilómetro del río. Llegando, veo un grupo de casas, varios centenares como máximo, agrupadas alrededor de una iglesia. Me desilusiona pensar que tal vez he perdido media tarde en una localidad como podía haberlas a docenas en la zona, y que me ha apartado del río, donde podía yo estar buscando un buen lugar para acampar y pasar la noche. Tomo asiento en un tranco enfrente de la iglesia y me saco la bota de vino. A Matilda le ofrezco el resto de las nueve magdalenas, menos dos de ellas, que me zampo yo como tapa aunque estén dulces.

A punto estoy de dar media vuelta para retornar a la zona del río cuando por casualidad trabo conversación con un lugareño que acepta mi bota y está bebiendo y alabando mi vino: sí señor, me dice, me lo han preparado muy bien. Ha intuido que, por mucha burra que lleve, yo no soy “de aquí”, refiriéndose a La Rioja, sino que, si bien de una guisa no poco rara y no vista en estos días, soy viajero, turista, forastero.

—Lo que usted busca —me sermonea— no es esta iglesia. Esta es la de San Miguel. Usted lo que quiere ver es nuestra ermita, hombre.

En efecto, mis datos señalaban que se trataba de la Ermita basílica paleocristiana de Nuestra Señora de Santa María de Arcos. ¡Toma ya nombre rimbombante!

—Vaya tó pa-lante por ese caminico, que es el de Alesón, y gracias por el vinico.

—Las gracias se las he de dar yo a usted, compañero.

Reconfortado por la conversación, las energías que da un provechoso contacto humano, mi renovado interés en conocer el lugar, y, cómo no, por el vinito rioja, el mejor del mundo, sigo las indicaciones del Triciano, o, como llegaría a aprender luego, el “caracolero”, que es como les llaman a los habitantes de aquí, pues son expertos en cocinar caracoles. Los del lugar me aseguran que si quiero enterarme de cómo se ha de comer uno de tales moluscos, que venga el 24 de agosto, en su feria de San Bartolomé. En las mismas fiestas, dicen, hay carreras de caracoles, y las pobrecitas incluso han de arrastrar una lata de espárragos... ¡vaya latazo!

Acercándome a la preciosa ermita distingo excavaciones arqueológicas a diestra y a siniestra: muchas cosas romanas se esconden aquí, pues, en efecto, me hallo en la romana Tritium Megalon, famosa en el Imperio por su cerámica de vasijas de *terra sigilata*. Sus habitantes prerromanos eran los arévacos, primo-hermanos de los numantinos, testarudos como mi Matilda, casi.

La ermita está abierta al público y entro, dejando a mi colega de fatigas esperando fuera, bajo la larga sombra de un árbol. La amalgama de elementos de diversas épocas es admirable. Hay columnas romanas con capiteles corintios. Se comenta que son las columnas romanas más gordotas de España. Me produce una triste gracia pensar en la carroñera condición humana y lo que ocurrió con los múltiples edificios romanos desperdigados por todo el Mediterráneo, vilmente expoliados y sus elementos incorporados a otros tantos edificios posteriores, de calidad infinitamente inferior. Por otro lado pienso en la grandeza del espíritu del hombre al erigir estas maravillas bajo la atenta mirada de aquellos emperadores. Además de los restos romanos, que incluye un mausoleo del siglo III, tiene el edificio pinturas y mosaicos paleocristianos (salvados de milagro, pues alguien los recubrió allá por el siglo XIII); sepulturas visigodas, labradas en arenisca, y visigóticas son también los arcos; elementos románicos (la imagen de la Virgen de Arcos) con adiciones estructurales góticas; y finalmente, retablos barrocos. Total, un endiablado popurrí u olla podrida. Ah, sí: es la más antigua iglesia en la península que sigue celebrando misa cada domingo, dicen.

Acabada la expedición cultural me reúno con Mati, y emprendemos la égida hacia el río. No estoy seguro, pero siento algo raro en el estómago, y es que las magdalenas se me están repitiendo de mala manera. Lo achaco a una pésima combinación con el vino. Sin embargo, al poco rato noto que Matildita está haciendo unos extraños ruiditos, o aspavientos, con la boca. Me acerco y, oh cosa curiosa: está eructando, y huele... no a ámbar, sino a jugos gástricos asnales con agrios efluvios magdalenosos. ¡Se le repiten los dichosos pastelitos igual que a mí! Ahí estamos los dos, hechos unos tontos eructando, con mal de estómago, y maldiciendo nuestra gula. ¡Poderosa cosa la magdalena... si no, que se lo pregunten a Marcel Proust! Claro que nosotros dos, mi Matilda y yo, más que a éste, nos parecemos al otro, al Marcel Marceau, en nuestros vanos intentos de deshacernos de la desazón. Yo por mi parte opto por darme dos buenos lingotazos de coñac, y aún dos más. ¡Ahú! ¡Eso quema! Jú ju júuuu. Doy un bailecito en mi avanzar por la senda. Bueno Matilda, esto se está poniendo interesante.

Lo que es la vida del caminante, qué de cosas raras que le acontecen a uno. La vida sin planearla, esa es la vida, a lo que surja. Yo sigo hablándole a mi Mati, y ahuyentando las emanaciones magdalenescas con chorros de coñac. Vamos camino al río, por una vereda llamada del Molino, según leo, y que pronto cambia, torciendo un poquitín hacia el noroeste, y ahora lleva de nombre La Noya. De nuevo viramos hacia el ocaso, y de golpe y porrazo Matilda me corta a

media frase el rollo filosófico que le estoy soltando y se me queda parada en el camino.

—¿Qué pasa? —pregunto. Ella no me contesta. Naturalmente, pues si es una burra, me digo, y yo otro. Tiro del cabezal, pero ella se niega en redondo a avanzar. Escudriño los alrededores a ver si descubro la causa de su terquedad. Nada. Ni piedras, ni zarzas, ni animales. Es más, estamos pasando por una zona en que el camino se ha estrechado, que está enmarcado en sendas tapias a cada lado, totalmente despejado de vegetación. De pronto lo veo: la sombra. Justo delante de Matilda hay una extraña sombra en movimiento. Levanto la vista y encuentro que detrás nuestra, en el recodo, justo por encima de una tapia se divisa un molino, cuyas largas aspas se recortan agudamente al contraluz del sol de la avanzada tarde, lanzando su cambiante y etérea sombra inesperadamente delante de la burra. Para colmo de los colmos, la tapia está agujijoneada de cristales rotos clavados en el cemento de su cima, los cuales cristales, con sus marrones, verdes e incoloras transparencias e irisaciones, arrojan espectrales destellos allí donde Matilda no quisiera ver otra cosa que tierra firme y segura.

Y sí, hace viento, según me doy cuenta. En realidad la zona del Najerilla está resultando un tanto ventoso, lo cual es de agradecer durante el calor del mediodía, pero que en estos momentos me está haciendo la puñeta al agitar tanto las aspas de este macabro molino de los mil demonios.

—¿Será posible que seas tan tonta, Matilda, burra y más que burra! ¿Es que no ves que no es más que una maldita sombra? ¡Mira!

Y me voy a la dicha sombra y la piso, y más aún, empiezo a dar brincos encima, en medio del sendero.

—¡Mira! ¡Nada! ¡No hay nada! ¡No es más que una ilusión!

¿Pero acaso me hace ella caso? Nooooo, claro que no, para nada.

La posibilidad de volver atrás se me viene a la mente, y pienso que, mientras llegamos a Tricio y hallamos otro camino, nos caerá la noche encima, y yo había decidido que sería mucho más fácil hacer acampada junto al río, protegido por los muchos árboles de ribera que ahí se dan. Un campesino que pasa me confirma que el rodeo significaría estar por estos caminos al anochecer, que nos podríamos perder en la oscuridad. Dichosa Mati, o dichosa sombra, joder, en qué mala hora se vino a cruzarse en nuestro camino. El campesino, al ver nuestro problema, está no poco pasmado y más partido de risa que otra cosa, aunque por discreción lo trata de disimular.

—Dele un buen palo y verá como se le quitan las manías. Es el único lenguaje que entienden estas criaturas.

Pero yo me niego en redondo. Me he prometido no hacer eso nunca, aunque me vaya en ello la vida. Probamos entre los dos a arrear de ella. El señor, por sugerencia propia y con mi aquiescencia, pues pesa mucho menos que yo, se sube a Matilda para dirigirla. Mati, empero, se niega a hacerle el menor caso: no osa pisar el monstruo o vestiglo que se le ha materializado delante.

Yo mientras tanto, sin darme por vencido, agarro de entre mis enseres el enorme impermeable verde, que es la pieza más grande que llevo. Me encaramo trabajosamente a la tapia de cristales, allí donde se está generando el maléfico espectáculo, colocando los pies entre los enormes vidrios de botellas rotas. Con un temblorcillo en la pierna izquierda y el cuerpo meciéndose al viento, las piernas en postura hartito irregular e incómoda, me yergo. Extiendo los brazos abriendo el impermeable en abanico, haciendo sombra a la sombra. Mi colega seguía subido a Matilda.

—¡Ahora! —le grito al otro — ¡Dele un toquecillo, que cruce la zona!

Mas dónde le vino a dar el toque si no fue justo en el punto del círculo del ‘como-me-toques-te-arreo’.

—¡Mierda! —fue lo único que le oí decir. Matilda se puso a dar coces como loca, lanzando al campesino, que había escogido montarse a la grupa del animal, justo sobre sus patas traseras. La

subsiguiente coz cogió al pobre en un costado, izándolo cual si de un monigote se tratara. Le vi dar una vuelta de 360°, de tal modo que diríase que se había convertido él en molino de viento. Un circo, vamos. Curiosamente cayó de pie, aunque a los pocos segundos de mecerse, indeciso, le fallaron las piernas, y se desplomó como un saco de cemento.

Yo que veo esto, y que ya tengo un equilibrio precario, entre lo estrecho del muro, los destellos del sol a través de las aspas del molino, y los muchos tragos de cognac, pierdo el pie y vengo a caer sobre mis rodillas y mis manos sobre el chinorro del camino, despellejándome malamente ambas palmas y sin saber qué va a ser de mi rodilla derecha. La tela del impermeable baja flotando y se posa sobre mí, cubriéndome totalmente la cabeza. También se viene a posar en mi cara, que está a oscuras de todas a todas, la maciza bota del campesino coceado, al lema de ojo por ojo, diente por diente, y si yo salgo con todos mis dientes de ésta ya es milagro.

Una eternidad después levanto la mirada, y veo al hombre como una mancha pequeña en la lejanía.

Matilda está parada en el mismísimo, sacrosanto, sitio.

La sombra asesina sigue allí.

Me siento al lado del camino y espero, lamiéndome las heridas. El molino me ha vencido de plano.

— — —

He encontrado el punto perfecto a la vera del río. Al menos eso me parece en la penumbra extrema del anochecer, en que ya no sé si me alumbra más la luna, que la tengo delante, sobre el río, que me la da duplicada, o los últimos fulgores del ocaso flotando sobre las siluetas de los árboles. Tampoco es menester planear nada: simplemente desenlbardear a Matilda y montar nuestro plan de dormir tal y como lo habíamos hecho durante la siesta, a saber: todos los pertrechos en un bulto unitario, menos lo que yo vaya a usar de almohada (mi macuto, principalmente) y mi saco de dormir. Para mi compañera, puesto que va a ser nuestra primera noche de estar verdaderamente durmiendo juntos y no sé a ciencia cierta si necesita algo para el frío, me quedo un rato como observándola indeciso, a ver qué es lo que hace. Mis papeles de Internet aconsejaban que un rucio ha de dormir preferentemente bajo techo, pero aquí no estamos para pedirle peras a estos olmos que nos circundan, y estamos a mitad del verano, así que a ver qué va a pasar. De todas formas frío, lo que se dice frío, pues no hace, y ella tiene aún la albarda, que es como una manta doblada.

La Matilda, en cuanto yo me tumbo, después de darle sus zanahorias de las buenas noches — pobrecita... yo ya le he perdonado lo del molino misterioso— se me tumba cerquita, al otro lado del bulto de los avíos, igualito que hiciera por la tarde. Y es que mi pollinica es un cielo.

—¡Buenas noches, Matilda!

Matilda me resopla un suspiro en respuesta. De verdad.

— — —

Miro abajo, al gentío reunido en la plaza de la Catedral. Justo al bajar los escalones de la portada han montado un patíbulo, y traen a un reo a ser ajusticiado. Oh, Dios mío, ah, Señora Nuestra Celestial, ¡pero si es Esmeralda! La masa humana, vil plebe parisina, aclama con vítores a los soldados y al verdugo... ¡Mátenla. Acabad con esa gitana! ¡Asesina! He de hacer algo, pues a la pobre no le quedan más que unos minutos de vida. ¡Calláos, gentuza canalla! ¿Es que no sabéis que el culpable es el follón y malandrín del hermano del Arzobispo? Como si me oyeran. ¡Já! ¡O



como si me fueran a hacer caso! Además de deforme y sordo como una tapia por las jodidas campanas, debo de ser idiota. Pero malo no, ¿eh? que conste que yo tengo un corazón que vale una mina de oro. O si no, que le pregunten al espectador. ¿A que yo soy bueno? Mirad, miradme a la cara. Asusto al miedo, pero aquí, en este ojo izquierdo (el otro es un pegote que me han pegado) se me ve una chispa de innegable e incontrovertible bondad. ¿De qué otra forma iba yo a enamorarme de la gitana, que es la buena de la película? Y no me miréis la chepa, leñe, y menos ahora, llena de surcos sanguinolentos de los latigazos.

¡Mi Esmeralda, que me la matan! A ver, ¡una cuerda! ¡eso! Me bajo por estas gárgolas (ellas sí son feas) y... yuhuuuuu, Tarzán de los Monos.

—¡Quasimodo! ¡Mirad, es Quasimodo! —grita la turba.

Ya te tengo Esme, aguanta una mijica. ¡Vamos volando por los aires! ¡Justito delante de la entrada de la Catedral, bueno... a treinta pasos... venga, venga, que nos quieren pillar... ya está, ya. ¡Alto ahí, parad, deteneos! ¡Santuario! ¡Santuario! ¡SANTUARIO!

Hostias, ahora me han atrapado y me tienen encadenado. ¿Pero cómo es posible, si estábamos tan ricamente acomodados en la torre del campanario? Me acercan a una mesa de tortura y me colocan las manos en unos grilletes. Me aplican un hierro candente alternativamente en una mano y luego en la otra. ¡Duele! ¡Duele mucho! ¡Calla estúpido! Me da un revés en la cara, en plena boca. Después me pega una patada, que parece un mazazo, en la rodilla. ¡Habla! —bueno, a ver en qué quedamos— ¡Confiesa que entre tú y esa gitana malparida os cargasteis al joven!

—¡Nunca, nunca lo confesaré! —yo doy bandazos a derecha e izquierda con la cabeza— ¡Yo no cogí el dinero de tu mesita de noche! Mi padre, con la regla de madera, la gorda, me pega en las manos, y con el canto me lastima la rodilla. ¿En qué te lo has gastado? Mamá... y por qué no vendrá mamá a ayudarme... nunca está aquí cuando más la necesito. Mi padre se aleja poco a poco y me mira con la mirada torva del que tiene el más morrocotudo cabreo... Ahora vas a ver... se te va a caer el pelo, Juanito. Tu lo has querido, tú y nadie más. Mi padre, alejándose, es una enorme sombra negra, una sombra que me impresiona lo indecible: le temo, lo odio, lo quiero. Quiero llorar.

¿Ahora qué me va a pasar? ¿Porqué estará mi padre siempre tan enfadado conmigo? Sí, sí, a veces le quito alguna calderilla de la mesita, o hasta de los pantalones, cuando está durmiendo la siesta, roncando. Pero oye, que el mero arrastrarme allí, arriesgando ser cogido in fraganti, prácticamente justifica el hurto. También le miento, pero claro, eso es normal. ¿Cómo no iba a mentir? No mentir es imposible, hombre. Todos mentimos, y el que diga lo contrario miente como un bellaco. ¡A ver!

¡Ay Dios! ¡Mira lo que me viene allí! ¡Esta vez mi padre se pasa el muy cabrón! Pero si es... ¿qué es...? Un gigante con un hacha de doble filo. Eso es. me va a hacer *chopped*. ¡Socorro! ¡Confieso! ¡Diré lo que sea! ¡Yo lo robé! ¡Esmeralda es una puta! ¡Ayayay-ayay! (joder, si parezco Cantinflas en vez del jorobado) ¡No, no!

Grito, lloro, y ese engendro sigue avanzando hacia mí, que estoy encadenado. Un ojo le brilla rojo rubí, el otro es verde esmeralda, ambos encendidos por fuegos fatuos, infernales. El hacha gira, gira como las aspas del molino. De pronto, como por arte de magia, aparece un hermoso corcel negro que sé que viene a salvarme... ¡no, es Matilda... sí, Matilda! La circunda un resplandor blanco, un halo, como los ángeles de los cuadros antiguos en museos e iglesias. Me mira; mira al malandrín que me quiere despedazar. Toma impulso y... ¡se lanza, carga, de hoz y de coz, contra el aspado enemigo, alza sus patas delanteras y TOMA! ¡Bravo Matilda mía, di que sí, que esos follones no los queremos en aquestos reinos! ¡Anda y que el diablo te lleve, marfuz!

Está amaneciendo cuando abro los ojos. El aire se siente fresquito y sereno a estas tempranas horas de la mañana. Serán las seis o poco más. ¡Bien, muy bien! Hay luz suficiente para ver todo

lo que me rodea, el río, los árboles, la hierba húmeda a mi alrededor y que es mi lecho, mi cama —ah, esto es vida... que fuera siempre mi cama una tupida capa de hierba, y qué bien que huele tan cerca, y a estas horas del alba— y allí veo a Mati, más madrugadora que yo, pastando junto a la arboleda, en la periferia del rellano, donde más alta es la grama.

Ojalá todos los animales pudieran despertar y hacer lo que ella, sin ataduras, sin apaleamientos, sin enemigos libremente haciendo lo que les venga en gana. Apaleamientos, hum, eso me suena al sueño... oh, ¡qué horror! ¡qué sueño!

Me levanto para estirar el cuerpo, pero la rodilla me para en seco con una punzada de dolor. Ah, sí, y las manos también me duelen. Dichosa caída de la tapia de cristales. Y qué patada, me cachis, en pleno morro. Me toco y efectivamente: ambos labios los tengo hinchados en el lado en que me arrearón. Debo de estar hecho un cromo, un producto final del *morphing*. Paseo en círculo un par de veces, ampliando mi radio de acción. De repente veo en el terruño cerca de la entrada al rellanillo dos hendiduras marcadas profundamente con las herraduras de Matilda, que incluso han levantado montículos de tierra alrededor: no hay duda, ella se ha alzado a dos patas aquí no hace mucho. Debe de haber visto algo, o soñado algo tal vez, que la ha asustado hasta el punto de actuar así, como Silver, el caballo blanco del Llanero solitario. No sé. ¿Habrà sido una pesadilla con molinos? ¿O me estaba defendiendo a mí de un endriago?

—¿O será simplemente, Matilda —le grito—, que estabas jugueteando, haciendo cabrioletas, tontica?

Tengo la idea más loca de repente. Me voy a dar un baño, en puras pelotas, en el río. Sí, sí, está helada, lo sé. Pero y qué; mira los finlandeses, y muchos otros que se ven en los documentales a cada tres por cuatro. Siempre se están tirando al agua del lago ahí donde acaban de hacer un agujero en el hielo, y encima, ¡momentos después de salir de una humeante sauna! Si a ellos no les da un ataque al corazón, tampoco a mí tiene por qué darme, máxime considerando que estamos en España y en agosto... ¡Jó, qué miedica, qué cagao que soy! Pues ahora verás.

Me despeloto en un tris y me tiro corriendo al agua sin pensarlo dos veces. ¡Dios! Me muero, uf, uf, uf. Una piedra. Me siento. Sí. Por ahí está más hondo, sí, se ve el fondo. Hay mucha luz. Mis brazos, mi cabellera. Me duele el frío. Pero se puede aguantar, sí que se puede. Oye, me voy a meter ahí donde me cubre algo más. Cuidado con las piedras del fondo, a ver si hay cristales o algo, un cangrejo de río de esos... ná, esos no pican... qué tonto soy. Oye, pues está muy chulo esto, hasta da gustirrinín... ¡Tat-ta-ra-tán! la quinta de Beethoven, la V de la victoria, Normandía, día D. Gloria, esto es lo que es, y yo, Supermán.

Chapoteo de un lado para otro, pues en realidad no se puede nadar mucho en estas estrecheces y poca profundidad. Me está empezando a entrar frío. Me toco la cara, y esta vez no pienso en mis labios hinchados, que con el frío ni los noto, sino en las barbas que llevo. Debo de parecer una estampa con estos pelos. Esto no lo soluciona ninguna maquinilla como las que yo llevo, y con agua fría... En el siguiente pueblo me convidó a un afeitado de barbero, ¡como está mandado!

Oigo un ruido a unos pasos, no muy lejos, y no es mi burra. Viene de entre esos chopos y matorrales de allá. Lo veo: es un niño, alto y flaco, estirado como los escasos álamos o chopos que lo rodean, y me está mirando. Al darse cuenta de que lo he visto, trata de ocultarse tras un chopo, lo cual es inútil y una tontería, como sabrá cualquiera que haya visto un chopo. Él es delgado, pero no tanto, vamos.

—¡Oye, chaval, ¿qué porras haces ahí, eh?! ¡Háblame!

El jovencito sale del espesor al campo abierto.

—¡Nada!

Está más tranquilo que unas pascuas. Apresurado salgo del agua, ciertamente incómodo de

que un mocosito me tenga que estar mirando mi desnudez, y muy consciente de las asperezas de las rocas que tengo debajo y que tengo que pisar, tratando de no darme un resbalón o un viaje en el dedo gordo del pie o quién sabe...

Tiro de donde sé que guardo la toalla, y ya me estoy poniendo los calzoncillos a toda prisa y temblando —tenía que haber buscado una muda nueva, joder. Miro con mala leche al chavalín.

—Mucha cara, ¿no? viene uno aquí buscando un poco de soledad, y tú, mocosito, vienes y te pones a espiar. ¿No te da vergüenza?

—Pues, no —me dice, tan pancho—, yo voy a mis anchas, estoy donde me da la gana, y no tengo que dar cuentas a nadie, ¿sabe? Yo sólo estaba viendo que algún tipo raro se estaba dando un chapuzón, y cantando a voces, a las seis de la mañana en el río. ¿Cómo quiere que no mire? Estaría bueno, hombre. Pero si le he ofendido, lo siento, ¿vale? lo siento mucho. Yo no quiero molestar a nadie, ni quise faltarle al respeto. Estaba yo por aquí y ya está. Yo casi siempre ando por aquí, o en cualquier otro lugar del río. Sepa que me llaman Julianín “El Najerilla”, pues todos los veranos me los tiro por estos andurriales, o aquí en el llano, o allá, sí, allá arriba en la sierra; voy por donde quiero y no hay Dios que me ponga condiciones ni me dice ni que sí ni que no, ¿vale, señor?

—Bueno bueno, te he oído. Te entiendo. Pero es que así, de pronto ves que te están como vigilando entre la maleza, y no está bien. Está feo, sí, feo.

—¡Que yo no le vigilaba! ¿Cómo quiere que se lo diga?

—Pues vale, aquí no ha pasado nada, y basta —me acerco a él y le doy una palmadita en el hombro. Él, que ve que todo se ha solucionado, se acerca curioso a Matilda y la acaricia el cuello, y le toca el ricito de la crin en la frente.

—¿Es suyo?

—¡No, qué va! ¡Estaba allí, paseando sola cuando yo llegué! ¡Pues claro que es mía! Ella es mi compañera de fatigas.

—¿Y para qué quiere un asno? Usted no es ni campesino, ni comerciante, ni arriero, ni nadie que uno esperase ver por ahí con un jumento de éstos.

—Mira el niño qué filósofo me ha salido. Ya te he dicho que es mi compañera y con eso está todo dicho. Y ¿por qué no puedo ser ninguna de esas cosas, eh?

—Pues porque no. Usted por el habla no es de estas tierras, sino del sur, de Andalucía, así que, como forastero que encima yo nunca he visto por aquí, y mire que yo lo veo todo y a todo *quisque* que se mueve en mi tierra, dudo mucho que pudiera trapichear ni vender nada; y por la pinta no es un trabajador que use las manos, sino que tiene pinta de funcionario chupatintas; y además (con esto acabo), con su facha, que se parece, y me perdonará el atrevimiento, a ese actor de películas antiguas que a veces es pirata y a veces hasta hace de jorobado, jé jé, jí jí, con su barriga...

Yo le envío rayos y centellas con la mirada, pero dándole un segundo repaso al niño, al mequetrefe éste, siento algo, un no-sé-qué, que me dice que Julianín no está siendo sino honesto y abierto, que lo dice sin malicia. Los humos se me bajan. Aún así, lo miro con gesto lastimado, ofendido.

—¡Y a ti quién te pide meterte con nadie!

—No, nadie. Perdóneme la desfachatez. Todos me dicen que no tengo pelos en la lengua. Pero así soy, y eso no tiene vuelta de hoja.

Acabado de vestir, siento un hondo y retumbante rumor en el estómago: me dice que es momento de ir pensando en comer.

—Oye, ¿te apetece comer algo? Ya verás, esto no lo has hecho antes en tu vida. Te va a encantar. ¡Huevos con bécicon y café (o leche, que chocolate no tengo, ni azúcar), *à la forêt!* ¡Ya

verás! A propósito, me llamo Juan Estébanez, y mi compañera es Matilda. Yo soy de Granada, y estoy haciendo un viaje turístico para conocer tu región con mi borrica, la cual me ayuda con los bártulos y me alivia en las soledades del camino. Ella es paisana tuya, de Navarrete, en concreto. Y con eso creo que ya está todo dicho.

Julianín me acepta la mano que he alargado en su dirección: sellamos la paz y la amistad, cincuentón y muchachuelo de no más de trece años, aunque cumplidamente cumplidos.

De mi bagaje empiezo a extraer todo tipo de cosas, tanto las de comer, como también el infernillo de gas y la sartén para freír. Alineo el tarrito de café instantáneo, pan, leche, sal y pimienta, cuatro huevos (todos están intactos, pues los he guardado con mil cuidados) y el paquete de béicon del mejor. El béicon, además de dar el toque perfecto a los huevos fritos, evita que uno tenga que arrear con botellas de aceite. Confidencia de campista o campeador. Me falta solamente acoplar la bombonilla de butano y los hierros del infernillo. Hecho esto, lo empotro entre tres piedras y pongo el cazo de la leche a calentar: Julianín tomará leche sola, yo añadiré un poco de agua y un par de buenas cucharadas de café.

Mientras atiendo la cocina pido la colaboración del chico en poner la mesa, y la segunda silla, claro.

Veinte minutos después estamos ambos en el séptimo cielo —al menos lo estoy yo, e intuyo que mi joven comensal no debe de andar muy lejos— rebañando los últimos restos de yema amarilla de nuestros platos de plástico con el pan. Del béicon no queda ni las tirillas de corteza. El niño me contempla embobado. Hasta se le olvida a ratos masticar. Creo que nunca ha visto a nadie tan feliz como yo lo estoy.

Matilda también termina su última zanahoria de la mañana, de manos de Julianín.

Resta ponerle la albarda y los aperos a Mati y emprender el camino. Un largo y prometedor día nos espera. A mí las penas, los dolores, desaparecidos sin dejar rastro. Julianín decide acompañarme un trecho, pues no tiene rumbo fijo. Yo encantado.

Nos dirigimos bajo la sabia égida de Julianín al puente que llaman de Arenzana. Este puente no puede estar a más de doscientos metros de donde yo he acampado, o diré más bien donde dejé caer mis huesos lastimados. Puente precioso, antiguo, majestuoso. Una extensa vega de cereales enfrente, las peñas najerenses a mi derecha, y las fabulosas montañas de la Sierra de la Demanda allá a lo lejos y en lo alto a mi zurda, desde donde desciende el Najerilla serpenteando por colinas y montañas, desapareciendo de hito en verde hito, aquí y allá, entre formidables chopos: auspicioso entorno para esta hermosa mañana estival. Los pájaros, los insectos, todas las criaturas del universo nos son acompañantes en nuestro avanzar paso a paso hacia el futuro, hacia lo insondable, hacia el misterio.

Bien pronto dejamos atrás el puente y avanzamos caminando en este orden: Julianín, a la cabecera, seguido de cerca por Matilda, y por fin yo guardando la retaguardia pero dentro de la escucha del joven, que ora me habla incansablemente de sus cosas, ora me ametralla a preguntas a las que yo intento responder como buena o malamente puedo o considero conveniente. En ese punto nos alcanza en el camino un campesino del lugar.

—¡A la buena de Dios!

—¡A la buena de Dios! —replico.

—¡Oyes! ¿Pos a qué lleváis una pollina tan campechana y ligera de peso, que bien ligerita que va, y ustedes andando así, y cansándose pa ná? ¡Pos subíros a la borrica, leñes! ¿O es que se creen que se va a quebrar o qué lo qué? ¡Cudíao, lo q'hay que ver hoy día!

Lo miro y no contesto, por lo inesperado de su reacción. Tampoco es que merezca respuesta, me digo. Pero me da una idea, de la cual hago partícipe a Julianín.

—Muchacho, acabo de acordarme de un relato antiguo, una historia que se remonta al alba de

los tiempos y que trata de un borrico como Matilda y de un hombre y un niño como tú y yo, aunque eran padre e hijo. Lo puso en escritura el fabulista griego Esopo, que los medievales llamaban *Isopete*, y lo reprodujeron muchos autores, entre ellos uno que se llamaba el Infante don Juan Manuel (medio tocayo mío, como puedes ver), en su librito *El Conde Lucanor*. También lo recoge, al otro lado de nuestro mar, la tradición turca, bajo la figura de un tal Nasreddin Hoja, Hodja o Hoca, apodo que viene a significar “maestro” o “sabio”, y en verdad lo era —aunque a veces hiciera algunas burradas—, y a quien se le retrata a menudo viajando sobre su burro sentado al revés, mirando para atrás.

—¿Para atrás? ¿Y por qué para atrás?

—Pues eso varía según unas historias u otras, que todas son historietas, o chascarrillos, piezas sueltas de sabiduría tradicional, de origen persa, según algunos, o indio, o incluso más antiguo, de los tiempos de las pirámides. Claro que los turcos los atribuyen a su héroe, el *Hoca Nasreddin Effendi*. En una versión, la más extendida, dice lo siguiente: que él no va montado al revés, sino que es el burro el que está mirando en la dirección equivocada. En otra esotérica versión explica que es porque llevan destinos diferentes. Y por fin la más lógica en mi opinión: como es el maestro, ha de ir el primero, pero tiene que mirar hacia sus alumnos, para que lo escuchen y no hagan diabluras. Por eso va montado al revés sobre el asno.

Todo esto le parece muy bien y muy discreto a Julianín, pero quiere que yo siga con la historia del hombre, el niño, y el burro. Le sugiero hacer un experimento en vivo, para averiguar si el cuento se puede llevar a cabo en la vida real. Sin relatarle lo que ocurre en el cuento, pido su colaboración, que Julianín presta de buena gana: nada mejor que hacer cositas de éstas para amenizar la marcha.

—Bueno. Tú has oído lo que ha dicho el campesino que acabamos de pasar, ¿no?

—Sí, que somos tontos en no querer montar a Matilda ninguno de los dos.

—Pues vamos a ver si todos piensan igual, o por el contrario, nadie se pone de acuerdo en lo que conviene o no conviene. Mira. Coge y súbete a Mati. No te preocupes de los aperos, que van bien organizados en los serones. Súbete en pleno centro, las piernas por delante.

Matilda encaja el nuevo reto serenamente: ella puede con Julianín, y con mucho mayor peso. En la semana que ha transcurrido desde que la saqué de su encerrona ha recuperado muchísimo vigor y fortaleza. El niño disfruta subido al animal. Silba una tonadilla. El camino que llevamos, la Local 834 dirección a Berceo y San Millán de la Cogolla, empieza a ganar tráfico, tanto de vehículos a motor como de personal a pie o en bici; de los últimos, no pocos son peregrinos que han optado por tomar esta ruta de los monasterios riojanos, al igual que ha hecho mi menda. No nos hacen el menor caso, a pesar de mis esfuerzos por inducirles a reaccionar. Al final decido hacer que cojeo, a ver qué pasa. Efectivamente, no tarda en producirse una respuesta. Una señora que está sentada con dos chiquillos enfrente de su caserío —hay abundancia de habitáculos rurales, todas con sus antenas parabólicas, por esta zona peri-Najerense, zona excesivamente poblada para mi gusto, pero ideal para el experimento de marras— y esta señora mira nuestra comitiva: el Julianín subido caballero sobre mi rucia y yo siguiendo a duras penas detrás, como quien no puede con su alma. La señora salta:

—¡Niño! ¿No te da vergüenza, a tus años, que ya los tienes bien gordos, ir tan campante ahí montado, mientras tu padre tiene que ir a pie, arrastrándose detrás? ¡Vamos! ¡El chiquillo, y qué cara! ¡Esta joventúz de hoy no tiene conciencia ni respeto! ¡Abájate pa bajo, niño! ¡Si fuera tu padre te daría tal somanta palos que te hacía puré!

El pobre Julianín, que nunca se había dado cuenta de mi artimaña de hacerme el cojo, se apresura y desciende de Mati.

—¡Venga, buen hombre y súbese a su pollino! ¡Habrased visto desfachatez!

Le susurro a mi asna en la oreja que me perdone lo que voy a hacer, pero que va a ser por muy poco rato. Yo ya había tentado, la primera noche que la tuve, a ver cómo soportaba el peso de mi considerable cuerpo, e incluso en su debilitada condición de aquellos días demostraba estar hecha y acostumbrada a llevar grandes pesos encima. Mis exploraciones en Internet me daban como tope recomendado no cargar a los burros con más de una quinta parte del peso propio del animal, por lo que yo estaba decidido a no viajar nunca montado —mucho más saludable es para mí caminar, claro está— pero, mirando a la historia, a la realidad externa, y a la ficción también, vemos que por todos lados los hombres se montan a burritos mucho más chiquitines que Matilda: ahí están Sancho Panza, Cantinflas, y miles más. Así que adelante, me digo.

Me monto, con no poco resquemor, sobre mi amiga, y avanzamos. Pronto voy tan chulillo yo que hasta me saco un peine y me pongo a darme unos toques aquí y allá en la cabellera; me meneo como un dandy, un repulido, panza y todo.

La escena ciertamente capta la atención de casi todos los viandantes, pero nadie osa decir esta boca es mía.

—Julianín, ¡hazte el lisiado, o el cansado, o algo lastimoso... venga!

Mirando a diestra y a siniestra, alborozado al principio, empieza a renquear. Casi al instante se detiene, o más bien aminora la velocidad, una pareja de jovencitos veinteañeros que viajan en bicicletas de larga distancia; son peregrinos de Santiago y *guiris*, o sea: extranjeros. La chica dice, con fuerte acento:

—¡Animal, burro usted, hombre! Usted bajar fuera burro y deja niño burro. Niño pobre mala gamba no puede andar. Niño necesita burro. Usted necesita policía llevar prisión. Malo hombre, alma va infierno fuego arder no vergüenza.

—Ande, señorita, o señora, y siga su camino. *Mind your own business*, y no se meta donde no la llaman.

Los ciclistas aceleran el paso y tiran para adelante, olvidándose de nosotros. Julianín, que ha dejado de cojear, se da cuenta de por dónde andan los tiros y se ríe.

Ahora, le digo, falta la última combinación. Algunos no quieren que vayas subido tú, otros yo, y el primero dijo que no deberíamos ir los dos caminando. ¿Qué queda?

—Pues montados ambos —dice Julianín.

Ponemos manos a la obra, pidiendo disculpas a Matilda, que yo juraría, mirando el gesto juguetón que detecto, que hasta está participando del engaño o cuento, o a lo menos disfruta con la mucha atención que recibe. Yo sigo montado; extendiendo las manos a Julianín, y lo izo y asiento delante mía. Atiendo a cualquier reacción negativa del animal, reacción que no se produce. Antes me he percatado de que justo delante nuestra, a 40 metros a lo más, hay una partida de jornaleros que está tomando el descanso del bocata de media mañana, sus útiles de labranza arrimados a una tapia.

Avanzamos. Matilda lleva paso firme, si lento, y justo cuando vamos pasando por delante de los campestres y campechanos labriegos —la mayoría de los cuales ya nos está contemplando— Mati se hace la borracha, o anda como si no pudiera con la carga. ¡Que granujilla que es mi Matildita, y qué socarrona!

—¡Abusones, bestias! —grita uno de los campesinos, el más grandote de la majada —. ¡Bajarse de allí, coño! ¿No veis que os la cargáis a la probetica asna?

Esas y otras muchas razones no exentas de colorido local escuchamos, pues pronto no es uno, sino toda la *troupe* la que nos increpa e insulta. Dos perros ladran.

Se apea el niño, me apeo yo, y sin poder aguantar más allí mismo comenzamos a reír a diente partido, y no sólo nosotros, sino que Matilda, a coro con nuestras carcajadas, lanza una retahíla de sus más musicales rebuznos, tal que diríase que formábamos parte de una banda musical

competidora de la de Bremen.

Los jornaleros, consensuados ellos también, se mosquean cosa fina, y agarrando lo primero que pillan, éste su azada, el otro un rastrillo, aquél puramente su chaqueta, y aquél otro, piedras del camino (¡ojo al canto!), salen lanzados contra nosotros, dispuestos a borrar las risas de nuestros visajes, gritando que para chiflas y tomaduras de pelo, que ahí estaban nuestras putas madres. Menos mal que Matilda está al tanto de la situación, y nos conduce, en vanguardia ella, camino adelante, *magnis itineribus*, hacia territorios más sanos y halagüeños.

La turba ofuscada queda atrás, los brazos en alto. Vi al de las piedras, que dejaba caer sus mortíferas armas al suelo, abandonando así su propósito de santiguarnos las muelas, y digo que mortíferas habían de ser de necesidad sus armas, pues el que las enarbolaba tenía toda la pinta de ser ex-pastor, como muchos lo son sin duda por estas latitudes, y siendo éste el caso, muertos somos, o desdentados cuando menos, si decide enviarnos su lítica ofrenda, oblicuo óbolo homicida, pues del pastor ya lo dice el refrán que donde pone el ojo pone la piedra.

Dos criaturas que no se han rendido, empero, son los canes de uno de aquellos campesinos, que nos persiguen muy sañudos. A pique está uno de estos peores amigos del hombre de hacerme picadillo el trasero, cuando, no bien se cata Matilda de ello, se vuelve sobre sus pasos (¡y con qué agilidad!) y avanza sobre los crueles canes, mostrando unos dientes que podrían arrancarles de cuajo las cabezas a los dos, sin importar que sean alanos o podencos, de un bocado. Ya se ve perderse el primero, y ya se esfuma el segundo perro del hortelano.

Hacemos nuestra entrada triunfal, todavía andando rápidos y mirando atrás de rato en rato, en Cárdenas, aldea riojana en la ruta a San Millán de la Cogolla.

Aún Julianín quiere saber, aunque bien lo intuye, el significado último de la prueba, y en qué acaba.

—Buena pregunta. Es como si me preguntaras la razón última de por qué los humanos escriben cosas. Generalmente el cuento termina con la moraleja de que nunca se puede dar contento a todo el mundo. Otros dicen que encarna la filosofía negativa del escéptico, en el sentido de que hagamos lo que hagamos está mal hecho y es perder el tiempo. Para otros es pura chanza o gracia, como lo hemos hecho revivir nosotros tres, y que ilustra lo tarugos que somos los humanos cuando toca ponerse acuerdo... tú escoge. Respecto al final que otros le dan, pues curiosamente varía también: algunos ponen a los dos humanos cargando el asno hasta el próximo pueblo para venderlo y así deshacerse de una incómoda molestia. Algún escritor retrata al padre tan irritado que descabella al pobre asno desde un puente. Personalmente prefiero la conclusión de Nasreddin, que simplemente le dice a sus discípulos que aquí se aplica el dicho de “ande yo caliente, ríase la gente”, que no hay que hacer caso de nadie, y si a alguien no le gusta, pues que se fastidie y Santas Pascuas. Y es exactamente lo que hemos visto ocurrir hoy. Y ahora déjame buscar un barbero.

—Vale, y si no le molesta, ¿que le parece si mientras usted se afeita yo cuido de la Matilda? La puedo llevar a pastar a los mejores sitios, la puedo cepillar... todo eso.

—Te gusta la burrita, ¿eh?

—Pos sí.

—Oye, ¿y tú no me engañas cuando me dices que no hay nadie que te está buscando por ahí, que te echará en falta, una familia, hablando claro?

—Que no, le digo. Que soy huérfano de padre y mi madre hace años que no sé de ella. Durante el invierno, que hay escuela, me cuida una parienta por parte de mi madre, pero en el verano me da rienda suelta para andar a mis anchas, y lo viene haciendo desde hace cuatro años por lo menos, por lo que está tranquila de que no me meto en líos. Pues bueno soy yo, si alguien tratara de embrollarme o engatusarme. Y es que a mí lo que más me gusta es andar

recorriéndome el territorio ribereño de mi río, el Najerilla y todos los pueblos y aldeas que lo rodean, que ya me lo conozco de pe a pa y de doble uve, o sea, mismamente como la palma de mi mano.

—Julianín, ese “de pe a pa y de doble uve”, o ‘ve’ o ‘u’, como algunos prefieren llamarlo, sobre todo ahora con la red de redes, que nos vamos acercando a las expresiones de los mexicanos y demás hispanoamericanos, además de tener que pronunciar tres ‘w’ tres, enristrados, así: www, ¿dónde, digo, lo aprendiste? Que me suena nada menos, trayéndome a la memoria un pasado remoto de lecturas diáfanas y harto graciosas, a Enrique Jardiel Poncela, infravalorado, incomprendido genio.

—Pos yo no sé nada de ‘ve’ de ‘u’ o de ‘uve’ ni de redes ni dobles ni triples ni del geniecillo del los jardines y ponches o pinceles o qué. Lo habré cogido de algún viandante, marchante, pasante o farsante, me gustó, y ‘me se’, o ‘se me’, pegó, que es que llega uno a conocer a cada bicho más raro por estos andurriales...

—¡Vaya con el chiquillo éste! Me dejas de piedra, con tus vocablos y tus atisbos y aún aciertos, y no chicos, de refinamiento lexicológico.

—Oiga, sin ofender, ¿eh? que aquí no hemos venido a insultar a nadie.

—No, si es todo lo contrario.

—Bueno, pos vale. De todas formas, a mí me gusta hablar con usted, que se nota que tiene lecturas, que es la cosa que más he venido descuidando yo con tanto recorrer montes y valles y ríos; vegas y cauces y ramblas, y sendas y veredas y caminos reales y no tan reales y calzadas y cañadas y la madre que me parió.

—¡Toma ya hilada! Paréceme que un nuevo Garcilaso o Góngora, o acaso un Quevedo *habemus*.

—Ya estamos otra vez. ¡Ojo, le digo, al canto!, Que yo del Quevedo ese me conozco más de tres chistes. ¡Que a mí nadie me conoce por el culo ni por pienso! Quedamos advertidos. Digo... Quevedos a mí.

—Y cómo se pica el canijo. Que Quevedo fue uno de nuestros máximos bardos, vates o aedos, y el que se pica es que ajos come, y cuando el río suena, señorito Najerilla, o Del Río, o como opte por hacerse llamar...

—Yo ni borde soy, ni tengo que ir al “wate”, ni “jiedo”, que si usted huele algo, culpa y obra suya será.

—No la revolvamos, que es peor.

Al unísono rompemos a reír, y Matilda a menear las orejotas como una descosida.

¡Qué ocasión tan memorable! ¡En mi vida había tenido una íntima y espontánea sintonización espiritual como ésta, tan fantástica, con nadie! ¡Jamás! Ni él tampoco, según me confiesa, con lágrimas de la risa en los ojos.

—Usted me tiene que hablar más de los libros que le gustan, y decirme cuáles me recomienda, que yo los leeré. En serio.

—Vale. Pero ahora, al barbero.

—Pos hay uno por estos pueblecitos o aldegüelas que, como no hay habitantes suficientes en ninguno de ellos, se ha montado una especie de ruta. O séase, que es lo que podríamos llamar un barbero ambulante, aunque su base o cuartel general se distribuye fundamentalmente entre este Cárdenas, que es donde nos hallamos ahora, y la próxima aldea, Badarán. Veamos si hay suertecilla.

Me lleva directamente a la puerta de la casa del dicho barbero móvil, y sí, tenemos a la diva fortuna de nuestro lado. Abre un hombre alto, flacucho, con una estrambótica melena roja y rizada repartida en tres tupidos mechones, uno en el centro y uno a cada lado. Luce bigote



daliniano, untado de cera.

—Me ha cogido por los pelos de mis bigotes, pues son las doce menos cuarto, casi la hora de coger el camino. Pero pase, pase.

Le digo ‘hasta ahora’ a mis dos amigos y accedo a los aposentos del barbero.

—Me llamo Ernesto Cárdenas del Castillo, el barbero de la bacía de oro. Y como habrá podido adivinar por el apellido, Cárdenas es mi castillo, jiu, jiu, jiu. Por eso aquí tengo casa, que en los demás sitios voy casi ‘de prestado’, teniendo que hacer el paripé en cualquier lado a cual más impropio de mi condición, categoría y calidad.

El tío desde luego le da a la labia... vamos, que no se corta este cortapelos.

—Veamos —dice, entre múltiples otras ocurrencias y despropósitos—, usted lo que quiere es un buen afeitado, ¿verdad? ¡Fuera estas greñas!

—Verdad.

En un periquete, pues mientras habla sus manos no cesan de trajinar, me tiene todo enjabonado y listo para afeitarse. Parece ser que está decidido, a pesar de hablar como un carretero —miento: más— a dejar su obra acabada dentro de los estrictos límites de los quince minutos.

—Y dígame, caballero, ¿qué hace con ese mequetrefe de chiquillo que llaman el Najerilla, y con un burro? Ujjj ¡Y qué asco me dan los burros! —suelta mientras la cabecita que le surge del largo cuello baila de un lado para otro y sus nerviosos, exploradores dedos me toquetean pómulos, orejas, nuca, todo.

Yo me encuentro no poco picado por estos desprecios a mis dos buenos amigos. El afeitador continúa su labor y su cháchara.

—¡Ya sé! ¡Usted es ese tío que va por ahí con una burra y que no hace nada sino ver mundo! ¿Eh que sí? ¡Le pillé!

—¿Y cómo lo sabe, por el amor de Dios?

—Un barbero, *haute coiffeur*, o alfajeme alákbar como un servidor, para servir a Dios, a usted, y a quien fuere menester, punto menos que el diablo ha de saber. Así es que yo me entero de todo. En su caso concreto tenemos nada menos que dos testigos de excelencia: Don Ginés, o Ginesillo el de las magdalenas, y el pobre Luis Contreras, de profesión harinero retirado, ex-molinero, y casi-casi ex-ser vivo, pues tengo entendido que su burra le propinó una sonadísima coz, que a pique estuvo de llevarle tres costillas y un riñón. ¿Y sabe usted lo que cuesta un riñón? Pues eso... jiu, jiu, jiu.

—P-p-pues bien q-que se desq-quitó con mi c-ca-cara ese Luisillo, c-como usted, señor enterado de todo, se pu-puede p-percatarse —me está volviendo la tartamudez, lo cual me asombra, o mejor dicho, me asombra no haber estado experimentándolo más de continuo, ni siquiera cuando Julianín se me apareció en la orilla del río esta mañana—, que me ha dejado los labios a este lado de la c-cara c-como dos me-merengues, aunque m-morados, que no blanc-c-cos. Y yo me pr-pregunto: con la verborrea tan p-profusa e incontinente que me usa, ¿cómo puede aún enterarse de las cosas?

—Hombre... hoy vamos escasitos de tiempo, ¿sabe? Normalmente me gusta el *exchange* ¿sabe? Y yo lo que digo es, que cuando su pollina se asustó de ver esas peregrinas sombras aspadas en la mitad del camino, y que se negó a continuar adelante, debió usted de haberle dado un par de buenos varapalos donde mejor le cupieran, aunque fuera en pleno coño, ¡estamos jodidos!

Eso ya me va pareciendo ofensivo en exceso, pues no me parece propio ni que este chalao, ni nadie, me vaya diciendo que le he de pegar a mi Matilda, ni a ningún otro ser, ya sea del reino racional, animal o vegetal.

—Usted se va a t-t-omar por c-c-c..., q-que a m-m-mí m-m-me deja en p-p-paz.

Se detiene con la hoja de afeitar en la mano, recién raspada una mitad de mi rostro, y se echa hacia atrás, sorprendido de mi reacción, y de mi color, que sé que ha de ser de un rojo encendido, tirando a violeta-escarlata. Me siento tan cabreado que hasta la tartamudez —oh misterio— queda atrás.

—¡Los animales tienen sentimientos igual que nosotros, nadie debe de pegarle a un animal, y el que lo haga merece que le den con el mismo rasero! Usted me dice que le pegue a mi borrica... ¡pues yo le digo que vaya y azote y dé de palos a su señora madre, por criar a un belitre barbián tan bravucón y bellaco como usted! ¡Sádico!

Los ojos dos bolas de billar, los mofletes hinchados, ha secado la afiladísima hoja de afeitar con la toalla y la ondea cerca de mi cara y cuello, emitiendo un hondo ruido por la garganta. Yo me veo en la obligación de saltar de la silla y agarrar lo primero que encuentro a mano: un bote de polvos de talco. Con el movimiento ondeante se forma una densa polvareda de esos polvitos, viniendo a posarse la nube sobre su cabeza mayormente, poniéndolo perdido de nieve a rodales. Giramos uno en torno al otro, cada cual con su arma en la mano, atento a los movimientos del contrario.

—La Biblia dice —espeta, no pudiendo permanecer ni un minuto en silencio —, que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, para que fuera amo y señor sobre todas las criaturas de la tierra, el aire y el mar. Eso está en el Génesis.

Lanzando más polvos de talco a cada frase que termino, a cada interjección, para mejor remarcar los puntos, le espeto:

—¡Pues yo me paso su Génesis, o mejor dicho, su interpretación ultra-lineal del Génesis, por las pelotas!, señor desuellacaras, que yo sé que todos los animales sienten, y quieren, y se comunican y sufren tanto como usted y como yo. Más y mejor incluso, pues más nobles son que los humanos. Mi Dios no desdeña ni una sola criaturica de su creación. Le recomiendo, aunque dudo que tenga usted ya solución ni remedio, que se lea a San Francisco de Assis, y se entere de sus pensamientos y sus obras y afectos, y si es tan buen cristiano como da a entender se avendrá conmigo a que todos, mi burra incluida, somos hijos predilectos de Dios, e incluso que el hombre es el más nefando de todos ellos, pues es el más pecador... ¡el único pecador!

—O sea, que los animales tienen alma inmortal, ¿no? —grita furibundo, su melenuda cabezota siempre bailoteando sobre el pivote del cuello.

—Pues igual que usted y que yo, si tal cosa existe —le contesto.

—¡A mí que no me metan perros, ni gatos, ni acémilas, ni lagartos ni bichas asquerosas en mi cielo, si me es concedida en mi día, como anhelo y espero, esa gracia divinal! ¡Y suelte ya esos condenados polvitos, maldito!

Se pone a estornudar como un poseso.

—A mí que no me lleven a uno que no los tenga, pues sin ellos no sería cielo; que yo lo paso mejor con los animalicos que con la gran mayoría de los seres supuestamente “rationales” y que son más bestias que mi Matildita, y he dicho. ¡Abur!

—¡Eso, lárguese de aquí, farfullero, que me ha hecho perder, no sólo los estribos y la compostura, sino mi sagrado horario! ¡A la porra con usted, sus majaderías, y sus bichos, que maldita la falta que me hacen! ¡Lagarto, lagarto, y maldita la hora!

Me toco el lado izquierdo de la cara y la noto tanto enjabonada como con todos los pelos incólumes.

—¿Y esto? —le pregunto, señalando con el dedo.

—Pues se va a aguantar, o me viene mañana a Badarán, que es donde me toca principalmente. Pedir que lo afeite ahora —grita en plena pataleta, entre niveos nublos— es ir a pedir cotufas al golfo. Venga, largo. No quiero su dinero. Soy un barbero serio. Yo no le tomo el pelo a nadie que

no me lo pida. Adiós y que su zoofílico dios y sus animalejos le preserven esa cara que tiene. Y de camino le da un beso “fraternal” en los morros de mi parte a su asna. ¡Zaaaape!

Salgo hecho un energúmeno a la calle. Al fondo, en la linde oeste del pueblo veo a mis dos compañeros. El pueblo es tan chico que se ve de cabo a rabo en toda su extensión desde la carretera. Bueno, exagero, pues hacia el este bloquea la vista del campo la torre de la iglesia, que está pegadita al mismo campo abierto, cosa rara en un pueblo, pues la Casa de Dios debe de estar en pleno centro de villa. Vamos, digo yo. Aquí, sin embargo, ese centro lo ocupa ese ara al noble y antiguo deporte norteño del frontón, o jai-alai, o pelota vasca, que tanta influencia tiene en La Rioja. Acaso este desplazamiento de las prioridades haya sido la causa de que se críen seres malvados y egoístas de la catadura y traza del barbero Cárdenas del Castillo, Bacín de Oro me pregunto. O a lo mejor es al contrario: que ha sido a pesar del frontón.

Julianín y Matilda están en un ameno prado cerca de un arroyuelo cuya existencia yo desconocía. Claro que, para el agua que lleva, tampoco me perdía nada. Me sirve, eso sí, para limpiarme la cara del jabón de afeitar mientras les explico lo sucedido. El Niño del Río, entre risas y frases de apoyo y ánimos y que no me enfade me pregunta que qué voy a hacer con media cara afeitada y la otra greñuda.

—Buena pregunta.

Entre mis cosas encuentro un pequeño espejo que casi por milagro ha aparecido metido entre los utensilios de aseo.

Medio redondeo la media obra del bilioso barberete, recortando a maquinilla por la vertical desde el tabique internasal hasta el hueco superesternoideo, bajo el gaznate.

Mirándome, no puedo evitar reírme del esperpento de mi propia cara, o mejor diría dos caras, pues tan diferentes se ven las dos mitades en el espejito.

—Unos últimos toques con mi maquinilla y tendré dos mitades perfectas y antagónicas. Sí señor, así me lo pienso dejar.

El niño se extraña de mi inusual decisión, por lo que le explico:

—No sé si sabes que la palabra ‘persona’ significa máscara o careta, y se refería precisamente a lo que usaban los griegos en sus representaciones escénicas, donde cada actor era una ‘persona’ que reunía tales y cuales cualidades y rasgos de personalidad. Pues yo sostengo que todos nosotros en nuestros quehaceres diarios, desde que nos levantamos hasta en cada cosita que hacemos durante el día, nos ponemos una máscara y pretendemos ser lo que queremos que piensen que somos, o sea, que somos actores. Y es el caso que tú, y yo, y todo quisque, pretendemos ser de una forma con algunos, los nuestros, a quienes queremos, y de otra muy diferente cuando tratamos con un desconocido, o, peor aún, un adversario o competidor, alguien ante quien nos sentimos amenazados o que simplemente nos cae gordo. Así pues, no te ha de extrañar que yo hoy pretenda mostrar al mundo la realidad de nuestra condición de fingidores, falsarios y mixtificadores, portando un rostro franco, limpio y diáfano al amigo, y otro encubierto y desabrido al ajeno.

—¡Muy bien dicho, señor Estébanez!

—Juan, llámame Juan, que para eso somos amigos y hacemos tan buenas migas.

Después de esto retomamos el camino, y Julianín quiere saber todo acerca de mi familia: mi esposa, mi hija Teresa y mi Paquito, y...

¿Os podéis creer, queridos lectores, que nunca antes, en todos los años de mi vida como padre, me había dado plena cuenta de que mis dos hijos tenían los nombres de mis dos santos favoritos, San Francisco y Santa Teresa de Calcuta? Bueno, la postrera aún no ha sido santificada, pero dadle unos breves añitos, que ella va a ser la santa más rápidamente santificada de todos los tiempos... Y lo más curioso es que cuando ella, mi niña, nació, yo ni siquiera sabía

de la existencia de la pequeña gran santa albanesa, ni de su labor en la India. Cosas de la vida, que no dejan de sorprender día a día, cosas de las que uno se da cuenta de golpe, hablando con un nuevo amiguete.

En cuanto mi talante cobra la brillantez del sol que nos cae a plomo del cielo, nos pasamos a la cuneta izquierda del camino, dando al mundo mi lado derecho despejado y alegre. Orden en el mundo, señores, gloria en las alturas, y paz a los hombres de buena voluntad.

De rato en rato sorprendo a algún desprevenido enseñando mi mitad oculta. La típica reacción que recibo es una señal con el dedo en la sien de que estoy como una chota. Ánimo y a celebrarlo, me digo, y en efecto, saco la bota y allí vamos tomando chorros de vino, aunque yo no dejo al niño, ni él quiere, dar tragos ni muy largos ni seguidos. Estamos en Badarán, localidad algo mayor que Cárdenas, y es mi gusto y gozo invitar a Julianín a un succulento almuerzo.

Ubicado en pleno centro del pueblo, en lo que llaman la calle Real, se halla el restaurante Cantinflas II. Será nuestro hogar los siguientes cuarenta y cinco minutos. La pobre Matilda ha quedado amarrada afuera, aunque con su bolsa de cebada sobre las fauces y tres zanahorias en el estómago. Agua ya tomó en el río Cárdenas.

—Y dime, Julianín, ¿si éste es el II, dónde está el Cantinflas I?

—Pues la verdad, y no se ofenda, sin duda que ése debe de ser usted.

—¡Ándele pues, manito! —lo asesino con una mirada pícara y socarrona.

Y no es de extrañar que todos los presentes en el comedor ya han reparado en el aspecto no nada acostumbrado de mi faz, entre pinto y valdemoro, o tinto y blanco. Yo, para redondear, comienzo a practicar unas nuevas muecas. Al enseñar mi lado derecho, afeitado, sonrío; al torcer la cabeza y mostrar el otro lado sombrío y barbudo, pongo visaje de ogro adefesio. Me lo estoy pasando bomba. A Julianín, sin embargo, noto que le está dando un poquitín de corte, de retraimiento, así que lo dejo. Toca concentrarse en el menú, que hoy es “cazuelita”, con papas y chorizo y muchas cosas ricas y los dos nos ponemos como el quico, bebiendo un exquisito tinto a la par, y al final, flan y melocotón en almíbar.

Julianín quiere saber qué pienso hacer a continuación, a lo cual le digo que lo primero es buscar un lugarejo solitario y dormir la siesta, sin la cual yo no vivo ni dejo vivir. Después probablemente seguir hacia Berceo y tal vez San Millán. Le pregunto sobre Cañas, que si vale la pena llegarse allí. Me dice que sí, que el monasterio es muy interesante y tal, pero que para monasterios los otros; que si ya he visitado el de Nájera, y pienso ir a San Millán, que tiene dos, y eventualmente a Santo Domingo de la Calzada, pues que el de Cañas es sólo otro más, y ya está. Verdad es que, según la tradición, fue la cuna de Santo Domingo de Silos, pero eso es otra historia. Eso sí, que los enormes campos de trigo y de hortalizas, y las altas arboledas cerca del río, y todo el paisaje en general que se divisa desde la carretera a Berceo es de lo mejorcito de La Rioja, y es, se ha descubierto recientemente, donde se ubica el nacimiento de la civilización del valle del Ebro. Excavaciones arqueológicas están sacando a la luz armas de sílex que se remontan a 125.000 años antes de nuestra era. Cosas éstas que les enseña el maestro de su escuela. Yo le doy las gracias por toda la interesante información. Pago, dejando una buena propina, y salimos a la calle.

Matilda nos saluda efusiva con unos asentimientos rotundos. ¡Ole la grasía!

Por prescripción facultativa de Julianín vamos a la salida del pueblo por el lado oeste, y pasada la Casa Cuartel de la Guardia Civil tomamos un caminito vecinal que hay a nuestra izquierda, asciende bruscamente y nos introduce en un soto de cascajos, quejigos, rebollos y otras tales encinas, todo recluso, sombreado y tranquilo, aparte de los incesantes trinos y gorjeos de los jilgueros y otros pajaritos silvestres, así como el continuo chirriar de la ubicua chicharra. Donde los árboles dejan ver lo que no es bosque, o sea, el cielo abierto, planean allá en lo alto

otras aves menos menudas, azores, gavilanes, halcones o, porqué no, buitres me semejan más que nada. Buitres, pero de los verdaderos, que no hay por qué considerarlos malos. A ras del suelo, veo no lejos de mí desaparecer fugaz una liebre entre el enramado de un lentisco.

En menos que canta el gallo tengo mi saco de dormir extendido a la sombra del lugar más acogedor del mundo, un verde prado codiciable por cualquier hombre cansado, y, mientras mis dos amiguitos se alejan, quién sabe adónde, yo me tumbo a mi siesta, perdido de todos los cuidados, oyendo sonidos de aves, dulces y modulados.

—¡Vaya ronquidos! Ha hecho retumbar el bosque entero, Juan. Se oía como si quisiera anunciar el Diluvio Universal —oigo en cuanto se me ocurre abrir los ojos.

—¡Bueh! Y ya será menos, muchacho, ya será menos.

Desperezándome y estirando mis brazos como hacen en las películas, proseguí de otro talante bien diverso. Pero esto merece capítulo aparte.

## 10. Un Milagro de Nuestra Señora

—Mira, se me acaba de ocurrir una idea, o me ha venido en sueños, quiero decir. Vamos a ir a Berceo, y tú y Matilda y yo vamos a representar una obrita de teatro en forma de mimo: un milagro al más puro estilo “Berceo”; ¿qué te parece?

—Pos la verdad es que yo venía cavilando que ya me he apartao demasiao de mi zona, que es mayormente mi río, de arriba abajo y abajo arriba, que ahora me toca subir pa arriba. Pero vale, que no seré yo quien le pare en sus prontos, pues se me antoja que este ha de tener su gracia y enjundia.

—Déjame escribir el bosquejo de que lo tú vas a decir. Serás como el juglar o presentador, y yo mayormente haré los mimos, sin decir ni pío.

Echo mano a la minúscula colección de libros que llevo en el saco y aparto uno de los dos de Gonzalo de Berceo, natural del lugar que nos espera carretera adelante a cosa de dos kilómetros. La obrita se llama *Los Milagros de Nuestra Señora*, y es la más leída suya, si es que se le lee. Todo esto, querido lector, se lo ando comunicando a Julianín. Que no se piense ni por pienso que pretenda yo aleccionar al eruditísimo.

Julianín, entretanto, hojea los demás libros, y leo en su animada faz que tiene ganas de hacerme diez mil preguntas. Pero yo no deseo perder ni un momento en la elaboración y ejecución de mis proyectos ni distraer la atención del “milagro” que ya tengo escrito, punto por punto, en mi cabeza.

—Ya hablaremos de esos libros más adelante. Por de pronto, quédate con el *Lazarillo*, que te vendrá de perilla en tus andares ribereños. Aún no me acabo de creer que hayas leído tan poco, por no decir nada, como me dices, cuando eres capaz de competir en mayéutica con el mismísimo Sócrates. ¡Sofistas: teneos, que viene Julianín el Najerilla! Y no me preguntes ahora, por favor, que pierdo el hilo.

—Vale, lo leeré cueste lo que me cueste, que esta obra he oído decir que me sería de mucho provecho, y era casi como una cuenta pendiente que me quedaba por saldar. Muchísimas gracias, Juan.

Tras pasar todos mis apuntes a limpio, en una sola página (por una cara) y en letra clara y legible, que no deseo yo apesadumbrar a Julianín con mi mal garabateada letra de uso interno, y tras unos tragos al cognac, que todavía anda por la mitad, si bien está cobrando un gusto que parece un cate en pleno rostro, además de agarrotarte el estómago cada vez que se asienta allí, izamos campamento y marchamos.

Cuanto más nos acercamos a Berceo, o tal vez debiera decir San Millán, diríase que aumenta la concentración humana de la vía en esta luminosa tarde, especialmente la de los caminantes “del Camino”, esa masa humana de jóvenes mayormente, que van, ya sea a pie, ya en bicicleta, pertrechados de sus botas de caminar, sus gorras con visera con preferencia sobre el sombrero de ala ancha propio de santiaguistas, y lo que sí parece es que a todos les asoma, o ya tienen en las manos, garabateando en ellos, el eterno cuadernito o bloc de notas de viaje. Todo el mundo quiere ser escritor.

Supongo que a esta distancia de más de quinientos kilómetros de Santiago de Compostela la proporción de ciclistas es mucho mayor que en León o la misma Galicia. Esto a mi Matilda no le entusiasma, aunque, mientras ellos se porten con decencia y no le roben a ella su espacio natural (¿te gustaría a ti que de pronto te plantasen en pleno morro un sucio neumático que gira que da vértigo, y te asfixia con la polvareda?) ella, estoica, todo lo soporta, rucia senequista que es.

Un espectáculo en miniatura se nos presenta al avanzar por esta peregrina senda, y es en la

forma de un hombre que por algún azaroso infortunio o avatar de la vida ha perdido ambas piernas, y avanza arrastrándose sobre una especie de cojín en el que él va encajado, y para desplazarse se ayuda de unos tacos que ase con sus nudosas manos.

Preguntado sobre las circunstancias de su peculiar romería, nos relata que su madre se ha recuperado milagrosamente de un cáncer, el cual ha remitido, y él, en agradecimiento, lleva a cabo esta promesa más propia de un Hércules o un Ulises que de un humilde campesino español, pero así es la vida, y no de otro modo, que nunca para de depararnos sorpresas.

—No me tengo que detener hasta que no llegue a Santiago, ‘manque’ me tire la vida entera en el entretién. ‘¡Manque’ me deje los cojones en el ‘popósito’, vamos!

Cosa nada improbable, imagino. Le deseamos toda la suerte del mundo, y que si necesita algo, cualquier cosa, que sepa que aquí estamos nosotros para servir.

—Nada, yo no tengo ‘mester’ de ‘naíca’, que donde se ponga un corazón limpio, y una misión noble, y una meaja de coraje que se quiten ‘furreajes’.

Asombrado va Julianín más que yo, pues estos “medio hombres”, como algunas malas lenguas gustan de calificar a los así tullidos, suelen impresionar fuertemente a las almas jóvenes y sensibles como el de mi recientemente adquirido amigo.

En un santiamén nos ponemos en Berceo, cuna no sólo del primer poeta biografiado de nuestra lengua, sino también del santo que iluminara su plectro: San Millán, que vivió a la jineta entre los siglos 5 y 6, pues vivió hasta la capicúa edad de 101 años este anacoreta. Realizó muchos milagros —afirmará Gonzalo— entre los que cabe destacar (cómo no) el de la multiplicación del vino, en que, de una “chica medida” de vino que le sobraba pudo alegrar la vida a un considerable rebaño de fieles a quienes, como andaban acalorados y sedientos, les mandó que se sentaran en un ameno prado (a este tío le encantaban los prados) y, santiguando el vino, lo repartió, y “Non ovo grant ni chico nin enfermo nin sano que non tenie el vino delante sobeiano”. Conozco yo en Granada a más de uno que querría tener su San Millán a mano.

En Berceo nos ponemos en la plaza del Ayuntamiento, o de la iglesia de Santa Eulalia, que es lo mismo. ¡Qué chico es el pueblecito! No es lo que me esperaba. Pero al menos su población, 240 almas o cosa así, se veía triplicada por la afluencia veraniega, más toda la hilada continua de peregrinos, que no es poca, así que imagino que si lo hacemos bien, tendremos concurrencia para mi representación.

Puesto que no tengo esperanzas de encontrar un comercio que me venda papel de pósters, recorro a mi plan B, y es usar un bloc de dibujo que por chiripa había comprado en el mercadillo de Navarrete, por si me daba por dibujar algún que otro paisaje o lo que fuere, como un retrato de mi Matilda. Con rotulador grueso negro pinto: 8 tarde —Un *Milagro* en mimo. Lugar: Aquí.

Son las 6 y pico. Coloco mi mesa de tablitas con su par de sillas, y con dos tiras de “fijo” pego el cartel en el borde de la mesa. Miro la escena y veo que necesita de mayor reclamo. Así que utilizo dos hojas más del bloc para pegar sobre el respaldo de cada silla, invitando a todo el mundo, lugareños y visitantes, nacionales y extranjeros, a presenciar el espectáculo único y cien por cien “berceano”.

El resto del tiempo, algo más de hora y media, lo dedicamos a difundir la nueva. Incluso nos llegamos Julianín, Matilda y yo, y, curiosamente, un chucho callejero que nos ha tomado afición, hasta el Camping, que está tirando hacia San Millán, a unos 200 metros. Veo un letrero que dice: Término ‘El Molino’. No puedo evitar un repeluzno al recordar lo que nos acaeció cerca de Tricio. A la entrada del Camping nos dejan poner otro cartel, que muchos campistas, al parecer aburridos, corren a leer.

Yo llevo mi bota de vino, al que doy más de un viaje largo. Julianín, mi co-actor, no sólo está más tranquilo que un santo, negándose a beber nada, sino que incluso me amonesta a mí

aconsejando que deje de empinar tanto el codo.

—¡Anda ya, que te parece a mi mujer criticándome, so cafe! ¡Mal rayo te parta!

Pero sé que tiene razón. Más razón que un santo.

Demuestra ser Julianín también un espléndido *Public Relations Man*. Benditos sus huesos.

Y llega la hora. Dando la vuelta a la última esquina detrás del Ayuntamiento vemos de pronto a una horda de personas que han venido a vernos. ¡Jesús, y de dónde sale esto! ¡Tierra, trágame!

Un agente de la autoridad quiere cerciorarse de que venimos en plan ‘legal’, pero ante la insistencia de la masa humana, se echa para atrás y se integra en la multitud, muchos de los cuales ya se han sentado en el suelo. Más de una viejecita del pueblo ha sacado sillas de mimbre para mayor comodidad. Necesito un largo chorro de tintorro.

Detrás del Ayuntamiento me había vestido con mi camisa hawaiana, de vistosos colores, y una media camisa blanca de mangas largas, muy arrugada, que yo había rasgado por el centro, de arriba abajo tras mi siesta, tres horas ha (total... ya estaba pachucha) me la pongo encima de la hawaiana, cubriendo mi costado izquierdo, el de las desaliñadas, zarrapastrosas, barbas. El rostro, por si el pelaje y catadura reales no fueran suficientemente ingratos, me lo he pintado de negro azabache con un rotulador alrededor de la órbita “fea” del ojo izquierdo y me he pintado la ceja a lo Drácula. Para el lado derecho, el limpio y lozano, aprovechando que nos hemos topado con una señora que andaba blanqueando la fachada de su morada (así de propicios nos son los hados), le he pedido que me deje pintarme con una poquita de cal la faz (lado derecho), la cual se ha puesto más blanca que el papel. Y ya lanzado, le pido permiso para darle dos brochazos al sombrero de peregrino de ala ancha, que queda asimismo dividido en dos mitades: blanco una y marrón oscuro —su original— la otra. Con el rotulador me pinto un fino arco de circunferencia —casi un semicírculo— para formar una inocentona ceja estilo payaso de circo. Finalmente le pido prestado el lápiz de carmín a una jovencita y me aplico un toquecito en los labios, marcando y enfatizando una perpetua sonrisa, en franco contraste con el atroz gesto de energúmeno que muestra el lado adverso.

Volviendo a lo que decíamos, tanto público me tiene ‘acojonado’. Pero ahí está Julianín: me ha conocido esta mañana y ya es mi salvador. A las ocho en punto se coloca en el centro del escenario improvisado dando la cara al expectante público. Algún que otro lugareño lo increpa, según me parece escuchar, por su mote de *Najerilla* a que les explique que en qué mal rollo se ha metido esta vez. Se hace el silencio. Detrás de él, la mesa, ya sin carteles, y las sillas a uno y otro lado, enfrentadas. Aún detrás de este pequeño soporte escénico se halla Matilda, orientada hacia el lado izquierdo del escenario desde el punto de vista del público, la mitad en el que yo, el mimo, va a mostrar siempre su rostro albo, alegre y afeitado; el culo de la asna va a permanecer en el lado donde actuará el “malo”, el ‘malencónico’, infausto pelambreras. Ah, sí: le he tapado cuidadosamente a mi Matilda con paja todo lo que pudiera desentonar con su carácter de borrica campestre, o sea, mis pertrechos traídos de Granada.

No hay, claro está, tarima alguna: sólo los puros adoquines.

—¡Oíd, amigos e amigas, logareños e extraños, de un miraculoso fecho de la modernitat vos querría hablar; tan precioso miraclo non es de olvidar! Éranse dos varones de la villa que vecinos vivían. Al uno *Juanillo Cacho Pillo* apelaban; el otro avie por nombre *Juanote el Buitre Zopilote*. E eran tan diviesos como el día a la noche.

En esto yo tomo el grueso rotulador y escribo *Juanillo* en el respaldo de la silla de la izquierda, y *Juanote* en el de la derecha, orientándolas hacia el estimable. Yo, sombrero inclusive dividido ya en dos mitades, entre cambios de rol me agazapo tras la mesa.

— *Juanillo Cacho Pillo* era bravo vividor, e gustaba del mucho comer e beber e del mucho folgar e poco trabajar. De continuo refocilaba Juanillo, y dábase con omne mochacha al



repreñible e pecaminoso fornicio.

Mis actos como blanquito Juanillo pueden fácilmente imaginarse: me siento a la mesa, haciendo como que engullo a mansalva toneladas de comida, y procedo a empinarme la bota (que está realmente en la mesa), y me levanto borracho a bailotear, a cantar, a saltar y realizar todo tipo de piruetas alocadas; hago el pino y rueda por los suelos. De espaldas sobre los adoquines muevo las caderas obscenamente al son de las palabras ‘refocilaba’ y ‘fornicio’. Gran risa a boca abierta del mimo y carcajadas generalizadas del público. Toca ocultarse tras la mesa.

—D’ aquest’ otro lado viéredes a *Juanote el Buitre Zopilote*, que maguer ave americana de mal agüero, bien cabe hallarle en mimo grutesco de Berceo, a lo que yo creo y veo. Era Juanote avaro de condición, que nunca daba mas siempre tomaba, e a toda hora los dineros cunctaba.

Ahí estoy yo tornado negra sombra, contando mis ingresos, la mirada torva, huraña, hacia acá y acullá, gacha la testuz, echando chepa, mis dedos recorriendo ristra tras ristra de imaginarias cuentas, o dando a la palanca de la caja registradora, o agarrando agonioso mis tres bolsitas de monedas o ‘tesorillo’ que tomo de la mesa (los saquitos se hallan al lado de la bota). Los gestos de Juanote se suceden alternándose, aumentando en contenido y variedad: diríase que el cicatero sujeto quisiese abrazarlo todo en sus garras. A tal grado alcanza su ansiedad por acaparar que busca ansioso a diestra y siniestra, vocalizando la parabreja ‘más’ una y otra vez, como ahogándose, y da saltitos nerviosos de un lado a otro, nunca quieto, nunca satisfecho. Él también acaba revolcándose por el empedrado del suelo, de un desasosiego, un furor que es peor que el uterino, que ya es furor, dicen, o en palabras del mismo Gonzalo de Berceo, se le veía: “fol, malastrugado, torpe e enloquido”. Los espectadores, siguiendo una clave o sugerencia que les ha dado Julianín de *motu proprio*, haciendo bocina con las manos, tal como hace su instigador, gritan: ¡Canalla, rácano, rata!, ¡jódete! ... ¡Canalla, rácano, rata! ¡Muérete!

El negro patalea en el suelo.

Julianín vuelve a declamar, yo torno a mi escondrijo.

—Devoción plena a Nuestra Señora, la Sancta Virgen, non l’avien nin uno nin otro, sino que Juanillo reçaba con gran presura e muy de figos a brevas, pero con honestidat.

Corro a la izquierda y balbuceo algo silente y rápido, me santiguo más veloz aún y me oculto. Eso sí: lo hago serio y mostrando humildad y recato.

—E Juanote, si oraba más aína e más fierament’, non li fazía de cor, e cosa vil e indino, fazíelo pora incrementar el su proprio benefizio e non pora otro que sí mesmo.

Salto al escenario derecho y con exacerbado histrionismo teatral increpo, ruego, suplico, lloro, imploro, me tiro de los pelos, y al suelo, y me crucifijo besando los adoquines.

—¡Canalla, rácano!, ¡jódete! ... ¡Canalla, rácano! ¡Muérete!

Más de un niño del auditorio se abraza a su madre. Uno viene con un palo a pegarme, siendo refrenado en su noble propósito por Julianín.

—Et per fer corta una luenga estoria, si Juanillo un grant sinvergoña era, amava cabalmente a toda gent, e a los niños e a las puellas e a los vieios e los que sufren fame; et, cosa mui mirabile, quería bien a tot animal, toda creatura por el Señor nel mundo emplaçado. Grande e christiano era su amor.

Imagíenme dando cálidos abrazos y caricias y apretando mi mejilla contra el de Julianín y Matilda de mil modos, y acariciando al chucho neófito, y ofreciéndoles todo lo mío, y lanzando besos y abrazos por doquier.

Juanote, contrariament’, avie mortal odio a jóvenes, e ancianos, e a los pobretos aborrescía, e a todos los animales, a los grandes e a los chicos, menudos e mayores.

Aquí está el malvado dando varazos y varapalos y vapuleos, primero a Julianín, y luego a Matilda, en las ancas, y, disimuladamente y con mucho tacto toco a la borrica en el punto

prohibido, lo cual la pone a cocear repetidamente al aire, y a rebuznar quejándose, atronadora. Y mira por donde se da la circunstancia, que parece ciertamente un milagro, que en esos momentos un gato que persigue furiosamente a una polluela de tres semanas salta tras su presa al callejero escenario, y seguidamente lo hace la madre de la avecilla, acompañada de una pandilla de otras gallinas, que unas se siguen a otras, tan tonticas son todas, y más tontos gallos se apuntan también, y luego ocas o patos o qué sé yo veo materializarse en un tumultuoso aleteo y ajeteo de animales que nos inunda y abrume. Toda esta gansada a pesar del salvaje y rugiente felino, cuyos erizados pelos lo hacen tres veces más grande, y antes de que cante ninguno de los gallos cantores presentes, que más de uno hay, y muy gallitos que se creen viéndose rodeadas de tanta hembra, dos perros se suman al tumulto a espantar más al gato, si cabe, como es propio y natural de canes hacer, o tal vez por mero amor al arte de la turbamulta. Una señora chiquita pero brava que no se resigna a perder su “gallina rubia de patas bermejas” está chillando y pataleando, hecha un basilisco en medio del la confusa algarabía. Juanote reparte desde el suelo supinos mamporrazos y patadas a mansalva bajo la consigna de “golpea bien y no mires a quién”. El escenario entero, el área toda se ha tornado intensa batalla campal. Los miembros de la primera fila, contagiados, ora azuzan a los animales, ora arrear fieramente al malvado Juanote, o se dan de tortas entre sí, o se desternillan de risa, así como toda la masa humana que se les amontona detrás y se esfuerza por no perderse ni un ápice de la acción.

Resumiendo: que Matilda da coces, yo estoy a brazo y pierna tendidos arreando palos, Julianín me atiza a mí, un perro le ladra a Julianín y el otro muerde al gato, que araña a su vez al can, y todos gritan o aúllan o ladran o berrean, y las gallináceas y los palmípedos entre graznidos y cacareos picotean a quienes pueden, y todo es caos, enredo, follón, desmadre padre y madre desconcierto. A mí me va a dar algo, lo juro.

Al cabo de largo rato logramos despejar la zona de bichejos, y Julianín prosigue:

—Finalment’ viene el día que a todos toca, y Juanillo si un poquiello maliello en vida, sube al cielo perdonado por el Señor por orar a su Sancta Madre la Virgen Nuestra Señora. Y con tiempo resçibe la compañía de sus bons amigos.

Mimo la ascensión de mi alma al cielo, y después la de la pollina, y la de Julianín, y la del perrillo, que ha insistido en permanecer entre nosotros. Todos nos unimos en un simulacro de abrazo celestial.

—Juanote al ardent’ infierno, con el diablo, descende:

Llorando, cae a cámara lenta, al hades. Julianín le aparta con el pie y un gesto de desprecio de la mano. Pero lo que me deja de una pieza, suspenso el ánimo, es la conducta de los animales. Matilda, tras anunciarlo con un escueto rebuzno, suelta un sonadísimo pedo, la muy marrana, que hace al atento público romper nuevamente en carcajadas irrefrenables, y, por si esto fuera poco, viene el muy bruto del chucho este y, aparentemente atendiendo al juicio somero e irrefrenable general sobre la mala calaña del negro que está tendido en la calle, levanta la pata para echar su chorreadita. ¡Joder! Casi me levanto ahí y echo a perder el mensaje del *Milagro*, que si no me refrena algún misterioso resorte interior, voy y le endiño una patada al perro que lo mando al otro barrio. Pero tras un somero examen me doy cuenta de que ni siquiera tengo pis en el sitio que debiera si el can hubiese orinado de veras. ¡Vaya un Richard Burton de perro!

Cuando estoy a punto de levantarme del suelo donde estoy tirado, y anunciar el final del mimo o milagro, he ahí que la burra comienza a “hablar”, y Julianín a escucharla de cerca:

—Jiiii-jáaaa, aaaa-ji, aaaa ji, aaaaj.

Se hace el silencio. Toda alma presente presta máxima atención al desarrollo de estos no usados acontecimientos, y más la mía, pues esto no figuraba en el guión que yo trazara tras mi siesta, como no figuraba, a decir verdad, casi nada de lo que ha venido ocurriendo en el dichoso

milagro. Julianín se dirige al atento público con las siguientes inquietantes palabras, olvidada ya mi macarrónica jerga medievalizante:

—Que dice la pollina que le disgusta inmensurablemente sacar a relucir citas ni refranes, y mucho menos sentencias graves, a destiempo ni traídos por los pelos, pero que no desearía que se le quedara éste en el tintero...

Y se vuelve nuevamente a Matilda a recibir más instrucciones:

ii-jjjaa-aaaaj-aaaaj, (pausa) aaaaj, aaaaj, ji- iiij.

Y asiente con la cabeza, señal, sin duda, de que ya no tiene nada que añadir. Julianín, recibido con plena satisfacción el mensaje, prosigue de la siguiente manera:

—...el cual está sacado de las Odas de Horacio y que dice como sigue: *Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas, Regumque zurres*, que viene a significar, en nuestro común castellano: “La pálida muerte con igual pie arremete contra la choza del pobre y la torre de los reyes”.

—¡Bien has dicho, guaje, pardiez! —le envió desde mi postrada posición— Excepto que habrás querido decir *turres* y no *zurres*, y buena es la zurra que te merecerías, mequetrefe, malinterpretando las sapientísimas palabras de esta mi asna.

—Pues será *turres*, y no *zurres*... —admite Julianín—; que lo que pasa es que a la borrica las “tes” no se las cojo yo muy bien, porque no le salen muy católicas, ¿sabe? aunque “tabernas”, mire usted por dónde, esa palabra sí que la agarré al vuelo, excepto que no la veo por ningún lado en la traducción, si no es que por algún milagro divino, que antes será obra del diablo, el cual nunca ceja y siempre acecha, las tabernas se han trasmutado todas en chozas, que para mí que no es lo mismo, ni mucho menos, ni Dios lo permita.

Como podréis imaginar, la gente está toda alborotada, la mitad prendida, por no decir prendada, de los inauditos latines y demás pasmos y portentos, y la otra mitad hállase desternillada de la risa.

Intuyendo que era este efectivamente el instante justo para poner el colofón a la obra, me levanto raudo (aún seguía tumbado durante el diálogo horaciano) y grito:

—Aquí se acabó la historia. “Bien valdrá como creo un vaso de bon vino”.

El Milagro acaba ente el clamor de la gente, que salta de alegría y aplaude como yo nunca imaginé que nadie aplaudiría a algo que yo pudiera idear en mi vida. Esta mañana había despertado más solo que la una, si no contamos a Mati, o, como dicen los americanos, no habría sabido distinguir el ojete de mi culo de un agujero en el suelo, y heme aquí, con un buen amigo treceaño, hermano del alma, y una congregación de entusiastas aclamadores. Difícil es no soltar una sentida lágrima.

—Juan, me tengo que ir. Nos vemos. Y gracias por el *Lazarillo*.

Me quedo con las ganas de preguntarle —pues su repentina partida me coge de sopetón— sobre el extraño caso de Matilda echando rebuznos y él interpretando por ella esos latines y esas sentenciosas meditaciones, pero no se canse el lector esperando hallar respuesta aquí a los desusados sucesos, que yo mismo ignoro cómo vinieron a ocurrir, si no es por culpa de eso que muchos autores modernos gustan de usar y aún abusar, que se ha dado en llamar *realismo mágico*, y puesto que de un *Milagro* llevaba la traza nuestra representación, ¿qué ha de extrañar pues que la magia se produjera realmente aquí en este lugar y momento, confirmando a Berceo como villa sancta y milagrera?

Antes de poder yo ni reaccionar, Julianín ha desaparecido entre la gente, la cual también se va dispersando, yendo cada cual a sus avíos, muchos de ellos tras felicitar me por el espectáculo.

En la mesa, en lugar de los tres saquitos ‘de dinero’ (en realidad tela blanca de mi camisa cortada y tierra de las afueras de Berceo), veo una veintena de botellas de Rioja de las mejores

bodegas. Van apareciendo algunos platos cargados de exquisiteces.

—¡Si era broma lo del vaso de vino, buena gente... es que había que acabar la obra con esas palabras, que son de Berceo y no mías!

—¡Venga y a disfrutar! —me insisten —, tómesese unas tapitas.

—¡Pues comamos todos... vengan acá, únense!

Se forma un corrillo alrededor de la mesa. La cabezota de Matilda también asoma, y recibe montones de caricias, mimos y gustosos ofrecimientos.

Una añosa guiri, peregrina a Compostela a todas luces y probablemente hija de las flores, ex-hippy de los sesenta, me ofrece una rosa, y otra a Mati, que procede a masticar. La tercera rosa, la que guardaba esta buena señora para Julianín y que no ha podido arribar a buen puerto, la coloca esmeradamente en el cinto lateral del cabezal de Matilda, entre las campanillas. La borrica, dulce, le hace guiños con los ojos.

—¿Es usted vegetariano?

La pregunta me sorprende, pero no me coge totalmente desprevenido.

—No, pero estoy trabajando en ello. Pronto. Cuando acabe este viaje. Viajando así es difícil prepararse buenos platos vegetarianos, ¿sabe?

En realidad no sé ni cómo me ha salido esto, y tan de sopetón, sin pensar. Pero es verdad, extrañamente. Es la verdad.

Todos hemos disfrutado la fiestecita o gala post-representación. Sobreviven incólumes dos botellas de este supremo vino de la tierra, que pongo a buen recaudo entre las tripas de mis enseres. Noto que no aparece la bota del vino que estaba sobre la mesita. Bueno... más se perdió en la guerra. Me queda la otra. De repente, rebuscando entre mis cosas, empiezo a sospechar una pérdida mucho más seria: una bolsa que yo había convertido en uno de los dos enclaves para guardar dinero 'de emergencia' caso de que me desaparezca mi fuente principal. Esta bolsa contenía —adrede, he de decir— ropa sucia, y dentro de ésta (oculto en un pliegue de unos calzoncillos) el dinero suficiente para sobrevivir un fin de semana largo. ¡Berrinche al canto! De un estado de exaltación y alegría caigo en picado en el otro extremo. Me disculpo a los cuatro gatos rezagados que quedan ahí merodeando a mi alrededor, tomo a Matilda, cargada con las sillas, mesa y avíos, y dejamos la plazoleta.

—¡Mierda, mierda! —la cabeza se me agita de un lado a otro—, ¡mierda!

A lo mejor se me ha caído... ¡No, imposible! ¿Y por qué se me iba a caer ahora? ¡Eso, precisamente ahora... en pleno triunfo...! No hay derecho, no. Le voy dando vueltas a los sucesos de la noche. ¿Y por qué se ha largado Julianín? ¿No será...? ¡No! ¡Joder, ¿cómo puedo pensar eso?! ¡Y el ladrón que haya robado la bolsa a lo mejor ni encuentra el dinero, ja, ja, ja! ¡Nada más que ropa vieja y sucia! ¡La madre que los parió a todos!

No sé ya qué pensar. También tengo que encontrar un sitio donde dormir, pues ya es casi noche cerrada. En la confusión levanto la mirada sin saber ni dónde me encuentro. Lo mejor sería dejar este condenado pueblo de una vez por todas y dejarme caer donde sea. Pero también es verdad que yo iba a probar esto de los albergues de peregrinos. ¿Que no soy un peregrino? ¿Cómo que no? ¡Tanto como el que más!, o ¿es que no lo somos todos? No me van a dejar con Matilda. De ninguna forma me la van a tomar. Mierda de peregrinos y de albergues. ¿Pues no dicen los folletos, incluso los medievales... ese... Aimeric Picaud o como se llame... que a pie o a caballo? Y los modernos, ahora, bicicleta... jód, eso es... ¡bicicletas de los cojones! ¿Y por qué un caballo sí y un burro —burra digo, con perdón— no... eh? ¿Qué tiene un caballo que no tenga mi Matilda? Mil vueltas le da mi burra a cualquier jamelgo, y se lo demuestro cuando quiera a cualquiera. Buéh, ¡pues no es nadie mi Matilda! Albergue. Hospitalidad. ¿Qué se creen... que son los únicos del mundo? ¡Toma ya corte de manga! ¡Ahora se van a enterar esos!: ¡Mira, ahí

está el albergue! Ahora verán.

Llamo al timbre, me abre un joven alto, recortado contra la luz del interior.

—¡M-m-m-etanse su hosp-pi-pi-talidad donde les q-q-quep... p... p...!

Ofuscado, doy media vuelta, y tirando del cabestro de mi burra, nos alejamos de la zona. Me hice el firme propósito de erradicar de mi mente todo lo referente a la desaparición de mi bolsa.

Sería media hora y tres toques a la bota de coñac más tarde, que se me acerca un señor con pinta de muy buena persona, un ángel salvador, y se presenta a mí con el nombre de Gabino. Se sienta a mi lado e intercambiamos unas palabras. Me alaba la representación, asegurando que nunca había visto algo nada semejante antes en Berceo, ni en Estollo, su pueblo, que está cerquita, hacia el sur, ni en San Millán, donde a veces hacen representaciones. Yo le estoy agradecido por sus generosas palabras. Al final me pregunta acerca de mis intenciones para la noche, y le digo que ya me las apañaré con una linterna para encontrar un sitio en el campo.

—No hombre, no —me dice—, venga conmigo, que yo le voy a alojar en una buena casa. Le invitaría a la mía, pero, como decía, está en Estollo, no aquí.

—¿Y mi burrita?

—Tranquilo, que ella también será atendida.

Diez minutos después ya hemos hablado con doña Benita, bendita ella, que acomoda de mil maravillas a Matilda en una cuadra que tiene en la parte de atrás, y a mi, en el piso de arriba de su “casa rural” de huéspedes. Me doy una ducha bien necesitada y mucho jabón en el rostro, desprendiendo toneladas de gris. La tinta del rotulador, con todo, me va a durar varios días. Doña Benita se habría espantado cosa fina, excepto que ha presenciado el show en la plaza de la iglesia.

Mi reloj marca las once cuando cierro los ojos para dormir. Sólo recuerdo haber soñado algo acerca de encontrarme en pelotas en medio de un gentío que me señala y se burla de mi blanca desnudez, pero es que a quién se le ocurre guardar el dinero en unos calzoncillos sucios.

A la mañana siguiente y después de las tostadas y el café deseo pagar las maravillosas atenciones prestadas, pero Doña Benita insiste en que todo corre de parte de don Gabino. No sólo eso, sino que quedamos de acuerdo en que ella me lavará toda la ropa sucia que tengo, la cual estará lista y seca para el mediodía, y a precio de ganga. ¿Pero cuántos santos puede haber en este mundo, señor?

—Ande, ande, vaya a darse una vuelta por el pueblo, que para cuando vuelva ya se habrá secado toda. Y deje a su rucia pastando que allí está a sus anchas. ¡Mire, si hasta juega con mis ovejas! ¡Qué bonicas están juntas!

Y no dejéis que se me olvide decir que anoche, entre la ducha y la cama, realicé la ardua tarea de afeitarme como Dios manda. ¡Incluso mi bigote de años se esfumó!

Aparte de un ligero dolor de pies, gracias a unas ampollas, y un soportable dolor de cabeza, me siento como un millón de euros y más fresco que una lechuga.

Lo primero que hago es dirigirme al albergue a pedir disculpas. Me abre una señora, precisamente la ex-hippy vegetariana, acompañada de otra señora, a quienes doy todo compungido una relación de mi brevísima visita, si muy descortés, de la víspera.

—¿Ah, era usted? Ja, ja. tranquilo —me insiste la española, mientras la hippy me mira con inmensa serenidad—, quien le abrió fue Hanz, y se marchó esta mañana temprano. No se enteró de papa, excepto que dijo que había visto un iracundo espanto que gritaba, un espectro del otro mundo... mencionó algo entre alemán y francés o yo-qué-sé... *Major Molineux* o Molinero, o algo así, y un *bujo*, y j-j-j-jó, j-j-j-ó la monda. Buen espectáculo, el suyo, anoche.

—Gracias... ya ve que no quieren salir las marcas de tinta negra.

—Tranquilo... dos o tres días y como nuevo. Pero pase usted, pase.

Acepto su invitación. Le pregunto si habría sido un problema albergar a la burra anoche, si lo

hubiese pedido. ¡Nada, hombre! me dice que mientras uno no llame demasiado avanzada la noche, que todo se puede arreglar. Añade que es éste uno de los más recientes albergues, casi recién estrenado, pero que el personal realmente ponía el alma en que prosperara. ¿Cobijar una pollina? Pues sí, claro... en estos pueblos no faltan establos o cuadras... fijese, ¿ve esa casa? Dos puertas. Una es para las bestias, otra para las personas. Y así muchas —y hace la forma de una alcachofa con la mano.

Miro alrededor: veo unos montones de libros apilados, novelas en su mayoría, que las señoras insisten en que si quiero alguno, que adelante, que son los peregrinos los que los dejan y los toman continuamente. Inicialmente rechazo cortés la oferta, pues poca cosa estoy leyendo en el viaje. Luego miro algunos títulos, esperando que sean mayormente *best sellers*, y en inglés, francés o alemán, y mira por dónde veo una edición de *Huckleberry Finn* traducida al castellano.

—Este sí lo quiero, para un amiguito mío.

Les pregunto si con un poco de alcohol no se me quitará el negro de la cara. Tal vez. Pruebo y sí... muchísimo mejor, aunque parece que voy a dejar la pila del lavabo hecha una marranada. Al final queda limpia la zona, afortunadamente. Expreso mi agradecimiento por su amable hospitalidad. Me acuerdo del coñac. Salgo, cojo mi bota y vuelvo a entrar en el albergue, derecho al lavabo. Desecho el resto del azaroso líquido por el desagüe y enjuago bien la bota antes de añadirle ningún vino nuevo, probablemente el vino de las botellas que guardara la noche anterior, de la fiesta. Sí. ¡Qué estúpido fui, y por unos míseros \$ de nada!

Una vez que me he despedido de aquellas buenas señoras estoy de vuelta en la calle. Junto a la puerta me encuentro a Don Gabino.

—Me he acercado a casa de Doña Benita —me explica—, pero usted ya había salido. Me ha dicho que aún andaría por aquí, y que si lo veía que le dijera que su ropa estará lista en... —se mira el reloj —, una hora y media, a lo sumo dos horas, si no se nubla. Me voy, que empieza la Misa.

Se dirige a la iglesia, que lo tengo a cien pasos. Escudriño mi entorno, tratando de decidirme adónde ir. Desde luego es demasiado temprano para ir a una taberna, y además es domingo. Domingo eh, vaya, quién lo diría. Y es que pierde uno toda noción del tiempo. Hum; ¿qué hacer? ¿la misa? ¡No! Misa... ná. Misa... bueh, pues hala, vamos pa allá, total...

Hará treinta años que no voy a misa. Miento: fuimos cuando la boda de Paco, y la mía claro, que de eso hace... ¿cuánto hace, caramba? Mi Maruja me cortaría el cuello si me leyera la mente en estos momentos. A ver, el último adversario, digo, aniversario (¡no te digo yo... el cuello!) cumplimos 26, sí, 26, ó 27 años de casados. ¡Qué barbaridad, y cómo pasa el tiempo! ¿Y dónde he estado yo que no me he enterado?

Sin saber a ciencia cierta (ni errónea) cómo, me veo sentado oyendo misa en la iglesia de Santa Eulalia de la villa de Berceo en La Rioja. Quién lo iba a decir.

Claro que decir que estoy ‘oyendo’ misa es mucho decir, que en cuanto que empiezan los runrunes del cura mi mente se pone en automática, y así se quedara hasta el final, si no es porque oigo de pronto:

—...por mucho que haya quien pretenda hacer creer que por amor a los animales se alcanza el reino de los cielos...

Y tres docenas de pares de ojos se posan sobre mí, acojonado en mi asiento.

“¡Oxte, puto!”, tal diría Sancho Panza; a lo cual don Quijote sin duda respondería: “¡Con la iglesia hemos dado, Sancho!”.

¿O lo he soñado?

De nuevo en la calle se me acerca don Gabino. Quiere saber acerca de mis intenciones más inmediatas. Le respondo que mi propósito había sido llegarme por lo menos hasta San Millán de

la Cogolla a ver sus dos monasterios, el de arriba y el de abajo, pero que me encontraba no poco harto de tanta gente como hay en este Camino “Secundario” de Santiago, como lo califican y llaman. Le explico que no paran de sacarme fotos —sí, antes de disfrazarme ni nada— y de hacerme preguntas, como si yo fuera uno de los pocos burreros que aún pueden verse en el campo español, una especie de reliquia del pasado. Además, encima esperan que les indique el camino a lugares que maldita la noción que tengo yo de dónde puedan hallarse esos sitios. Añádase a esto que de curas y monjes y religión tengo mi cupo por un tiempo, y, pues, la verdad, que he pensado tomar las de Villadiego, o séase, subirme a las montañas y escapar de las aglomeraciones. También expreso mi deseo de volver a la zona del Najerilla, al alto Najerilla, río cuyas vibraciones andan íntimamente sincronizadas con las vibraciones de mi espíritu.

Él, aunque dice que de vibraciones no entiende, concuerda conmigo en que de un tiempo a esta parte, esta zona de La Rioja está recibiendo una afluencia inusitada de visitantes, y que efectivamente, la cuenca del Najerilla es maravillosa.

—Personalmente la prefiero a la del río Oja, a pesar de que este río le dio el nombre a nuestra región, y de que esta comarca toca más a la cuenca del Oja que a la del Najerilla. Le alabo la decisión. Ahora, si usted quiere saber más sobre nuestra zona, le invito a que venga a mi humilde hogar, en Estollo, que le coge de camino a la sierra. Pues, no pensaría volver por la carretera por donde ha venido, ¿verdad?

—Ni por pienso... ¡faltaría plus! ¡Venga, vamos a su casa, acepto encantado!

En un santiamén y menos, nos vemos andando camino a Estollo mi cuadrúpeda, que se ha puesto ‘como una vaca’ de comer a sus anchas en el prado de doña Benita, prado digno de un poema de Gundisalvo, Gonzalvo, o Gonzalo de Berceo (y que a lo mejor lo ha sido), mi anfitrión don Gabino, y un servidor, viajero asnal.

A medio camino, o sea, al medio kilómetro, nos pasan zumbando, y armando un estruendo infernal, una pandilla de motoristas con motos grandes, negras y feas. Por un momento pienso que Matilda me va a jugar la pasada que me jugó a la salida de Navarrete de salirse por la cuneta y lanzarse campo a través, la pobrecita, pero se contiene, las orejas gachas. Yo levanto un puño airado a los gamberros.

—Horrible en verdad; debería haber una ley —apostrofa mi acompañante.

Don Gabino es coleccionista de cosas locales. Más que casa hogar, tiene todo un señor museo antropológico, etnográfico; ¡qué bárbaro! Desde restos romanos o pre-romanos (los tiempos de las tribus de berones y de pelendones) hasta aperos de labranza, ruedas de molino, talegos pimenteros, cencerros de los pastores... todo, vamos. Su saber de la zona es sencillamente omnímodo.

Durante el succulento almuerzo me invita a quedarme la noche, pues ya ha pasado más de la mitad del día y conviene viajar mayormente por la mañana, a fin de calcular las distancias y la ruta del día. Si a Stevenson nos atuviéramos, él casi todo el viajar lo hacía de buena mañana, reservando las horas vespertinas al reposo o a la escritura.

Añádase a esto la promesa de hacerme partícipe de una minúscula parte de su sabiduría respecto a todo el área de mis andares, y no puedo sino aceptar de grado.

Lo más destacado de mis yantares Estollanos con don Gabino son los postres, pues, como él mismo confiesa, es un “golmajo”, o amante de lo dulce: roscos y rollos, molletes de Santo Domingo, manguitos, hormigos de miel, bardelejos, fardelejos, manzanas camuesas cocidas en leche, mazapanes... ya sé que el lector se pierde con tantos misteriosos nombres de golosinas, igual que yo me he perdido en sabores requete-dulces en casa de don Gabino, una auténtica golmajería o golmajada, vamos. Y no se crean que es que tengo buena memoria, que tuve que apuntar estos nombres con más paciencia que un Manuel Alvar. Las recetas o ingredientes sin

embargo mal sabría hacer relación de ellos; baste saber que incluían almendras, y miel y manteca, y azúcar y canela y crema y paro de contar que la boca se me hace agua nada más recordarlo.

A la tarde descanso un ratito y continuamos la plática, durante horas y horas. Ambos estamos de acuerdo en renunciar de todas a todas, ese domingo, a ver la televisión. Hoy nos acostaremos sin el psicópata nuestro de cada día.

Matilda disfruta de su segunda fiesta de bucólicos pastos en una misma jornada, toda una distendida tarde de vacaciones, vagueando, la pata la llana, y ramoneando. ¡Buena vida, Matildita, buena vida! ¡Di que sí, que todos los excesos salen de viejo!

Así pues, a la mañana siguiente, la cabeza llena de información y de curiosidades sobre mi entorno y mi ruta, una auténtica mina, salimos, mi burra y yo, a lo raso.



## 11. Maestro rebuzno

Antes de proseguir, les diré que ese último ‘salimos’ está en pretérito, pues he determinado a partir de aquí proseguir mi relato en este tiempo pasado. Lo he decidido por varias razones, primero porque, la verdad sea dicha, allá arriba, yendo errabundo por esas magníficas montañas de la Demanda o Distercias que Dios creó en esta milagrosa tierra de La Rioja Alta, no llegué a escribir ni tan siquiera una línea por culpa de lo sumamente ocupado que iba viviendo, sintiendo, y disfrutando y —por qué no, que todo hay que decirlo— sufriendo mi caminar. No tenía tiempo para retratar mis experiencias, de ponerme a sacar lápiz y papel y dejar constancia de ellas.

También, porque me he hartado de escribir en el presente, que es un rollo ¿vale?, y tan ficticio es un tiempo como el otro, ya que estamos en ello. Mucho más fácil, y cómodo, es el pretérito, y te da más libertad para anticipar las cosas, etc., etc.

Creo que con todo lo que llevo escrito hasta ahora de este manuscrito, he aprendido un poquitillo de este oficio de escritor, así que voy a atreverme a ser algo más lanzado, y la intuición me dice que use el pretérito. Así que, para bien o para mal, allá voy. Vuelvo a suplicar la condescendencia del lector, y agradecer su paciencia.

De los dos caminos que salían de Estollo hacia el este, en dirección al Najerilla, don Gabino me recomendó el de la derecha, que partía de la zona alta de la aldea, y que era mucho menos transitado que el otro, lo cual me daría más intimidad (exactamente lo que yo buscaba), era más bonito, y me ahorraba además un par de kilómetros a Villaverde de La Rioja. Llamaban el camino “El Pasadero”.

Subíamos y subíamos, arriba, arriba siempre. Matilda acusaba la ascensión casi tanto como yo. Al par de horas de nuestra salida del pueblo, en que el sol se remontaba raudo en su ruta hacia el cenit, ambos sudábamos la gota gorda, y teníamos que tomar un descanso a cada veinte minutos o media hora. Inocente de mí, creía yo que estaba prácticamente hecho a caminar por ese mundo de Dios, de un pueblo a otro. Esta ascensión o me mata o me hace un hombre, me dije; y a Matilda no sé yo qué le haga.

Para cuando llegamos a Villaverde ya estaba yo para una jubilación anticipada. Corrí — corrimos— a la fuente y nos empapamos a fondo de la fresquísima agua, oh gloria en las alturas...

Repuesto de las fatigas, recuperados alma y aliento, compré un gran corte de queso y mucha, mucha fruta: melocotones, albaricoques, ciruelas (no demasiadas, que luego ya se sabe), mandarinas, manzanas, y no me acuerdo qué más. La compartiríamos, así como las zanahorias, de las que también me reabastecí. Deseaba darle una oportunidad a lo que le dijera a doña hippiesca, de empezar a tomarme medio en serio lo del vegetarianismo. Pero confieso que estaba también hasta la coronilla de chorizo.

Y así partimos al este, hacia el río Najerilla. Pronto me hice un lío con los caminos: sabía que lo más acertado sería seguir por la carretera comarcal, la cual avanzaba en la dirección correcta, y que no tardaría en correr paralela a un riachuelo, cosa que a mí me encantaba: más verde, más frescor, acaso hasta más brisa... y si fuera menester, a refrescarse tocan. mas Mati tenía sus ideas propias, y se le metió entre orejas tirar por este otro camino que se dirigía algo más hacia el sur, hacia Matute y Tobía, por un caminito que, si no recuerdo mal, me había dicho don Gabino que se llamaba de “Los Llanos”, nombre que debieron ponerle en plan guasa.

A la hora y media de subir montes, en una nemorosa espesura, decidí que era hora de parar a reponer fuerzas. Compartimos un salutífero y succulento almuerzo frutal, y un servidor se sirvió generosamente del vino tinto de La Rioja mientras Matilda se iba a explorar la zona, y ya

estábame entregando regaladamente a un sueño nepénteo, cuando he ahí que vi llegar a mi asna a todo galope, ¡yo ni me imaginaba que tal cosa pudiera hacer! Me levanté corriendo, asustado, a ver qué le pasaba. ¡Abejas! ¡No, avispas! ¡Avispas o abejas, y a miles! ¡A millones! ¡Pies, para qué os quiero!

Salí corriendo cerro abajo, por donde sea, con tal de huir del enjambre asesino, de apartarme de quien los trujo, o sea, mi burra, y ella, si yo iba para la derecha, allí iba ella, si para la izquierda, lo mismo; total que en un abrir y cerrar de ojos habíamos alcanzado, zigzagueando, el pie de la colina, y el enjambre seguía acompañándonos, de tal suerte que yo sentía y sufría cómo me picaban en la cara, el cuello, y el brazo. Matilda, *vate retro*, Satanás, Zú, zú, azú. ¡Zape! ¡Parecía mentira, y que lo normal sería verme a mí corriendo tras ella y no al revés! ¡Quita biiiisho!

Entre corrida y corrida, en que medio dejé a Mati alcanzarme, para cerciorarme de que todavía la seguían las canallescas criaturicas, noté entre sus orejas un como panal o avispero empotrado allí arriba, entre crines y orejotas. Echando mano a lo primero que encontré, que fue mi navaja, con la que acabábamos de almorzar nuestra fruta, me acerqué a su cabeza y traté de quitarle de encima esa fuente u origen de discordia. El avispero, o lo que fuera, saltó por los aires y, mira por dónde, parecía que me iba a caer encima a mí, ¡madre! ¡quita, quita!, dije, y sin saber qué otra cosa podía hacer, fui y lo ensarté con mi navaja, y en un daca las pajas me rocía, sangrante, no de miel, sino de mi vino, mi tinto especial. ¡Mi bota, atravesada de una estocada, difunta!

Las enemigas seguían, a lo que parecía, atacando con renovado vigor.

Delante mía, al final de un corto trecho por una acequia divisé una balsa o estanque de agua de regadío. Más volando que corriendo me llegué a él y me zambullí en sus aguas verdosas, sin detenerme a mirar si entre tanta ova tenía suficiente profundidad, ni higiene, ni culebras, ni nada; me pareció ver pequeñas pandas de verdes ranas saltar al agua en cuanto lo hice yo. Me asomé por encima del filo del estanque a ver si veía a mi compañera, a quien yo había abandonado traicioneramente, y la atisbé a unos cien pasos de distancia, donde se había refugiado metiéndose entre la espesura de las ramas bajas de unas hayas que se entremezclaban por estar muy pegaditas unas a las otras. En cuanto me pude acercar a ella, chorreando agua, pude ver que la oleada de avispas, o abejas, se había marchado, y ella rebuznaba sonoramente.

Vueltas las cosas a su cauce, adiviné lo que sin duda había sucedido: que Matilda debió haber encontrado un panal, en el hueco de un árbol, o acaso alguna colmena de cultivo de miel, y atraída por el olor irresistible del ambarino líquido irrumpiría sin ser invitada en las vidas privadas de aquellas silvestres criaturas, y lo demás ya os lo he detallado punto por punto. Meditando acerca de esto, deduje que de abejas debía de estar constituida aquella masa aterradora, pues no veía yo ningún motivo por el que a Matilda se le antojara meter las narices en un nido de avispas.

Examinándome, me encontré tres picaduras. A Matilda, tras un cuidadoso escrutinio, no le vi nada hinchado, pues bien protegida iba con su espesa piel, amén de los kilos de tierra que la suelen adornar, aparte de sus hocicos, que sí que parecían mostrar acuse de recibo de las picaduras, concretamente alrededor, y aún dentro, de su generosa napia: en efecto, justo en ese momento salió, con su característico zumbido, uno de aquellos monstruitos de chaqueta amarilla de las profundidades cavernosas de una de sus fosas nasales.

—Matildita mía, maldita golosa, golmaja y tragona... ¿No tenías bastante con la hartada de frutas que te has dado conmigo, que has querido rematar yantares propios con postres ajenos? ¿es que nadie te ha enseñado que no es la miel para la boca del asno?

Me cambié de ropa y unté de crema para las picaduras, crema que también le apliqué a Mati

en los morros y que ella se dejó aplicar sumisa, y retomamos el camino.

Espantado noté —y es que este aciago periplo montañesco no da para sustos— que me faltaba la brújula, que estaría en el fondo del estanque, orientando a las ranas y a sus renacuajos. ¡Dita sea! Le eché una mirada aviesa a la burra y me dije, bueno, ahí delante, en algún lugar, están las poblaciones de Baños de Tobía, la chiquitina Bobadilla, la minúscula Matute, Anguiano algo más al sur, y a mi derecha, la aldehuela de Tobía, con su zona de acampada “El Rajao”, que me hubiera gustado alcanzar esa noche. Miré en aquella dirección y vi una imponente mole de gigantescos peñascos. Mientras observaba esta formación rocosa me apercibí de otro fenómeno que con la conmoción pasada no había tenido ocasión de detectar: Nubes. Masivos cúmulo-nimbos, no sólo en la dirección de Tobía, sino especialmente detrás mía, hacia el oeste, oscureciendo el cielo de modo paulatino pero ominoso. Iba a caer una tromba.

¡Ay Dios mío! ¿Por dónde tiraba...? ¿De regreso a Villaverde? Demasiado atrás ya, y con la de vueltas y revueltas que habíamos dado, gracias a mi pollina, que es muy borrica ella, seguro que nos perdíamos... para adelante teníamos muchas mejores probabilidades, pues aunque nos torciéramos habríamos de topar con el río a la fuerza, y después alguna población.

Adelante fuimos, pues, sin orientación fiable, cansados y temerosos de que de un momento a otro nos iba a caer el cielo encima en forma de aguacero. Y así fue. Apenas comenzó a anochecer cuando bajó la lluvia, y pronto, como diría un inglés, *llovían gatos y perros*, y al rato estallaron rayos y truenos, y mi pobre borriquilla asustadica.

—¡Vaya hombre! ¡Ahora resulta que te asustan las tormentas!

Nos fuimos a recoger en el corazón de un hayedo, en lo más denso. Saqué de las bolsas el de la tienda de campaña, que nunca imaginé que nos fuera a ser de utilidad si no era como tal tienda. La desenrollé, aparté todas las clavijas y el mazo y tapé con la lona a Matilda, atando seguidamente los cabos entre sí alrededor de su cuerpo, en su panza y bajo su cuello, protegiéndola toda bastante eficazmente de la lluvia. También me apresuré a hacerle dos largas rajadas para las orejas, con mi navaja, al sombrero de peregrino, y se la encasqueté como medida extra. Recordé que tanto el antiguo dueño de la burra, como el veterinario, como mis investigaciones de Internet, me decían que a los burros no les gusta mojarse. ¡Toma, tontilla que es... ni a mí!

Yo me puse un par extra de camisas y por fin me coloqué la chaqueta (que estaba echa un guiñapo) y el impermeable.

—Mi segundo remojón. ¡Vaya día pasado por agua!

Esa noche nos la pasamos, como bien, o mejor dicho mal, pudimos, bajo los árboles, helados hasta los huesos y deseando estar en cualquier otro sitio del mundo menos en éste. Al amanecer quise dar gracias al sol y a todos los astros por habernos dejado sobrevivir la noche. El sol... ¿pero qué sol? ¿Dónde estás, *O sole mio*? El sol no salía, por mucho que yo aguardaba. Miré mi reloj y vi que no mostraba hora alguna, por mucho que dirigía los haces de luz de mi linterna en uno u otro ángulo. Claro, el agua de la balsa. Los cristales de cuarzo no se veían porque no funcionaba. Elemental, querido Watson, o Guasón, según me sugiere el diccionario ortográfico castellano de Microsoft. Nada, sin brújula, sin reloj, la monda lironda. ¡Vaya explorador de pacotilla que estaba hecho! Y debían de ser por lo menos las ocho o más de la mañana... así que estábamos metidos en una densísima niebla, por si algo nos faltaba por ir mal.

Y no se veía tres en un burro. Ni tres, ni dos, ni uno. Ni la burra tampoco.

Y yo me estaba meando.

No sé qué recato bobo me entró en esos momentos, qué insana idea de decencia, de que estaba ‘feo’ ponerme a orinar al lado de Matilda, que fui a separarme unos pies de ella, pero con la mala fortuna de que tropecé a lo tonto con una rama caída y bajé rodando por una pendiente,

perdiendo en el proceso mi linterna. Cuando vine a parar, tras ascender un espacio por una pendiente contraria, bastante alejado de donde tropezara, me levanté, rodeado de gris por doquier, y di varios pasos hacia donde creí que había venido rodando. Sin embargo ya no podía estar seguro: notaba varias pendientes. ¿Por cuál había bajado yo? Ni idea.

Empecé a gritar: ¡Matilda, Matilda!

Pero sólo el silencio me contestó.

Dando pasos en una y otra dirección no hacía sino chocar con las hayas, que no es que no me dejaran ver el bosque, es no me dejaban ni moverme dos pasos sin toparme con alguno. ¡Qué rabia! Le di una patada a una, y caí otra vez. En definitiva, que eché la soga tras el caldero, pues seguí rodando (que todo era inclinación en estos parajes) otro respetable trecho.

Viendo que las excursiones en busca de Matilda no aprovechaban, adopté una táctica alternativa. Me quedé totalmente quieto unos larguísimos minutos, atento, a ver si mi asna se decidía a moverse, que yo lograra oírla. Nada. Mati, pero muévete, mujer. ¡Haz algo, leche! ¡Rebúzname... regálame los oídos! ¡Es tu gran oportunidad!

De pronto me pareció oír un ruido, y corrí, lo más que los árboles me dejaban, en aquella dirección. Nada. Al rato, y en vista de lo inútil de tratar de perseguir ruidos falaces del bosque, decidí tratar de desandar el camino, pues no era cuestión de alejarme desmedidamente de mi acompañante. Pero la verdad era que ya no podía estar seguro de que mis pasos fueran en la dirección correcta, o si por el contrario me alejaban más y más de mi lugar de origen. Os podéis imaginar mi desesperación.

Se me vino a la cabeza, cosa harto inoportuna sin duda, una frase en latín que había yo recogido en algún lado, quién sabía dónde, que estaba bastante convencido era de Ovidio, y que decía:

*Donec eris felix, multos numerabis amicos,  
Tempora si fuerint nubila, solus eris*

Y que venía a significar si que estás contento y feliz te rodean los amigos por todos lados, pero en cuanto se te nublan los tiempos te quedas más solo que la una... y cómo no, si aquí no había Dios que pudiera ver a otro ser viviente, por grandota que fuera.

Me senté en el húmedo suelo, con ganas de llorar. Mi burra, he perdido a mi compañera del alma, a mi querida asnita. ¿Dónde estás, querida mía, acaso no te volveré a ver? Ay, confort de mis pesares, sostén de mi soledad, aliada incondicional en la penuria... ¿Qué diabólico ser del más allá, enemigo de mis andares y trotares te oculta de mí y me priva de tu presencia? Ah, sátiros malandrines, fantasmones selváticos, ya os partiera un rayo a la próxima tempestad. Llevarse a mi borriquilla... ¡canalla soez!

Entonces se me ocurrió la manera de recuperarla: ¡rebuznando, claro!

Coloqué ambas manos alrededor de mi boca, haciendo bocina, y lancé un morrocotudo rebuzno que hizo tronar el bosque entero. Y otro, y pronto, un tercer rebuzno, más ampuloso aún que los dos anteriores. Traté de imitar a mi burrita, pero no sabría decir a ciencia cierta qué tan bien lo hacía.

No pasó mucho tiempo cuando oí allá lejos, a mi izquierda, el recio, rimbombante y resulto resollar de un rebuzno.

¡Ajá, ahí estás, Matildita mía! ¡Y bien apartados que estamos el uno de la otra, *cullons!*

Me encaminé, brazos extendidos cual antenas, el paso inseguro, trémulo y temeroso de chocar con más árboles, pues bien magullado me sentía ya, entre la caída, el rodamiento, y los muchos topetazos, hacia la fuente de los sonos asnales. Debía parecer mismamente la momia, me decía,

riéndome ya de mis desgracias, pues había hallado a mi entrañable compañera. Continué en dirección a los dulces rebuznos, que seguían sin mermar en intensidad, sino todo lo contrario, pues se les oía cada vez más fuerte y claramente.

Sin previo aviso nos dimos de bruces, en medio de la niebla, un borroso caballero y yo, no sólo difuso sino patidifuso incluso, ¡púmba!

Entre ayes y coños y joderes nos interrogamos el uno al otro y averiguamos que ambos éramos los autores de los recientes rebuznos: yo de los iniciales, él de los subsecuentes. Respecto al por qué, lo mío está claro, pero en cuanto a sus motivos para contestar, pues que le pareció lo más lógico del mundo responder a un rebuzno con otro de su propia producción. Explicóme:

—La verdad sea dicha, que me dicen los amiguetes que rebuzno la mar de bien. Que entre todos los de mi pueblo, que ya de por sí tienen fama de grandes rebuznadores, soy yo el más refinado en este delicado arte.

—Y bien verdad que debe de ser. A mí desde luego me tenía engañado cosa fina.

—Usted tampoco se queda corto, caballero, que su rebuzno no es moco de pavo. Bien podría creerse que es paisano nuestro, y hasta caer en los anales rebuzneriles de nuestro pueblo como el que superó a éste el maestro del pueblo, su humilde servidor.

Pero yo no me olvidaba de mi Matilda, que seguía perdida. Trazamos un plan entrambos, y fue como sigue: que nos alejaríamos uno del otro y que tornaríamos a dar llamadas de burro, que él rebuznaría acabando en i-i-i-i-i, y yo lo haría en o-o-o-o-o, de forma tal que no pudiéramos confundir nuestros rebuznos con los propios de mi asna, cuando a ella se le terciare rebuznar.

No bien nos pusimos a rebuznar con todas nuestras mejores dotes, ahínco y afán, cada cual finiquitando su respectivo rebuzno con la vocal acordada, cuando he ahí que surgió un tercero en discordia, o por mejor decir en concordia, pues se puso a rebuznar bella y armoniosamente en ‘u’ y en ‘a’ y con diptongos y aún triptongos, que nos dejó a nosotros dos como simples aprendices.

—¡Esa es mi Matilda! ¡Seguro!

Pero no... cuando finalmente arribamos el aldeano del rebuzno y yo a la fuente del sonido a quién fuimos a ver, sino a Julianín el Najerilla, montado caballero a Matilda, en una pose que imitaba a Tarzán sobre su elefante lanzando sus cánticos selváticos. En cuanto nos vio rompió a reír en sonoras carcajadas.

—¡Saludos, nobles, notables rebuznadores, y qué admirable actuación! Tan bien lo han ejecutado que me es imposible resolver en quién ha de caer el premio al que mejor rebuzno emite, por lo que habrán de ser recompensados ambos los dos. Tal es así que determino por la presente nombrar la aldea de Alonso “el Mulero” el Mejor Pueblo Rebuznador del Mundo y a él su embajador, y declaro a Juan Estébanez —nuestro ‘hombre de la burra’— Gran Maestro Rebuznador de La Rioja Alta. Aquí está, como ven, la burra de Juan, sin haberse movido ni medio milímetro de su emplazamiento original.

Matilda corrió a saludarme; casi tan rápida como yo corrí a ella. Alonso, el que había participado activa y ruidosamente en esta inusitada aventura, sonreía contento, un poquito embobado, de que las cosas hubieran llegado tan cabalmente a feliz término.

Al final cada cual hubimos de proseguir nuestras propias rutas. Julianín me indicó por dónde debía yo de ir para alcanzar, primero el río, y después, ascendiendo por la N. 113, Anguiano, donde me prometió reunirse conmigo, pues había una empresa que teníamos que acometer juntos. A continuación desapareció en la niebla que ya era mucho más tenue que un corto rato atrás.

Inexplicable maravilla, me decía, pero quién, o qué suerte de ninfa —no, miento— fauno del bosque era este Julianín, producto de las emanaciones del río que le dan nombre y por eso capaz de desplazarse con las nieblas matutinas... quién sabe, ni sabrá nunca qué misterios encierra el universo. Yo, sin embargo, abracé a mi burrita y di gracias que Julianín tuviera existencia real y

que encima fuera amigo mío. La verdad es que nunca recibí explicación de cómo fue que estuviera él allí esa terrible mañana para salvarme a mí y a Matilda. Esta experiencia entera diríase apócrifa si no fuera que soy yo mismo el que la presente historia escribe, de cabo a rabo, sin que haya ningún cronista, ni moro ni cristiano, quien la dé a la estampa aparte de éste que vosotros, estimados lectores, tenéis delante.

Reencontrada mi rucia, le quité el sombrero de peregrina para darle un más íntimo abrazo, cuando ví, entre los vahos o hálitos de la niebla, ¡oh espanto!, ¡que Matilda ha envejecido durante la noche: está toda cana, blanquita como una sábana almidonada! ¡Ay Dios, y que yo no me podía imaginar que le asustaran tanto tanto los truenos! ¡Le habrá pasado como al colega de Dostoievski ante el simulado pelotón de fusilamiento!

Me miré las manos y vi que tenía los dedos teñidos de blanco, y claro, era el dichoso sombrero, a cuya mitad encalada se le había corrido la color y había embadurnado a mi asnila del alma. ¡Qué inmenso alivio! Mati, yo te limpiaré, cariño. Muá.

Cuando por fin se levantaron los efluvios neblinosos, o debería decir que fuimos nosotros los que al fin nos levantamos por encima de ellos, nos hallamos mi asna y yo en los altos de esta senda montañosa, contemplando a nuestros pies un inmenso mar de nubes, del que brotaban los picos y riscos y umbrosos bosques que nos circundaban, y delante nuestro el apasionante río Najerilla. Allá abajo, hundidos en ese blanco océano de olvidadas penas y glorias, quedaban los Juanillos y Juanotes, y los monjes en sus monasterios, y las ciudades y los bullicios y las dudosas, efímeras, realidades y contingencias modernas, etc., etc., etc. Aquí, en la cima del mundo, Matilda, yo, y un mundo nuevo de vivencias. ¡Vamos allá! ¡Arre, arre!

— — —

Anguiano es uno y trino, como la Santísima Trinidad, pues tres barrios tiene. Es río y es montaña. Puente, ermita con fuente, intermitente ella, regalando más agua o menos según le entre en gana, muy fémica, muy pétrea, entre enjutos chopos.

Anguiano es verde, incluso en medio del verano. O acaso me tocó vivirla más graciosamente verde gracias a la vivificadora lluvia de la víspera.

Anguiano está en los cielos pero también en la tierra, aunque no en exceso: su belleza, que le viene más por natura que por artífice alguno como no fuera Dios, es de altísimos vuelos, vuelos de águila, o de danzantes —8 danzantes, 8— que también vuelan, cada 22 de julio, escaleras abajo, a 45 centímetros del suelo (cuando lo tocan), sobre puntiagudos zancos, dando vueltas y más vueltas como peonzas, vestidos con faldones amarillos que les cubren las enaguas, y chalequillo polícromo —la bandera regional— a franjas. Pero claro, eso no lo vi yo si no fue en fotos. Cada lugar tiene que hallar algo en lo que es único. No se conforma con su excepcional entorno natural, su paisaje físico; necesita un paisaje humano. Y Anguiano decididamente lo tiene. Es por eso que lo menciono.

La patrona de Anguiano es Santa María Magdalena.

Durante el siglo veinte perdió Anguiano las dos terceras partes de su población, quedando en 600 y pico almas, muchos de los cuales tienen que ganarse las habichuelas en Nájera, fabricando muebles o sirviendo a los turistas, o en Baños de Tobía, haciendo salchichas y chorizos. Su rica ganadería va quedando en su mínima expresión, así como la agricultura forrajera que la acompaña, como se puede ver todavía en su Barrio de las Eras, toda llena de pajares. Sí, Matilda: he dicho pajares. Al parecer solían fabricarse paños y bayetas aquí, hace la tira de años.

Su población cuadriplica durante los meses estivales, con todos los hijos y primicos y sobrinos y tíos y tías, y suegras y nueras y yernos y amistades y franceses... y la cosa se pone que

parece Nueva York pero con más vida nocturna, casi.

Se fomenta el senderismo, y yo de buen grado me habría apuntado a una de sus excursiones si no estuviera enfrascado en mi propio periplo.

Al llegar al pueblo desde el norte la carretera lo conduce a uno, de forma natural, a la zona media y principal de Anguiano, que llaman Barrio de Mediavilla, como debe de ser. Aquí está la iglesia de San Andrés, del que parte la Danza de los Zancudos.

Halléme pues en pleno centro urbano, y me puse a buscar donde pasábamos la noche mi burra y yo. La Casa Llaría, alojamiento rural, llena estaba; el Albergue Isla, todas sus 24 plazas, llena. Comencé a preocuparme, cuando un buen samaritano me tomó del brazo y me metió por la puerta de un hotel llamado Villavenados; y como iba con enchufe me comunicaron que había habido una cancelación y que la habitación era mía, para una noche. Di gracias al cielo y al encargado y a mi guía, que luego me enteré que había sido emplazado allí por Julianín. Estos dos ángeles que tenía delante le arreglaron la estancia a Matilda también en un cercano establo donde podía recibir visitas mías. En estos aposentos gozaba ella de compañía equina con quien compartir experiencias y chismes. Finalmente transportaron mi equipaje a la habitación.

¡Mi habitación! Después de la noche bajo la lluvia esto era más de lo que yo pudiera soñar, que fue exactamente lo que procedí a hacer.

Dormí a pierna tendida, despertándome al final mi estómago, que rugía demandando comida. Me vestí y bajé al salón, con tan mala suerte, que los últimos tres peldaños me los salté, pues había tropezado e iba aterrizando en plan zambullida. No me hice daño, empero, excepto tal vez un poquitín en la autoestima, pues allí estaba, sentado en el salón leyendo el periódico don Ginés Montes, por otro nombre Ginesillo el de las magdalenas.

—Vaya, vaya, siempre me lo encuentro en trances incómodos, veo, incómodos, sí.

Nos saludamos. Me senté a su lado. Había un montoncito de bolsas de su producto sobre la mesita de café que teníamos enfrente. Al observar que yo no hacía más que mirar los pastelitos me dio una bolsa. Otra docena para Mati y mi hambrienta menda.

—¿Cómo anda su compañera, la burrita?

Y así nos enfrascamos en conversación. Me dijo que había oído acerca de lo de Berceo, mi *performance* del Milagro, con Julianín. Es más, volvió un par de páginas de su periódico y me enseñó un pequeño reportaje, foto (pequeñita) incluida, sobre lo de Berceo.

—¡Vaya por Dios! ¿Y cómo es eso posible? Si no fue nada... una chuminá...

—Pues ya lo ve usted, es famoso en la comarca. Le llaman el ‘Hombre de la Burra’, y a los que le conocemos no paran de preguntarnos, pero yo no sé más que cualquier otro cristiano, salvo lo poco que discurrimos junto al puente de Arenzana.

Cuatro magdalenas después le pedí que me disculpara pero que tenía que ir a ver a Matilda, y a llevarle algunas de esas ricas magdalenas, que ya nos veríamos luego.

Hecha mi visita y ofrecidas las golosinas, salí del cobertizo donde Matilda moraba muy regaladamente, y fui a dar una vuelta por el pueblo. Cerrando el portalón me topé con Julianín. Le puse al corriente de mis movimientos, de mi fortuna en hallar una habitación con baño, y hasta tele, le dije, claro que yo no tenía la menor intención de encenderla, pero que esa noche me iba a tirar dos horas en la bañera, ¡seguro! Hasta osaría dormir en ella, excepto que una noche pasada en remojo bastaba y sobraba.

Julianín me mostró, cicerone, todo Anguiano. Nos dirigimos a la tercera zona del pueblo, el Barrio de las Cuevas, que a diferencia de los otros dos barrios se ubicaba en el lado occidental del río, de modo que hubimos de cruzar un puente para llegar a él.

Llegados al puente, miré sobre el costado de piedra al río que estaba allá abajo, y abajo, y abajo, entre peñascos, grietas y oquedades...

—¡En la Madre de Dios! —dije.

—Sí señor, ahí es donde estamos y ese es su nombre. El nombre del puente, digo: *Madre de Dios*. De veras. Impresionante, ¿verdad?

—Y que lo digas.

En verdad que se me antojó salido de una estampa grabada del romanticismo decimonónico, de un Doré u otro afín, como había visto a montones en Granada.

En esta zona de Anguiano, enfrente de la iglesia de San Pedro, pudimos sentarnos a la verita del río, a la sombra de un sicomoro, y contemplar la increíble belleza que nos rodeaba. Le pedí a Julianín que se acercara a comprar unos tercios de cerveza para mí y para él lo que más rabia le diera. Era como pecado pedir cerveza en La Rioja, pero, oye, era justamente lo que me pedía el cuerpo esa apacible tarde de verano, en ese emplazamiento tan incomparablemente hermoso.

Y además, las magdalenas se me estaban repitiendo de mala manera.

Tumbados sobre el césped, nuestros refrigerios en la mano, me explicó Julianín lo que pretendía que hiciéramos a la mañana siguiente, al alba, y que era como sigue:

Había un grupúsculo, un clan, de cazadores furtivos que venía desde hacía unos años a Anguiano y subían por el Serradero y los demás montes circundantes a cazar, y en particular buscaban animales grandes: jabalíes, corzos, y ciervos, y cuando no hallaban éstos se conformaban con liebres, perdices y otras aves de diverso plumaje, sin mirar en si eran o no animales protegidos.

De todos era sabido que la zona es excelente para la caza, y, según creía Julianín, cuando se realizaba dentro de la ley, esta actividad podía dar muchas satisfacciones a algunas personas, y sin duda traía dineros a las arcas del pueblo —aunque maldita la gracia para los pobres animales— y a veces incluso se organizaban batidas de jabalíes, o se practicaba la volatería con palomas, todo lo cual daba fama al pueblo, junto con la pesca de la trucha, pues era una de las zonas más truchereras de Europa.

Pero esta gentuza, esta pandilla concreta era la cosa más enemiga y cruel para el medio ambiente, y dábaseles condenadamente bien rastrear y matar a los pocos cérvidos y jabalíes que aún quedaban en estado salvaje en estas montañas. Por lo tanto, este año al menos, les íbamos a hacer la puñeta, me decía Julianín. Llegaron hace tres días, en las mismas fechas que cada año, y aún no habían podido hacer estropicios, pero si no les parábamos los pies...

Y no, ni las autoridades civiles, ni la policía, hacía nada al respecto... así de fino se lo tenían montado.

Continuó detallándome su plan, y las cosas que se había agenciado para llevarlo a cabo, que incluían un pequeño arsenal de petardos y otros juegos de artificio, y dijo que necesitaba mi colaboración.

—¡Con todo el gusto del mundo! ¡De verdad, que no hay empresa más noble, ni cosa más digna que quisiera yo estar haciendo que ayudarte en esto! ¡Menudos sinvergüenzas! Y cuenta, cuenta.

Esa tarde continuamos la velada en varios de los bares más pintorescos del pueblo, celebrando nuestra victoria anticipada del día siguiente. El sitio que más me gustó estaba justo al lado de mi hotel, y se llamaba la Herradura. Su dueño, Javi, nos sirvió los pinchos (tapas) más sabrosos que degusté en todo mi viaje por La Rioja. Recomendando encarecidamente los pimientos del piquillo al ajillo y los rellenos.

Me acosté más que razonablemente a gustillo, tras el baño, y tras darle las buenas noches a Mati. Me dijeron que su estómago había estado sonando como un barril de hacer cemento, pero que unos cuantos kilos de heno y de piensos preparados después se había echado a dormir, y a partir de ahí sólo se le sintieron ronquidos. Despertó el tiempo justo para yo darle el beso de las



buenas noches y extenderle el manto encima. El dueño le había administrado unas gustosas cepilladas, y la color marrón casi le había tornado a la faz. Digamos que le quedaban unos suaves reflejos nacarados.

A las cinco y media —en la víspera Julianín me había ayudado en la compra de un reloj nuevo y de una linterna— me terminaba de vestir. Puesto que la noche anterior había dejado todo saldado en el hotel, salí en silencio a la calle. Allí estaba Julianín con una mochila a la espalda. Fuimos a por Matilda, que parecía que nos estuviera aguardando, y tomamos la salida que llaman del barranco de Umbría, u Ombría, que sube entre dos collados por el lado este del pueblo. Antes tuvimos que ascender los famosos peldaños por los que bajan los danzadores zancudos, pues el pasadizo arranca de una calleja que está detrás de la iglesia.

Las siete de la mañana nos halló recobrando el aliento (yo al menos) en una zona que llaman de la Tejera, por un tejo milenario que hay allí. Acabábamos de pasar junto a unas grandes peñas. Julianín me llevó a beber agua a una fuente medio escondida llamada de los Congostos. Le pregunté por unos tocones de color rojo y blanco que había en el suelo, al lado del sendero, y me dijo que marcaban el “Gran Recorrido 93” de los senderistas, que cruzaba toda esta sierra. A mí me pareció haberlas visto por Estollo, pero no estaba seguro. El caso es que don Gabino me había hablado de esto, pero se me había olvidado. Hice por tomar nota, por si me volviera a perder en el futuro por estos montes donde a Dios no se le terció poner el pie izquierdo.

—Aquí es.

El camino hacía un giro brusco alrededor de un risco ampuloso sobre el que se vislumbraba —mirando hacia arriba— la visera de un terraplén con verde hierba.

—Por aquí han de pasar.

Seguimos varias decenas de metros más arriba. El camino subía paulatinamente, como venía haciendo casi desde que lo tomáramos, y zigzagueaba, pegado siempre a los escarpados riscos de la izquierda, y caía en irregular pendiente por el lado derecho, en una especie de escollera agreste, fea e ingrata.

—Aquí va a ser el ataque. Pongamos manos a la obra.

Cuarenta minutos después todo se hallaba listo. Yo estaba encaramado arriba, en el borde del terraplén que remataba los peñascos justo encima de la curva más cerrada del camino. Julianín estaba sendero adelante escogiendo su puesto definitivo.

Por fin mi comandante bajó para ver si veía venir a nuestros enemigos. Al poco rato lo vi volver sobre sus pasos a toda prisa y correr a su escondrijo, unos doscientos pasos más arriba de donde me asomaba al camino yo. Instantes después atisé a lo lejos cuatro figuras ascendiendo por la pendiente, escopetas en ristre, charlando, bromeando despreocupados. Ya los tenía debajo. Envié mi señal a Julianín, quien encendió el primer petardo. De pronto los cazadores se pusieron en estado de alerta, escudriñando su entorno, o agarrando las escopetas. Sonaron dos explosiones nuevas en la distancia, y un cuarto, y un quinto. A las claras los tiros, pues tiros parecían, se estaban aproximando. Nuestros contrincantes estaban francamente nerviosos, sin saber qué hacer. Yo seguí mis instrucciones: cuando oyera un petardazo había de disparar, con el canuto, cerbatana o junquillo que tenía en la boca, un cañamón envuelto en hilo —Julianín fabricaba estos balines con la boca, dándole vueltas y vueltas, según me decía— que al volar por los aires desliándose silbaban como balas; yo los hacía pasar zumbando cerca de los oídos de mis adversarios. A continuación, siempre oculto, tiraba de unos hilos que bajaban por los riscos entre las fisuras, y que levantaban minúsculas polvaredas de tierra y arena: cada cuerda acababa en un cepo o ratonera armada y escondida en alguna grieta o cubierta de tierra, que saltaba crujiendo y levantando su carga terrosa en sincronía con los “disparos”. Acabada la fase primera, yo también me lié a encender petardos y a lanzarlos a diestra y siniestra a ras del suelo en mi alcor, por

encima del enemigo, aturullándolos. Por último la sorpresa final, la obra maestra de Julianín, que daba fe de su genio como estratega y como inventor:

Cuando subió por la senda a ocupar su puesto había prendido fuego a sus tres ingenios, cada uno de los cuales guardaba un paquete de cuatro petardotes de esos de forma cilíndrica que encierran unas negras piedras explosivas en su interior: sí hombre, sí, estoy seguro de que muchos de vosotros, queridos lectores, los habréis visto, y hasta desliado el papel castaño para verle las tripas, a estos artefactos explosivos. Cada uno hace un muy sustancioso ruido al estallar, y si son cuatro... ¡os lo podéis imaginar! Por el centro de ellos, sujeto todo el tinglado con esparadrapo, corrían tres velitas de cumpleaños, inclinadas y resguardadas del viento, para que no se apagaran. Julianín tenía muy bien calculado el tiempo que duraban en quemarse las velas hasta alcanzar los explosivos, y así, justo cuando los cuatro cazadores estaban convencidos de que estaban *in medio imo* de un ataque general a tres o cuatro bandas, y que les estaban zurrando en las mismísimas nalgas, se oye... catacrás, y catacrás, y CATAPLOUM, y saltan en piñón los negros chinos. Las tremendas explosiones acallan incluso los berridos rebuznantes de Matilda, ni suaves ni apacibles. Mi Mati, naturalmente, no iba a ser menos que sus amigos en esta sonada lid. ¡Pues no es nadie la niña!

Oír aquellos estallidos y verse al pie del valle, ya figuritas negras en la lejanía, fue todo uno, a lo que me pareció. ¡Y que prisa llevaban, madre, y qué buenas piernas!

Nos llegamos los tres guerreros victoriosos a recoger los expolios de la batalla. De todo lo que hallamos sólo tomamos las dos escopetas que quedaron atrás, y toda la munición que pudimos encontrar. Julianín se lo llevó a varios cientos de metros, y muy sagazmente los hizo desaparecer de la faz de la tierra, tal como sólo un chaval criado en la naturaleza sabría hacerlo. Pero miento, que Matilda también se llevó a la boca un bocadillo, de queso y pimientos con mayonesa y lechuga, a lo que yo veía, el cual se le puso delante de sus hocicos, y la hizo desaparecer tan definitivamente como Julianín las escopetas. Finalmente dejamos una nota sobre uno de sus bolsos de caza:

“Desvergonzados, cobardes y felones cazadores furtivos: Por si lo han de saber, en pago a su crimen han sido aliviados de sus armas por nuestro batallón de artillería, asistidos —cómo no— por el famosísimo séptimo de caballería, que está siempre acechante y nunca desfallece. Si deseasen recuperar estos enseres, cosa que dudo, sírvanse acudir a las autoridades locales pertinentes. Gracias y tengan un buen día.”

Sabiendo que no tardarían en volver, escarmentados, escamados, y no poco mohínos, abandonamos la zona por el sudeste, remontando lo que quedaba del monte y descendiendo por el otro costado, en busca de nuevos montes y valles, y de nuevas y refrescantes brisas y aires de alta montaña.

Nos abrazamos antes de separarnos. Julianín me agradeció la colaboración, que yo me sentí orgulloso de haber prestado, por bien de las principales —siempre es así— víctimas: los animalicos del bosque. Mi joven amigo me regaló en ese punto un formidable bastón. Buena falta me hacía. Era de la mejor madera de fresno este bastón, capaz de resistir las peores acometidas y adversidades de fortuna. Pronto me preguntaba cómo había podido llegar tan lejos sin este pedazo de palo.

Sería a la hora de separarme de Julianín cuando, hallándome sentado sobre una piedra comiendo de un bocadillo de queso y mojando de una lata de atún, mientras Matilda aceptaba de mi otra mano unas zanahorias alternadas con pan del mismo que yo comía, que vi, como a veinte pasos delante nuestra algo que me heló la sangre: un enorme, horripilante jabalí. Se había quedado aquel fiero puerco paralizado mirándonos, sus amenazantes colmillos balanceándose suaves, apuntando ya al suelo, ya a mis tripas. Las patas del animal se desplazaban inquietas, dos

pasitos para adelante, dos pasitos para atrás.

—Eso, ponte a bailar, so cacho guarrón, búrlate primero y después ensártame con los colmillos.

Yo no tenía ni idea de qué hacer, ni Matilda daba muestras de saberlo tampoco, pues, apercebida del peligro, daba saltitos nerviosos, sin osar dar la vuelta ni recular. Puesto que no era probable que nos tragara la tierra, liberándonos de aquel monstruo, decidí como único recurso levantarme muy despacito a ver si con un poquito de jaleo el jodido jabalí decidía alejarse, o seguir su camino, o volverse sobre sus pasos, pues seguramente nosotros le habíamos ocupado la ruta acostumbrada. Puse gesto hosco y amenazante, echando para adelante el cuerpo, por si eso lo ahuyentaba, pero fue lo peor que pude haber hecho, pues ya la mala bestia rascaba la arena del suelo con las pezuñas, alternando la pata que refregaba la tierra, presto a atacar. Yo, aturdido y pensando que concebiblemente nos habíamos precipitado en eso de espantar a los cazadores, me eché un poquitín hacia la izquierda, como queriendo que una roca que ahí había me tapara. De repente me acordé de que en el bolsillo de mi camisa me quedaba uno de esos petardos cilíndricos que explotan por contacto, y que no habíamos llegado a usar. ¡Ajá! Efectivamente, aquí estaba, bien liadita con su guitilla y todo. Lo cogí temblando y lo fui a lanzar contra el duro suelo en algún punto entre el jabalí y nosotros, pero con tan mala fortuna —la culpa la tenían, como era lógico, mis nervios— que dio contra ese peñasco que tenía casi enfrente.

Al par que sonó un estruendoso ¡búuuuum! Noté que mil piedrecitas golpeaban la piel de mi cara y cuello, y mis oídos resonaban con un largo y continuo pitido... ¡piiiiiiii! Al final me atreví a abrir los ojos, los cuales se habían cerrado por acto reflejo (ciego habría quedado si no) al producirse la explosión. Oteé entre la neblina que se dispersaba. Me vi las manos y los brazos negros de tizne, como sin duda lo estaría mi rostro. Del animal, ninguno se veía. Y digo 'ninguno' con propiedad, pues mi burrita tampoco hallábase presente, ni mostraba trazas ni síntomas de reaparecer.

—¡Mati... Mati... Mati-i-i-i-ilda...!

Nada. Me puse a buscarla. La mitad de los bártulos estaban esparcidos por el suelo en el lugar donde la viera por última vez... donde debería de estar ella si no la hubiese espantado el estallido del petardo, y que vaya petardo.

Dando mil acongojadas vueltas, y lanzando al aire otros tantos lastimosos gritos de llamada, al final llegué a ver a mi burra. Se había encaramado al lugar más alto del monte vecino, allá arriba en su pico. Parecía su silueta recortada la del toro de Veterano Osborne, si bien en plan asno, perdón: asna (que todo hay que decirlo), ondeando sus orejotas al aire de la montaña al mediodía.

## 12. Tropiezos y trompazos

Vagando como loco y en total soledad por montes y valles y bosques y veredas, afrontando las asperezas tanto físicas como mentales de esta singular y necesaria singladura, meditando en la razón última, no tanto de por qué estaba yo allí, sino de mi misma existencia, de mi familia, mi casa, y sí: mi atroz aislamiento universal, mi solipsismo radical en esta ínsula que es la vida hallábame yo. Bien era cierto, por otro lado, que llevaba conmigo una como extensión de mi ser: La burra Matilda.

*Solo et pensoso i piú deserti campi*, yendo por entre las peñas de esta guisa perdido y olvidado de Dios y de la raza humana, *di pensier in pensier, di monte in monte*, pensando que el laberinto de mis pensamientos no hallaría nunca salida, he ahí que avizoré, en el costado de un abrupto collado y escondido de todo ordinario ojo humano tanto por peñas como por una higuera silvestre que, guarnición tosca, la ocultaban, lo que prometía ser una gruta, cueva o sima. Nos aproximamos, y lo que al principio era sólo un triangulito negro se fue ensanchando en cavernoso bostezo, y pronto estuve convencido de que esta portezuela había de llevar a unas interioridades ignotas y magníficamente profundas: ajá, ésta debía de ser la boca secreta que ubicara Julio Verne en Islandia, en el cráter de un volcán extinto. Esta *grotta* me llevaría, si mucho no me equivocaba, al mismo centro de la tierra.

Vamos allá pues.

Sin embargo un vistazo más cercano me reveló una inscripción, un rótulo encima de la oquedad: Cueva de los Merinos. Descarté por de pronto la teoría sobre el prosista de ficciones, viendo que no era el primero en toparme con la cueva. ¿Quiénes serían estos Merinos? No, no es quienes, sino qué: Las lecciones con don Gabino me salieron al paso. Merino era el tipo de oveja de pastoreo que prevalecía en la zona. Era la oveja de la trashumancia. Se trataba, en otras palabras, de la cueva de las ovejas, acaso porque se hubieran perdido, despeñadas las pobrecitas, en las interioridades negras de la caverna que tenía delante.

También cabía imaginar que fuera la cueva donde el ciclópeo jayán Polifemo guardaba, o había guardado, su rebaño, copia bella, copos mil de lana, excepto que aquella se ubicaba en la mítica, marítima Sicilia y no entre estos riscos y asperezas.

Busqué mi linterna y ordené a Mati que me aguardara, que esta gruta merecía mi máxima atención. Ella asintió con una seria falta de convicción. Con las orejas me amonestaba, indicándome que cejara en mi empeño, que me olvidara del estúpido, inútil, y acaso peligroso agujero. Pero yo, claro está, no le hice caso, ¿o sería que no supe leer las advertencias que sus orejas me enviaban?

Dentro del hoyo casi de inmediato se produjo la negrura total en torno mío, excepto por el estrecho círculo del haz de mi linterna. Avancé entre salientes bruscos y concavidades insospechadas, nunca en línea recta, de forma que a los pocos minutos ya no sabía cuántas curvas había trazado en mi tenebroso recorrido. La cueva se abrió enorme y lóbrega ante mí. No lograba vislumbrar el fondo de esta antesala del hades. Enfoqué al suelo calcáreo y ahí, en el centro, divisé un estanque, una laguna interior de eternamente negras aguas, y oí un continuo goteo: cloc, cloc, cloc.

No osé atravesar la explanada oscura que se me presentaba delante; primero tenía que cerciorarme de que no estaba perdido, de que sería capaz de encontrar la salida, el lugar por donde entrara. Di la vuelta y enseguida vi que mi ruta original se bifurcaba, y que en casi cada túnel se abrían nuevas rutas. ¡Ay Dios, si ya me había perdido!

Pero no. Ahí delante pude distinguir luz, y al poco le vi la jeta a mi compañerita. Le di un

cachete en el cuello y volví al interior, más confiado. En un periquete estaba cruzando la explanada. Apunté al techo de estalactitas, y descubrí puntos negros, cientos de ellos: murciélagos. Alcanzando el otro lado me pareció ver unos dibujos, sí, dibujos y garabatos sobre la piedra. ¿Serían prehistóricos!? ¿Estaría en el umbral de un nuevo y revolucionario descubrimiento arqueológico? Mas, sin saber ni cómo pasó, sentí repentinamente un afiladísimo dolor al darme un tremendo golpe, una calabazada claudiana, en la cabeza. Mi mundo se desvaneció: caía, caía irremisiblemente en el abismo de la inconsciencia.

Ante mí se extiende un difunto yaciente. Es un fornido guerrero medieval, sobre un pedestal, una sepultura de piedra, en la mitad de la suntuosa sala de alabastro de un palacio o alcázar. Se abren de par en par unas fastuosas puertas, flanqueadas de pesadas cortinas de un vivo rojo sangre, y un cortejo de damas emerge al son de trompetas, albogues, salterios, flautas, panderos y atambores. La alta dama que a la cabecera va, de nombre Belerma, lleva sobre una alfombra o cojín dorado un gigantesco corazón de héroe valeroso, latiendo pulsante: púmbum, púmbum. Es el corazón del caballero que yace yerto: ¡Es el corazón de Durandarte! Él quiso que para ella, y sólo ella, fuera su órgano vital. En esto que el caballero, el tal Durandarte, mueve la cabeza y me mira. Tiene la mano izquierda colocada sobre la zona del corazón. Me dice:

—Óigame usted, quienquiera que sea, buen hombre, ¿y no me podría alcanzar mi corazón? Hágame el favor, hombre. Mire: allí, lo tiene esa dama, aquella, la que camina en pausada procesión.

Yo estoy suspenso observando de los insólitos sucesos que están ocurriendo a mi alrededor, pero ni corto ni perezoso, y para no desentonar, y aunque me disgusta eso de ‘buen hombre’, le interpeleo:

—Pues, ¿no es ella la señora Belerma, la dueña de su corazón?

—¡Qué Belerma, ni dueña, que qué ocho cuartos! ¡Ese corazón es mío, coño! ¿A mí qué mierda me importa quién leches sea esa tía chiflada? —obviamente el muerto parlante ha sufrido una transformación, y de caballero no le resta ni el plumero.

Bueno, pues me llevo a la dama, que ya no lleva ni cortejo ni nada. A lo que se ve, el corazón ahora lo transporta dentro de una heladera azul de picnic.

—A ver, ¿dónde va usted con ese corazón? —le pregunto.

—Pues verá: un comerciante le puso un pleito a mi novio. El tío canalla es un mercader, un mercachifle veneciano, creo. El caso es que ganó el muy jodío el caso, y la cuestión (he ahí la cuestión) se dirimió en el sentido de que mi maromo le debía un cacho de su corazón, una onza, creo, y yo voy a que se cobre.

—Pero eso no puede ser, mujer, así no se hacen las cosas.

En ese momento asoma el que se supone que era el mercader ‘jodío’, pero resulta que es de la pestañí, o séase, un policía de paisano. Se parece al teniente Colombo, sobretodo en la gabardina.

—¿Dónde está el corazón?

¡Púbum, púbum!, oigo.

—Eso, eso, ¿dónde está? ¿Y dónde está el asesino? ¡Atrápen al asesino!

¡Púbum, púbum!

—¿El cadáver, dónde lo ha escondido? —me pregunta el detective, como si yo fuera el culpable de todo lo que pasa en el mundo; insiste—. Usted sabe donde está. ¡Confiese, Estébanez, confiese, Hombre de la Burra!

¡Púbum, púbum!, se oye. El ruido viene de las baldosas malamente colocadas en el piso: está más claro que la luz del día que los latidos delatores vienen de allí.

De repente el muerto, que no está muerto, se levanta del suelo, alzando las losas como si fueran de mentirijica.

—¡Yo tengo el corazón, Colombo, yo tengo el corazón! ¡Mírelo aquí! ¡En mis manos! ¡El Hombre de la Burra es el que no tiene corazón, se lo han arrancado!

Me miro el pecho. Uy sí... sólo se ve un enorme hueco vacío...

Grito. Grito como un condenado.

Abrí los ojos, pero no vi nada en absoluto. Sólo negrura total. ¡La cueva! ¡Mi cabeza! ¡Mierda! Tenté a mi alrededor buscando la linterna, pero no aparecía por ningún lado. Habría rodado y caído al agua, o quedado sin pilas, quién sabe... Busqué en los bolsillos, pero sabía que no tenía el encendedor a mano. Diablos.

Pero un momento. ¡Sí! Las cerillas: cuando Julianín y yo estábamos haciendo los preparativos, me embolsillé unas cerillas. Ahí estaban. ¿Estaría salvado?

Al prender una cerilla se formó una bola cegadora de luz a mi alrededor. Se iluminó tenuemente la pared de enfrente. ¡Ah, los garabatos! A ver lo que era que me había llamado tanto la atención que me había dejado dar un testarazo tan tontísimo.

Me acerqué con la luz de la cerilla y vi un dibujo infantiloides de una tía en cueros, dos aceitunas por tetas, la vagina una larga raja vertical sobre el monte de Venus, que era una uve doble. Al lado más dibujos: toscos miembros viriles, un culo echando zurullos... tal cual se suelen encontrar en los wáteres de las escuelas. Leí: El Manolito se la cascó aquí. Maricón el que lo lea. Inglis caca, y un largo etcétera. Un instante antes de volverme o bien de espaldas a los *epigramata* o bien loco de atar, que ambas eran opciones igual de realistas, pude leer la siguiente sextilla, cuyos inciertos méritos dejo a la estimación del lector:

*No de moros ni cristianos,*

Ni tirando por Clavijo,

Yendo a Catalañazor,

Hallaréis jamás, hermanos,

En este mundo prolijo

Mejor cagada, o mayor.

Por si eso no me bastaba, vi algo así como un millón de arañas patas largas, las que más asco me dan, újjjj. Y se me apagó la cerilla.

Me entró una desesperación terrible, me invadió el pánico.

Entonces oí un remoto, pero clarísimo, rebuzno. ¡Matilda! Una voz a seguir...

—¡Sí, Matilda, no te me pares, que allá me enfilo!

Unos quince minutos transcurrieron antes de poder ver la grande y contorsionada carota de Matilda en pleno rebuzno a la entrada de la cueva, y me vi fuera, respirando aire sano, bajo un precioso, radiante sol, salvado por mi burra.

Imploré al Altísimo que esta experiencia no tuviese que repetirla en todos los días que me restaren de vida.

Y véisme aquí, atravesado sobre la jumenta, molido a palos... Pero me adelanto.

Seguimos marchando de inmediato, pues yo estaba resuelto a poner una discreta distancia entre nosotros y la cueva de los demonios, aunque sólo fuera para quitarme de la cabeza los horrores vividos en sus entrañas. Las calores de la tarde comenzaban a aflojar levemente. Alrededor mío sólo vi riscos y hierbajos y pedregales y otras asperezas. Éste debía ser el tan cacareado *The Waste Land* de Eliot, excepto que estábamos en la alta montaña riojana y no en Londres. Veamos, me decía; debemos de encontrarnos en algún punto entre El Rasillo, con su turístico pantano, que no vendría mal conocer —hasta *windsurf* dicen que se practica ahí— aunque para eso me hubiera ido con mi familia a Almuñécar, ¡Viva la Pepa!; u Ortigosa, o Brieva

de los Cameros, y si continuaba era muy posible que llegara a alguno de ellos, pero para qué, me preguntaba, por qué no me quedo simplemente aquí y acampo y comemos y basta, y para qué necesito yo contacto con los humanos. Matilda disponía de más que suficiente forraje en estos andurriales, y a mí me quedaba queso y fruta, y si apurábamos hasta algún embutido seguro que encontraría entre mis bolsas de abastos. Por otro lado, tras la batalla contra los furtivos apreté fuerte la marcha, y estuvimos haciendo camino varias horas largas, sin parar para comer siquiera, si no era para un descansito corto a cada rato: los pies se me estaban acostumbrando a la marcha del camino, pero no del todo... desde luego la vara de caminar que me regaló Julianín era una verdadera joya. Y después la cueva de los Merinos, y de eso haría ya otras dos horas, sin aflojar la marcha apenas... así que quién sabría decirlo, tal vez estuviéramos mucho más al sur, incluso cerca de Ventrosa o hasta —que todo es posible— Viniegra de Arriba, que algo me decía que era ésta la meta y destino para nosotros de este largo y demoledor miércoles cenizo.

Ruminando cogitabundo yo, forrajeando abrojos ella, se nos fue estrechando la cañada, o vereda, o senda, o llamadle como queráis; el caso es que iba en ascenso, como mayormente lo venían haciendo todos los caminos esta jornada tan cuesta arriba, y he ahí que Matilda, como ocurriese con la sombra del molino, o cual si fuese la asna de Balaam, se paró en seco y se negó a seguir avanzando por mucho que yo la azuzara, y azuzábala yo muy mucho, tanto, que en algún momento llegué a pensar en romper mi promesa de nunca varearla, viendo que tenía yo asida una vara de tan extremada calidad y fortaleza como era la que Julianín me donara en recompensa a mi participación en al gloriosa y no vista Batalla de los Furtivos. Mas es el caso que me vino a la mente con inusitada vehemencia la historia de Balaam, en que la burra del sabio fue más sabia que él, pues ella lo aventajaba en que podía ver el Ángel Blanco que les imprecaba, sable en mano, que no siguieran por la vía errada, y él no acertaba a ver nada. Y así era posible que anduviera yo: ciego a aquél ángel.

Por contra, no era el carrilillo monteril aquél sitio apropiado para estarse quedo y paralizado, mareando la perdiz, tito tito pinto Gorgorito pa abajo me tiro o pa arriba. Se parecía el lugar condenadamente a aquél otro donde por la mañana les habíamos dado su merecido a los pelagatos aquellos de los cazadores furtivos, excepto que los atrapados éramos ahora nosotros: a la zurda una peña, a la diestra un pedregal atestado de matojos pinchudos cuando no de campos de ortigas o vaya usted a saber qué de malas hierbas y alimañas se ocultaban allí, cayendo en bajada de muy mal ver.

Matilda, leches, decídete. Pero no fue ella la que decidió la situación, sino una oveja, o mejor dicho, un machote carnero, grande y blanco, con negra cara, no sabría decir si de enojo, pero desde luego mala leche sí que demostraba tener, y malas, muy malas, intenciones. Había indicios de que este animalote no era sino la cabecera, cresta o avanzadilla de un gigantesco rebaño de ovejas y de cabras que en esos momentos venía asomando por detrás de la siguiente vuelta del camino, allá delante.

La primera intención de Matilda fue la de dar la vuelta y arrear para abajo, pues si la cabra tira al monte, como alegan, esta burra evidentemente tiraba al valle. Pero mirad por dónde, el carnero, que me tenía a mí más cerca, hace ademán de hacer lo que usan de hacer los carneros, que es lo mismo que hacen los arietes con las puertas de los castillos siempre que se les pone una delante, que es embestir. Ni corta ni perezosa Matilda, a fin de impedir que la bestia esta me haga estropicios, la confronta. Vedlas a las dos criaturas, a cuál más testaruda, encañonándose las huesudas frentes, impertérritas.

Sin duda nos habría caído la noche de la mencionada guisa, si no fuera porque otro ejemplar de carnero, aún más grande, si cabe, se plantó a la vera verita del primero, arietudo. “Cada oveja con su pareja” reza el refrán, aunque aquí tratábanse de carneros moruecos, y no mansos, sino

muy musmones o muflones y cornudos. Los susodichos cornamentados bichos, en viéndose en franca mayoría, que aunque sólo dos, eran respaldados por un respetable ejército de cencerrados baladores, caprinos y ovejunos, más algún fiero can que otro, amén del pastor. Aventajábanos asimismo estratégicamente, pues dominaban la colina.

Cargan, y Mati, tal vez para equilibrar la balanza por lo de mi cobarde fuga de las abejas cuando me arrojé a la balsa, desertando... abandonándola a su suerte, puso ahora pies en polvorosa, camino abajo, persiguiendo su natural inclinación, mientras yo, bobo mastuerzo, soy arremetido, corneado y volteado por los aires por el primer carnero, y ya el segundo, sin hallar candidato al que dar de astas, me acepta y toma a mí por obscuro objeto de sus enconados embates, y encaja una razonable calamorrada en mis blandas carnes, y entre los dos cofrades me dieron tantos topetazos y testaradas y cabezadas y calabazadas, y sufrí tantos bandazos y vaivenes y tumbos y bamboleos que debí parecer mismamente un balón de fútbol durante los entrenamientos para cuartos de final, como mínimo.

Como colofón y aguinaldo fui atropellado, revolcado, arrollado y arrastrado al arcén por la cohorte borreguil toda entre estruendosos, cacofónicos desconcertados conciertos de cencerro, excepto que no había arcén, ni cuneta, ni nada que se le pareciera en aquel escarpado, sino que vine directamente a caer rodando ladera abajo, entre brincos, rebotes y trompicones contra piedras, brezos, zarzas, y algún que otro disperso ortigal —de todo ha de haber en el huerto del Señor— nada de lo cual hallé de mi conveniencia ni agrado, palabra de honor.

En fin, que el pastor debió sacarme del hoyo y rescatar lo que quedaba de mí, que poco sería, y, recuperada la asna, fui llevado sobre su lomo derecho, o haciendo mil y una curvas más bien, a Viniegra de Arriba, a la posaba del señor Lázaro y los cariñosos auxilios de los del lugar, quienes, a Dios y a ellos doy gracias, tuvieron a bien acoger a este mal lacerado, muy quebrantado y más molido vagabundo, al que no parecía quedarle ni una costilla sana.



### 13. La cima del mundo

Desperté gracias a, o por culpa de, una ruidosa conmoción, valga la redundancia, que provenía de algún lugar debajo mío... sí, del piso de abajo... de ahí venía. No es que yo tuviera la más mínima idea de dónde pudiera hallarme, ni mucho menos que hubiera o dejara de haber un piso inferior, ni me importara mucho: mi cuerpo todo me gritaba, ¡duerme, duerme otro rato, lunático chiflado! ¡Ese mundo cruel que hay ahí fuera duele demasiado!

Sin embargo era evidente que algún follón de envergadura estaba teniendo lugar en el aquel submundo sublunar de abajo.

Con mil pinchazos y ayes saqué mi maltrecho cuerpo, o lo que quedaba de él, de la cama. Una cosa era segura, y es que seguía en este mundo de los vivos, pues no era probable que en el infierno tuvieran camas de posada. Ni calzoncillos rotos, como los que me vi tapándome las partes. Encontré las escaleras y fui descendiendo como mejor me permitían las piernas, bien agarrado a la barandilla. ¡Dos, dos pisos! A lo mejor era verdad que había venido a dar en alguna barriada de Nueva York.

En cuanto llegué al rellano en que se divisaba el salón y la entrada del lugar vi, horrorizado, la causa de aquel barullo: Allí estaba Matilda, toda encabritada, cabezona, en su desnuda hermosura, haciendo honor a su nombre, “bravía en el combate”, que insistía en meterse dentro de la casa; impedíala una no menos brava y obstinada figura de mujer, enarbolando un mortífero mocho de fregar, arreándole buenos y empapados mochazos en pleno rostro borriquil. O séase, que ambas damas estaban entabladas en fiero y singular combate. Respecto a quién lidiaba más recia y sonoramente, difícil era de dictaminar.

Matilda ganaba pie, o pezuña, a ojos vista, a pesar de que la contrincante iba armada de una de las más cueles armas contra asnos, pues reunía palo y agua en una misma pieza. Casi injusto, hubiera yo dicho, si me llegan a preguntar.

Por fin alcancé el piso del pugilato y me apresuré a pararle los pies a mi burra. La agarré por el cuello y apreté contra mi pecho. Miré a la mujer y le grité exaltado:

—¡Ya la saco fuera, señora!

Calmadas las cosas, se aclaró el misterio: Matilda simplemente venía a averiguar mi estado de salud. Y es el caso que en Viniegra de Arriba, los corrales de la zona alta del pueblo suelen dejarse abiertas de par en par, de forma que Matilda, que no estaba hecha a estas libertades en establos anteriores, se vino a verme al sitio donde me habían introducido la noche anterior y cuya puerta también andaba abierta aquella mañana, como solía estarlo cada mañana.

Claro que Matilda desconocía muchos detalles sobre etiqueta entre humanos, como que los burros no entran en nuestros habitáculos. Tampoco conocía al ama de llaves de la Casa Lázaro.

En ese momento Matilda se puso a bailotear, moviendo las cuatro patas al ritmo de un misterioso, esotérico cántico. Era evidente —y más así viéndole el alegre vaivén de la cabeza— que se hallaba extática, eufórica de volver a verme, y de verificar, si es que los asnos verifican, que a su compañero, por de pronto, no se lo llevaban al otro barrio. ¿Serían seguidillas, o jotas, o qué equinesco o jumental baile se estilará en Navarrete? ¡Oh misterios insondables de la vida! De pronto me vino una onda, una vibración ‘ultrasensorial’, una tonadilla virtual, como dirían los informáticos. Ta-ta-tará-ra, ta-ta-tará-ra... *Waltzing Matilda*. ¡Era esa canción australiana! ¡Arrea! Pero Matilda, ¡¿que me dices, qué me estás tú diciendo, criatura?! *Waltzing Matilda, waltzing Matilda, you'll come a-waltzing Matilda with me!*

Me quedé parado, mirando primero a Matilda y después a la señora de la fregona, y finalmente a otras diversas personas que iban acudiendo al paraje. Dejé de sentir esa extraña

sensación. También Matilda estaba dejando de menearse como una posesa.

—¡Anda ya! —me dije entre dientes.

Vuelta la asna a su sitio y vuelto yo al mío, me visitó un médico, que certificó que no tenía ningún hueso roto y que estaba “muy católico” yo, todo de morados y cardenales. Recetó unos calmantes, me pusieron nueva crema contra las ortigas, y retorné al reconfortante mundo de los sueños. Intuyo que aquel sueño, sin embargo, incluía más de diez, y más de cien ovejas. Me atrevería a decir que estaba plagada de ellas. Al primero que me diga que cuente ovejas para dormir me lo cargo, me prometí.

Al mediodía vinieron a averiguar si iba a querer almorzar, a lo que di un sí rotundo, pues desfallecía de hambre. Me vestí entre punzadas y calambres con ropa limpia, y en un periquete estaba acomodado en la mesa del comedor, ante un buen plato de papas a la riojana y un vaso de este nunca decepcionante vino de la región.

A la mesa estaban sentadas el ama de llaves, a quien ya tuve ocasión de conocer, y hasta de admirar, y la sobrina del señor Lázaro, el cual se hallaba de viaje, y que no llegaría a conocer. Me pusieron al corriente de lo acaecido la víspera, diciendo que el pastor, en viendo que yo andaba de mala manera o mejor dicho no andaba de ninguna manera, pues sus animales habían dado cumplida cuenta de mi persona y estado, me colocó cruzado sobre mi pollina, la cual había vuelto a asomar el mucho morro y las magnas narices, a hurtadillas, en cuanto se había calmado la situación y vio que no había, o no se veían, moruecos en el ribazo.

Finalmente, dejó el buen mayoral o pastor al rebaño al cuidado de sus perros careas en la ladera pastando, y me acercó y redujo con paso lento, pisando la dudosa luz del día —decían—, aquí al pueblo, el cual distaba menos de una hora del lugar del siniestro.

—Así que le acogimos en nuestra casa, que es el albergue del lugar, y fin de la historia, Que a ver si se pone usted bueno, y a servir, que para eso estamos. ¡Ah, y que meta usted a su pollina por vereda, que no estamos aquí dispuestas a aceptar más trotes, trotadas ni trastadas de esas, ¿eh?! ¡Vamos, hombre!

—Ya, ya... si ya está. Mientras no le abran las puertas de par en par en el corral o establo... Y además, que ella ya se ha dado cuenta de que estoy bien y carece de motivos para venir a colarse aquí, ¿De acuerdo?

—Bueno, pues ea. Y usted...

Continuamos hablando durante el almuerzo, cuyo segundo plato les pedí que no incluyera carne —una tortilla, estupendo—, y la sobremesa. A mi pregunta sobre cosas que ver y sitios donde ir por estos entornos, me dieron una riqueza de informes. La sobrina en particular estaba muy bien documentada.

Era ésta la aldea secular más elevada de La Rioja, a casi 1200 metros sobre el nivel del mar. Muchos la consideran también la más hermosa, lo cual me llenó de gozo, y me confirmó en mis intenciones de desear llegar aquí. Que sólo la habitan 42 almas, una décima parte que hacía 100 años, y que la única actividad económica era la trashumancia, llevándose a las ovejas a pastar cada invierno a las zonas cálidas de Extremadura, pues aquí se ponía bajo cero por esas fechas. Esta actividad venía ejerciéndose desde la Edad Media, con la Mesta y todos esos rollos que estudiamos en la escuela. Sobre cosas para visitar, pues que estaba primeramente y sobre todo el pueblo mismo (que todo hay que decirlo), con sus casas de piedra, de aspecto medieval y de alta montaña. Nosotros ocupábamos tal vez el único edificio cuya parte superior estaba construida con materiales diferentes a la norma local, o sea, con ladrillo. Por suerte lo tapaba el encalado. Hasta le hacía la competencia en tamaño y altura al principal edificio civil de importancia: la Casa Consistorial, en la Plaza Mayor, la cual vi al día siguiente, y bien majestuosa y señorial que me pareció, reloj y todo, como señoriales eran algunas otras construcciones en mampostería, las

cuales no dejaban de resultar algo desmedidas en una villa de tan modestas pretensiones... y ¡que belleza, madre! Piedra, todo piedra, y verde: mucho más que en Anguiano. La madrugada de mi segunda noche en Viniegra de Arriba llovizó, y el verdor asomaba por entre todos los resquicios de la piedra. El pueblo mismo era punto de reunión de tres o cuatro refrescantes arroyos, en torno al río Ormazábal. Respecto a lugares para visitar en estas montañas, pues estaba la famosa Laguna Negra, arriba en los Picos de Urbión, que caen ya en la muy cercana provincia de Soria, a lo que yo comenté que no estaban ni mis huesos ni mi ánimo para ir escalando picos ni montañas, ni creía que a mi burrita Matilda le apeteciera alcanzar esas altitudes. Y si encima era para ver una negra laguna menos, que laguna más negra que la que he visto yo, nadie la ha visto jamás.

—Supongo que tiene razón. Pero hay muchas cosas que visitar en estas 7 Villas.

—¿Siete Villas? ¿Y eso?

Yo había acabado de comer hacía rato, dejando mis cubiertos simétricamente cruzados sobre el plato vacío y rebañado. El ama estaba despejando la mesa.

—Efectivamente, 7 Villas, a saber: Canales de la Sierra, Villavelayo, y Mansilla por un lado; Ventrosa, Viniegra de Abajo y nosotros, que somos la de Arriba, por esta zona, y ya hacia el valle del Iregua, Brieva de los Cameros. En realidad querer reunir estos siete pueblos como si fuéramos una gran familia hermana está algo traído por los pelos. En otros tiempos lo han llamado las 5 Villas, y tal... Usted ya me entiende.

—Pero usted —la interrumpió el ama, mirándome a mí—, lo que tiene que hacer es no preocuparse ni pensar en viajes ni excursiones ni aventuras ni pamplinas ni paparruchadas, sino dormir y reponerse, así que hala y andando. ¡A la cama!

Retorné a mi cuarto para descansar otro trecho y dejar que Mamá Natura aplicara su labor bienhechora sobre mis maltratados miembros. Corrían tiempos de mucho molimiento y mala ventura.

Ginesillo el de las magdalenas fue quien me sacó de los nublos de mi siesta. Me saludó y deseó una rápida recuperación, pues todo el valle necesitaba de mis hazañas —*temajías* es su equivalente local— pues de lo contrario la vida toda era monotonía y aburrimiento. Ya se había enterado de algunas de las malas pasadas, al parecer gracias al Najerilla, que no se podía quedar callado el chiquillo: El encuentro con las abejas; la “Alborada del Rebusno”, como había sido bautizado aquel suceso; y finalmente, tenía por cierto y por averiguado que los instigadores y perpetradores de la Batalla de los Furtivos habíamos sido nosotros, lo cual me dio cierto resquemor, considerando que al menos dos de ellos pudieran albergar esperanzas de recuperar sus efectos personales extraviados, o resarcirse de la pérdida, caso de toparse con El Najerilla o con el Hombre de la Burra.

Yo le puse al día de mis más recientes proezas o sinsabores, a saber, el susto del jabalí, la Cueva de los Merinos y la Muy Desigual Batalla de los Carneros, de lo que Ginesillo se holgó sobremanera.

Menudo pregonero debe de ser también este viajante de montes y riberas, mascullé. No sé por qué le cuento todas estas cosas, que después todo se sabe y raro sería que redundara en beneficio de uno, que hay muchas malas lenguas por ahí, y lo sacan todo de quicio.

Depositando una bolsa de magdalenas en mi mesita de noche me dejó en mis meditaciones, las cuales duraron poco, pues al rato se me presentó Julianín a desearme a su vez que me mejorara deprisa y corriendo.

—Pasito a pasito, que el correr, a lo que veo, ya lo haces tú, granujilla. ¿Y tú qué andas contando por ahí, de que nosotros esto y nosotros lo otro? ¡Voto a tal! ¿No sabes que es un mundo cruel el que nos rodea, y nos pueden ocurrir cosas ingratas?

—¡Bah, esos tíos cazadores son unos caguetas!, y por si le tranquiliza, le diré que ya se han

largado de la zona, huyendo como ratones, de la humillación. A esos no los vemos en un par de años por el valle del Najerilla.

Eso me gustó muchísimo, tanto que hasta rompí a reír al recrear la escena en mi imaginación. Ofreciéndole que comiera cuantas magdalenas quisiera, puse a Julianín al día de mis andanzas. Era todo oídos mientras mascaba uno de los cilindritos. Con el jabalí se emocionó, poniendo los ojillos como platos. En cuanto a la cueva de los merinos, conocía la cueva, pero nunca había pasado tan adentro como para ver las pintadas que yo le detallé o nunca se había fijado, aunque sí sabía que había una laguna allí en sus entrañas.

—En lo de los dos carneros, le diré que yo los entiendo, pues agosto es, para esta grey, mes fecundero, según dice el refrán. Con malos ojos habían de ver a dos presuntos competidores venir a refocilarse con sus fémias.

—¡Competidores! ¿Tengo yo, o tiene Matilda, que encima es hembra, y muy hembra que es, pinta de carnero, morueco, borrego, macho cabrío, o cabrón, para que me entiendas?

Me escudriñó, ladeada la cabeza, en plan cachondeo, como diciendo que no está seguro sobre qué responder. Le tiré la almohada y me agarré una costilla que me dio un pinchazo en el costado. No osaba reír porque me venía redoblado el dolor.

—Bueno, pues que se ponga bueno, que pasado mañana vengo a por usted.

Y me dejó preguntándome qué patrañas estaría urdiendo esta vez, o qué nuevos lances me tenía preparados.

Bajé al comedor a tiempo para coger el principio de una película en DVD que estaban poniendo. Spielberg. Esta gente no se privaba de ningún adelanto.

Atardecía cuando acabó el filme. Nos reunimos alrededor de la mesa principal unos cuantos lugareños que habían venido a conocer al accidentado y yo, el aludido accidentado, y nos pusimos a charlar.

El tema pronto giró en torno a la poquísima gente que quedaba en la zona, y que de seguir así el alto Najerilla y los Cameros seguirían el camino que habían seguido las Alpujarras riojanas.

—¿Alpujarras? ¡Pero si eso está en Granada, de donde vengo yo!

—Ya sabemos eso, pero aquí también tenemos, o tal vez tenga que decir ‘teníamos’ unas Alpujarras. Unas 50 villas, que han quedado ya deshabitadas todas, o casi, por culpa, entre otras cosas, de unos pésimos planes de reconversión económica durante los años sesenta, bajo Franco. La zona está situada al nordeste de nosotros, perdida entre los valles del río Leza y un afluente suyo, el Jubera. Distará unos 60 Km. de nuestra zona de las Siete Villas.

—Sería horrible que tanta belleza, de hombres y de tierras, se perdiera.

—Hijo, y qué quieres que le hagamos... los jóvenes se quieren todos ir a la ciudad... aquí no quedamos más que los viejos, y cuatro cabras y ovejas.

—No me los mencione, se lo ruego, que se me revuelven las tripas. Lo curioso es debo de tenerlos metidos en la cabeza, que a cada rato oigo be-e-e, be-e-e. No paran.

—Es que haber, háylas, hijo. Casi siempre hay alguna oveja que otra ahí fuera.

—Ah. ¡Brrrr! ¡Mire, los pelos de punta! —les mostré mi antebrazo. Proseguí—: A lo que íbamos. ¿Y no habría alguna solución a esta tremenda sangría migratoria... algo que hiciera afluir, y no marcharse, a la gente? ¿No podríamos crear la atmósfera necesaria para atraer a nuevos habitantes, gentes a quienes les encantase quedarse a vivir aquí, en armoniosa, feliz comunidad?

Poco a poco y como para pasar el rato comenzamos a jugar a ser planificadores, dioses creadores en el plano terrenal, en busca de un mundo mejor, nuestra minúscula utopía. Poco a poco, a este granadino loco con su pandilla de majaderos, puesto que por trashumante tradición majadas cuidaban, se nos fue materializando entre todos los presentes un plan, una visión, un

designio. Aunque era un hecho que al menos uno, y probablemente dos, de mis correligionarios no residían ya en la 7 Villas, me vine a dar cuenta, con todo, de la gran verdad del famosísimo dicho de que los montes crían letrados y las cabañas de pastores encierran filósofos. Alguno, añadiré, si no filósofo, al menos escarmentado, avezado, aleccionado o corrido por la tribu ovejera.

Continuamos con nuestras cábalas y ensoñaciones, que os muestro aquí en plan resumen, extractadas de los amenos diálogos con los que transcurrió la velada, pues, la verdad, yo ya no me acuerdo quién dijo qué cosa.

—Lo primero, hay que promocionar una atmósfera de pequeña aldea que integre armoniosamente lo rústico y lo cultural, imán para escritores, pintores y escultores, músicos compositores, gente jubilada, personas de oficios variados cuyo instrumento de trabajo sea el ordenador, y acaso Internet, para mandar y recibir sus datos desde aquí arriba en la alta montaña, sin tener que tirarse todo el santo día en una horrible oficina en la gran ciudad: Artistas publicitarios, creadores, diseñadores de la moda, traductores, creadores de páginas web, de animación, de gráficos por ordenador, mundos 3D, y un largo etcétera. El futuro en definitiva, produciéndose aquí en el corazón de la Sierra de la Demanda, si no es en las ya casi difuntas Alpujarras de La Rioja. O sea, que vendrían a instalarse gentes de todos los estratos sociales y de todas las edades, pues obviamente habrá también campesinos y lugareños ‘tradicionales’. Abundarían además los visitantes, sobre todo en el verano, con chiquillos, etc., para los que tendrían que construirse piscinas... y mil amenidades más, como canchas de tenis, campos de fútbol, etc.

—Con el tiempo alguien crearía una pequeña discoteca en el monte, con suerte alejado del pueblo (y de los animales, claro), habría alquiler de vídeo y DVD, TV y conexión a la red por satélite... Una colonia veraniega donde se enseñaría a hablar en inglés y se practicarían diversos idiomas. Excursiones alpinas, un mínimo de esquí; senderismo, tal vez con burros. Clases de convivencia con los animales.

—Sin descuidar ni apartarse nunca de lo rústico.

—¡Hombre, claro! Todas estas modernidades serían, más que nada, un a modo de señuelo, para poner la rueda a rodar: después podemos siempre votar que se cierren las discotecas o limiten sus horarios y emplazamientos y que quiten u oculten las parabólicas más antiestéticas y toda la pesca.

—Ah bueno, en ese caso...

—Y con las abundantes lluvias y excelentes aguas que tenemos aquí se podría fomentar la creación de termas salutíferas y medicinales curadoras todo tipo de males: reuma, artritis, gota, los cálculos... (malditos cálculos). Con tantas lluvias podrían hacerse cosas extraordinarias tanto para el agricultor como para el ecologista y para cualquier criatura, humano, animal, o planta, con la creación de nuevos cauces, algún conveniente pantano, zonas de recreo, piscifactorías para la pesca recreativa de la trucha, la cual hoy en día ya supone pingües beneficios para varias zonas de La Rioja y atrae a muchas clases de personas, particularmente a los de la tercera edad. Acaso un “museo del agua”, no vendría mal, ilustrando sus ilimitados usos.

—Ezo, ezo, y putaz —dijo el sapo. Perdón. ¡Ése es otro cuento!

—Y naturaleza, mucha naturaleza. Si ha de haber algún tipo de museo, habrá de incluir toda clase de información de la fauna y la flora de la región, que eso educa a la juventud. Hay niños hoy en día que no tienen ni puñetera idea de donde vienen la leche, los huevos, la mantequilla...

—Ezo, ezo, y putaz —dijo el sapo.

—¡Otra vez! ¡A callar!

—Y con una granja de animales, que los niños lo pasan bomba con ellos, que los toquen,

ordeñen, alimenten, monten.

—Ezo, ezo, y putaz —dijo el sapo.

—¡Ese bicho verde y asqueroso, que se salga!

Y el sapo gritó: —¡Ezo, ezo, que ce zarga er largarto, que ce zarga!

—Y burros. Haría falta crear, y me perdonarán mi parcialidad para con esta simpática bestia, una auténtica granja de crianza y protección del burro hispánico, que va camino a convertirse en un sentimental recuerdo, un mito de antaño. Y que conste que yo, como buen granadino, de ningún modo defiendo la España de la charanga, farándula, guitarra y pandereta. La verdad es que se nos va, desaparece, el burro ibérico. Y sobre todo el andaluz.

—¿Y qué vamos a hacer con tanto burro? ¿Cómo los vamos a alimentar y cuidar? ¡Que eso cuesta una pasta gansa!

—Eh... dándole cuerda al magín... usando el coco... pensando para el pienso... eso se soluciona. Viajes, excursiones en burra, como ya mencionamos, alquiler de burras, por días y semanas... fíjense en lo siguiente: una familia, dos o tres chaveillas o churumbeles, todos gorditos de la vida de ciudad y televisor y videojuegos; una larga excursión por estos hermosos parajes naturales, vida exterior sana, acampadas, bañarse en los ríos, una poco de pesca (con licencia, claro), y los asnos llevando toda la carga. ¡Los niños estarían encantados! ¡Y la madre! ¡Y el padre... todos! Tengo entendido que en Francia ya lo practican con mucho éxito. Así que si nos llegan a sobrar burros, ¡abrimos una cadena! ¿Qué tal a lo largo del Camino de Santiago? Imaginen el reclamo: SANTIAGO DE COMPOSTELA: UNA BURRADA DE CAMINO.

Hablando y hablando se ve que el vinillo iba haciendo de las suyas, porque lo siguiente ya no estoy seguro de que fuera tan cuerdo, sensato ni cabal.

—¿Y qué tal... —dijo alguien—, si en lugar de tener a todos esos pollinos ramoneando por las dehesas dándose la vida padre, o madre, sin dar golpe y tumbados a la bartola o revocándose y dando la nota y todo eso, no les proporcionamos una actividad que los tenga entretenidos, y que a la vez, si no nos aporta beneficios, al menos sirva para balancear el presupuesto de su mantenimiento?

—¿Cómo qué?

—Pues como a fin de cuentas son bestias de carga, lo primero será usarlos en la construcción de nuestra infraestructura rural, nuestro pueblo.

—También podría crearse el burrobús.

—En Granada ya tenemos burrotaxis.

—Los burroportes y mudanzas.

—Eso, eso. Y la burroambulancia... ¿verdad, Sr. Estébanez?

—El burrocarril express, el burroquiosco, el burródromo...

—Mucho burro, mucho. Y puestos ya, ¿qué les parece la Burroeléctrica Riojana?

—¿Y eso cómo se cuece y come?

—Pues como decía, que son jumentos, o séase, animales o bestias de carga. Así que en vez de estar todo el santo día pastando y aburriéndose (sin ánimo de juegos de palabra baratos), les damos algo en que se entretengan. Supongamos, así al tuntún, que los ponemos a trabajar en tres turnos de dos horas, cinco días a la semana, ¿vale? Es la semana de treinta horas. Con toda esa fuerza bruta se podrían generar enormes cantidades de electricidad. Podrían estar dando la vuelta a un eje central, como estuvieron haciendo durante siglos en los molinos, por ejemplo —después de todo, son animales a quienes les va la rutina y no gustan de sobresaltos y novedades—, o a lo mejor se les podría enganchar detrás todo el día una especie de acumulador eléctrico o qué sé yo, que vaya acumulando corriente mientras se dan sus bardeos (sus “voltios”, jo, jo, jo) por ahí, monte arriba, monte abajo. En combinación con la producida por la corriente de los ríos, nos

haríamos grandísimos productores de energía. Con treinta o cuarenta burros a lo mejor podemos ser autosuficientes en energía eléctrica; con 200, venderla a Logroño; con 2000 burros ya estaríamos exportándola a Francia. ¡Y camino de cerrar todas las centrales nucleares de España!

—Olé, viva, larga vida a la Burroeléctrica Riojana. Todos nos pusimos a vitorear, aprobando el plan de todas a todas, y a hacer brindis y más brindis por todos nuestros grandiosos planes.

—¿Y salones de belleza? Con tanto asnico y sobretodo con tantísima burra podríamos así como patentar para este nuestro siglo e implantar la exclusiva mundial de los baños de leche de burra a la carta. ¿Quién que haya asistido a una escuela occidental, o haya disfrutado de la película de la Taylor podrá negar las virtudes rejuvenecedoras, o ‘humefactantes’ o hidratantes, o yo qué leches sé, de este producto de la ubre de la burra, para el cutis y el cuerpo entero de la hembra humana, incluyendo tetas, culo, nalgas y otras zonas más anodinas? A ver... si lo sabré yo que veo y oigo mentar esas cosas a diario y a todas horas en la tele.

—¡Sí, sí, sí! —exclamábamos, calorados, los discretísimos contertulios.

—Ezo, ezo... y...

—¿Y la música? Nuestra región podría convertirse en foco de la nueva música del milenio. Si los jóvenes están dispuestos y son capaces de escuchar la basura ruidosa, chabacana y repetitiva que se vende hoy en día y se viene vendiendo desde hace treinta años y más, bien podemos ser nosotros los que cambiemos el asunto de-fi-ni-ti-va-men-te, ¡jíp! Uuups, ya me ha entrado el hipo.

—¿Música, qué música?

—Bueno. En lugar del follón insoportable de las guitarras eléctricas respaldadas por una infernal batería y que sólo produce horrendas estridencias, lo que más conviene y agrada al oído, creo yo, y afirmo, son precisamente los acordes melódicos producidos por la naturaleza: el viento, el agua, la lluvia y la tormenta, el bosque, la granja, los animales, todo lo que tenemos en mayor abundancia por estas latitudes.

—¡Sí señor!

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Los jóvenes talentos que vinieran tendrían la última palabra. Yo desde luego de talento musical, cero, si no es para escuchar un buen Bach, Beethoven o Mozart, pero se me viene a la mente un sinfín de posibilidades. Piensen en los músicos de Bremen, famosos por atrapa-ladrones, pero incomprensidos como músicos. He aquí algunos sugestivos títulos: “Cantando y rebuznando bajo la lluvia”; “Tormenta de estío en Re bemol mayor y ole tus bemoles”; “La Cigarra y los pájaros mañaneros, con caramillo, chifla y una muy sonada solfa”; “Quinteto para cuatro ranas y tuba, con un par de oboes sin ton ni son ni venir a cuento”; “Cuarteto para burro, cabra, gallo y puerco, con perdón, número 21”; “El 22: los Patitos, al ritmo del cua-cua-cua”; “Balada de las cabras locas, con dos cencerros, un sonajero, cascada de agua y mucho cachondeo”; “Concierto para cuatro burros, dos gansos y cuarenta y tantas avecillas variopintas”. “Rebuznos y graznidos de España”; “Burresque”; “Alborada del rebuzno” (ya como si existiera); “Sinfonía del Burro Campestre”, que incluiría la canción *Mi rucio me lo robaron yendo de romería*; “Rebuzno en Si (te-pillo-te-muerdo) Mayor sostenido”, con sus tres movimientos: *Andante presto sin moto* y *Si non corribile non lo contabile*, y *M’a pizzicato fortissimo in culo*; “Cencerros de la mañana”; “Entre pitos y flautas y un coro de bestias pero que muy bestias”. Y estos ejemplos diría que bastan para hacerse una idea.

Nota adicional: garantizamos y damos nuestra palabra de honor de que todas nuestras grabaciones están 100% libres de instrumentos electrónicos, de gaitas y de acordeones, sea del tipo que fueren: caros, baratos, de juguete, de carácter étnico —gallegos, asturianos, o de importación—, ni si pretenden sugerir (en el caso del acordeón) una ambientación parisina. Nada

de nada.

Saxofones, por lo pronto, tampoco, que aquí no hemos venido a tocar el Jazz (aunque todo pudiera ser) ni a filmar escenas de cama.

Durante demasiados años venimos escribiendo música para y con instrumentos artificiales. Vayamos por la senda gloriosa de lo sencillo, llano y natural.

—Ezo, ezo...

—¡Calla, saaaaapo que te arreo! ¡Y deja estar al lagarto, joder!

— — —

Para celebrar el éxito casi garantizado de nuestros magnos planes, el vecino, el Sr. García —un caballero muy “garcioso”, si no “agarciado” estéticamente, pues su nariz y orejas las tenía más que medianamente desarrolladas, mientras que su mentón o no existía o se lo debió de haber dejado olvidado en Logroño, que yo no llegué a vérselo— corrió a por una botella de pacharán de maguillas, que son unas manzanitas silvestres que crecen por aquí, amarguillas, que se meten en aguardiente, tornándolo de un amarillo ambarino. Este señor García no se contaba ya entre los oficial y plenamente “lugareños”, sino que caía en la categoría de los “emigrados” (un turista, casi), lo cual no obstaba para que dispusiera de “un hogar” aquí, así como de cuantas botellas de pacharán de maguillas le fuesen menester. Por su parte la sobrina, para no ser menos (y que viva la gracia y el salero), se sacó su reserva personal de pacharán de endrinas, de color rojo. La endrina, me dijeron, era una especie de ciruela chiquitina, negro-azulada y áspera, fruto, como no podía ser de otro modo, del endrino, y que me recordó, naturalmente, al Arcipreste de Hita, pues de niño una vez actué en una estrafalaria, esperpéntica representación escolar en que yo hacía del pillo de don Melón, que se embolica el muy somormujo a la monjil y recatada doña Endrina. Y es que eso de ser don Melón, así, como suena: ¡don Melón!, pues mola cantidad, ¿sabéis? Está super-mega-guay. Concluyendo, que entre el mucho vino, más tinto que rosado, sin nada de blanco, y los no menos abundantes pacharanos amarillo y rojo, nos pusimos el que más y el que menos rematadamente morados.

Esa noche dormí dando enormes ronquidos, según informes fidedignos recibidos a la mañana siguiente con leves tintes de reproche y algunas miradas ojerosas, y si soñé, no me acuerdo, pues el mucho ruido puede no dejarte ver el bosque, a lo que entiendo, o será... a ver... que los árboles no te dejan ver las pocas nueces. Ejém, ejem.

Tras el consabido café le presté la visita obligada a Matilda, a quien estaba yo ansioso por ver y saludar, y a cuyo establo me llegué pasito a pasito, cojeando, ayudado por mi bastón de fresno, que se había salvado del fregado, y le llevé un puñado de mis magdalenas, que me rechazó, la muy chalada. —¿Habrás atrapado algún microbio burreril? —me pregunté, sin tener ganas de comerlos yo tampoco. Se las di todas a una compañera de establo de Mati, una mula torda (que sí, que sí, que era una mula torda), quien en medio Ave María las hizo invisibles.

Estuve luego sosegadamente sentado, el ritmo de un adagio en la cabeza, el de Albinoni — cómo no— delante del albergue, a un lado de la puerta y bajo una gran sombrilla a rayas verdes y blancas igualita que la que tenemos en Almuñécar, salvo que aquí en lugar de bañistas en monokini, el paisanaje lo conformaban perros, gatos, gallinas y pollitos y pollitas y gallos y gallotes, gansos con sus gansas, alguna cabritilla locueta, una vaca blanquinegra (fijaos por dónde), y oía gruñidos de cerdos y relinchos equinos, y rebuznos y graznidos y cacareos y ladridos en lugar de las olas del mar, lo cual me pareció sencillamente estupendo.

La única cosa que me afeó una perfecta mañana de reposo y reparadora serenidad fue que de pronto, sin el más mínimo, decente y responsable aviso previo aparecieron cuatro tíos con



chaquetones negros de cuero montados en sus enormes motos de gran cilindrada, los mismos que me habían jodido la marrana, o hecho la puñeta, antes en la carretera allá abajo en el valle. ¡Y qué estruendo, macho! ¡No los mandaran a todos a tomar por... saco! Bueno, pues el caso es que no quedó ahí la cosa, sino que al rato de subir y desaparecer por la carretera que sale del pueblo por la parte de arriba, la que lleva a Montenegro de los Cameros, volvieron a bajar, y después oí un pequeño barullo que se había armado a la otra salida del pueblo. Informe: Ítem, que al parecer uno de los motoristas había atropellado a una oca que palmipedeaba —*patear* ni es propio de ocas, ni de gansos, y ni siquiera de patos, sino (como sabemos demasiado bien) de humanos que jugamos al fútbol o buscamos trabajo o lo fingimos— tranquila por su camino sin meterse con nadie. Ítem, según una mozuela que lo presencié, lo hizo adrede y con alevosía, étimo y delito que yo aumentaría en la presente causa a *malevosía*, y así lo haría constar, pues el motorizado truhán se desvió de su camino para arrollar al animalito, lanzando risotadas perversas, groseras y con *muy mala follá*. Añádase a esto, ítem, que, no contento con cercenar la vida —vida, según diversas fuentes, *aún en su flor*— de la alada, si alelada y algo estúpida ave, el muy guarro, para acabar de adobar y salpimentar su faena, fue y le dio una palmada a la chavala en pleno pompis al darse el piro con sus cómplices. Ítem, que qué cierto es aquello de que la virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos (*El Quijote*, I. 47).

Los del pueblo, como es lógico, se tomaron a mal la fechoría de los motorizados tipejos y clamaban justicia mientras traían el *corpus delicti*, o sea, el despachurrado ánade, en brazos calle arriba en funérea procesión *de corpore insepulto et sine osamenta nisi plumamen sanos*, y en fin, que cada cual se fue retirando triste y cabizbajo a su morada a meditar sobre la banalidad del ser y la fugacidad de la vida.

El almuerzo, bueno y fortalecedor. Siesta de cama y orinal. Me levanté sintiéndome muchísimo mejor, cercano a la recuperación, que andaría ya tras la esquina, salvo complicaciones. Me duché, afeité, rocié de agua de colonia como *aftershave*, me vestí con mi mejor ropa, limpia del día anterior, ¡y planchada! por el ama de llaves. El conjunto incluía mi florida, extravagante camisa hawaiana, pues el ama, ¡milagro de ama!, había recogido toda mi ropa sin usar, pero arrugada, y la había incluido en la colada. Al darle el ama ese planchado a mi ropa diríase mismamente que le había devuelto la vida, como devuelto a la vida estaba su dueño.

Con un Pictolín de menta en el boca fui a reunirme con Matilda a su corral para sacarla a pasear. Sin poder evitarlo canturreaba. Deambulando por las estrechas calles del pueblo, llegamos a la fuente de los tres caños, donde bebí yo de la fresquísima agua serrana de Viniegra de Arriba, y a unos pasos a mi derecha, Matilda bebió del abrevadero que hay allí para los de su especie o congéneres y otras diversas criaturas afines. Seguidamente yo me la llevé al río creyendo que era moza... ¡ay perdón, *lapsus teclorum!*, esto, digo que... bueno, que nos encaminamos al río (ahora sí) por la parte de abajo del pueblo, junto al lugar del crimen de la oca. Cruzamos el puente que cruzaba el Ormazábal frente a la Ermita de la Magdalena, o más bien algo a la izquierda, y bajamos cauce abajo un trecho, pasada la ermita, a la que tuve ocasión de asomarme brevemente puesto que alguien andaba dentro ermitando. Llegamos a una explanada verdeante, cobijada ínsula, entre los árboles ribereños, que era de puro ensueño, donde yo podía leer mientras Matilda ramoneaba o hacía lo que se le terciase. Al rato de estarnos cada cual así enfrascado en lo que más le plugo y convenía a su estado, especie y condición, y no al revés, oí un rítmico y cantarín chapoteo, y noté que era ella la que lo hacía; me acerqué para observar qué era lo que la motivaba a actuar de forma tan poco pollinesca, pues me parecía estar mirando a una chiquilla chapoteando en el agua, y lo que vi fue que le picaba la curiosidad la presencia de unos peces en el agua, y quería como comunicarse y jugar con ellos, aunque fuera a base de dar cocecitas al pez con su pezuña. ¿Verdad, mi amiga, que son preciosos, con sus colitas, y sus puntitos amarillos? ¿No es

mil veces más bonito jugar con ellos que matarlos de asfixia, los labios desgarrados? De todas formas, por muchas semejanzas que encontrara yo entre nosotros y las demás criaturas de este mundo cruel e insensible... jolines, es que con el pez... con el pez ya es mucho estirar la imaginación, qué caramba. ¡Y con lo que me encantaba ir a pescar con mi padre de chico! Ay Dios, ¿y porqué me meteré yo en estos berenjenales vegetarianos, con lo deseoso que está Julianín de llevarme a pescar truchas con él a uno de estos ríos cuando quisiese, y después, comémoslas entre los dos, gozosos contertulios, regadas de riquísimo vino riojano...?

De pronto me acordé de que por la mañana me había embolsillado una pequeña armónica que rondaba por el salón del albergue y que el ama dijo que me la podía quedar, pues allí nadie la tocaba. La saqué y toqué unas escalas para ver si aún recordaba cómo se tocaba el artilugio. Pues sí, no estaba mal, nada mal. Llamé a Matilda y le dije:

—¡Mati, escucha esto, es tu canción!

Y toqué, echado a la sombra de un envolvente sauce llorón, *Waltzing Matilda*, la cancionetilla australiana. De inmediato mi burra se puso a bailar, con más ánimo aún que el que había mostrado jugando con los peces, aunque, la verdad sea dicha, muchas personas no son capaces de vislumbrar la chispa de alegría en el ojo del asno. Se requiere experiencia vivida y propincuidad. Matilda fue girando sobre sí al ritmo de la música, su cándida pezuña sobre la hierba fresca, y me atrevería yo a jurar que era un vals lo que sus patas ejecutaban en su aburrado baile.

Vueltos cada cual a nuestros lugares de reposo, cené, charlé brevemente con las nuevas amistades mientras ponían un programa concurso en la tele, y me acosté.

Avanzábamos Matilda y yo por un paisaje increíblemente real, tanto, que medio supe que no lo era, sino que soñaba. Simplemente, las cosas se perfilaban con demasiada nitidez y destacaban de su entorno. Las mismas espesuras, los montes, los sonoros riachuelos que estos días dichosos constituían mi entorno acostumbrado y maravillosamente natural estaban aquí, pero más parecía que vivía yo una película, de tan “claro y distinto” que se mostraba todo: el piar arpado y no aprendido de las avecillas, el murmullo de las verdes hojas en el enramado de los árboles al ser mecidas por la brisa, el insectillo que zumba junto a mi oreja o la rana que croa en el estanque al atardecer. Estaba soñando lo que no tendría porqué soñar. ¿A qué venía esto? A uno le ha de gustar soñar cosas insólitas y no vistas, y no lo habitual y cotidiano... ¿Acaso no es esa la razón de que soñemos?

Se iba estrechando la vereda entre robles y olmos viejos por donde avanzábamos errabundos, y nos fuimos acercando a un estrecho puente, tan estrecho que nos tuvimos que poner en fila india Matilda y yo, ella delante, liderando nuestra incómoda procesión. Esto ya me convenció del todo de la irrealidad del escenario y situación, pues ni loca se pone ella a tirar por un puente angosto como estaba haciendo en esos momentos, a pique de caernos los dos. Éramos puro puente: nada delante, nada detrás, y... ¡nada debajo!

¿Pero dónde se ha ido el puente, dónde, Matilda mía? Estoy en una oscuridad absoluta. Tanteo y siento una húmeda, lisa pared. Ya está: Edgar Allan Poe otra vez, y esta vez en *La fosa y el péndulo*. Pues no soy yo nadie reconociendo cuentos. Soy el protagonista, el prisionero, claro. ¡No iba a ser de los malos, los malvados monjes dominicos de aquellos funestos días del Santo Oficio! ¡Faltaría *plus*, vamos! Dominicos buenos haylos, a no dudarlos, que ahí está nuestro buen fray Luis de Granada, insigne orador, sin ir más lejos, pero... ¿y toda la caterva de inquisidores mayores, menores, y más medianillos? ¿Y esos, qué? ¡Que no los perdono, leñe! Claro que tampoco es razón para que Spielberg, y otros que yo me sé, la tomen con España a cada tres por cuatro, que si conquistadores y piratas y expulsiones xenófobas y esto y lo otro. ¡A otro con el cuento, anglosajones de los cojo...!

Si avanzo pegado al muro daré una vuelta entera y no sabré siquiera cuándo he vuelto a mi

punto inicial. O si tiro para el centro caeré en un profundo pozo: la fosa del título. La negrura absoluta reinante no me gusta mi pizca. Arrastrando el cuerpo, con sumo cuidado, me deslizo hacia donde debe de hallarse el foso. Ahora sí que no hay nada rodeándome, nada más que negrura. Tal vez quieran torturarme a base de la famosa privación sensorial. Pero eso suele hacerse metido en una especie de traje de submarinista, flotando en agua tibia, ¿no? Esta chusma no disponía por aquellos días de tales sutilezas. Tenían otro tipo muy diferente de refinamientos los putos. Uno de esos aparatos que te encogen, o te estiran, como hacían con el Gordo y el Flaco ... eso es lo que me espera. O astillas entre las uñas, ¡oUy! o ratas metidas dentro de un cazo invertido que calientan sobre mi barriga. ¡Grandísimos bellacos! ¡*Porca miseria!* Ratas, ratitas, a escarbar tocan, peludas muchachitas, por el único camino de salida, que es para abajo, por estas blanduras.

El péndulo. Zuuuum-zuuuum. Abajo, cada vez más abajo, a cercenar la región de mi corazón. Póngame doscientos gramos de jamón “de York”.

¿Pero porqué? ¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¿He ofendido yo a alguien? ¿He pecado contra Dios? ¿He cometido *peccato di Dio*? Ma ¿*Ché me fai?* ¿*e ché farò?* ¿Y qué hago yo chamuyendo italiano, si no lo domino? Tal vez el mozárabe: ¿*Ya-Mamma, qué faréyo, aut qué serad de mibi?* *Eu morreyo. Non te tolgas del teu l'habib.* Vaya y cómo andan los aposentos de mi cabeza...

¡Anda! Esto es un tribunal de justicia. Aquí todos los catéticos aldeanos como público, aunque más de uno debe de ser miembro de la *Cosa Nostra*, la Mafia, y le aguarda un Mercedes negro a la puerta. Los ujieres parecen guardias suizos o alguaciles de los tiempos pretéritos. Delante de los magistrados, cuatro *ángeles del infierno* sobre sus Harley Davidsons. Tras las elevadas tribunas, una hilera funérea de monjes de muy mala calaña y peor pinta, por mucho que vistan de hábito... los rostros invisibles, excepto por alguna nariz aguileña que asoma o la verruga de un mentón, o acaso un resplandor sádico de una pupila ávida de sangre. Y en el centro... en el centro... ¡es que no os lo vais a creer! En el centro, el magistrado mayor, o juez, o, como oí que le decían: el *procurador fiscal*, ¡un burro era! Matilda no, claro que no, sino otro, mucho más feo y seriete. Os lo dice uno que sabe un rato de estas cosas.

Este asno mandamás tenía un librote enorme entre las manos, o pezuñas, y parecía mismamente sacado de una estampa de los Caprichos de Goya, ésa que dice: *Asta su Abuelo*, y muestra que el libro está repleto de burros y más burros. Quiero expresarle al que tengo al lado lo extraño de la situación, con el magistrado burro aquél, pero a mi lado hallo ni más ni menos que a la vieja del cucharón de la Quinta del Sordo, su desdentada mueca de sonrisa muerta, y a su compañero de los cuencos vacíos. Me veo ahora aislado, solo, sobre un podio: ¡El enjuiciado! Visto una corozca, capirote o cucurucho con una barahúnda de diablejos danzantes, acabado en racimo o palmerita, y me cubre una túnica de fuegos infernales. ¡Hostias! ¡A lo mejor va en serio!

—Reunido el Santo Tribunal del Priorato de Sión...

¿Sión, que mierda es esta? Priorato de Sión... ¿de dónde han salido estos mamarrachos? Hace poco me tragué un libro que trata de esto... mira ahora en los líos en que me meto. *El enigma sagrado* se llamaba, escrito por tres supuestos “eruditos”, “investigadores de pacotilla” decía la crítica, y vaya rollazo de libro.

Resulta que Jesús está casado desde muy joven con María Magdalena, ¿vale?, la cual es hermana de Lázaro, el resucitado, y viven con sus hijos. Y luego va y se mete en los follones que todos conocemos —aquí lo pintan como un terrorista— y tienen que simular una crucifixión (conchabados andan con Pilatos, a quien sobornan con promesas de paz y tranquilidad y sustanciosos sestercios) para crear a un dios sacrificado (aunque esto no lo explican muy bien), y montan el *show* en una finca privada de José de Arimatea (el del Santo Grial), donde la chusma

no pueda acercarse y ver la tramoya, el percal, la martingala.

Jesús tuvo un montón de churumbes, entre ellos —y porqué no— Barrabás.

Bueno, el caso es que, mientras Jesús se larga a la India, la Magdalena y su hermano Lázaro, y los chiquillos (de la dinastía de Jesús de Nazaret) se embarcan para Marsella. En tierras galas con el tiempo y una caña fundan la dinastía Merovingia, toma castaña, la cual perdió el trono de Francia al serles vilmente arrebatado por unos cabrones chaqueteros palaciegos, los Capetos (estaban de moda las capas, no las chaquetas), que se habían granjeado el favor del Papa de Roma, otro que tal bailaba y que no hacía más que meter las narices en los asuntos de los franchutes.

En conclusión, que el resto de la historia de occidente es un intento de volver a poner a los merovingios, de la sangre de Jesús, en el trono de Francia y en definitiva, del mundo entero (¡tachán!) (de verdad, leñe, no os engañe). Esta agoniosa meta fue encargada alternativamente a diferentes organismos, entre los que se cuentan los albigenses o cátaros (el corrector ortográfico quiere que ponga cataros o catarros), los templarios, hasta 1188, en que se transfirieron los poderes (y responsabilidades, claro, que no todo va a ser cosa de ir diciendo ándele manito... de chulapote y guapetón, ¿verdad?, así como el que no quiere la cosa nomás ... pues no, hombre, no...) del Temple al Priorato de Sión. Éstos, junto con el Papa y el Rey, se la pegaron luego con muy mala leche a los templarios allá en 1307, como todo el mundo sabe.

Jefazos o “Gran Maestro” de esta Orden o Priorato de Sión lo han sido, entre muchos otros, figuras tan dispares y tan extraordinarias como Botticelli, Leonardo da Vinci, Isaac Newton (que dicen que era masón, y además, un Rosacruziano; y ahora esto... ¡con lo bien que me caía!), Víctor Hugo [¡anda ya!], Claude Debussy y Jean Cocteau. Y vaya cóctel que les sale a estos prioratostes.

Leemos muchas gansadas, cuando no las perogrulladas de siempre, sobre el Santo Grial, tan de moda por estas fechas de hoy medievalistas y oscurantistas, y ciertos misterios que rodean a Rennes-le-Château, aldea del Midi francés —zona cántara— misterios en que se entremezclan cuadros del pintor Poussin (*Et in Arcadia Ego*), un rico tesoro visigodo o merovingio o cántaro o templario (a ver si se deciden), y múltiples milagros, secretos y farfollas y pamplinas. La reoca.

Así que esta infame turba —éstos sí que son pájaros de mal agüero— me quiere juzgar a mí. ¡Acabáramos!

Admito que esto no parece un sueño, pero ahí está: mi pesadilla es, y pesadilla mía ha de ser, salga como saliere, y al que no le guste, pelillos a la mar, desnudo nací y desnudo me hallo, que diría mi entrañable Sancho, y no se me da un higo lo que digan, y ande yo caliente, y con su pan se lo coman. Igual puede afiliarse al priorato ese. A mí tanto me da. Como si quieren hacer el pino o levitar.

El libro de marras me pasó ante el magín como una exhalación, en que vi todo lo que decía, lo visualicé como si me acompañara la ciencia infusa, y sobretodo rapidito y corriendo, por la razón que a continuación especifico:

Que ahí estaba yo en mi peana de hereje, tan peripuesto y requete-pintado, y quería decir una cosilla... tenía que hacerles saber a los tribunos que me estaba meando, que no me podía aguantar. —A lo mejor si meto las manos debajo de la túnica... así, de tapadillo...

Mi juez el burro comenzó a discurrir, atrayendo hacía sí la atención general, y habló de la siguiente guisa:

—*Monsieur, signior*, tomad vuestras armas y matadme una humilde abejita. Sí, posada sobre la puntitica de un cardo borriquero. Pero que no chorree el pote de la miel. ¡No! ¡NO! ¿Y cómo pueden ser tan obtusos estos mortales? Mejor dadme una botella de heno, del mejor heno riojano. ¡Y deje usted de moverse, *homme de l'âne!*

Ni pies ni cabeza. Continuó su asnal señoría:

—Necesito un barbero. Con esta hermosísima pelambreira que me cubre el rostro, este rostro de burro blando y tierno, tan blando como Platero, tan tierno como Matilda... que en cuanto me pica me he de rascar, ¿no? ¡Me pica! Rasca, rasca ¡ay, sí! ... y ahora, no me molestéis, que me ha entrado una mo... do... rra... zzzz... zzzz...

¡Y qué de transformaciones! De pronto no soy yo quien viste túnica flameante y capirote, sino aquél que acaba de dormirse, el burro del inquisidor, y no puedo contener la risa, y me doy cuenta de que todo ha sido una broma, una grandísima broma, que Lázaro es el albergue, Magdalena, la ermita, o tal vez... ¡horreur!, ¡los pastelitos del Ginesillo! No me extraña que me produjeran ardores ... y el inquisidor seguro que representaba ese airado cura que ofició misa en Berceo, a quien no le gustó el mensaje de mi milagro. Cura de paso era, me dijeron, pues al cura párroco del pueblo de Gonzalo de Berceo le habría encantado mi mimo. Abrí los ojos en la oscuridad y me encontré todavía riendo a labio partido de tanta incongruencia. Por vergüenza y respeto a posaderos y residentes me callé y corrí al lavabo a aliviarme.

— — —

A las ocho de la mañana estaba Julianín en el recibidor esperándome. El ama me llamó muy callando a la puerta, pero yo ya estaba despierto. Acabé de poner en orden mis bártulos para la partida y bajé con ellos a la planta principal. En la mano llevaba el libro de Mark Twain para Julianín, que había devorado el Lazarillo con ansia, según me contó. Mi amiguito aceptó el nuevo libro con mucho agradecimiento, y yo noté que quedaba como impresionado de su grosor, como preguntándose: ¿Alguna vez seré capaz de tragarme este tomazo? Y ya veis, una nadería que es. La próxima vez que lo vi, que no habían transcurrido más que cuatro o cinco días, ya lo estaba terminando.

Pero, ¡ay qué torpe soy, que casi se me olvida contaros la cosa más extraordinaria, y que ocurrió a raíz de que el ama decidiera rebuscar entre mis ropas para lavar todo lo que fuese menester! Resulta que cuando estaba buscando el *Huck Finn* mira por dónde se me aparece, en lugar prominente, la bolsa de plástico transparente (vacuada de ropa) con mi “tercer fajillo” de billetes, el que yo creía que me habían desposeído en Berceo, y que me había causado tanto trastorno. Y es que las cosas no hay que tomárselas tan en serio, Juan. Sobre todo si no tienen arreglo. Y más cuando “no es mentira, que no te lo hayan robao” como se dice por ahí.

Desayunamos todos juntos Julianín, el ama, la sobrina, y yo a la mesa (no, Matilda no), café o chocolate o leche, cada cual a su gusto, y unas tortas, ‘donuts’, y magdalenas. Miré éstas últimas y vi que eran de nuestro amigo el señor Ginesillo Montes, y se me representó el sueño, y pensé que tal vez esas magdalenas nos sentaban mal precisamente a Matilda y a mí, por alguna extraña coincidencia o circunstancia, y la muy lista de mi burra se había dado cuenta la primera. Rechazar ella algo hecho con tales ingredientes (harina, azúcar, etc.), ya tiene mérito. Decididamente era yo más imbécil que mi pollinica.

Saldé la cuenta con la sobrina, aunque en verdad cuentas como aquella no se saldan nunca, si no es porque se guarda un rinconcito en el corazón para estas almas santas, y salimos a recoger a Matilda, cuya posada quedó asimismo saldada y propinada con generosidad, y Matilda recibió toda una nueva provisión de jalufa, yantar, o lo que se dice llanamente heno fresco para el camino.

Salimos de la encantadora Viniegra de Arriba por la carretera que desciende hacia Viniegra de Abajo, para seguir esta ruta asfaltada cosa de un kilómetro. Eché una última mirada al pueblo y di un suspiro, mi último suspiro Viniegrés. Adiós. Y gracias.

En un momento dado la carretera cruzaba al lado izquierdo del río. Seguimos por ese costado y cuando nuevamente tocaba cruzarlo, en lugar de hacerlo nos encaminamos hacia el poniente, subiendo por un empinado barranco por un lecho seco de río. Yo tuve que ir montado sobre mi Matilda a trechos, especialmente en las subidas, pues no había recuperado mis fuerzas del todo aún —y tardaría mucho en hacerlo— pero ella parecía que incluso me apremiaba a que la montara, a base de darme un empelloncito con la nariz cuando notaba que yo desfallecía. Hacia el sur, a nuestra izquierda, fuimos dejando atrás unos montes, llamados, según Julianín, el Cerro y el Collado de San Millán. Eso me recordó algo que había oído sobre ruinas de una necrópolis romana, que debía de andar por alguno de estos parajes montañosos, no muy lejos de Viniegra de Arriba.

—Ah, sí. Pues usted debió pasar justo a la vera de ellas cuando lo traían para Viniegra, pero como venía cruzado sobre su rucia no estaba precisamente para esos menesteres, ni creo que el pastor que lo guiaba llevaba ánimos de echar parlamentos sobre ruinas milenarias. En efecto, el Frascuelo, aunque no es mudo, dudo que haya dicho más de cien palabras en toda su vida. Es hombre de pocas palabras.

Le enseñé a Julianín cómo bailaba Mati al son de *Waltzing Matilda* cuando tocaba yo la armónica, de lo que sacó gran contento. Le conté la historia que narra la cancioncilla, en un estrambótico argot australiano, acerca de un vagabundo de los de hatillo en ristre, barba de siete días, rostro flaco y hambre canina, que recorre las inmensidades ignotas de aquel continente. A esto llaman “echar un vals con la Matilda”, donde la ‘matilda’ no es más que una vieja manta enrollada. Está sentado este hombre recostado contra un eucalipto junto a una charca, atento a su lata de té o lo-que-sea, que está a punto de hervir, pues sobre fuego se halla. De repente se le planta delante una ovejita que va a beber de la charca. Ni corto ni perezoso, el sujeto la trinca y la mete en un saco: ¡comidita al canto! Pero mira por dónde, allá que te vienen el cacique sobre su pura raza con cuatro “troopers” a atraparlo y exigirle la oveja robada. —¡No me cogeréis vivo! —exclama, y opta por arrojarse al agua, ahogándose. Los viajeros al pasar por aquellos acuosos parajes —termina la canción— aún puede que escuchen al fantasma de aquel pobre vagamundos.

Durante un descanso algo largo que hubimos de dar, más por mí que por nadie, el muchacho se llegó a un bosquecillo de pinos que se hallaba encajonado entre las laderas de dos montes, diciendo que iba a ver si las lluvias nocturnas de los últimos días habían producido setas. Al rato volvió con un cestillo improvisado de hojas y ramas, bien repleto de hongos silvestres.

—Mayormente Níscalos o rebollones, que los aragoneses llaman rovellón: riquísimas, y un surtido de otras setas algo más exóticas, para dar gusto y variedad. Y no: no hay que tener miedo a envenenarnos, que lo he hecho infinidad de veces.

Guardó su tesorillo micológico en la mochililla que llevaba en la espalda y proseguimos la marcha. Topamos por fin con el camino que ascendía desde Viniegra de Abajo a la Ermita de San Millán, vadeando el río Urbión. Veíanse corrillos de villanos y no tan villanos a pie, subidos en sus motocicletas, y algún que otro vehículo a cuatro ruedas, todos marchando en romería a su venerada ermita.

Entonces miré a Julianín y me pareció que actuaba de forma extraña, mirando inquietamente de un lado para otro, pero principalmente hacia el suelo. Me pregunté a qué podía deberse ello. Oteé alrededor y lo supe: detrás nuestra, acercándose a buen paso, pero lentas para ir montadas en esos cacharros, tres gallardas mozas sobre sendos Vespinos (o alguna moto de ese tipología, que yo de motos no entiendo, aunque tengo entendido —y lo he corroborado por Internet— que muchos de los dueños de esos artefactos se entienden entre sí llamándolas “sus burras”, ¿se entiende lo que digo?). Yo, si se parece a una Vespino, pues lo llamo Vespino, y me quedo tan pancho, aunque hasta puede que sea japonés, o que no se fabriquen ya Vespinos, que yo no lo sé.

A mí plín. Así que nuestro Julianín se estaba poniendo de todos los colores por culpa de una de las jovencitas, y no me costó ningún esfuerzo adivinar cuál era: estaban sus cabellos de oro esparcidos a los aires, y rodeábale un como resplandor o halo celestial. Avanzaba justo en el centro, una pizquita adelantada, y era como si de una princesa con sus dos doncellas se tratara.

—¿Cómo se llama, mi querido Julianín?

Él, muerto de vergüenza, y más todavía porque yo le había visto el plumero, confesó:

—Melisa. Aunque yo para mis adentros la llamo Melisenda, y como es de Villavelayo, como la mismísima Santa Áurea u Oria lo fue —que no sé cuál brille más, si esta mi Melisenda o aquella santa—, la llamo yo Melisenda del Villavelayo.

Sin pensarlo, de un pronto o arrebató que me entró determiné hacer de Cupido de los Montes. Me aproximé al trío, los ojos fijos en la ninfea damisela que había capturado el corazón y el alma de mi compañerito, y que continuba un tantico adelantada de sus amigas. Me hincué de hinojos en la calzada, extendí la zurda al aire y agarró la diestra mi corazón. Exclamé:

—¡Oh, Melisenda del Villavelayo!, ¡la más bella doncella del universo riojano, y aún de Soria y Burgos en Castilla, si al caso tocare, y pues ya que en ello estamos, de Aragón, de Navarra y de las Vascongadas, tierras todas circunvecinas y por ende dichosas de poder admirar de cerca tanta hermosura y discreción! Os ruego que no prestéis oídos sordos a estos mis ruegos, pues la causa justa es y meritoria. Y pues quiero que sepáis que hay aquí, entre nosotros, un corazón amante que se desvive por vuestra aquiescencia y aprobación, que ni vive ni deja vivir, y he de advertiros que si seguís de esta guisa, dura como acero con él, el muchacho, mi compañero de fatigas, igual se nos pone a hacer puenting o algo peor, qué sé yo... caer en las drogas duras... hacerse fumador de tabaco mismamente. ¡No seáis cruel! ¡Apiadaos de él, el siempre fiel y enamorado Julianín del Najerilla!

Ellas se miran entre sí, intercambiando risitas, señalándose las albas sienes.

—Usted debe ser el Hombre de la Burra.

Esto lo soltó una de las otras dos jóvenes. A continuación la tercera, desde el otro extremo, que no tenía pelos en la lengua, me quiso aguijonear:

—Dicen que usted tiene un puntico flojo en lo que toca a insultar y maltratar a los animales, sobretudo si oye a alguien mentar a su pollina. Y yo a lo que veo y creo, afirmo que su burra es más tonta que cagar patas arriba —el trío rompió en risitas enristradas. Yo, aunque sé que no os lo vais a creer, me contuve. Me contuve y aguanté primero por Julianín; y segundo porque tuve que admitir (para mis adentros, claro) que yo había cogido a Matilda una vez en el acto de desahogarse con las patas ondeando al aire, y debió de ser que como en ese momento se revolcaba en el polvo con infinito regusto y placer, allá soltó el paquete, desafiando a Newton y sus implacables leyes.

—Venga, señor —finalmente rogó Melisa, o Melisenda—, ande y quítese de en medio, que ya es usted mayorcito para ir tomándole el pelo a unas jóvenes aldeanas —Julianín, a todo esto, se había puesto colorado como un tomate, y trasudaba, y se escondía detrás de Matilda. Las chicas, por indicación de Melisa, le dieron más gas a sus ‘burras’ y nos rodearon con la intención de seguir subiendo más deprisa, con tan mala suerte que a Melisa se le desvió el cacharro hacia la derecha y enfiló directamente a un joven castaño que a la vera del camino crecía; dio un topetazo, o castañazo, y salió lanzada por encima del manillar, empotrándose en la uve que formaban las dos ramas principales del árbol, su espléndido pompis ondeando al aire. Julianín corrió azoradísimo a rescatarla, pero sus manos, desacostumbradas a manejar los delicados cuerpecillos de las damiselas, no acertaron a esquivar ciertas turgencias muy íntimas y prohibidas de su anatomía, a consecuencia de lo cual, en cuanto ella se vio con ambos pies en tierra, se afanó con denuedo a hacerle partícipe de su estado de ánimo, propinándole una solfa de tortazos más que

medianamente bien encajados.

—¡Buéh! ¿Impulsiva la chica, eh? —le dije, conciliador, en cuanto desaparecieron tras la siguiente curva de arriba las mozas. Él de buena gana me habría metido un sopapo o dos, pero se contuvo, mohíno.

—Son gajes del oficio —insistí —; además... esa cae, ya lo verás. En el bote la tienes... o casi.

Seguimos la marcha hacia la ermita, siguiendo la misma dirección ascendente que todos los demás romeros de la ruta. Quince minutos más y habíamos arribado. Muy serióte iba Julianín, mi amigo, sin saber que yo tenía más razón que un obispo, si es que éstos acostumbran a tenerlo, de lo cual tengo mis reservas y dudas. Como decía aquél:

—¡Amontillado!

—Tengo mis reservas.

—¡Amontillado!

—Tengo mis dudas.

Mas al poco rato el muchacho estaba allá al otro lado del rellano en afanosa conversación con su meliflua Melisa o Melisenda, bella cual sacerdotisa al servicio de la divina Artemisa de Éfeso.

Asistimos al servicio, y luego, cuando todos compraban bocadillos y cervezas, o compartían botellas de vino, o se engolosinaban con las tortas de sal, vi al siempre misterioso compañero mío Julianín que aparecía con un platillo de setas para mí, pues había utilizado una de las parrillas al costado de la ermita para confeccionarlas, con su botellita-alcuza de aceite de oliva, y sus hierbas, sal, ajito, etc. Ni el mago Fierabrás conseguiría reunir mejor compilación de ingredientes o menjurjes.

Y estaban deliciosas. Opinión que Mati compartió plenamente: me había traído tantas setas, que pensé que el chaval exageraba conmigo, en detrimento propio y de su nueva conquista. Pero era evidente que me estaba agradecido por el favor del camino. El caso es que Mati comió tres buenos bocados, y creo que, a pesar de que las setas eran efectivamente inocuas al 100 % para nosotros los humanos, algo debían tener que afectaban a ciertos animales, en concreto a las burras, pues mi Matilda, a la que yo había aliviado de toda carga y andaba libre y desembarazada, tras la ingesta de los susodichos hongos comenzó a bailar *Waltzing Matilda* sin acompañamiento de la armónica, y no sólo eso: también, o al menos así me lo pareció, se puso a cantarla al compás, si bien desafinaba audiblemente. Y para acabar de dar la nota, que bien que la estaba dando, y pantafónica aún, se tiró a los suelos y se puso a darse una ducha de arena allí en mitad de la fiesta. Decididamente mi Matilda estaba feliz ese día, no lo dudéis ni tengáis reserva alguna.

Entonces se oyó algo que a mí me traía reminiscencias quijotescas, o mejor dicho sanchescas, y no nada halagüeñas. Oí que gritaban:

—¡El manteo!

La gente formó un enorme círculo alrededor de una cuadrilla de mozos fornidos que asían una gigantesca manta, y digo que era una manta porque otra cosa no podía ser, excepto que debía de ser para cama, no de matrimonio, sino de harén de moro.

—A éste. A aquella. A la otra. ¡Ven acá para acá! ¡Venid todas, venid!

—Ahora a aquél.

De tal talante iba la cosa, personas volando manteadas, y yo pasmado, de inesperado que me resultaba aquello. No creía que estas cosas existieran sino en las ficciones novelescas, pero helo ahí enfrente mía. ¡Josú, yo me quito de aquí!

—¡A la burra! ¡A la burra!

Pero no pudieron agarrarla, y como era natural, sumaron dos y dos en plan sinécdoque o metonimia —que no sé cual— y fueron al dueño por la cosa:



—¡Al Hombre de la Burra!

—¡No, no! ¡Pardiez, que a mí no me mantea ni el copón! ¡Bueno soy yo para aguantar cosquillas de nadie! ¡Atrás, atrás, gentuza inmunda, canalla bellaca y villanesca, emisarios de Satanás! ¡Traición! ¡Teneos! ¡A mí la Justicia del Rey!

Ya me encomendaba al altísimo, pues allá arriba me veía llegar volando, cuando se interpuso Julianín mi salvador, ofreciéndose él por mucho que le pesase e indignase. Alegó en mi defensa que aún no había sanado de las tropelías ovejunas, que no sería justo ni lícito ni prudencial que ahora me pusieran a dar de botes por los aires.

Mientras el mártir subía y bajaba más que un yoyó, más que Cantinflas de ascensorista, unos ojos jóvenes y bellos lo observaban tiernamente.

Matilda también miraba atentamente la acción. No creo que se diera plena cuenta de la faena de la que se había librado, pero sí pareció reconocer a Julianín, y también ella, cariñosa bestezuela, lo miró con una cierta lástima o ternura, aunque no tanta como la que sentía Melisenda del Villavelayo, claro.

Las más que volaban eran mozueltas, y tras Julianín voló Melisa, pero en verdad que a las chicas siempre se las trata con más delicadeza. Es ley de vida.

Cuando ya la sonrisa me retornaba a los labios, y se me había secado (mayormente) el sudor de la frente, y Matilda y yo estábamos considerando la posibilidad de retirarnos discretamente a una actividad y entorno más de nuestro agrado y conveniencia, que en mi caso era una siestecica a la sombra de un pino, y para ella apostaría que un buen ramoneo en estas abundantemente provistas dehesas monteses, cuando he ahí que a algún listillo no se le ocurre otra cosa mejor que arrojar un gato al centro de la manta. Los mozos voltearon la manta al aire, y el gatillo, naturalmente, se aferró con sus cuatro garras a la tela con tanto más ahínco.

—¡A li-uán... a li-tú... y a li-trí...!

¡Cabúm! sube la manta, y ¡cabúm! Salta el gato por los aires, aullando, que no maullando, ferozmente. Aterrizó justo en los morros de Matilda, a los que se agarró como si le fuera la vida en ello. Matilda, naturalmente, quedó corrida y gateada la pobre, y su reacción fue la de sacudirse ese monstruo de las narices agitando la cabeza para todos lados, lo cual fue lo peor que pudo hacer, pues las uñas del gato se le hincaban tanto más, y le producían cortes, y la borrica no sabía qué hacer sino dar coces repetidamente en el aire. Al final, al último cabezazo, lanzó fuera de sí al fiero felino, el cual llegóse volando justo a la fuente de agua, que andaba a la sazón hasta los mismos bordes de agua fría de la montaña, y se dio el gato un refrescante chapuzón, para seguidamente salir de un increíble brinco de allí para no ser visto nunca jamás.

El público quedó silencioso por un mágico momento. Sólo se oían los lastimosos quejidos de la asna, y todos comprendieron que hay bromas que se pasan de rosca, y no es buena broma aquella en que acaban pagando justos por pecadores.

Mas apostaría que quedará en los anales de nuestra verdadera historia que fue mi borrica Matilda la que en aquella romería de San Millán se llevó el gato al agua.

Tras la arriba pronosticada siesta, que por fin cuajó, y fue buena y sabrosa, como la mucha hierba que en desquite se zampó mi Mati, encima de las zanahorias que yo le metía en la boca mientras le curaba los morros con un pañuelo (que acabó con muchas manchas rojas de la sangre del animal) nos unimos ella y yo a la mucha gente de la concurrencia que aún quedaba sobre el monte, y comenzamos el descenso hacia el pueblo de Viniegra de Abajo —población, ciento treinta y tantos habitantes— cuya ermita y romería era la que habíamos visto y vivido ese memorable día.

—Antiguamente celebrábamos esta romería el primer sábado de agosto —me explicó un aldeano—, pero a veces, cuando caía demasiado a principios del mes, optábamos por subir el

segundo sábado. Con el tiempo la gente, la mayoría de la cual viene a visitarnos cada verano por estas fechas, pues hace tiempo que emigró a Madrid, o a Barcelona, etc., nunca sabía si la romería iba a caer en el primer sábado o el segundo, así que al final lo tenemos que celebrar en ambas fechas, que es lo mejor para todos. ¿No es verdad? Aunque la más grande es ésta, la del segundo sábado.

Arribamos en el pueblo justo en el momento en que empezaba a refrescar la tarde, y todo el mundo se sintió más cerca del cielo, a pesar de que habíamos descendido varios centenares de metros.

Al Najerilla mi compañerito lo despedí en medio del pueblo. Se fue camino abajo, hacia su río, diciendo “Nos vemos, le dijo un ciego a otro”, y desapareció.

Fui invitado a cenar y a pasar la noche en casa del alcalde del pueblo, quien me habló largo y tendido sobre el pueblo, sus trazos y perfiles, incluyendo sus orígenes visigóticos, su esplendor cuando ciertos indianos emigrados de allí enriquecieron la villa; el hermoso puente del canto, que le llaman, y la fuente de los cuatro caños, y su iglesia, con la moderna vidriera multicolor... Esa noche dormí como un tronco, o como un bosque de troncos. Amén.

Temprano por la mañana les insistí a todos cuanto me instaban a quedarme unos días entre ellos que yo tenía que seguir mi camino. Algo me achuchaba a avanzar, a no detenerme en ese punto, a pesar de lo inmensamente bello del lugar, y de las amables personas que me ofrecían a manos y brazos llenos su hospitalidad y su cariño.

Igualmente me habría encantado llegarme a Ventrosa, un par de kilómetros al este-nordeste de Viniegra de Abajo. Quiero decir, que se baja por el río Urbión un trecho, y algo antes de llegar al Najerilla se sube por otro río, el Ventrosa, que lleva directamente al pueblecillo, de unos cien habitantes. El pueblo, bellísimo (cómo no), queda dividido en dos por un collado, de forma que hay, al igual que dos Españas, dos Ventrosas. Según el diccionario de Mr. Gates no hay dos Españas: acaso empañas o espadas o espantas. Tiene Ventrosa museo etnográfico, albergue, y una linda zona de acampada con exuberante arboleda, que a mi burra y a mí sin duda nos habría encantado visitar.

También querría yo haber subido —que si miramos el mapa significa bajar, pues “subir” es dirigirse rumbo sur— por el Najerilla atravesando la orilla norte del pantanico que produce la presa de Piarrejas, que a pesar del nombre, y de parecerse en el plano a un estómago en ayunas, dicen que es una preciosidad, hasta llegar al gran embalse de Mansilla. Para aquellos que no lo saben, diré que Mansilla de la Sierra, la verdadera, pueblo que fue de Ana María Matute, se halla hoy hundida en el fondo del embalse, y que se puede ver la torre de su iglesia, y acaso algún otro monumento, asomando, tenue silueta, bajo el agua, si se coloca uno en el lugar y la estación apropiados. Debe de ser para el autóctono como ver el cadáver de un familiar querido, ahí abajo, entre flotandillo y hundido, diciéndote: —Ven, ven, que aquí se está muy a gusticooooo; o como el Capitán Ahab, enredado en las cuerdas de los muchos arpones sobre el lomo de Moby Dick, ondeando el brazo al vaivén de su anfitrión, llamando.

Pero no. El fantasma que sea que me interpela a mí lo está haciendo en otra dirección, me invoca, me emplaza, a que acuda... ¡Al monasterio de Valvanera!

Matilda y yo, sendos sombreros de paja encasquetados sobre las sienes, dejamos pues la aldea. Iniciamos el descenso del riachuelo, tras una afectuosa despedida, y con la garantía de una buena habitación y plaza de caballeriza reservadas a nombre nuestro esperándonos en el dicho monasterio, por orden y gracia y enchufe del señor alcalde de Viniegra de Abajo, que había telefonado a la centralita de reservas del sacro sitio, insistiendo en que dispusiesen de alojamientos para nosotros, ínclitos huéspedes, *ipso facto* y sin excusa que valga en sentido contrario. Con dichas señas y credenciales íbamos la borrica y yo más alegres y tranquilos que

una primavera florida.

La bajada, una vez que se unieron los dos brazos del camino, se hizo un tanto dificultosa, pues amén de las curvas empezaron a menudear los coches, que iban demasiado rápidos, y encima abriéndose en aquellas susodichas curvas. Si Matilda no me hubiera cobrado la confianza que ya me demostraba, no sé cómo diantres hubiésemos logrado resolver nuestra papeleta en esas condiciones y circunstancias: El río quedaba muy abajo a la diestra, y avanzábamos pegados a grandes riscos a la siniestra. De repente se abrió el paisaje en abanico y pudimos disfrutar de una visión espléndida del Najerilla —el cual hasta la altura de Villavelayo llamaban Neila y no Najerilla— discurriendo frente a nosotros entre álamos, y un majestuoso puente que nos transportaría a la magnífica posada o Venta del Goyo.

De obligada visita es esta venta.

Por desgracia para mí no era la hora del almuerzo todavía cuando llegamos, por lo que nada puedo decir sobre las sobradamente ensalzadas delicias que me perdí de disfrutar. Sólo alcancé a percibir un remoto reflejo a guisa de olfato u olorcillo aromático proveniente de la cocina, y unas tapitas —pimientos de piquillo y patatas a la riojana— que tuve ocasión de degustar con el delirio de vino de la casa.

Bien pronto me vi afuera, sin embargo, atendiendo a mi acompañante, pues ni quería yo dejarla desamparada demasiado rato ni tampoco que a ella se le ocurriera dar buena cuenta de las flores y la verde grama que emperifollaba el exterior del edificio. La Venta del Goyo, en verdad, no es venta: es castillo.

## 14. La noche de los muertos vivientes

A unos cinco kilómetros río abajo, como a medio camino hacia Anguiano, pueblo que ya conoce el lector, parte a la izquierda, subiendo montaña arriba, el desvío que nos llevaría al Monasterio de Valvanera. Durante el camino hasta este cruce no hay demasiado que mencionar acerca de nuestro recorrido excepto que gozamos de algunos de los paisajes ribereños más sobrecogedores del ancho mundo, y también dejo por la presente constancia de un hermoso puente del que colgaban ristras y ristras de verdísima y húmeda hiedra, tal, que parecía salido de un cuento de hadas.

Arriba y siempre más arriba subimos, entre monte y matorral y calor y necesitados descansos y ocasionales cabalgadas sobre Matilda, pues mi bastón y yo nos moríamos. Me reconfortaba pensando que tarde o temprano mi escalar se tornaría en descenso: mañana, o pasado, cuando nos llegara la hora de abandonar el lugar y dirigirnos a nuevos parajes y nuevas aventuras... siguiendo la llamada del destino. Sabía a ciencia cierta que en estas últimas dos semanas había yo perdido más de veinte kilos. Y si albergara dudas, allí estaban mis pantalones, que se me caían. Matilda, por el contrario, y a pesar de ser criatura de valle como dije en una ocasión, era evidente que esta vida de montaña le sentaba la mar de bien, mucho mejor que a mí, pues si a mí me sentaba bien perder un montón de kilos, no menos bien le sentaban a ella añadirse los, que se estaba poniendo de rolliza que daba gusto mirarla. Rolliza, y robusta, cosas ambas que entre los jumentos es un cumplido decirlas. Y si me preguntáis que cómo lo sé os he de contestar que “no con quien naces, sino con quien paces”. Con eso queda todo dicho, si no es añadir, a modo de coletilla o colofón, que andaba yo prendado de ella.

Era la presente ruta parte principalísima de lo que denominaban los antiguos la Cañada Real de Santa Coloma, y que los modernos han afeado hasta el punto de convertirlo en GR-93.1. Pretenden que la GR signifique “Gran Recorrido” para la práctica del senderismo, como si cualquier hijo de vecino no supiera que en Francia también tienen sus GR, significando *Grandes Randonnées*, pues *randonner* es eso, hacer *trekking*, o si prefieres, *hiking*, o *senderismo*, que no nos entendemos.

Delante de mí tenía el San Lorenzo, el pico más elevado de La Rioja, a mi izquierda los montes Pancrudo, a mi diestra el San Quiles, más chiquitín. Allá lejos a mis espaldas, para acabar, el Urbión y las Cebolleras. Montes, montes y más montes, un mar de ondeantes crestas sucediéndose hasta el infinito.

Siempre me han gustado las montañas. Dudo que pudiera yo ser feliz viviendo en un lugar que no tuviera montañas y picachos, aunque sea en una sola dirección. Pero esto era un empacho. Si al menos no tuviera que estar escalándolos... En fin en fin, que no hay recompensa que se gane sin esfuerzo ni Zaragoza se conquistó en un día.

Pronto, aunque a mí no me lo pareció, lo que antes eran arbustos y malezas se tornaron en verdaderos bosques verdes de árboles: encinas, robles, pinos... laderas enteras de bosque virgen parecían mis alrededores, mientras me adentraba a paso firme, si cansado, en el valle más poblado de verdor que hubiese visto jamás. Este andaluz agradecía la visión en lo más íntimo de su ser. Era algo primigenio, algo del cazador pre-neolítico que debía de habitar en mi hipocampo, hipotálamo, o donde se le antoje a los neurólogos que tanto saben. ¡Oh, montes, oh bosque y fronda... “¡Oh quietud del Distercio!”.

En algún punto divisé en la distancia la sólida enorme masa rectangular, de traza neogótica, del monasterio, cuyo basamento se recostaba en la ladera de la montaña. Fortaleza de piedra era, tremenda.

Y ya atravesaba yo sus arcos, y ya averiguaba mis próximos pasos en la caseta de los forestales, y ya me inscribía, y acompañaba a Matilda a los establos bajo la admirada, si solícita, mirada de aquella chica de recepción que ayudaba a los monjes en los trapicheos del hospedaje, y en general, en todo aquel paripé. Antes de que me diera plena cuenta cataba yo ya mi cama, tentando su relativa dureza, deseando hundirme cuanto antes en un profundo sueño, muriéndome por caer en los dulces, envolventes brazos de Hypnos, sumergirme en las acariciantes aguas del Leteo.

Después de una ducha, claro. Había sudado mis buenos litros.

Y un par de vasos de ‘bon vino’, o mejor, de aquel licor de los dioses (¡qué puto hereje que soy!), el célebre licor de Valvanera, que bien me caté de ese detallito en charlas riojanas previas a mi llegada, el hecho de que los monjes benedictinos riojanos habían desarrollado un licor de fábula, y luego habían dejado que los franceses se apropiaran de su fórmula, y lo popularizaran por el ancho orbe, como ha sucedido con tantísimas cosas. En cuanto lo probé —pocos minutos después— reconocí el sello inequívoco de aquellos pacharanes que disfrutara en Viniegra de Arriba en compañía de mis colegas (García & Cía.), los ínclitos creadores de la Burroeléctrica Riojana.

Pero he ahí que sucedió un terrible imprevisto. Por dos ¿o fueron tres? días anduve como un sonámbulo por las lóbregas entrañas de aquellos edificios, sin percibir cuándo era de noche y cuándo lucía el sol, si estaba despierto o dormía, si vivía de veras o era una somera e insubstancial sombra.

Los edificios, todos los objetos, se manifestaban igual de irreales, productos de la ferviente imaginación de un brujo, un Festón malvado, que los hacía aparecer a mi alrededor para que yo continuara vagando perdido por estos submundos; me importaba un comino, un ardite, un grano de mostaza, si databan del IX, del XI, del XIV o siquiera del XVII, me daba tristemente igual si se trataba de la iglesia, de la biblioteca, con sus antiguos códices miniados, la sacristía... ocasionalmente se me representaba Humberto Eco y su novelado monasterio y su galería de grotescos personajes.

A mi alrededor movíanse personas humanas, monjes, turistas, personal de limpieza, camareros, pastores, qué sé yo, a cuál menos real, más fantasmal y etéreo.

Sombras.

Vi una Virgen que sostenía a un niño Dios que se me antojaba más parecido al Beatle John Lennon que al niño Jesús, y cuyas piernas estaban vueltas del revés con respecto al tronco y la cabeza, y es que se giraría a lo bestia, acaso para no presenciar algún sacrilegio —arguyen— aunque nadie me quiso explicar qué sacrilegio podía ser. Siempre cortan en lo mejor y más jugoso. De todas formas es cosa curiosa de ver. Más tarde me enteré de que los riojanos veneran mucho a esta Virgen de Valvanera y hay peregrinaciones cada año al monasterio. Así que supongo que me van a odiar por estos dislocados decires míos. Apelo a la libertad de opinión. Mejor: suplico clemencia.

Así que andaba, como decía, entre tinieblas, —un zombi— habiendo perdido toda noción del tiempo, y no era por ningún exceso en la bebida, como ya la mitad de vosotros habréis pensado. La verdad es que no tengo ni puñetera idea, ni ahora que miro en retrospectiva, de lo que me cayó encima esos días.

Fue la *Noche de los Muertos Vivientes*, peor: fueron varias noches con sus días de los muertos vivientes, en mi propia, personal e intransferible versión. Quizás fue lo que más necesitaba, lo cual me repatea, pero también me llena —embriaga— de asombro.

Comprendo que queráis que os cuente los detalles de lo que pasó. Lo más jugoso. Pero soy incapaz de hacerlo. Sólo diré que George Romero se quedó corto, o se le agotó el presupuesto. Ni

cuando la muerta se come el escarabajo que coge del árbol, ni cuando la niña hunde la piocha en el pecho de su madre una y otra vez, ¡toma, toma, toma!, con esos borbotones de sangre... bueno, la verdad es que eso estuvo bastante chulo, y hasta “chanchi-piruli” (que todo hay que decirlo); pero continuó: ni siquiera cuando uno de esos típicos yanquis con cazadora a cuadros le dice al colega: —Apunta ahí, justo entre las cejas... ¡Buen tiro!— Y se carga al bueno de la peli. Por otro lado se trataba del actor de color y jugador de rugby O. J. Simpson, el que luego parece ser que mató a su mujer, y se libró el muy cabrón, que un negro rico es siempre más que un blanco pobre en América... Sí, sí. En la vida real. La justicia de su país lo dejó marchar libre y hasta la próxima, *ciao O. J.* ... Pues como decía: lo mío... peor.

*Bueno, a lo mejor no fue tan grave como os lo represento ¿vale? excepto que lo viví en mis propias carnes, o mejor diría neuronas. Menos Platón y más Prozac necesitaba yo. Y en technicolor lo viví, mientras que el pobre Romero tuvo que conformarse con trabajar en blanco y negro.*

Supongo que el psiquiatra de turno lo habría achacado a una simple y vulgar depresión, de etiología química, bajo el apelativo específico de etanol.

Mas lo curioso fue que me ocurrió cuando menos bebía. Bueno, eso suele pasar con el *delirium tremens*, diréis, que te da en el retiro o maléfico *síndrome de abstinencia*, ¡ta-chán!, cuando dejas de beber (y allí se equivoca otra película favorita mía, *The Lost Weekend*, con Ray Milland, donde le dan las alucinaciones estando más beodo que una cuba); pero no fue ningún *D. T.* lo que me sobrevino, pues yo no estaba ni remotamente cercano a un retiro etílico. Tampoco fueron fiebres tercianas ni teresianas ni cuartanas ni quintanas. Fue el monasterio, y eso lo sé. Simplemente lo sé.

¿Será que les guardo excesivo respeto a los monjes y a sus hábitos? Algo en el monasterio activó un oculto resorte en mi psique que me volvió el juicio del revés, como el contorsionado cuerpo de aquel niño que sujetaba la virgen.

Los espectros que me visitaron, que me bambolearon e hicieron añicos toda pretensión de hombría y racionalidad en mí, que me PU-TE-A-RON, en esta noche oscura del alma, se fueron sin dejar rastro, como vientos de antaño, y me dejaron con un sudor frío. Y un gran vacío interior.

Tenía hambre.

Así que me llegué al comedor a hacer mi reserva para la noche, para una cena que prometía ser opípara, pues ya mi mente le dio la vuelta, la espalda absoluta a los sucesos inmediatos, y mi ánimo se recobraba a pasos agigantados, mirando hacia el futuro y hacia la alegría de vivir. Esas macabras visitaciones, visiones horrendas, quedaron atrás, luengamente olvidadas.

Diré, y con esto cierro el capítulo de mis pesadillas cenobíticas, que es ésta obra risueña, para deleitar al lector, no apesadumbrarle con naderías que le puedan acaecer al chalado del autor. Así que pelillos a la mar, que mañana amanecerá y medraremos.

Todos los que me vieron luego se dieron luego-luego cuenta de mi mejoría, y me sonreían los que pasaban cerca de mí como si me conocieran y me quisieran bien. Como así era la verdad, a Dios gracias.

— — —

Ocupaba un servidor la cabecera de la larguísima mesa. Quise negarme, pero no hubo modo. El Hombre de la Burra, recuperado, retornado del mundo de los muertos, tenía que sentarse en el puesto de honor.

La concurrencia era de lo más variopinta. Acá distribuíanse en semicírculo los componentes de un grupito de “excursionistas del libro” un clan y un plan o programa organizado por una

compañía inglesa (cómo no) que aunaba el ejercicio sano con las buenas tertulias culturales, pues los componentes eran todos, supuestamente, entusiastas lectores, “intelectuales” en el mejor sentido de la palabra. Los miembros de estas expediciones estaban a lo que se ve dispuestos a pagar a raudales (o sea, además de intelectuales, ricos: no está nada mal, ¿eh?) con tal de mantener lejos a los insulsos turistas de cabeza hueca y televisor a pilas que pudieran verse tentados de infiltrarse en sus cultas escaladas y altivas marchas. No estoy totalmente seguro, con todo, de que lo logran. Ya se sabe: el enemigo está dentro.

El grupo expedicionario se organizaba varias veces al año, y los de esta tanda comenzaban en Soria, para cruzar estos Picos de Urbión y de la Demanda que nos rodean, para descender, siempre rumbo norte, al Valle de Cárdenas, visitando San Millán de la Cogolla, la cuna del castellano. Sin embargo eran todos anglosajones —yanquis e hijos de la Gran Bretaña— y, no obstante el supuesto elevado coeficiente intelectual del grupo, su español, perdonad que lo diga, salvo una sonada excepción —y que no poco sonada estaba la tía— apeataba. A lo mejor es que yo, simplemente y como buen español, odio a los que se las dan de intelectuales y punto.

Un último comentario a esta cofradía de excursionistas del libro. Cuando esta majada de sabihondas cabras monteses finalmente consigue alcanzar sus cimas o altas cotas, que en este caso significó llegar a la Laguna Negra en el Urbión, les aguarda una grande y succulenta mesa plagada de manjares y buenas viandas. Como era el caso de la mesa que teníamos delante (claro, por eso estaban ellos aquí). Y todo esto no me parece sino pura y llanamente artificio, ostentación y senderismo falso. Donde se ponga mi Matilda y un cacho pan, y queso, y una latilla de atún, que se quiten aquellos que, gracias a sus muchos \$\$\$, mandan avanzadillas de lacayos a que les monten fastuosas mesas con mantelería fina, etc., etc., para que ellos coman y beban a cuerpo de rey. Perdonad otra vez, pero yo digo que las cosas no se hacen así, y es poner el carro delante del burro. Apelo de nuevo a mi libertad de opinión.

Todo lo cual no quita que yo admita que el programa redunde en mérito y beneficio de La Rioja, encrucijada de gentes, razas y lenguas y culturas hispanas, y que sea ejemplo real de las múltiples y maravillosas posibilidades que suele ofrecer y ofrece (no *ofertar*, muera *ofertar*, odio esa palabra y quien la trujo) La Rioja, así como prácticamente cualquier región del interior de España.

Y mueran los turistas de bañador, cerveza a mansalva y discoteca hasta el alba, vacíos todos ellos de cascos; y aquellos otros con sus teles a pilas también.

El otro grupo cuya presencia en la mesa se hacía notar, y que fueron, en definitiva, quienes me hicieron sentar con ellos y me agasajaban con sus babosos mimos, eran unos que calificaría yo de “ricachones” o “señoritos” de linaje, prosapia y alcurnia, del lugar, aunque la mayoría de ellos vivía holgadamente en algún fastuoso suburbio elitista madrileño, disponiendo de amplias “rentas” que les solvente cualquier incomodidad o fatiga.

Habían oído (los ricachones españoles, no los guiris) hablar comentarios, acá y allá, sobre el extraño, curioso “Hombre de la Burra”, y lógicamente querían saber de mí y sonsacarme todo lo que pudieran, y también, por qué no, reírse a mi costa. Alguien había tenido la previsión de traer a la mesa un número del diario regional en que aparezo yo representando el *milagro* de Berceo, el cual hizo la ronda de la mesa, arrancando exclamaciones de admiración sobretodo entre los forasteros, que todo lo quieren ver documentado y testimoniado.

—¿Usted perder burua, y para encontrar, haser Haaaaa-Haaaa y otro hombre haser Haaaa-Haaaa, y niño hase burua too, y encontra burua? —me pregunta un guiri.

—Pues... sí, si es lo que me figuro, sí, ese fui yo.

—Ser muy grasioso. Nosotros llamar usted Mr. Rebuzzo.

—Ah, ya. Yo soy Mister Rebuzzo. Pues vale, sí, vale. ¡Okey, yo comprenda! (so jilipuertas).

Condescendí. Les di todo lo que querían. Total, yo había recuperado mi antiguo ser, y flotaba a gusto, más contento que unas pascuas, a varios metros por encima del suelo, según me parecía.

Y en verdad que era yo el que se reía, no ellos, pues me idolatraban. Eran mis hazañas, mías, personales e intransferibles, las que se debatían y analizaban en la mesa, con catorce o quince pares de ojos mirándome atónitos, con el mismo número de bocas haciendo aspavientos ante lo inaudito de mis ocurrencias y chifladuras. Era yo el que andaba por ahí en la boca de la fama, cuyas proezas se habían de labrar en bronces duros y eternos mármoles.

Lo estaba pasando bomba.

A mi derecha, y bien cerquita que se pegaba a mí, pues todo el mundo parece que hubiese decidido traer el centro de gravedad de la mesa hacia la punta que yo ocupaba, se sentaba una hembra de las de armas tomar. Las joyas que le colgaban, si no el ademán y porte general, delataban su condición superior, su casta. La tercera o cuarta vez que miré en su dirección, mientras comía yo, o bebía, me di cuenta de que no me quitaba los ojos —bellísimos ojos almendrados— de encima. No sólo eso, sino que me miraba como si yo fuese un caramelo, un *Chupa-Chúps* que estuviera a pique de meterse en la boca, boca cuyos labios, más rojos que las propias fresas, yo comencé a encontrar eróticamente atractivos. El rojo vino no me disuadía, tampoco.

—¡Me cachis, y cómo está la gachí! ¡Y que no me quita ojo! ¿Yo qué hago?

De repente noté en el muslo derecho algo que se movía, y no eran hormigas. La miré, lentamente, de reojo. Ella se hacía la longuì, la muy... ¡Ayayay! La mano, sí, la mano de mi vecina sube, y sube, y sube, igual que el tono rojo de mi cara, y el calor de mis orejas. Ah, ¡se ha parado! ¡La mano! ¡Se ha detenido! No. ¿Qué es...? ¿Qué hace la descarada, la guarra ésta? ¡El cinturón! ¡Me quiere soltar el cinturón! ¡Tierra, trágame! Yo me muero.

Comenzaba, creo, a derretirme.

Por una ventana abierta sonó, proveniente de la oscuridad de la noche exterior, un alto y sonoro rebuzno. Sí, un rebuzno. ¡Juan! ¡Vuelve a la realidad!

—Sr. Estébanez... ¿no será ésa, por un casual, su burra Matilda?

—¿Eh, burra? ¿Matilda? ¿Qué? ¡No! No, no, esto, yo, es que, verá usted... ¡Yo la Matilda pues... que no la he traído...!

—¿Y esos rebuznos?

—¿Rebuznos? ¿Qué rebuznos?

Entonces, y sólo entonces, me di plena cuenta de los rebuznos que entraban por el ventanal. Atrapado, sin otro recurso que se me viniera al magín, me levanté, poniendo cara de ofendido, y dije...

—¡Pero vamos a ver, usted a quién va a dar más crédito, a mí o a una burra...!

En ese momento se me cayeron los pantalones.

— — —

Salí del comedor, dejándome en el plato la mitad de las lentejas, que era el plato principal que yo había pedido, pues no deseaba yo lujos y exquisiteces, sino antes bien trataba de adecuar mi ingesta a mi presente estado de recuperación paulatina de los duelos y quebrantos pasados, y corrí veloz a socorrer a Matilda de lo que fuese que la aquejaba. Los rebuznos seguían oyéndose por todo el patio, y hasta me atrevería a pronosticar que por todo el valle.

Llegué hasta la entrada de los establos, que disponía de una de esas puertas dobles en sentido vertical, o sea, que primero abres la parte de arriba y luego la de abajo, y no al revés, a menos que quieras darte un testarazo. Abrí como Dios manda sendos postigos, que abrían hacia el interior, y



fui a buscar el interruptor. Podía discernir, entre densas sombras, la figura inequívoca de Matilda, berreando a pleno pulmón.

—¡No mi niña, no, Matilda! ¡Cálmate que ya está aquí tu amo, tu compañero!

Fue mágico. Dejó de rebuznar y se hizo un silencio espectral, absoluto. Claro que también se había hecho la luz, y la luz quedó hecha, pues yo acababa de encontrar el interruptor y encendido la bombillica del techo del establo, una tenue bombilla de quince vatios.

—Venga, venga, tranquila mi niña —la acaricié repetidamente con ambas manos. Ella seguía moviéndose un poquito más de lo que era típico en ella, y pronto supe por qué, pues se oyó un ruidito que parecía venir del lateral izquierdo, desde detrás de los grandes hatos de heno que se apilaban junto a la salida. Puse mi dedo contra mis labios, indicando a Mati que guardara silencio, y de golpe y porrazo veo, sorprendido, que brota una pequeña figura de detrás de toda esa montaña de paja. ¡Se trataba de una zagaleja “en trenza y en cabello” como diría Don Quijote, o sea, en pelota viva! La pobrecita asía sus parcas ropillas con las manos y andaba, o corría, azorada buscando la salida. Me vio y en vano trató de taparse ora las teticas, ora el conejito, y ya divisó la puerta y salió y cruzó el patio en un te he visto no te he visto y se perdió.

—¡V-v-v-Vaya!

Un instante después de emitir mi escueta y muy parcial interpretación de los hechos, veo que se me aparecen, proveniente del mismo rincón del lugar, unos zapatos negros con calcetines, unas piernas llenas de pelos, una pilula algo menos peluda y más bien pocha, una nada baladí barriga, y un hábito que desciende raudo para cubrir todo lo antedicho; es decir: un monje. O un fraile tal vez, que yo no sabía ni sé distinguirlos. Este monje o fraile, que no venía de rezar sus oraciones, a lo que yo colegí, se dirigió también corriendo a la salida, pero ésta había quedado parcialmente taponada en su parte superior por el postigo correspondiente, el cual, sin duda por el efecto succionador del vuelo de la mosquita más-viva-que-muerta de la muchacha, se había corrido a su vez a lo largo de sus goznes de forma tal que detuvo a este moscardón en su corrida o fuga, o sea, que fue motivo de darse el monjifraile un morrocotudo portazo, o postigazo, en los morros de marras (¡ay besucón, te llegó tu San Martín!), y también en la napia, que de seguro le quedó de primoroso boxeador *seculae seculorum*. Finalmente, más muerto que vivo, y con el hocico chorreando de sangre, se levantó y se desvaneció por otro rincón distinto del patio del monasterio, y es que los caminos que conducen a Dios harto variados son.

Muchas corridas y corrimientos son éstas para una noche, pensé. ¡Pero Mati! ¡tú para qué te dejas intimidar ni te pones nerviosa por una parejita que simplemente va a sus cosas, criatura! Dios los cría y ellos se juntan, ¿sabes? Y no tiene más vueltas, ni revueltas, recodos, recovecos, ni rodeos o regodeos el asunto.

Pasé un largo rato con mi compañera, y compartimos un kilo largo de zanahorias, y a los que vinieron a ver qué había ocurrido les dije que nada, que a mi asnica le habían entrado unos ‘prontos’. Una de las que nos visitó fue la dama de los ojos almendrados y labios más rojos que las propias fresas. Me lanzó un guiño y una cuca sonrisita y dos deditos bailadores y se fue por donde había venido.

—¡Matilda, este templo a la castidad con que hemos venido a topár está habitado por todos los diablos del averno!

Mi burra concurrió.

— — —

Me desperté de un sueño que estuvo a dos dedos de ser de los que llaman mojados, y me vais a permitir que me reserve el contenido en esta ocasión, que no todo hay que decirlo.

Preguntándome qué había sido lo que me había sacado de mi sueño en tan extemporáneo momento, aparte de la mala potra, oí unos ruidos raros en el exterior de la puerta de mi celda, que no alcanzaba a adivinar qué cosa podía estar produciéndolos. Me levanté y salí. El corredor, que tenía al otro flanco una balaustrada de piedra a todo lo largo y que daba a un patio o claustro, aparecía vacío.

Sin embargo, flotaba —manifiestamente lo percibía— algo terriblemente anormal en el aire nocturno, algo que no era de este mundo, algo espectral. Y sin embargo no era como si yo estuviera volviendo a caer en el purgatorio ni el infierno dantesco anteriores, no. Era más como esos espíritus mediúmnicos que uno acostumbra a ver en las películas, un fantasma casi amigable, un fantasma al estilo de los *Cuentos de Canterville*... a propósito... un saludo, Wilde, amigo, te envío todos mis respetos.

—¡Bah, debe de ser el viento!

Lo que viene a continuación, os aviso, no os lo vais a creer.

Volvíame ya para a mis aposentos, a mi celda, cuando he ahí que veo que asoma otro espectro bien diverso del que me pareció percibir instantes antes, y fue bajo la figura y efigie de Ginesillo Montes. Mas algo raro le pasaba, pues avanzaba con las manos extendidas hacia delante.

¡Sonámbulo! El tío de las magdalenas era un sonámbulo. Y mira que encontrármelo yo, aquí, y a estas horas de la noche... también tenía miga la cosa.

Venía directo hacia mí, y si yo trataba de cambiar de sitio, él, como guiado por un misterioso radar, giraba en la misma dirección. Por fin me alcanzó. Me agarró primero por la camiseta, y luego por una oreja, con firmeza. Yo estaba paralizado, pasmado, observándolo. No sabía qué hacer, ni cómo reaccionar. Recordaba que decían que puede resultar fatal despertar a un sonámbulo en medio de su trance, si bien no tenía ni idea de por qué podía ser tan perjudicial. Así que esperé a ver en qué acababa aquello. Ginés me arrastró pasillo adelante por donde había venido él, y al poco me introdujo en la que sin duda era la celda suya, la cual debió haber abandonado instantes antes, dejando la luz encendida, cosa que tampoco entendí, pues, ¿porqué va a dormir nadie con la luz encendida? O igualmente extraño: ¿Por qué va un sonámbulo a encender su luz, y una vez iluminado el cuarto lo abandona, si lleva todo el tiempo los ojos cerrados? Misterios, insondables misterios.

El sonámbulo, tras cerrar la puerta tras sí con el costado, me arrastra hacia su cama y se sienta en ella. Después tira para abajo de mi oreja, fuerte, muy fuerte, y me coloca arrodillado sobre sus piernas dobladas. Y me zurra. Me zurra en plan metódico y calculado, como haría un padre a un hijo que se ha portado mal: ¡Pam, pam, pam!

Os dije que no me creeríais.

No aguanté más. Sin importar si fuera malo o no despertar a un sonámbulo, le di un viaje que no sólo despertaría a uno de su gremio sino que mismamente resucitaría a un muerto. Y de camino me desquitaba del vapuleo. Caímos los dos rodando por el suelo del dormitorio. Ginés abrió los ojos y me miró incrédulo, irritado y dolido.

—¡Juan! ¿Qué haces en mi cuarto? ¿Y qué es lo que pasa que siempre te encuentro tirado por los suelos?

Misterios, grandes, insondables, misterios.

Le expliqué lo ocurrido en el corredor, su sonambulismo, etc. Me callé, empero, lo de la azotaina en mi trasero. ¡A ver! Él finalmente pareció venir a apercibirse de la situación, por absurda que fuera, y yo también, a medias, y mal que me pesara lo de que me pegara, que no se lo perdonaba ni sonámbulo ni porras.

Hablamos un rato de esto y lo otro, incómodos ambos, y soñolientos. Cuando me levanté para marcharme Ginés me ofreció, como siempre, una bolsa de magdalenas.

—No gracias —le dije —, perdone que se lo diga, pero creo que me sientan mal sus magdalenas.

—¡Por fin! —exclamó Ginés—, ¿cuántas bolsas te he tenido que encasquetar antes de que te dieras cuenta de que a algunas personas les sientan mal ciertas viandas, y les produce dolor de barriga, o peor; como a otras les sienta mal, muy, muy mal, el coñac, u otros perfectamente prescindibles brebajes o potingues...?

A la mañana siguiente de esta extrañísima visita salí de mi celda, miré hacia la zona donde me arrastrara la noche anterior mi sonambulesco amigo, y adivinad lo que vi, horrorizado: Mi celda era la última de la fila. A partir de allí no había más que mero muro pétreo, enjalbegado y liso.

— — —

La rucia y yo salimos por la puerta grande sobre las doce del mediodía, tras un completísimo y tardío desayuno. Hacía un día espléndido y nuestro estado de ánimo era excepcional.

—¡Vamos allá, Matilda! Sigamos la GR. 93, o GR93.1... la Cañada Real de Santa Coloma, ¡coño!, dirección San Millán de la Cogolla. ¡Epa!

## 15. La peña pobre

Pronto me hice un lío padre, como suele sucederme, y en algún momento dado dejé de ver las señalizaciones junto al sendero que me garantizaban un destino cierto. Estuvimos transitando (jé, jé, bonita palabra, dadas las circunstancias) por veredas, pistas forestales y caminos de herradura, ubicados en algún lugar entre Valvanera por detrás y Matute y Tobía por delante. No estaba escrito que llegase yo a conocer estos dos pueblos, como veréis. Posiblemente estas villas le estén reservadas a otro con *millor plectro*. O con mejor sentido de la orientación.

Anda que te anda por medio de mucho denso bosque y forestal espesura y muchos brezos y muchas malezas llegué, como quien no quiere la cosa y sin previo aviso, a un emplazamiento hartamente diferente a todo lo que lo rodeaba. Destacaba en su centro una grandísima peña, desprovista de todo ornamento o color, y a su alrededor, como si le pesase encima una maldición, la tierra toda aparecía baldía y estéril. Tuve la impresión de que ni los lagartos osarían habitar tan escondida y nada halagüeña parte.

Entre estas soledades y asperezas donde negaban su dulce canto los pájaros y el moscardón rehusaba zumbar, determiné hacer parada y escala en el camino. Matilda me miró como diciendo tú estás chaveta, chaval, con la de parajes hermosos que hay por todos lados. Yo la llevé al borde del descampado, donde crecía la verde hierba en abundancia y ella podía resarcirse y disfrutar a sus anchas, mientras yo seguía una imperiosa voz interior que me exigía allegarme junto a la piedra aquella, mi propia y personal “Peña Pobre”, para purgar mis penas.

¡Y cómo lloré, a lagrimón partido, el resto de la tarde triste! Las cosas que pasaban por mi mente iban por los senderos y vericuetos que a continuación explicaré, excepto que experiencias de índole tan inefablemente abstractas, rayanas en lo místico, o ascético al menos, mal pueden ponerse aquí sobre papel si no es en unas breves y alusivas palabrejas medio frívolas:

Años atrás había dejado caer y había abandonado el velo ilusorio de la divina providencia. Tendría yo la edad de Julianín cuando abrí los ojos a esa evidente verdad. Presunción tamaña, altanería descarada nuestra era pretender que ese omni-todo Dios creador del cielo y de la tierra estuviera ahí como esperando a que le pida algo, desesperadito yo, en abandono total hacia él, para hacer ¡plaf! y concedérmelo. A otro gallo con ese cuento.

Ahora se me caía otro velo de los ojos, el del libre albedrío. Similar presunción a la anterior era creer que todo el universo se regía por unas leyes físicas infalibles, todo el universo, insistí, con las cosas en él contenidas, todo, animales incluidos, excepto el ser humano, el cual, como ser dotado por su creador de Libre Albedrío, podía escoger su destino, el cual consistía en la eterna dicha o condenación *sine fine*. Libre Albedrío, condición necesaria para sostener el tinglado metafísico teogénico y teogónico de los teocojones, pues no sería justo que Dios me condenase por hacer algo que no pudiera negarme a hacer, algo, cual diría acaso el *Peripatético*, impepinable.

No era que los musulmanes tuvieran razón tampoco, qué va, me decía, insistente, a mí mismo. Yo me negaba a creer en un Dios *omnisciente*, un Dios que ‘tuviera’ todas las ‘cosas’ ‘presentes’ ‘eternamente’ en su ‘cabeza’. Demasiado asquerosamente antropomórfico. Y simplista.

Y sin embargo yo tenía esa intuición o *sensación inmediata y espontánea* de libertad. Imaginaba que muchos teístas alegaban lo mismo en lo referente a la existencia de Dios. Tal vez, al igual que existíamos personas que no teníamos sensación inmediata alguna de la existencia de Dios, existían también gentes que no se ‘sentían’ nunca libres, sino siempre ‘esclavos’ de algún ser o algún mecanismo superior. Zombis.

Como yo en Valvanera.

Y era una verdad indiscutible, si mirábamos el “gran cuadro” del universo, que en la naturaleza todo se regía por esas leyes físicas eternas y matemáticamente exactas, y en este panorama yo, como ente físico inserto en esta naturaleza, al igual que mi Matilda y que este peñasco que tenía a mi lado, no podía ser más libre que el remolino o *eddy* que discurre en el riachuelo: el río la había formado y el río y su contorno eventualmente se desharían de él.

Ni siquiera el suicidio, evidencia suprema aducida en defensa del libre albedrío, demostraba, en definitiva, nada de nada. *Nothing, niente, rien de tout.*

Si yo optaba por tomar a deshora mi vida, cosa que no tenía la menor intención de hacer, yo no estaría afirmando ni un ápice más de libertad que aquel remolino que de pronto dejara de dar vueltas y vueltas en el arroyo: No lo había decidido él, sino que su detención se había producido por una serie de concomitancias exteriores y ajenas a él. Una concomitancia de rocas, velocidades relativas de las corrientes de agua, quién sabe, a lo mejor había pasado a su lado una trucha. Lo mismo con mi vida o mi muerte, lo mismito.

—*Ma si muove.*

Sí, sí, admitido. Yo podía dar un pasito para adelante, o para atrás, bailar una cumbia, un, dos, tres, o negarme a hacer nada parecido, que sería lo más probable que hiciera. ¿Pero importaba eso algo en el gran esquema del cosmos? ¡Qué va! Ni siquiera importaba en mi pequeño mundo burgués si yo me tiraba una cumbia o una rumba en mitad de la habitación. Era tan banal que desaparecía en la nada como tal acto, pues carecía de significado, de sentido, de peso.

Así que en el plano físico, al menos, carecíamos de libertad.

Por caminos paralelos fui desgranando la fruta o la cebolla o lo que fuera, llegando a la eliminación paulatina, pero imparable, de todas mis supuestas libertades. Y quedé desnudo.

Y al final dije:

—Es verdad, no somos libres, nadie sabe seguro ni adónde va, ni qué es lo que quiere, ni porqué. Solamente sabemos que tenemos y debemos trabajar, y relacionarnos, y casarnos y tener hijos, los cuales tendrán que ir a la escuela para poder luego trabajar y casarse... ¡Zombis otra vez, zombis. Muertos vivientes. Espectros, fantasmas! ¡Víctimas! ¿Víctimas? ¿De quiénes?

Entonces, o más bien tras larguísimos duelos y quebrantos, hallé la salida:

—¡Eureka! —sí señor, eso dije—, a pesar de todo lo dicho, quiero controlar mi vida, y por Dios (que yo no excluyo un Ser Supremo, por mucho que no creo en sus milagros) que lo voy a hacer.

Víctima es el que opta por serlo. Ser víctima, sentirse tal, es una decisión que uno toma, y es sin duda la más estúpida e inútil decisión y camino que pueda tomar el ser humano. No hay victimizados y victimizadores excepto en el momento en que los unos se dejan, o creen que se dejan, avasallar por los otros.

Y allí comenzó mi ascensión o escapada de la vorágine de los pensamientos negativos de desolación por nuestra falta de libertad, y mi salida de la Peña Pobre. Pues aunque no tuviéramos libertad en un plano ontológico, sí que podíamos dejar de ser estúpidos ceros a la izquierda, o peor aún: víctimas, y esto simplemente a base de rechazar esa premisa de que determinados “poderes fácticos” estaban abusando de nosotros. Empezaríamos así a tomar control de nuestras vidas. Afirmar nuestro Yo frente al Tú y al él o el ello o ellos. Yo por lo menos sabía por intuición que iba a hacerlo de ahí en adelante.

Allí supe que mis derrotismos y mis depresiones y mis cabreos y mis caídas en el abuso de la bebida se debían a un infranqueable sentimiento de frustración, de indefensión e impotencia ante las fuerzas sociales que me habían tenido subyugado, encadenado, enajenado, victimizado y perdido. ¡Mierda! Había venido batallando al enemigo equivocado todo el tiempo. No eran ellos,

era yo mismo. Era ese monstruoso tigre devorador que llevaba dentro. El odio. La rabia. La frustración.

Se acabó el llevar el peso del mundo sobre los hombros. La clave estaba, mirase como se mirase la cuestión, en la absoluta relatividad de todo. ¡Einstein! La teoría de la relatividad aplicada al plano de las vivencias personales y nuestra postura ante, y en, la sociedad. Yo podía alternativamente sentirme víctima o verdugo por tiempos, cuando se me antojara. Cambio el *switch* o la marcha y adopto un nuevo rol a mi corte y medida, mi horma siempre relativa... absolutamente relativa y perfecta. Hoy esclavo y mañana libre como las águilas del cielo. Tonto y genio. Llorón y extático.

¡Ay, la increíble levedad del ser!

Y ríase la gente.

Me sequé la última lágrima de la mejilla. Se me vino a la mente un cigarrillo y su humillo gris. Pero lo borré de un brochazo. De aquí en adelante jamás, mi destino lo controlaba yo, y olé.

—¡Matilda, vamos p'allá! ¡Seguimos la marcha! *Non bene pro toto libertas venditur auro.* ¡La libertad no la compra todo el oro del mundo! —yo reía y lloraba por turnos, y le di un buen par de abrazos a mi amiguita.

Al alcanzar la cima de la siguiente colina pudimos ver una panorámica increíble. Eran ya —no habría sabido explicar cómo había transcurrido la mayor parte del día, si no fue en aquellas locas cavilaciones— las últimas horas del día, cuando el sol dejaba de apretar sobre nuestras cabezas y nuestros cuerpos, en que el astro rey caía, bola gigantesca, roja, por el occidente, a mi izquierda. Matilda y yo quedamos sobrecogidos (bueno, Matilda es posible que no, o no tanto) por el espectáculo que se nos ofrecía delante. Y si mirábamos hacia atrás todavía se adivinaba vagamente aquella peña de agridulce recuerdo. Se me vino a la mente un pasaje... un *paisaje*, descrito en la historieta *Rip Van Winkle*, de Washington Irving; Rip Van Winkle, aquel joven gandul y bonachón cuya falta de iniciativa tanto enfurruñaba a la marimandona de su mujer. Rip, antes de caer dormido en un sueño que le duraría veinte años y que le transportaría desde una América colonial a unos Estados Unidos de América libres, de una situación de marido tiranizado al de viudo campechano y querido por todo el pueblo, Rip, digo, se halló sobre una cumbre, mirando ya hacia delante, ya hacia atrás: Aquel fragmento de Rip que se me representó en ese momento aquí os lo reproduzco yo ahora:

*(...) From an opening between the trees, he could overlook all the lower country for many a mile of rich woodland. He saw at a distance the lordly Hudson, far, far below him, moving on its silent but majestic course, the reflection of a purple cloud, or the sail of a lagging bark, here and there sleeping on its glassy bosom, and at last losing itself in the blue highlands.*

*On the other side he looked down into the deep mountain glen, wild, lonely, and shagged, the bottom filled with fragments from the impending cliffs, and scarcely lighted by the reflected rays of the setting sun. For some time Rip lay musing on this scene, evening was gradually advancing, the mountains began to throw their long blue shadows over the valleys, he saw that it would be dark before he could reach the village, and he heaved a heavy sigh when he thought of encountering the terrors of Dame Van Winkle.*

[Traducción: Desde un claro entre los árboles podía avizorar todo el paisaje de la vega a lo largo de muchas millas de ricas tierras forestales. Vio en la distancia el señorial Hudson, muy lejos debajo de él, desplazándose en su silencioso aunque majestuoso curso, el reflejo de una nube morada, o la vela de una nave rezagada, aquí y allá durmiendo sobre su cristalino regazo, y por fin perdiéndose en las azules tierras altas.

Del otro lado miró hacia el ventrudo valle montañoso, abajo, salvaje, solitario e inhóspito, el

fondo plagado de fragmentos de los inminentes escarpados e iluminado apenas por los reflejados rayos del sol poniente. Por algún tiempo Rip se quedó tumbado, meditando sobre lo que veía, la noche se le venía gradualmente encima, las montañas comenzaban a arrojar sus largas sombras azuladas sobre los valles, él veía que oscurecería antes de que pudiera alcanzar la aldea, y exhaló un grave suspiro ante la idea de encontrarse ante los terrores de la señora Van Winkle].

—Mati, vamos a tener que hacer noche aquí.

De pronto, mirando abajo al valle, un espectáculo programado sin duda para nosotros, los dos locos de la colina, cobró vida. Allá, muy lejos a la derecha, y pronto aquí un poquito más cerca y a la izquierda, y finalmente muy, muy lejos justo delante de nosotros, ¡fuegos artificiales! Una profusión explosiva, si más tenue cuanto más alejada, de luz, una lluvia de color, de artificiosa pirotecnia... albos pompones, anaranjados sauces, rojas o amarillas sombrillas y palmeras, y hongos verdes también, y un arco iris de florecillas y estrellitas respunteadas de añil, y luego los ecos retardados sonando siempre tan suaves, pim, pom, clic, clac, alegres, en la inmensa y mística bóveda negra de la noche... ¡San Roque, claro! ¡Y tantísimos pueblos que celebran esta festividad! Bendito premio y recompensa a mis azotainas y pesadumbres. Gracias, San Roque, y a ti, vega del Najerilla, en esta hermosa Rioja.

—En el próximo pueblo me compro un paquete de béicon, o de panceta si no lo tienen, palabra.

Huevos y béicon. Me moría por volver a probarlos. Tantas limitaciones, tantas falsas reglas y órdenes y encasillamientos... ¡Al Aristóteles ese que le den una docena de mojicones de mi parte! Las reglas del juego habían cambiado, mi frente estaba despejada, no cubierta de nubarrones. Y probablemente sufría en esos momentos de insuficiencia proteínica. Claro que si después aún decidía tornarme vegetariano, pues adelante y sin miedo. ¡Pues bueno soy yo, Matilda!

— — —

El portero me devuelve mi medio talón de resguardo. Hay que ir por el refresco y las palomitas, me digo, pero con tanta gente no consigo dar pie con bola en nada. Ponen una superproducción (¿es que no lo son todas estas días?) en que mezclan, en clave de *filme à clef* dicen, diversos monstruos clásicos tales como Drácula, la momia, Frankenstein, la criatura de la laguna negra, el hombre invisible, el tándem Jekyll-Hyde, y algún otro de cuyo nombre no me quiero acordar, que han de representar héroes míticos y legendarios. Según otros críticos u otras revistas *magazines*, estos seres son figuras alegóricas, no mitos. Ya veremos en qué queda la cosa. Por fin logro acomodarme en mi butaca. Se apagan las luces.

—¡De oca a oca...! —se oye una voz exclamar entre el público.

—¡...y tiro porque me toca! —ruge el gentío, y proceden a aclamarse todos a sí mismos, como congratulándose.

—¡De dado a dado...!

—¡...y tiro porque me ha tocado! —un griterío de ‘bravo’ y ‘bieeeeeen’ y otros laudos similares suenan. A esto que noto que la luz se ha restaurado, de forma que nos vemos todos las caras. Las butacas se han transformado en simples sillas y la pantalla en una zona con tarima y semicírculo escénico. Una pareja de animadores o presentadores como los que vemos cada santo día en la tele, él muy trajeado, ella enseñando más de lo que su madre ni su señor padre querrían que enseñase, hablan por sendos micrófonos. ¿Pero esto qué es, un concurso de chistes? Inquiero.

—¡A ver, otro! —exclama el presentador.

—¡Del laberinto...!

—¡...al trece!

—¡La posada...!

—¡...un turno sin jugar!

El que tengo a mi lado me está dando con el codo en el costado, ‘venga’, ‘venga’, ‘di algo’, miro hacia la persona y ¡toma! ¡es mi mujer, mi Maruja! Pues algo habrá que decir, y lo que tengo que decir... ¡ya sé! ¡claro! Lo que vengo haciendo a lo largo de todo este viaje...

—¡De puente a puente...! —grito a viva voz.

Silencio. Miro alrededor, medroso y confuso. ¿Lo habré dicho o contado mal? ¿Qué pasa aquí?

—¡...y tiro porque me lleva la corriente! —Aclamación masiva. Se desborda de emoción la sala. Se tiran algunos por los suelos. Me digo que no es para tanto, jolín.

—¡Sí hombre, sí, Hombre de la Burra. Salga, salga al escenario y salude!

Estoy frente a todo ese público que me mira atento. Extraigo un disquete del bolsillo de mi chaqueta y lo introduzco en la ranura del ordenador. Es una PC. Menos mal. Copio dos ficheros al *escritorio*. Miro los nombres de los ficheros: *Envidia* y *Adulación*. La verdad es que no sé qué hacer con estos elementos, desconozco su extensión, esas tres letras detrás del punto que tanto significan.

Levanto la vista al público, aún expectante. El ambiente está tenso.

—Su conferencia, Sr. Estébanez, comience cuando quiera.

¿Conferencia, yo, que simplemente decidí salir a pasear con una borrica? Pero si está aquí el distinguidísimo señor Megahercio Megabytes, adónde voy yo con mi humilde historia. Y esas dos cosillas, las que tengo encima de mi escritorio, esas son las hijas. Voy a comprobarlo. Extensión “.hmm”, efectivamente; “hija de Megahercio Megabytes”. Hmm, aparte de indicar algo ‘curioso’ también quiere decir ‘apetitoso’, y por eso ellos, los diseñadores, los muy subliminarios o subliminos, que son unos subliminos, le pusieron tal extensión. Hago clic en *Envidia*, con el botón derecho del ratón, y miro las propiedades: 0 bytes.

—Vacío. ¡Claro! —y lo echo a la *papelera de reciclaje*.

—¿Y la otra... y *Adulación*? ¿Qué dice el estimabilísimo público? ¡A ver, voten!

Aguardo largos e interminables segundos, y procedo. Me acerco a *Adulación*, le levanto las faldas y...

—¡No las lleva! ¡Señoras y caballeros! Como pueden todos ver... ¡no lleva bragas!

Abrí los ojos. ¡Qué sueño más tonto! Pero así es la vida. Apuesto a que, si le cuento este sueño a un “experto”, dictamina que es un sueño de lo más normalote y corrientucho. Como debe de ser. Amén.

Desayunamos de lo primero que encontramos y decidimos llegarnos cuanto antes a algún pueblo, pues hasta las zanahorias se nos habían acabado.

La noche había sido dichosamente cálida, a pesar de que todavía debíamos hallarnos a mil metros sobre el nivel del mar. Mi compañera no se quejó en absoluto, pues me tenía a su vera y bien a la vista. Creo que ella hasta se alegró de que compartiéramos la noche y las estrellas ella y yo, uno tumbado junto a la otra, las albardas de manta y protección. Diríase que hubiéramos venido haciendo esto de toda la vida, y no en unas pocas y raras ocasiones durante las dos últimas semanas.

— — —

En las espesuras más densas de este bosque que bordeaba nuestra vía abríase insospechadamente



un espacioso remanso de riachuelo, y aconteció en esta dulce mañana que nos vio descender del monte en busca de aldea donde saciar las tripas, en este delicioso, paradisíaco lugar, que una joven doncella, olvidada de sí y del mundo, bañábase las carnes y mesábase las blondas melenas (sin trueque de atributos que valga), inocente a toda sospecha de que ninguna otra criatura, aparte de las avecillas del bosque y otras inofensivas bestezuelas silvestres pudiera haber fijado, y aún clavado con *super-glú*, los lascivos ojos en su cuerpo. Yo, que estoy como quien dice más chamuscado, más hecho a estas cosas y avezado en turbidas tramas, sabía que si en las ciudades las paredes oyen, aquí los árboles ven. Bien pronto logré divisar en acercándome al lugar, desde la media pendiente en que me hallaba, que no lejos de ella, entre el follaje de la orilla, ocultábase un hombre, el contorno del cual trazaba la forma y figura de un fraile o monje con el hábito medio arremangado y cogido con los brazos. Ese hábito lo había visto yo, u otro idéntico, en el establo del monasterio, y hasta las peluditas piernas del que lo habitaba me resultaban familiares. Junto a él, igualmente escondido del río por los juncos y arbustos de la orilla, tenía aquel fraile, o monje, que nunca sabré lo que era, ni me va nada en ello, tenía, como digo, un carro, un carro uncido a un burro, un guapo borriquito.

Dejé atrás el último meandro descendente de mi senda y avancé junto al río, pasando a no más de seis metros, seis, de la despreocupada vikinga, pues nórdica debía de ser dadas las circunstancias y sus características fenotípicas. El lector merece saber cómo era esta belleza. Mas dejad que nuevamente sea mi sumo héroe Don Quijote de la Mancha —llamadme ladrón, mas sois vosotros, los que esto leéis, los beneficiados— el que nos ilumine con su voz y provea de una cabal relación de los atributos físicos de esta acuática aparición:

... su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos Elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas.

Y con esto queda, creo y no dudo, todo dicho.

Si usé sigilo en mi avanzar no fue por malicia, morbo ni grosera intemperancia, sino que, primeramente, me habría partido el alma conmocionar a la bañista, molestándola inmoderadamente, y en segundo lugar, tenía la firme intención de darle tres toques de atención a este impúdico tunante habitual o hábito que metía las narices, rotas o no rotas, y aún el babeante hocico metería, donde no debía, y mandarle a tomar por saco, aire fresco, freír espárragos, o cosas menos livianas... Todo menos quedarse ahí de guarro mirón.

Junto a él me encontraba ya, a su figura agitada, que parecía que le estuviera dando el baile San de Vito, muy privado y silencioso, salvo algunos estertores no muy católicos que le emanaban del gazzate, cuando mi Matilda echa a corretear camino adelante, como espantada de algo, o que tenía que culminar una misteriosa misión, empresa o encomienda, vayan ustedes a saber. Se fue a plantar unos cincuenta pasos más adelante, en un prado ameno o rellano arcádico que ahí halló. Curiosamente el burro del fraile-monje, enganchado como iba al carro y todo, se le fue detrás, y era que algún perfumillo almizclado o feromona de ésas que no hay macho que la resista le había debido de venir de la dirección de mi Matilda. El animal cogió un trotecillo algo picadillo, y ni corto ni perezoso, tras husmear por breves instantes el *derrière* de mi rucia, la fue a montar. Allí estaba, a pique de conocerla en el sentido bíblico, de formar en brevísimos y bravísimos instantes conjunción asnal copulativa con ella. No cabía la menor duda. Y por Dios

que tenía buena artillería el gachón.

Yo a todo esto había ido corriendo en la dirección de los hechos, o sea, donde estaba la acción. Observé, por el rabillo del ojo, que la rubiales del río, a pesar de sus superiores cualidades, debía estar más sorda que una tapia, o parecíalo, pues siguió entre abluciones y masajitos, y el figón sin acabar por decidirse por lo uno o lo otro, hasta que ocurrió lo que no tenía que ocurrir.

Ocurrió que al subirse el burro a la fémica, y tener que colocar las patas encima de mis bártulos, que otro sitio apenas había donde las pudiera buenamente colocar, con el fin de que el tornillo enfilase con la tuerca y tuviese puntería certera y libre de error, que todo error, si errado, es gran yerro, pues ocurrió que el carro se ladeó o inclinó sobre la horizontal un tantico de más, y el contenido todo, que venían a ser como treinta o cuarenta garrafas de bien vinillo tinto del valle de Cárdenas, zona de Badarán nada menos, se despeñó por el culo del carro, viniendo a caer atropelladamente sobre una dura roca, que sería la única que había en aquella explanada verde, y se formó un ruidoso, oloroso y no poco penoso amasijo de cristales rotos, cestillos aplastados y vino derramado. ¡Horror de los horrores!

La chica por fin se tapó las partes pudendas, el frailemonje se llegó corriendo, gimiendo imprecaciones y tirándose de los tres pelos que le restaban de la tonsura, y Matilda, tras unos breves vaivenes, se vio desembarazada del peso, y de lo que no era el peso, de su tenorio. Miró en derredor suyo, incluyendo a todos los presentes en su contemplación, e hizo una minúscula mueca, una mínima inclinación de la cabeza con el acostumbrado baile de las orejas, como preguntando:

—¿Qué diantres pasa aquí? ¿Es que ha pasado un vendaval?

Me fui a valsear a la Matilda a otra parte. Iba ella más pancha que una reina. Y qué calladito que se lo tenía. ¡Cuán lejos, pensé, ha llegado mi niña, desde aquellos negros días de su encerrona navarretense!

## 16. El primer vagido

Tirando por naturales trancos y barrancos abajo desembocamos, como el que no quiere la cosa, aunque sí que lo queríamos, en la civilización, bajo el nombre de Badarán, el cual ya conocemos todos, y si no se acuerda alguno le refrescaré la memoria diciendo que almorcé con Julianín aquí, en el Restaurante Cantinflas 2.

Nos aprovisionamos de lo más esencial (¡comida!). Béicon al final no compré, pues se me habían quitado las ganas. Solamente me entraba el deseo, a lo que parecía, cuando me despertaba en medio de la floresta, y más si lo hacía al son de un rumoroso arroyuelo o cascada, lo cual, mal que me pese, un pajarillo me decía al oído no volvería a hacer en mucho tiempo. Eso quería decir sin duda que nuestro viaje se acercaba a su ineludible final y conclusión.

—¡Ay Mati, Mati! ¿Y qué será de nosotros? Qué será, será.

El caso es que pronto estuvimos atravesando Berceo, el pueblo que estampó nuestra imagen en la prensa, y por ende, en la conciencia colectiva. Al vernos pasar nos saludaban:

—Adiós, Hombre de la Burra, adiós, Matilda.

Siguiendo nuestro camino nos vimos ante el cuadrado, escurialense macizo del monasterio de San Millán de la Cogolla y la bellísima vega que la circunda.

Mi primera parada fue al albergue de peregrinos —ya me sentía yo plenamente peregrino... consideraba que me había ganado ese calificativo de pleno derecho, a pesar de que mi destino no fuera Santiago— y pregunté si sería posible reservarnos sitio para la noche, y que sí, que era mi primera noche en un albergue del Camino. Al principio se excusaron de no poder ofrecer nada a Matilda, mas, después de que yo les relatara lo que me dijeran en Berceo, me dieron referencia de un señor que la podía acoger, y sobre mí, que no había problema, siempre que estuviera allí para tal hora, etc.

A la tarde, descansados, subimos al Monasterio de Yuso. Dejé que Matilda pastara a sus anchas allá arriba en un prado lindo y apacible que había descubierto mientras yo visitaba el humilde enclave, gruta en su mayor parte, y sombrío, triste, solitario.

— — —

Aquí me tenéis de nuevo, el alter ego de Juan, cuando ya seguro que no esperabais verme aparecer más. Y la verdad es que mi protegido me ha arrinconado casi del todo, siempre acaparando el escenario con sus líos, o tomando las riendas cual si del mismo rey del universo se tratara. Yo le he dejado hacer, claro, pues su historia es, y es bueno que vaya adquiriendo algún mínimo de control sobre su vida, y no lo está haciendo tan mal después de todo. Estoy gratamente sorprendido; no me esperaba tanto ni tan rápido del pobrecito, pero mira... milagros ocurren.

Otra razón de mi silencio es que mi función —la de informador objetivo encargado de proporcionar los datos— está quedando como sobreesida por Internet y todas esas enciclopedias electrónicas que facilitan un acceso fiable e instantáneo a cualquier tipo de información: los estilos literarios forzosamente han de cambiar, y los futuros creadores serán las últimas personas del mundo en sentirse obligados a ofrecer datos objetivos en sus escritos, y es precisamente lo que está pasando aquí con Juan, que no tiene ni puñetera la gana de hablar de Suso ni de Yuso ni de curas ni monjes ni nada de eso, que dice que todo eso se halla con un poco que teclees.

De todas formas ahí van algunos apuntes:

Suso, arriba en el monte, es un pequeño cenobio visigótico, tal vez el más antiguo de España.

Allí encontraréis entre otras cosas los cuerpos de los Infantes de Lara (o de Salas), mientras que sus siete cabezas están al otro lado de las montañas de las que Juan acaba de descender.

A Suso se vino San Millán a encerrar, ermitaño, y a enterrar, en el siglo VI.

Luego a mediados del siglo X un monje copista escribió en los márgenes de un manuscrito su frasecilla glosando —algo así como traduciendo, creo— un texto latino que estaba empeñado en ver con claridad meridiana, dando al castellano su primera expresión escrita o “vagido” que tenemos. Vide al respecto: Dámaso Alonso, *De los siglos oscuros al de Oro*. Y cuatrocientos años después viene lo de Gonzalo de Berceo, de lo cual ya tenemos noticia, etc.

Respecto a Yuso, pues no sé qué os diga... mejor le dejo ese apartado a Juan.

Yo me despido hasta nuevo aviso.

— — —

Vueltos al pueblo de San Millán deposité a mi acompañante en su caballeriza, una recogida temprana, lo admito, pero a ella le van esas cosas: hace amistades nuevas, se cuentan sus cosas y tal. Yo visité el Monasterio de Suso. Me alegré de haber elegido el humilde albergue de peregrinos para dormir esa noche, pues era todo lo contrario de este majestuoso monasterio tan contaminado de lo mundano, echado a perder, pensé, por culpa del hotelazo en que lo habían convertido. Uno de mis vagos recuerdos del ayer había sido precisamente este lugar: auténtico, puro. Y ya no existía.

En Valvanera supieron aunar lo moderno con la tradición. Acaso por estar retirada allá arriba en la montaña... quizás puramente se me pasó por alto con mi depresión, que todo puede ser. Pero lo dudo. Aquí sin embargo...

Chusma, chusma, chusma.

¿Por qué será que cuando me meto en uno de estos enclaves o rincones de Dios se me sale el humor y la ‘grasia andalusa’ por la ventana, como vientos de antaño?

Será el halo de misticismo. O la falta de él. Por lo menos aquí.

Ay juventud-divino-tesoro-ya-te-vas-para-no-volver, y cómo cualquier tiempo pasado fue mejor, y después de acordado da dolor. Mamma mia, ¡otra vez no!

Salí aturdido de aquel bastión al no-se-qué, bastión a nada, bastión y templo a la estulticia humana, y a nuestras cortas miras.

Creerán tal vez que fomentando las visitas turísticas quedarán encantados y volverán, y vendrán sus hijos, y amigos y vecinos, y que toda gringolandia querrá conocer este lugar, que es “patrimonio de la humanidad”. Pero volver... ¿a qué? ¿A un moderno hotel de cuatro estrellas, por muy de piedra que sea? De piedra es como me quedé yo. Y basta.

Deambulé por las calles del pueblo al ritmo de un soniquete que me había inventado y que llevaba el estribillo “Ay humanidad”, y aterricé, o vine a dar, en un precioso barecillo de los que a mí siempre me han encantado, y a los quince minutos ya era yo mi viejo ser de siempre, y mejor, pues cuanto más pausadamente consideraba mis circunstancias, menos motivos encontraba para amargarme ni preocuparme por nada. ¡Todos los excesos salen de viejo! reza el dicho.

Bien pronto me encontré charlando con un fraile, y éste sí era fraile, y no monje, pues me lo dijo.

—Ya nunca me harán monje.

—¿Y por qué no?

—Pues por esto —respondió, señalando al centro de la mesa, hacia la jarra de roja cerámica que contenía nuestro vino—, dicen que me debería de bastar con el que nos ponen en las

comidas, pero eso nunca me bastó a mí, nunca, desde que me aceptaron de fraile en el monasterio hace ya veinte años, que yo venía de Almería, donde viví una tira de años, aunque nací en Galicia, que es a lo mejor donde me tenía que haber ido cuando oí la llamada del señor, y no haberme venido aquí. Ya ve, soy un mal cristiano, porque me gusta demasiado el piripi.

—Es que aquí en La Rioja... ¡a cualquiera no le gusta!

—A mí me gusta el de aquí, el de allá, y el de todas partes; yo no hago distinguos.

—De todas formas, el vino es sagrado, que eso usted lo debe de saber mejor que nadie.

—Y tanto. Tanto que me consideran un caso perdido. Consienten que venga aquí y me ponga a tono cada tarde porque saben que si me lo quitan, me muero, y por otro lado, no saben qué hacer conmigo. Yo ya no tengo familia, todos están enterrados. Pero no me quejo, ¿sabe? A mí me tratan bien. Pero nunca me harán monje. Total... Y en cuanto al cielo, pues no sé yo si Dios me concederá o no la gracia del cielo, pero como no tengan una jarrita de buen vino para pasar la tarde allí arriba no estoy seguro de que me vaya a gustar ese lugar. Espero que ‘haiga’ un cielo especial para los borrachines. Que yo no me meto con nadie, ¿sabe?

Y así estuvimos discurrendo y platicando largo y tendido. Poco a poco, sin embargo, un leve cambio, un desplazamiento del tono de nuestra conversión estaba teniendo lugar. Estábamos hablando de nuestras respectivas maneras de enfocar la religión, y fueron surgiendo diferencias, y es como dicen los estadounidenses, que no se puede hablar de política ni de religión con nadie. No me acuerdo si fue él o fui yo el que comenzó a mosquearse, la cuestión es que nos empezamos a alterar los dos, y el foco de la discordia eran los monjes y el papel que jugaban en este mundo. Yo le pregunté que qué era lo que se suponía que hacía un monje allí retirado en un monasterio, o peor todavía: una monja, y sobretodo si se trataba de una mujer hermosa.

—¡Vaya desperdicio! —creo que dije.

El fraile amante del piripi me lanzó una mirada torva, pues alguna alarma se había disparado en los avinagrados aposentos de su cerebro.

—¡Pues el monje, o la monja que usted dice, hacen lo que salga de los huevos o del coño! ¡Y usted no se meta, que no tiene ni puta idea! ¡Un respeto al hábito, oiga!

Mi frailecico de Dios había lanzado su primer vagido.

—¡Alto, alto... cálmese, hombre! ¿Pero yo qué he dicho? Perdóneme y pare el carro. Admito que a veces “se me va la burra”, o séase, que digo ‘digo’ donde debiera decir Diego, y ya no sé lo que me digo. Reconozco que la tradición, y una tradición de muchos siglos que es, sí señor, es que el religioso retirado en su enclaustramiento, ya sea en el monte apartado o en medio de la ciudad, tiene como misión salvar a la humanidad y velar por la salud, paz y bienestar del mundo a base de enviar continuas plegarias al Altísimo.

—¡Ecuaricual! Usted lo ha dicho, y en letra de molde.

—Pues yo digo que pamplinas y tururú.

Mi querido simplón y contumaz fray X, que no quiero yo comprometer nombres aquí, agarró la jarra, que a pesar de ser de medio litro nada más, dado su grosor, me podía dejar y me habría dejado bien descalabrado y finiquitado para los restos si este frailecillo se hubiese decidido a arrearme el testarazo.

Yo, que no soy nada sufrido, le paro los pies, o el brazo.

—¡Un momento! Seamos civilizados y no perdamos los estribos —yo nuevamente me disculpo, y admito que me he expresado un poco a lo bruto—, mas dígame, fray X: allá arriba en el Tibet, y en muchos otros extensísimos y remotos lugares, hay un montón (¡millones!) de tíos rapados, vestidos de color butano, lanzando cánticos a todas horas del día y de la noche... ¿Cree usted que están salvando al mundo?

—No, claro que no. ¡Vaya tonterías que me dice!

—¿Y por qué no?

—Pues porque le rezan a un Dios falso.

—O sea, que están perdiendo el tiempo.

—Pues claro. Esos no sólo están perdiendo el tiempo. Están haciendo el indio.

—¿Y un benedictino, un dominico, un carmelita, un jerónimo o un agustino no pierden el tiempo, ni hacen el indio? —al oír agustino se puso en alerta, y la jarra también. Y finalmente mi bastón lo hizo. Agradecía mi mucha previsión en habérmelo traído. Este monasterio emilianense hoy pertenecía, claro está, a los seguidores de las doctrinas de San Agustín.

—Pues de esos benditos en domingo o esos caramelos, ni del Jerónimo ni de ningún indio entiendo yo nada ni quiero cuentas, pero lo que es los santos ‘agostinos’ (esetando argún cabrón japuta de los cojones), y las biatas agostinas tamién, esos, y esas, hacen muncho por la humedad, y como siga usted metiéndose con nosotros —quiero decir con ellos— le jarreo un jarrazo que le parto la mollera por la mitad, que la tiene usted mú gorda, máj-jorda que la barriga.

Al fraile se le iba deformando el habla a pasos agigantados con cada nuevo vagido, y a mí me volvía la tartamudez, que ya la creía prácticamente arrinconada.

—¡Ca-ca-cállese m-ma-majadero, b-bellac-co desc-co-comulgado! —y alcé mi garrote por los aires.

Toshiro Mifune y Lee Marvin parecíamos, a pique de darnos de hostias en nuestras mutuas minúsculas islas desiertas y nada pacíficas.

Intervinieron (alabado sea el Altísimo) los señores de las mesas circunvecinas, y nos calmaron los humos... ¿Qué cómo? Juro que no lo sé.

Yo al final tuve ocasión —y él, si mucho no me equivoco, mostró atisbos de interés, si no conformidad— de hacerle partícipe de mis propias preferencias por el franciscanismo, de salir al mundo a batallar, a intervenir en las cosas del siglo, de ayudar al prójimo, y sacrificarse por los pobres. Alguien de la concurrencia me trajo a la atención que los monjes agustinos también eran mendicantes, lo cual me dejó de piedra (dos veces tornado piedra en un día, y por los mismos... no estaba mal).

En conclusión, que fray X siempre había estado en mi bando desde el principio en esto de la conducta monacal, pues por algo lo conocí yo fuera del monasterio, “en el siglo” como dicen, y yo andaba muy descaminado con respecto a San Millán.

Incluso la hospedería, me decía, tendría su pourquoi, ayudando con ella, puesto que mendicantes son, a la ‘obra’... a su labor cultural, a la economía de la zona, y en definitiva a los pobres. Me sentí avergonzado de mis exabruptos contra el monasterio.

Con todo, casi eché de menos los viejos tiempos, en que yo habría terminado revolcándome por los suelos y hecho migas al día siguiente, luciendo moretones y magulladuras, pero el cambio no fue algo que yo pudiera calificar de deleznable. Tenía su no sé qué de estimulante, por inusitado, despedirme de un contrincante con un apretón de manos, y hasta un pequeño abrazo de buenas noches. Y después a dormir con los angelitos, sin importar de qué orden fueren.

Un soleado día nos sonrió a todos a la mañana siguiente. Salí canturreando del albergue de peregrinos de San Millán para ir a recoger a Matilda y retomar nuestro camino. Para cuando nos vimos fuera de la aldea ya debían ser las diez, pues esa mañana se me habían pegado las sábanas, o más bien la manta, que era todo lo que tuve para taparme.

Otra vez pasamos por Berceo, un pueblo que me desorientaba, ¿o era San Millán el que lo hacía? ¡Qué raro!, me decía, siempre me lío, yo pensaba que Berceo cogía en la dirección opuesta. De pronto me entró un tremendo sentido de déjà vu, de que cada minúscula acción que yo hacía, o que estaba a punto de hacer, ya lo había hecho antes. Ri-ro-ri-ro Rumbo a lo Desconocido —a lo mejor es que San Millán de la Cogolla, mi estancia allí quería decir, fue todo

producto de mi imaginación— ¡Na! Ese cuadrilátero que me rodeaba mientras yo daba vueltas y vueltas, aturcido e impresionado, dentro de su fastuoso patio, era tan real como yo. Y mi charla con fray X lo mismo. ¿O no?

## 17. Julianín el aventurero, o tres rosas para Matilda

Una hora después pisábamos Villar de Torre, donde reposamos en una cafetería con mesas al aire libre. Parecía que nadie me conocía ni hacía mucho caso, puesto que nos alejábamos a buen trote de la zona de influencia del Najerilla, y no me desagradó este anonimato. Ser el centro de la atención puede resultar un coñazo. Pagué y dejamos el pueblo por el norte, camino a Cirueña, según indicaba el letrero.

Matilda, empero, tal vez por celos de que yo disfrutara de esas delicadezas que son patrimonio del ser humano de poder sentarme a mis anchas a una mesa y disfrutar de un gustoso refrigerio, y de unas aromáticas tapas mientras que ella se tenía que conformar con las sempiternas zanahorias que yo le suministraba, o porque la tenía más consentida que si fuese mi propia hija, el caso es que se llegó a un florido jardín que junto a la carretera se mostraba, y sin pensárselo dos veces abrió sus quijadas de par en par y se zampó las tres rosas más hermosas del lugar.

Así, tan pancha.

Yo estaba horrorizado, claro, pues no bien hubo acabado de echar un descortés eructillo o regüeldo cuando el amo del rosal salió y, mirándonos a ambos los dos, a Matilda y a un servidor, fue y se lanzó contra mí con una muy brava y recia estaca, dispuesto sin duda a cobrarse aquellos capullitos de rosa en mis carnes. Y siguiendo al bueno de Sancho Panza en sus razonamientos, maravillábame yo de que mi jumenta saliese sin costas, donde yo estaba a pique de salir sin costillas.

En ésas estábamos, el dueño del jardín las manos alzadas, dispuesto a partirme la testuz en cuatro cuartos a estacazos y yo tratando desesperado de defenderme como mal podía con mi bastón entre las manos, bastón que era un palillo de dientes frente a lo que flotaba encima de mi frágil frente, cuando aquel amiguito mío, el incomparable y nunca suficientemente ensalzado Julianín vino al rescate, bajo la forma de unos cañamonazos diestramente descargados en el cuello de mi oponente u opositor.

Se daba la circunstancia de que Julianín hallábase invisible a nuestras miradas, pues lo ocultaba un coche que estaba estacionado delante casi de la ajardinada vivienda. Yo sin embargo ya conocía el tenue zumbido de los cañamones julianescos, y supe por dónde iban, o venían, los tiros.

El de las rosas, sintiendo el escozor, se quedó parado, lo justo para que yo me echase para atrás huyendo de su vara. Él se volvió instintivamente, y con el movimiento rotatorio, o por culpa del ímpetu y peso de la magna estaca ondeando al aire, que no sabría decir por qué fue, vino a perder el equilibrio, y empezó a caer contra una valla que tenía cabe sí y que separaba, fijaos por dónde, su paradisíaco jardín de un pequeño redilico o piara con cerdos que poseía el señor.

En su caída se agarró a la pechera de mi camisa, y fuimos ambos a parar al otro lado del vallado, en medio de la cenagosa piara, rodeados por tres marranos que pugnaban por huir de esta pestilencia de intrusos que éramos nosotros para los cándidos e inocentes animalicos. Por fortuna ni bastón ni estaca nos acompañó en nuestra no anunciada visita de descortesía.

*En este nada idílico ni limpio entorno nos vapuleamos a nuestro contento el hombre del rosal y el de la burra, en combate harto poco ennoblecedor ni propio de caballeros ni gentes de bien, mal que nos pesase y peor que nos oliese.*

Camino llevábamos de quedar cual dúo de desollados San Bartolomé cuando se me ocurre preguntarme qué sería de Matilda, si acaso habría decidido continuar con su epicúreo, y aún sibarítico, *menu du jour* —no lo más aconsejable ciertamente— y la llamé a voces.



—¡Matilda, Matilda!, ¿dónde estás, borriquilla mía, lumbre de mis ojos?

Mi agresor dejó de agredir al instante, congelado a medio mamporrazo:

—¿Matilda? ¿Es usted, por casualidad, aquél al que llaman el Hombre de la Burra, o Mister Rebuzno?

—El mismo que viste y calza, aunque eso de llevar zapatos o no sería cosa de averiguar, que no me veo. Todo es cuestión de sacar el pie del lodo.

—Venga un abrazo, hombre. ¡haber empezado por ahí!

Efectivamente, el caballero roseril o rosalesco era fan nuestro, de Matilda y del que escribe, y tenía muchas ganas de conocernos, así como los tenía también su esposa, que al poco apareció, mas no pareció muy contenta de vernos tal y como andábamos su oíslo y mi menda de enlodados, hasta que le fueron comunicadas las señas de identidad de Matilda y mías. Total, que quedé invitado a una suntuosa y moderna y muy oportuna ducha y a todo lo que me hiciese falta, y a Matilda, la cual sólo llegó a comerse tres rosas, tres, pecado que le fue cordialmente perdonado y borrado, le prometieron opíparas viandas tales como cebada fresca y alfalfa calidad extra, así como a disfrutar de un rico pradillo recién regado que yacía detrás de la casa, mientras nosotros íbamos a nuestro humanal avío.

¡Curioso mundo éste, en que en un instante te aporrean inmisericordes, y al siguiente te suben a un pedestal y aclaman como héroe!

—Un momento —dije —, antes de entrar quiero comprobar algo, y es que creo que anda un amiguito mío no lejos de aquí.

Me acerqué al auto aquél y miré detrás. Julianín se alzó, hizo un modesto saludo y yo fui a abrazarlo, olvidado de la porquería que llevaba encima. Me detuve, tornado momia, justo a tiempo, y grité al señor Rosales, o Rosaleda, que nunca le acabé de coger el nombre, que el chico era un buen amigo mío, de nombre Julianín, y que mientras yo me duchaba, o después, él les podría contestar a cualquier cosa que desearan saber sobre el Hombre de la Burra, pues el muchacho había sido socio y partícipe de muchas de las aventuras que se pregonaban a los vientos.

Nuestro anfitrión aún se rascaba detrás del cuello en cuanto volvía la vista hacia Julianín, de donde debió derivar la expresión “tener la mosca detrás de la oreja”. Alguna víctima de canutazos lo inventaría.

Durante la sobremesa hablamos de libros, pues Julianín declaró que había terminado de leer *Las Aventuras de Huckleberry Finn*, del que sacó gran gusto y enseñanza, y que estaba determinado a seguir el curso de su río también, hasta el Ebro, y seguir bajando por éste hasta su desembocadura, como Huck quiso hacer con el Mississippi. Algún día, decía.

Yo le entregué mis dos libros, edición de bolsillo, del *Quijote* y le pedí que me perdonara por el lastimoso y manoseado estado en que se hallaban, pues que, aparte de las muchas releídas que habían sufrido en sus costillares, me habían acompañado a través de todas mis peripecias por tierra, aire y no poca agua, si no mar, de las cuales fuera difícil que nadie saliera sin alguna que otra magulladura. Y que no le hiciera mucho caso a mis humildes, insignificantes y hasta afeadoras notas en los márgenes.

—No sabía que había volado en avión —me comentó el niño.

—¿Yo volar? ¡Qué va! Lo del ‘aire’ va por mis bamboleos de carnero en carnero, pues llevaba uno del estos volúmenes en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Todo esto quiso nuestra anfitriona saber puntualmente, lo cual no tuvimos reparos en relatar, aunque a mí se me quería ir el santo al cielo, nada más venirme la imagen e impresión de los muchos empellones recibidos.

—Al principio el libro puede resultar algo difícil de comprender, pero si ya entendiste el

*Lazarillo*, y con lo avisgado que tú eres, seguro que te metes en materia y coges a este supremo toro por los cuernos enseguida. También es verdad que yo te recomendaría que te leyeras antes *La Celestina* y acaso *El Buscón* antes de enfrascarte en esta inolvidable, maravillosa empresa. Pero tampoco es necesario, ná.

Quisieron los dueños de la casa y también Julianín saber un poco más de mis inclinaciones literarias. Tuve que negarme a ello, e insistí en lo muy parco de mis conocimientos, asegurándoles que mis lecturas habían sido muy al tuntún, saltarinas, y escasísimas, considerando las toneladas de sustanciosos libros que se publican cada año, y aún a diario.

Con todo accedí a señalar algunas obras clásicas que Julianín pudiera tener en cuenta en el momento de escoger lecturas futuras, y animé al matrimonio a compartir sus propias inspiraciones al respecto, y que si mal no recuerdo, él mencionó a Stephen King, Michael Crichton, Noah Gordon y Ken Follet como sus autores favoritos extranjeros, y que entre los autores españoles admiraba grandemente a Vázquez Figueroa, Muñoz Molina, Antonio Gala y a Pérez-Reverte; que le chiflaba más que ningún otro género la novela histórica. La dueña sacaba mucho regusto de la norteamericana Danielle Steel, pero que tenía esta famosa autora ciertas seguidoras o imitadoras o qué-sé-yo que no le llegaban a la planta del pie ni al tacón del zapato.

Por mi parte, le dije que a los autores modernos no los quería ni mentar, puesto que mis preferencias iban mucho más atrás en el tiempo, y además que si me inclinaba por un determinado autor, algún otro, o los paisanos suyos, siempre quedarían disconformes, y así si Valencia tiene a su Blasco Ibáñez (autor, le dije a Julianín, de libros de viajes y aventuras, y el prosista más “contemporáneo” que me atrevía a mencionar), Santander tiene a su Pereda, Galicia a su Bazán y así sucesivamente, que el cuento sería de no acabar, y para no ofender a nadie no defiendo a ninguno. Y en poesía otro tanto, que incluso ahí donde su Altolaguirre tiene Málaga tiene Almería a Villaespesa, que no le va a la zaga.

—De autores clásicos españoles ya te he dado algunos que considero que te pueden hacer provecho, y puedes añadir a la lista al poeta cordobés Góngora, autor de la *Fábula de Polifemo y Galatea* de muy gozosa lectura, si algo cerradilla, y que requiere conocimientos previos varios, cual es saber algún pelín de mitología griega, de tal forma que leer las *Metamorfosis* del latino Ovidio, poeta del amor, no te vendría a contrapelo, pero como ves ya te estoy metiendo en camisa de once varas, y eso querría yo evitarlo a toda costa, pues los libros han de ser siempre ocasión y motivo de deleite y no de pesadumbre ni engorro.

De los italianos, el trío florentino del Dante, el Petrarca y el Boccaccio te los endoso encarecidamente, entre los que el último te será siempre más asequible, aunque el primero es el más divino. Dicen que el moderno Ítalo Svevo no es deleznable, y que influyó en la formación de James Joyce. Humberto Eco emite buenas vibraciones.

De los franceses famosos, alguna comedia de Molière no te puede causar daño, como tampoco lo harán unas selecciones de Rabellais y de Villón, y unas cuantas trobas o razós provenzales, si bien esto no pertenece a la literatura de la lengua gala propiamente dicha; y tal vez el *Roman de la Rose*, pero sólo la primera parte, de Guillaume de Lorris; el *Aucassin et Nicolette* es muy tierno, si bien puede substituirse por el castellano *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*, la cual apareció inserta en la *Diana* de Montemayor, mientras que los *Fabliaux*, mundo plagado de animales que hablan borderías y de continuo se hacen la puñeta los unos a los otros, te puede entretener en las largas noches de insomnio. Con eso basta y sobra, aunque algún día quizás quieras atreverte con los modernos Flaubert, Stendhal, Balzac o Zola... Yo por mi parte de Maupassant no llegué a pasar... ah, y *Les fleurs du mal* de Baudelaire es libro de poemas de lectura imprescindible. Acaso te aproveche aprender francés aunque sólo sea para leer este librito.

—Más que nada —continué—, te recomiendo que hagas por tirarte un par de veranos en el

extranjero trabajando o viajando o como quieras: Holanda y Bélgica, o Finlandia, o Suecia... éstas las colocaría bien altas en la lista de países recomendados. Allí aprenderías inglés, y tal vez algún otro idiomilla, y adquirirás mundología y reciedumbre. En Inglaterra es siempre más difícil aprender el inglés, como es bien sabido, pues nadie te allana el camino, sino todo lo contrario. Una vez aprendida esta excelsa lengua puedes releerte al *Huck Finn*, y conocer de primera mano a Hemingway, a Faulkner y tal vez a Steinbeck entre los americanos, y pues con los yanquis estamos, cualquier día de estos ve, busca y léete —en español mismo, igual da— *The Call of the Wild*, de Jack London, pues su protagonista y narrador, casi, es un perro y, además de provocarte alguna lagrimilla, te solazará. Entre los ingleses hay que leer a Lewis Carroll en el vernáculo, y a Swift, y a Shakespeare, claro, y también a Oscar Wilde. Dickens te puede llenar una jornada o noche en que te halles aburrido, y no importa el idioma. Y en cuanto a poesía me callo, que es otro idioma.

Algún día leerás *Crimen y Castigo*, y *Los Hermanos Karamazov* del ruso Dostoievski, que es el más quijotesco autor después de Cervantes, de la casta de los sátiros menípeos los dos, y después conocerás a Tolstoy en *Guerra y Paz* y esta obra te cambiará la vida. Y no digo más, que todo saldrá en colada.

Con esa sentencia final acábeme mi refresco y pedí permiso a nuestros amables anfitriones para partir y seguir camino, que me dieron a regañadientes, pues habrían querido que nos quedáramos más largamente como invitados, incluso a pasar la noche.

Decliné la invitación, lo cual, a juzgar por los sucesos que siguieron, fue un error.

Cerca de Ciriñuela, camino a Santo Domingo de la Calzada, fue la de Troya.

El suceso ocurrió como a continuación se describe.

Íbamos por nuestro camino Matilda, Julianín y yo tranquilos sin estorbar ni ofender a nadie, y precisamente me recriminaba yo para mis adentros la poca maña que me daba en evitar las trifulcas o peleas, de las que había tenido dos en el brevísimo plazo de doce o trece horas, si bien era verdad que la primera fue ocasionada por dolorosos recuerdos lejanos de un monasterio que ya no era como lo recordaba, además de la actitud cerril de aquel sencillo frailecillo de la jarra o jarreta de vino que me quería endiñar con el dicho trasto bien endiñado, mientras que de la segunda riña no tenía yo más culpa que el obispo de Roma, que ya la habría yo enseñado a no ser tan golosa a mi Matilda y a no ser tan florófila o amante y forofa de rosas ajenas si yo hubiera tenido conocimiento previo de esta particular inclinación suya y si ella hubiera sido animal de tomar lecciones, y no digamos de lecciones de urbanidad.

Bueno, el caso es que alcanzamos —cosa nada extraordinaria— al cojo sin piernas que quería llegar a Santiago para cumplir su promesa, ese bajito caballero que conocimos entre Badarán y Berceo, antes del *milagro*. Nos explicó que su marcha era buena, unos tres kilómetros y pico al día, pero que había tenido que guardar cama unos días por cuestiones ‘de arrollamiento’ creo que dijo. Yo no acababa de convencerme de que este hombrecito se encontrara tan peripuesto y con el viento en popa como quería hacernos creer, aunque sólo fuera por su acusado semblante y visaje de carnemomia.

A lo que iba. Resulta que fuimos charlando con el votado y aún más botado y rebotado caballero de acartonada jeta, como decía, y marchando a su paso, y protegiéndolo así por un ratito de recibir empellones de bicis, motos, coches, camiones y autobuses. A mí me estaba resultando un tantico difícil mantenerme despierto, porque no había tomado ninguna siesta ese día, y tenía miedo no fuera a caerme dormido encima del pequeñín, chapándolo, cuando he ahí que pasan zumbando aquellos horripilantes motoristas del diablo... ¡rrrrrrrrrruuuuuuuummm!

—¡Eh, el de la burra! ¡Quita del medio, gordinflón!

A Matilda, que iba la primera, uno de los canallas de negro le pegó un cachetón en plenas

posaderas, y es que parecía que tenía vocación de magrear culos el asqueroso.

De repente se me pusieron los pelos de punta, pues adivinad lo que vi: Julianín, el muy pendejo, ha sacado su cerbatana y encañona al zagüero.

Vuelta al ruedo, o al rodeo, o a darse castañas tocaba.

Los motoristas nos dan vueltas con sus grandes cacharros a mí, a Matilda, y a Julianín, al que ya han abofeteado. Al pobre inválido le han dado tal puntapié que yace volcado y yerto en la cuneta, y no rodó más porque ese lado de la carretera iba cuesta arriba, que si no es que no lo veríamos ni con prismáticos.

Matilda rebuznaba que daba gusto oírlo, y más gusto todavía me dio de ver que de una señora coza a dos patas mandó a uno de los malandrines a hacer puñetas al centro de un más que mediano bancal de berzas, de donde no volvió a salir por sus propios pies, mientras su moto daba vueltas de trompo sobre su tanque de gasolina, en medio de la calzada, la rueda trasera girando salvaje.

Y quedaban tres.

Uno de ellos se había apeado de su moto y se desquitaba de lo de su colega a base de aporrear a Julianín, por lo cual yo corrí hacia ellos con mi bastón y arreeé, todo lo fuerte que pude, un gustoso garrotazo al atacante en mitad de las espaldas, zás, y cuando se volvió hacia mí le hincé de frente la punta de mi palo en plena visera de vinilo, quebrando el negro plástico, y mostrando un aturdido, asustado y afeado rostro de besugo barbudo debajo.

Encima mía voló otra negra y coriácea figura, y es que a éste se le había ocurrido ni más ni menos que montar a la asnica, deporte nada recomendable en las presentes circunstancias, y fue ocasión que dio lugar a que Matilda me sorprendiera otra vez con una de sus siempre novedosas virtudes y habilidades, que consistió en lanzar de una pataleta a este macarra por los aires desde su grupa hasta venir a caer encima del que primeramente conoció las malas pulgas de la pollina. ¡Y qué juego de patas, Matildica, que ya las habría querido para sí el famoso boxeador Cassius Clay!

Mas dice San Mateo que el buen Dios hace salir el sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos, de manera que nosotros también recibimos leña abundante y dolorosísima, arriba, abajo, y por todos lados.

Y no era éste un camino vecinal ni secundario: formaba parte del Camino de Santiago, aunque fuera en su ramal de los “monasterios riojanos”, desviado una migajica del Camino Francés, y del que andaríamos ya prácticamente a tiro de honda, —eso sí, de honda andaluza, que es más exagerada siempre— y atención que me refiero a honda de piedras, con minúscula, y no de motos. De motos jamás.

De forma que debió formarse un cierto agolpamiento o cola de vehículos imposibilitados de avanzar, y también una concurrencia de curiosos transeúntes. Yo desde luego no me hallaba en plan de poder sustraerme y hacer un recuento del estimadísimo, ni aún para prestar oído al son de los cláxones, que bastantes ofensas venía encajando en otros órganos sensoriales y corporales, y contemplando cuán presto molían a Julianín el seso, y cuán después de arreado dábale dolor.

Desconozco hasta qué punto estaba disfrutando nuestro público forzado o *a palos* — compuesto sin duda en buena parte por peregrinos— del compulsivo *show*, cual diría el irlandés Beckett, que más que a un evento consuetudinario que acontece en El Camino debió parecerles un filme horripilante inglés de Serie B.

¿Y no se le ocurrirá a nadie llamar a la policía que detenga este follón?

Nos estamos acercando al fatídico desenlace.

Julianín y yo y Matilda lo habíamos organizado por un ratillo bastante a lo fino, de esta guisa: yo orientaba al chorizo de turno —del par que quedaba— de modo que, recibiendo la burra un toque de Julianín en su punto mágico, el tío las recibiera firmadas y selladas por Matilda en el

trasero. Luego le tocaba al otro. Matilda coceaba que era un primor. Bello compás que instituímos a ritmo acordado de *martinetes*.

Vi el brillo de una navaja, una faca traperera creo que la llaman en ciertos círculos poco literarios, y sentí que me hendían la carne por la zona de la barriga.

Caí, alanceado.

Lo último que alcancé a distinguir antes de hundirme en la inconsciencia fue el rostro de Ginés Montes. Y su móvil.

## 18. Adiós, burrita

(...)En las purpúreas horas,  
que es rosas la alba y rosicler el día

desperté, y vi, no la fea jeta de Ginesillo, ni teléfono móvil alguno, sino la hermosa faz de una enfermera de hospital junto a una enorme ventana, la cual reflejaba sobre el lindo rostro de la joven los salutíferos rayos del sol matinal.

—¡Vaya y qué temprano se despierta usted!

No supe qué contestar a eso.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital. En Santo Domingo de la Calzada —repuso, viendo por mi semblante que la primera frase no satisfacía mi curiosidad. Después el mismo semblante comenzó a reflejar otras emociones muy diferentes, a lo que la joven reaccionó inyectando algo fuerte contra el dolor en el receptáculo del intravenoso.

Poco a poco me fueron relatados los acontecimientos recientes, pues resultó que aquellos enemigos nuestros y de la raza humana entera eran ladrones de banco, que venían atracando estos establecimientos por una amplia zona del nordeste español, y andaban buscando alguna guarida secreta, al parecer, entre los montes y caserones abandonados de la Sierra de la Demanda o Distercia, allá entre el curso del Ebro, a la altura del Najerilla, y las lindes con Soria, precisamente la zona en que vine yo a convertirme en errante vagamundos con una burra.

El muchacho, Julianín, estaba asimismo bien. No tanto el tullido. Este último tal vez tendría que repensarse lo del peregrinaje, pues si en menos de cincuenta kilómetros había visitado más hospitales que iglesias, ¿cómo habría de acabar después de quinientos? Nunca me gustaron las matemáticas, y son éstos problemas de difícil resolución, pero estaba convencido de que las cuentas no le iban a cuadrar al pobre señorcito. Claro que milagros, haber, haylos.

Mi estado de salud, descontando las magulladuras, era bueno. Afortunadamente el navajazo no causó daños en ningún órgano o víscera de esos que llaman vitales y que se abarrotan allá dentro, sino que había vadeado sutilmente, pasando de refile, el páncreas, esquivado las últimas estribaciones de mi hígado, y el riñón ni lo llegó a pinchar, gracias, sin duda, a la benéfica labor de mi parénquima adiposo. O sea, que me salvé por gordo, como aquel cura que según reza una placa honorífica en la Plaza del Pino barcelonesa, el cual cura cayó desde muy alto y salió ileso gracias a su inmensa gordura. Sirvan estas dos lecciones de ejemplo a tanto anoréxico que pulula por ahí, y que son muchos —o muchas—, por poco que se dejen, o se les pueda, ver.

Llevaba yo dormido dos jornadas desde el día de autos (motos, joder, motos) y en dos más recibiría el alta y me vería en la calle. Con todo, de poco o nada tenía yo que quejarme ahí recluido con lo maravillosamente que me trataban, y con qué belleza, o bellezas, madre. El día que quiten a las bellas enfermeras de los hospitales dejará de valer la pena enfermar, ni ser apuñalado. Lo que más me preocupaba era el no saber nada de Julianín, ni tampoco de mi Matilda: ignorancia más dolorosa que todas las fanegadas de palos que los miembros de mi cuerpo parecían haberse repartido a partes iguales, como gustan de hacer los buenos hermanos.

El joven ribereño, alegre y risueño, si polícromo de rostro y brazos y cuello, tirando a morados, azules y negros la color, aun cuando los rojos no escaseaban, ni los amarillos (cortesía del mercurocromo y el yodo), y con no menos de media docena de chichones o tolondrones de similar ralea, y otras tantas abolladuras, amén de la mucha tirita y el mucho esparadrapo y vendaje, vino a darme cabal respuesta a mis cuitas.

—Matilda está en una caballeriza de Santo Domingo. La están cuidando muy bien, así que no

se preocupe y póngase usted bueno, Juan, que nos quedan muchos caminos que recorrer y aventuras que pasar.

—En eso te equivocas, Julián del Najerilla, mi querido Julianín, que me he de volver a mi casa y a mi familia. Se acabó el alboroto, se acabó el jaleo. Ahora viene la vida. La vida real, Julián.

Él se negaba a aceptar la rotundidad de esta realidad, y me sorprendió con un:

—Usted cúrese rápido, y mañana amanecerá, y medraremos.

¡Diablo de chiquillo, si no se habrá tragando ya medio *Quijote*!

A la mañana siguiente vio Julianín, triste, confirmadas sus peores sospechas, y ante mi enorme preocupación por el porvenir de Matilda, él ya tenía resuelta la papeleta, habiendo contactado con un señor, un tal Appleby, oriundo de Inglaterra, gentil caballero amante de todo bicho viviente, que tenía un rancho para animales abandonados en el norte de la región, cerca de Haro, y que era con mucho quien mejor y más dichoso destino le podía garantizar a Matilda.

Efectivamente, esa tarde vino el *gentleman* y se organizó la partida de Mati para su rancho, y que fue de la siguiente forma, a saber, que como a mí me daban el alta a la mañana siguiente, yo tendría oportunidad de ver lo que hubiere de ver de Santo Domingo, que era mayormente su catedral, con los famosos gallos, y la puente, y pare usted de contar, y bien pocas que eran las ganas de turistar que me restaban; y a la tarde vendría el señor Appleby con su camión y nos iríamos todos los cuatro —pues Julianín no se lo quería perder por nada del mundo, a pesar de la distancia de este lugar a sus andurriales acostumbrados— al rancho refugio de aquellos beatíficos animales.

Y así fue.

Y una vez allí, y vista y atendida Matilda por la veterinaria del lugar supimos, amén de que estaba más sanota que la *Wonderwoman*, cosa que saltaba a la vista, que Matilda tenía buenas nuevas que darnos: hecha la prueba de la rana, dio positivo. O sea, que estaba en estado de buena esperanza; o séase, que en cuestión de once meses más o menos traería al mundo un hermoso potrillo o borriquete.

Aunque traté de ocultarlo, Julianín me captó el gesto de bobo, de romántico incurable, que debí poner al secarme solapadamente aquella lágrima.

Me sequé las babas (es un decir) y fuimos a celebrar el acontecimiento y el nuevo hogar para esta proba pollina y su próxima prole.

Muy pronto —al siguiente día— y ante mi insistencia, y también tras mi último beso a Matilda en la frente, entre las orejas, con las que jugueteé brevemente, Mr. Appleby nos llevó a Julianín y a mí en su *Rolls-Royce* rumbo al este, depositando al muchacho a la orilla de su río, en Nájera, y a mí en la Plaza de España de Logroño, ante la estación de trenes. Con ninguno de ellos quise entretenerme en largas despedidas, que siempre me han fastidiado, salvo que nos prometimos correspondencia, etc. Esto se cumplió, gracias a Dios, tal y como nos prometimos, y con creces y mucho afán... y muchos y cariñosos fueron los besos que nos intercambiamos (por mediación de Appleby), a distancia yo y mi dulce Matilda. Conjuntamente montamos una bella página web para Matilda y Cía.

En cuanto a Julianín, he recibido una carta misiva suya por vía de mi *alter ego*, del que también me he despedido con un “hasta luego” y quien me dio recuerdos para todos vosotros, con disculpas por no poder continuar colaborando hasta el final... razones de *force majeure* creo que alegó. La carta del niño, ya no tan niño, lleva fecha de 2022, y para no agobiar al lector omitiré la *farfolla*, lo superfluo:

*A mi querido y estimado amigo en Granada, Juan:*

*...habré terminado el año próximo mis estudios de navegación marítima en Palma de Mallorca, y continuaré en Cartagena o en Cádiz. Mi meta última es llegar a capitán de navío. ...Melisa (Melisenda) ha obtenido su licenciatura en psicología, habiendo cursado en Inglaterra su último año. Con suerte acabaremos ambos embarcados felizmente juntos y siempre unidos, con un poco de suerte en diversos cruceros, recorriendo el mundo entero, yo en calidad de oficial (y jefe mandamás en cuanto sea posible) y ella será diversamente psicóloga a bordo, organizadora de actividades de ocio, consejera de grupos, infantil, blah, blah, blah, y felices, y más enamorados que nunca...*

De libros, prefiero dejar el tema para la siguiente, y es que ando tan atareado con los materiales y lecturas obligatorias del curso que poco o ningún tiempo me queda para disfrutar de lo gustoso. El otro día me leí “La Metamorfosis” de Kafka, y como que me recordó un pelín a usted. ¿Qué cosas, eh?

*...frecuentemente me vienen a la memoria los dulces, mágicos y exaltados días de nuestro peregrinar por mis territorios natales... con Matilda, de quien me comunican que ya es abuela múltiple, camino a convertirse en bisabuela. ¡Y muy señora bisabuela que promete ser!*

*Besos, abrazos, y saludos a su esposa, hijos y cuatro nietos, y mis mejores deseos, etc., etc. Le quiere y no le olvida, Julianín del Najerilla.*

Cargando mi mochila vaciada de todo lo ya inservible, sin libros siquiera, traspasé el umbral de acceso a la estación, saqué mi billete hasta Granada, con cambio en Madrid-Chamartín, y me dirigía a la sala de espera cuando vi a un tipo dando patadas a un perro. Le arrojé tal mirada asesina que lo paralizó al instante, la pata al aire. El chuchito huyó, y el caballero maltratador de animales se alejó murmurando, gacha la testuz, y es que se fijaría en mi vara de fresno.

Repartíanse ocho o diez viajeros o familiares en la salita, unos sentados, otros de pié... pero ocurrió, no sé si por casualidad o si serían cosas del destino, que todos, desde el primero al último, coincidieron en hallarse hablando por sus aparatos móviles. Igualito, igualito que me había sucedido en Madrid un mes atrás.

Un mes. En términos cronológicos.

—Maruja me hará reemplazar el que tiré al río —me dije —, ¡qué le vamos a hacer! —y enseguida, sin darme cuenta musité:

—Menos mal que ya me encamino, pasito a pasito, hacia el otro extremo del túnel (de modo muy, muy imperceptible, confiemos). Este mundo se me va escapando de entre estas vetustas manos, estos dedos añejos, prontos a darse a las punzadas de la arteriosclerosis, y esta sesera tan llena de telarañas, bichejos y monstruos trasnochados.

Pensé en mi mujer, mi Maruja. Pensé también en Tere y Paco. Sonreí. Estaba preparado, dispuesto a enfrentarme a la vida, a todo, cara a cara.

Deseaba ya encontrarme junto a los míos.

Puesto que me quedaba tiempo, fui a una cabina telefónica y la llamé. Era mi segunda llamada a Maruja, pues había hablado brevemente con ella desde el rancho de Appleby. Se alegró mucho de oír mi voz. Le dije que me tendría allí, en cuerpo y alma, muy, muy pronto. Rompió a llorar.

—¡Pues vente!

—Si... ya voy. Enseguida estoy allí.

Oímos el sonido del tren, que venía a recogernos. ¡Tilín tilín, tilín tilón!

—Espero que tenga vagón-cafetería... con sus preciosas botellicas de coñac. ¡Es broma!

Mi meditar flotó hacia Matilda y su nuevo hogar, planeó sobre la granja. La vi holgazaneando, retozando juguetona con sus nuevas amigas, y deseé saber por cuáles vericuetos



vagarían sus cavilaciones, si acaso en su futuro potrillo, y si por casualidad, aunque fuese por un ratito cada día, como una plegaria, pensaría en nuestras hazañas.

—¡Adiós Matilda! Que seas feliz.

## Epílogo

Estimados lectores. A vosotros dirijo mis discursos aprovechando la opípara oportunidad que me brinda la presencia de este ángel guardián, o *alter ego*, o conciencia superior de mi amigo y compañero del alma, y de su voluntad y beneplácito en ser el vehículo comunicativo en la cabal redacción y cumplida manifestación de esta memoria explicativa de los hechos que acontecieron entre mi liberación de la obscura prisión en que me hallaba luengamente presa y mi actual condición de libre y feliz y holgada ramoneadora de verdes pastos, dueña de cómodos —si no ya suntuosos ni lujosos— aposentos, y (por si esto no bastare) en estado de beatífica, fecunda gravidez. Añádase a lo anterior el ingente cúmulo de edificantes experiencias vitales adquirido y podrán hacerse idea, si remota, de lo que vinieron a significar para una humilde servidora aquellas inolvidables jornadas.

Dante nos desoló, aleló y ya aligeró con su Divina Comedia, Balzac devolvió la pelota con la Comedia Humana, hundiéndonos de vuelta en las profundidades. Ahora yo quisiera poner mi granito de arena, o mejor mi brizna de heno, con una parca Comedia Asnal, donde las cosas puedan retornar a su justo centro. Sólo pido que me perdonéis la portentosa presunción. Si hay más de lo humanal y aún grotesco y vulgar que de lo divinal en mis andanzas, verdad es que la ascensión desde los infiernos hasta mi presente paraíso, pasando por un purgatorio de aventuras y desventuras debe más al Dante, afirmo, que al honrado gordinflón burgués de marras, pues los vuelcos y revuelcos que el alma mía conocieron no tienen parangón entre las humanas veleidades y banales concomitancias.

Aunque nuestro porte, nuestro visaje circunspecto y sobrio, nuestra aceptación sumisa, silente y magnánima de las miserias todas pudieran hacer sospechar que somos los burros epítomes de un estoicismo estólido en extremo, las más de las veces nuestra alma, por el contrario, es un hervidero de emociones a cual más exacerbado. En mi insular caso, como verán, soy propensa y capaz, ora de precipitarme en desastrado derrumbe en las atormentadas penalidades garcilasianas, ora de ascender hasta frisar las más sublimes cotas extáticas que aquel celestial San Juan de la Cruz gozara, pasando fugaz por el solapado, alegre y remansado ascetismo de Fray Luis de León. Al igual que en aquella ocasión en que, haciendo monerías en el ágora, rodeados de paisanos, se me vino a las mientes Horacio mismamente en una de sus odas, por venirle pintado al momento —o a mí me lo pareció— al sumirme yo ahora en estos trances narrativos me asaltan, me invaden, me insuflan, me arrollan raras y exquisitas líricas líneas de los dichos aedos, aliñando el caldo una pizca de góngorea poción y hálito quevedesco. Si es plagio esto, no lo sé; sólo sé que me entra un como arrebató y luego, luego, pues... ¡ay yo qué sé... qué es eso: un no sé qué que quedo balbuciendo! Entonces va este copista que me viene dando la tabarra y lo apunta en papel y nadie sabe exactamente en qué punto lo sublime se trueca en rebuzno, o vice-versa.

Y basta de rollos y monsergas y justificaciones y excusas.

Escuchad, pues, un rato, y diré cosas extrañas y espantosas, poco a poco.

Ninfas, a vos invoco, vernaes faunos, sátiros y silvanos, soltad todos mi asnal lengua en dulces modos y sutiles:

Y pues llegó el final de mi cautiverio, y en una noche dichosa, con ansias de vida y aventuras inflamada, salí de la lóbrega prisión donde preso y forzado y solo mi espíritu se hallara. A la voz de “¡Apartadme a esos jaraneros rezagados, que voy de vuelo!”, me vi pronto trotando a lo largo de la fresca campiña a la luz de la luna. A mi lado mi nuevo amo no paraba de hacerme monerías y bizarrías forasteras no usadas.

Vime rodeada de unas casas pequeñitas, como para muñecos o enanos, aunque el entorno era

exquisito en su verdor, con discretos haces de luz distribuidos regularmente. ¡Mas he ahí que mi amo, guía y acompañante de repente se esfumó, dejándome más sola que la una, a campo abierto, sin techo, y desconocedora el lugar! Invasión por el pánico procedí a lamentarme largamente en los siguientes términos:

¿Adónde te escondiste,  
amigo, y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huiste  
Habiéndome herido;  
Salí tras ti clamando... ¡y eras ido!

Finalmente mis prédicas fueron oídas, y ahí estaba Juan —pronto aprendí que así le apelaban— a mi vera, y me susurraba, diciendo que era necedad despertar a la vecindad, y salimos presurosos del pulcro recinto aquél para retornar a la rúa rústica mientras se calmaban mis clamores. ¡Oh, cuánto daño trae a las criaturas el demasiado hablar, en especial do non conviene!

Echamos unas cabezadas Juan juntamente y Matilda, mi nuevo cognomen, hasta que alboreó, y fue entonces cuando realmente diríase que dio comienzo nuestra particular aventura.

Pronto estuvimos cruzando mi pueblo, siguiendo del carro alado de Febo el curso, y cuando alcanzábamos las postremas estribaciones occidentales de la aldehuela, así como de refilón miré los muros de la patria mía, a lo que añadir he que nos salimos al campo a gran porfía, pues, dada mi debilitada condición, no estaba yo para esos trotes... y cosa peor: vi que abundaba ahí lo que siempre han sido, son y serán enemigos enconados de los de mi condición: ¡tráfico rodado!

Al principio sólo era algún que otro cacharrito aguatable, luego fue arreciando el paso ronroneante de irritantes carruajes, y por fin la atronadora tromba transportista terminó trastocándome el tino tornándome turulata. Yo me bamboleaba a cada bandazo de aquel brutal vendaval que producían al pasar y me cagaba de continuo en los muertos de quien los trujo.

Corté por lo sano, que fue adentrarme en una viña del Señor que ahí había cabe la carretera. De no hacerlo, en esa calzada canallesca, errada vía, sin duda mi vida acabara, sin que de mí en el mundo se hablase.

Pero fue saltar de la sartén al fuego, pues enseguida veo enfrente mía a unos malos sujetos armados hasta los dientes y dispuestos a sacar de mí hasta el último aliento, y fue que, como yo entrara en aquel apacible lugar hecha hatajo de nervios, no hacía sino puro perjudicar su producto a base de meter la pata e hincar el diente. No entraré en detalles, pues tengo noticia de que Juan ya dio cumplida nota de este y de muchos otros sucesos que nos han venido acaeciendo; sólo indicaré que mirando a mi daño, voces en vano di, pasos sin tino... a rienda suelta y sin parar. Acabé en el fondo de una zanja, tendida y tullida en la fría, desierta y dura tierra, para ser prontamente acompañada en la desgracia por mi colega Juan, que éstas nunca llegan solas, dicen.

Como no hay mal que por bien no venga, hálleme sin saber cómo en manos de mi antiguo médico, que me curó. Y ya pueden decir perrerías de estos benditos, que con los cuidados y mimos y gustosos manjares y frotos y masajes y otras mil sorprendentes ofrendas (la ducha de agua y jabón ya no me agradó tanto):

...así curó mi mal con tal destreza  
el sabio viejo, como te he contado,  
que volvió el alma a su naturaleza,  
y soltó el corazón aherrojado.

Y finalmente creo que no exagero si afirmo que durante los tres días que allí pasé fui retornada a mi origen primero esclarecido.

Pasaré con ligero vuelo alado —¿Véisme burra volando?— por encima de ciertos sucesos que fuera mejor no recordar, como aquella coz que hizo volar asimismo a mi querido amigo y compañero (proeza nada deleznable dada su envergadura), que ahora me diera yo de coces por ello si hubiera modo; o como lo que me ocurrió a continuación, que fue que uno de aquellos monstruos con ruedas por patas me tragó, Jonás pollina, y llevó en el vientre por distantes e ignotos derroteros. Escupióme por fin ante un pelotón de fieramente armados veteranos, de canes acompañados, de cuya tropa hube de dar buena cuenta en una sutil arremetida. Celebráronme la victoria unas dóciles doncellas ofrendando cestillos blancos de purpúreas rosas... ¿o clavelinas fueron o margaritas? Los detalles poco importan.

¡Zanahorias! ¿Cómo podía yo haber hasta aquí omitido el detalle? ¡Yuy, yuy, yuy, pues yuy! Mi amo me halagó con zanahorias mil el trayecto todo y me lo alegró.

Lo cual me viene a recordar que nada os he dicho de él. Yo ya sé que vosotros tenéis sobrada idea de cómo es y cuales sean sus cualidades, y pareciera fuera de lugar y hasta irrisorio que ahora, al final de esta ardua historia, se os venga con éstas, pero yo he de manifestaros mi propia e intransferible visión (aunque universales tienen forzosamente que ser las verdades) de su persona: Es Juan un vivo retrato de virtud, liberalidad, esfuerzo, gentileza y lealtad, tanto cuanto lo fue aquel gentil caballero Rodrigo de Narváez. Y con eso queda todo dicho.

A lo que íbamos. Que bien pronto nos vimos —sombrosos de paja las sienas ornando— mudados de lugar, sumidos en el suave olor del prado florecido, lejos del barullo urbano, en la verde campiña, por cual motivo pido excedencia y permiso para tomar la vena bucólica o pastoril por una corta pieza. Y es que es lo mío, me cachis en la mar, aunque no la he visto nunca. Además, que esas cosas de verdes pradiños y tal siempre quedan bien y alegran el alma, pues a nadie le amarga un dulce, y a mí menos, con la cara de golosa que dicen que luzco. Así que allá voy.

Fray Luis, más que nadie, me insufla ahora en mi arrullo bronco:

¡Qué descansada vida  
la del que huye del mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda, por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido

¡Caray qué tío este Fray Luis, y cómo describe mis experiencias! Más del mismo:

Despiértente las aves  
Con su cantar sabroso no aprendido;  
No los cuidados graves  
De que es siempre seguido  
El que al ajeno arbitrio está atenido.

¡Bravo! Y otra lira del mismo:

El aire del huerto orea  
Y ofrece mil olores al sentido;  
Los árboles menea  
Con un manso ruído

Que del oro y del cetro pone olvido.

Y paro que a mí me entra algo, palabra de honor, aparte que me estoy quedando ronquilla, y eso no es aconsejable ni conviene.

Pero no hay bien que en mal no se convierta y mude, y cuando más tranquilos marchábamos, andando el camino, en el atardecer rojizo de nuestra velada bucólica primera he ahí que se me aparece ante las narices un engendro infernal, un mortal horror... un monte era de miembros eminente... con sus gigantescos brazos aspados. Las líneas de Garcilaso siguientes dan una idea aproximada de mi forzoso responso:

Por ásperos caminos he llegado  
A parte que de miedo no me muevo;  
Y si a mudarme o dar un paso pruebo,  
Allí por los cabellos soy tornado

Si bien es cierto que nadie me tiró de los pelos, sino que ellos tiraban de sí mismos, de erizados que andaban; y la única aspereza de aquel camino, por demás, era ese erebo monstruo que me impedía avanzar, y de seguro que me devorara si yo acaso osara escuchar a mi amigo, quien me susurraba que desoyera lo que mis ojos me gritaban. Un advenedizo o espontáneo se me subió al lomo y me tocó en un punto sensible, por lo que hube de hacerle partícipe de la opinión que de sus manejos guardaba, mandándole a paseo con las patas traseras. El muy canalla luego fue y la tomó con Juan, lo cual no fue nada, nada justo a lo que yo pienso. Y yo lo que digo es que en este valle de lágrimas la justicia, si la hay, es ardua cosa de hallar.

Poco a poco, y ante mi atónita mirada, mi enemigo se fue volviendo invisible y se esfumó. Yo dije “pues qué bien” y reemprendí la marcha.

Nos llegamos junto a un arroyo, y ves aquí un prado lleno de verdura, ves aquí una espesura, ves aquí una agua clara... total, que yo de nada me hube de quejar, cuanto más que de aquello que queda dicho me vi alejada.

Saciamos nuestra sed, comimos... y en aquel prado allí nos reclinamos, el uno con el otro acurrucados. Y soñamos dulces sueños.

¡Ay Dios, y qué belleza al despertar al alba! ¡Oh monte, oh fuente, oh río! Corrientes aguas, puras, cristalinas; árboles que os estáis mirando en ellas, verde prado de fresca sombra lleno, aves que aquí sembráis vuestras querellas, hiedra que por los árboles caminas, torciendo el paso por su verde seno...

Esa mañana me eché un nuevo amigo, que respondía al mismo nombre que el río a cuyo son amanecimos. Así que ya éramos tres.

Trotando y jugando a yo qué sé qué cosas transcurrió aquel nuevo y memorable día de luz y alegría. Pasaron muchas cosas, aunque poco dignas de contar, salvo que aquella noche y la siguiente dormí regaladamente bajo techo y me encontré a cada amanecer en ameno huerto de ricos pastos y suaves aires que silbaban amorosos con música callada y soledad sonora y con eso queda todo dicho.

Pero la siguiente noche...

Bueno, antes de llegar a aquella cuarta espantable noche de nuestro peregrinar me veo obligada a relatar un suceso no menos espantoso que acaeció, y fue que, subiendo mi amigo y yo por elevadas asperezas tras un atracón fruteril de aúpa y eructo obligado que comimos juntamente y de consuno, por algún mal designio me dio el barrunto de apartarme de Juan y darme un bardeo mientras tomaba él su siesta, y he ahí que hallábame entre estos pinos sola y estas hayas, y en el

silencio sólo se escuchaba un susurro de abejas que sonaba, cuando comencé a oler la olor más olorosa que jamás olierá, y me acerqué a olisquear más cercanamente aquella delicia ilícita, aquel negado néctar, mas fue mi perdición: aquella felicidad nunca la alcancé, sino que salieron a atosigarme, a martirizar mis morros, miles, millones y más de malvadas criaturicas más molestas que la mala cizaña.

Corrí desahogada, loca corrí, y con tanto pavor, que el alma abandonaba ya la asnal carne, y solté la rienda al triste llanto, llorando la furia y el rigor del mal presente.

Sabed que no son todos ruseñores los que cantan entre flores.

Al canto de mi voz acudió presuroso el bueno de mi amigo, pero para qué, me dije, si más presuroso se tornó a huir el mal amigo, y me abandonó hundiéndose en unas verdes aguas que allí había, y desapareció. Ocúltame yo entre unas ramilludas hayas y me hice invisible, y así las odiosas piconas ya no pudieron encontrarme, por lo que se largaron por donde habían venido.

¡Osú, qué susto y qué mal farío! que diría mi padre, dondequiera que esté. Está visto que ningún gozo sin zozobra a mí me puede alcanzar.

Y luego vino lo de la lluvia, que no paró la veraniega tormenta en toda la noche. Menos mal que Juan me tapó lo mejor que pudo... ¿Pero quién tapar puede a ninguna burra de tamañazo aguacero? Nadie. Así que esa fue la peor noche de todas las que viví en nuestra aventura. Para colmo, a la mañana —si es que a eso se le puede llamar mañana, que no fue sino limbo— no se veía ni jota, o iota, ni tres en un burro. Efectivamente: había por ahí tres personas, como recordarán, y una burra, y ninguno nos veíamos, salvo el Najerilla, quien eventualmente me divisó o al menos me encontró a mí, y es que debe de tener la ciencia infusa esa el diablillo de niño, o faros antiniebla por ojos.

Al rato comencé a oír tanto rebuzno desafinado y desentonado que estuve convencida que era un mal sueño lo que yo atravesaba. O que algún OVNI había aterrizado aprovechando la invisibilidad. El final de aquel lance lo conoce ya el amado público: cosas de Juan y pandilla.

Otra cosa —esto nada tiene que ver con lo anterior— que se me viene a la memoria y produce cierta desazón fue que en varias ocasiones mi compañero, alternando con las eternas, si suculentas zanahorias, me presentaba al hocico unos como panecillos redondos, muy ricos y azucarados, pero que al rato me ponían el vientre como los propios trópicos de ardores y gases. A la tercera fue la vencida y las acabé rechazando, y ya no tuve más problemas de barriguita. Amén.

Luego pasó lo de la cacería de cazadores, que fue divertido, y el encuentro con ese jabalí cerdoso, que no lo fue. Me refiero a aquel jayán fiero y colmilludo que nos amenazó y casi nos aniquila: un puerco entre las peñas, de braveza extraña, estaba los colmillos aguzando, contra mi amigo. De pronto, ¡pumba! un estallido increíble, el juicio final, y yo ya no estaba allí, pues me había subido a lo alto de un monte de puro susto. No sé si el bramante bombazo brotó del vientre sátiro y asilvestrado del guarro, pero lo dudo; pues nadie, ni el mayor marrano del mundo, suelta semejante pedo.

Anduvimos perdidos entre peñas y abrojos, y sufriendo los abrasadores calores de la peor parte del día, y mi amigo divisó, oculto tras el tronco de una higuera, un ominoso agujero. El muy tonto fue y se metió por allí, así, toma ya, como si tal cosa, y yo me dije que el pobre debió nacer menguado de juicio natural.

Por un fugaz instante creí ver su testaruda y barriguda figura, pero volvió a envanecerse, quiero decir desvanecerse, engullido por la negrura.

¡Ay madre, consuélame! ¡Otra vez se ha ido, y me ha abandonado, mi amigo!

¿A quién me quejo...? que no escucha cosa de cuantas digo quien debería escucharme. Eco sola me muestra ser piadosa.

¡Oh lobos, oh osos, que por los rincones de estas fieras cavernas escondidas estáis oyendo mis razones! Quedaos a Dios, que ya vuestros oídos de mi zampona fueron halagados, con el jabalí juntamente. ¡Ídos!

Mucho, muchísimo tiempo transcurrió sin parar yo de dar rebuznos, y por fin salió, chorreando sangre de un cuerno de su frente, mi amigo de la caverna.

La jornada no cesaba de traernos desgracias redobladas. Faltaba la mayor de todas, que fue cuando a mi compañero del alma y de las mil fatigas lo arrolló una manada de ovejas, tras ser vapuleado en profundidad por un dúo de hoscos carneros. En aquella ocasión fui yo, impelida por la eminente atrocidad inminente, quien abandonara el zozobante leño, dejando a Juan a la deriva, pero es que no me entraba en la mollera que él pudiera estar tan falto de juicio o sordo de oídos que no se apercibiera del escandaloso cascabeleo de esquirlas que descendía hacia nosotros, ni de su admonitoria implicación. Además de las campanillas pastoriles, otra cosa descuidó mi compañero, pues... “acuérdaseme ahora que el siniestro canto de la corneja —y el agüero— para escaparse no le fue maestro”.

Total, que acabada la acción lo acarree adonde nos dirigió el amo del rebaño rebelde. Llegados a una villa que entre las montañas se veía, lo portearon por una puerta adentro, y llevaronme a mí a otro lugar, para yantar y dormir.

A la mañana siguiente quise visitar al llagado amigo, que no es malo tener al pie del palo quien se duela del mal, pero aquello acabó en fiero combate con una espumeante tigre hircana. Finalmente Juan bajó a dar la cara (cosa fea de ver, aún más de lo habitual), y creí que me cantaba una alegre canción que trataba de un destartado vagabundo que roba un cordero y es perseguido por la justicia. ¡Bienaventurado sea, y acábase ya tanta mala aventura!

Al par de días, vuelto mi amigo a la vida, repuesto a medias, o a tercias tal vez, me llevó a un paradisíaco paraje junto al cristalino arroyo que bordeaba el pueblo, y yo jugué con mi pezuña con los plateados peces que en el agua asomaban, y mi amigo me tocó la conocida melodía, a la que bailar no pudieron negarse mis patas, y yo, culto ruiñón tornada, si hechizada, le canté a él, alentándole a ceder al ansia y deseo de quedarse a habitar él y yo —pues que tan fea no soy— estos campos, por enojosos que en aquellos difíciles trances le fueran, y estas humildes chozas, y salir al ciervo a fatigar, y con la verde vara de malvavisco un hatillo o majadico de cabritillos reducir... ¡Perdón! ¡Pido perdón! Lo de fatigar ciervos, que a ti no te place eso nada, borrado, y más borrado y tachado lo de los cabritillos, ¡fuera! Y prosigo de esta guisa: y aquí respiraremos ¡pareja venturosa! el frescor de la noche entre ríos amigos y sacras fuentes, y nos adormecerán muchas veces con su blando zumbido las abejas hibl... ¡corta, corta, corta! Nada, está visto que nada de esto viene muy a cuento ni conviene aquí ni convence. Rana me está saliendo el Virgilio. ¿Y cómo al Dante tanto ayudaste, divino vate, y a esta borrica la menosprecias y humillas?

Al otro día Juan, en compañía de Najerilla el niño y mi menda, con nuevo furor y desatino torna a seguir el áspero camino. Mas como repuesto del todo no estaba, yo le hube de cargar en los trechos más escarpados y hostiles.

¿Qué montaña dejó de ser pisada  
de nuestros pies? ¿Qué bosque o selva umbrosa  
no quedó por nuestras huellas marcada?

Tres mozas se aparecieron ante nosotros, y el Najerilla estaba hecho un flan, o un merengue tembloroso, y una de aquellas chicuelas, las cuales tenían ruedas además de patas, dijo algo sobre mí, que aunque no lo llegué a entender, debió a lo que creo hacer referencia a lo hermosa, gentil lozana y linda galana que era yo y que soy. ¿Quién lo duda?

Pronto nos vimos en lo alto del cerro, rodeados de engalanadas multitudes.

El Najerilla le dio a mi amigo fiel un plato de algo muy blanducho que él me ofreció a catar. El gusto no estaba muy allá, pero yo me lo zampé sumisa. Al poco rato la cabeza empezó a darme vueltas y vueltas se me aparecieron miríadas de flores de mil colores y formas, flores que con sólo verlas mil enojos me quitaron, y no les bastó con eso, sino que me hicieron subirme, volando, por las nubes... volé tan alto tan alto, que le di a la caza alcance, aunque no sé si fueron gusarapos o mariposillas o que cosillas serían las que andaba cazando al vuelo.

Fijos los ojos en el alto cielo estuve boca arriba una gran pieza, tendida, revolcándome gustosa en ese suelo. Total, que no me conocía, de trocada.

Luego pasa lo que pasa, y así, del bien que un rato satisface, nace el dolor que el alma deshace... o el morro mío, que fue el que entonces sufrió los mil embates de la antojadiza fortuna, y fue bajo la forma y figura feroz de un felino, gato por otro nombre, que me llovió del cielo, viniendo a tomar tierra en mis mismísimas narices, y allí se clavó, afianzó y apuntaló, y no se marchara así viniera una jauría de sabuesos rabiosos a atosigarlo, aterrarlo, o mejor, a desterrarlo, cual era mi ferviente deseo.

Y luego que digan que caídas de gato nunca dieron pena.

Logré soltarme de aquella fiera, pero mis rebuznos, lo juro, volaron más altos que mis previos vuelos. La muchedumbre que momentos antes riera mis terrosos baños y locas cabriolas ahora se cubría los oídos, incapaz de soportar esos berridos que vertía mi boca abierta de par en par. Pero

¿qué culpa tengo yo del desvarío  
de mi lengua, si estoy en tanto mal,  
que el sufrimiento ya me desvanece?

Me aparté del gentío, la soledad siguiendo, rendida a mi fortuna. Me fui por los caminos que se ofrecían, por ellos esparciendo mis quejas de una en una al viento, que las llevaré do parecían... Salid sin duelo, lágrimas corriendo.

No digo más de aquella infausta jornada, y acortar quiero la comedieta esta, que se me está alargando excesivamente y apesadumbrando.

Nos vimos al siguiente día enclavados en las tripas de un morrocotudo monasterio, y poco vi de mi amigo por un tiempo, que creo que le entró algo que ni balbucir podía, alguna suerte de experiencia mística... o mixtificadora tal vez.

Y al tercer día resucitó, y yo lo llamé, que me estaba haciendo la puñeta y amilanando un no sé qué de susurros sutiles, amorosos si acaso, en la oscuridad de mi cobertizo, y a mi derecha se me puso mi amigo, y me dijo que tranqui, colega, que nada tenía que temer sino al miedo mismo. Y vi salir corriendo a una grácil figura, y luego otra que se iba dando de golpes por doquier. Y se hizo la paz.

Luego no pasó nada hasta que arribamos por un caminico que bajaba junto a un riachuelo, el cual en aquel lugar se remansaba, y mostraba el níveo torso de un ángel desdoblado en dos ángeles por el cristalino espejo del agua.

Eso no fue lo que cautivó mi mirada, sin embargo. A pesar de la belleza de aquella estampa, en nada compararse podía, ni osaba, a la otra divinal imagen que vi: uncido a un carro ¡un apuestísimo burro que a mí sola se mostraba en su esplendor!

Avancé un breve tramo y allí, cerca de un manzano, en un tupido pradico, ofrecime entera y vera a mi galán. Y él a gustar se vino del mosto del granado.

¡Oh cautiverio suave!



¡Oh regalada llaga!  
¡Oh mano blanda! Oh toque delicado,  
que a vida eterna sabe  
y a toda deuda paga!  
Matando muerte en vida la has trocado.

Aquél, Señores, un señor polvo fue, un polvo superlativo, un archipolvo, un polvísimo infinito, en fin... ¡un polvo enamorado!

Naturalmente, no hubieron de transcurrir muchas jornadas antes de que viniéramos a pagar el precio. Acaeció que, a consecuencia de mi nuevo bienaventurado estado me entró un antojo al que antes me pusiera a volar que resistirme, y fue que a mis ojos llegó la visión de tres inmaculadas, harto apetecibles rosas. Me las zampé, claro, y mi amigo pagó los platos rotos, acabando a palos con el dueño del rosal metidos ambos en una mugrienta y nada aromática piara o porqueriza, donde se cumplió a rajatabla aquel refrán de que de aquellos polvos vienen estos lodos. Y de eso no digo nada más.

En fin, que a este lamentable suceso le siguió otro mil veces peor: una encarnizada batalla contra unos infames y crueles facinerosos, de la que resultó acuchillado mi amigo, y en cuyas postrimerías acabamos bajo los auxilios, la protección y el cuidado de las autoridades, las cuales, además de hacer de nosotros unos héroes, dieron buena cuenta de los malandrines criminales, o de lo que quedó de ellos tras pasar por nuestras manos y nuestras coces.

Concluyo ya esta historia mía, la que viví y disfruté y a ratos sufrí con Juan, mi amigo queridísimo, compartiendo con vosotros lo maravilloso que fue al fin verme en mi estado presente de dicha inenarrable, con promesas de un aún mejor provenir.

Sólo me resta dirigirme breve a ese amado valle del río Najerilla con sus montes y collados y mil arroyos que veo en mis sueños tan a menudo, y ofrendarle los siguientes versos garcilasianos:

Adiós montañas, adiós, verdes prados,  
adiós, corrientes ríos espumosos;  
vivid sin mí siglos prolongados;

y mientras, en el curso presurosos,  
iréis al mar a dalle su tributo  
corriendo por los valles pedregosos.

A ti, amigo Juan, te digo que ya sabes que aunque ahora dirigen mis destinos unos nuevos y afectuosos amos (gracias a que entraste tú en mi vida), siempre te guardaré un rincón especial y muy íntimo en mi corazón de borriquilla.

FIN





Nací en Minneapolis, Minnesota; me vine con 8 años y, tras mucho viajar, me establecí en España. Licenciado en Lengua y Literatura Española, Universidades de Granada y Barcelona; M.A., Dr. (ABD): Literatura y Lenguas Románicas, énfasis en Hispánicas y en Medieval, U. C. Berkeley. También fui profesor adjunto en Berkeley.

El Rebueno y la Rabia, libro que aquí presentamos, trata en modo cervantino- quijotesco, de los descalabros y malandanzas de su protagonista principal, cuyo compañero de viajes es la borrica Matilda, por los montes Distercios de "de los monasterios" en La Rioja española. Veremos reflejadas las más señaladas de las aventuras de Don Quijote bajo bien diversa guisa: el molino, el manteo, el barbero y su bacín, el maestro rebueno, la feroz batalla de las ovejas, alucinaciones y hasta la cueva de Montesinos...

Le puse el pseudónimo de Juan Estébanez Maldonado en aras de la verosimilitud a la historia.

De lo que se trata en realidad es que este hombre, un tanto trastornado por la monotonía de su vida y ciertos malos hábitos o vicios adquiridos, salga a la búsqueda a sí mismo, si es que esto es posible.

ISBN 978-1-291-38365-2



9 781291 383652

90000

